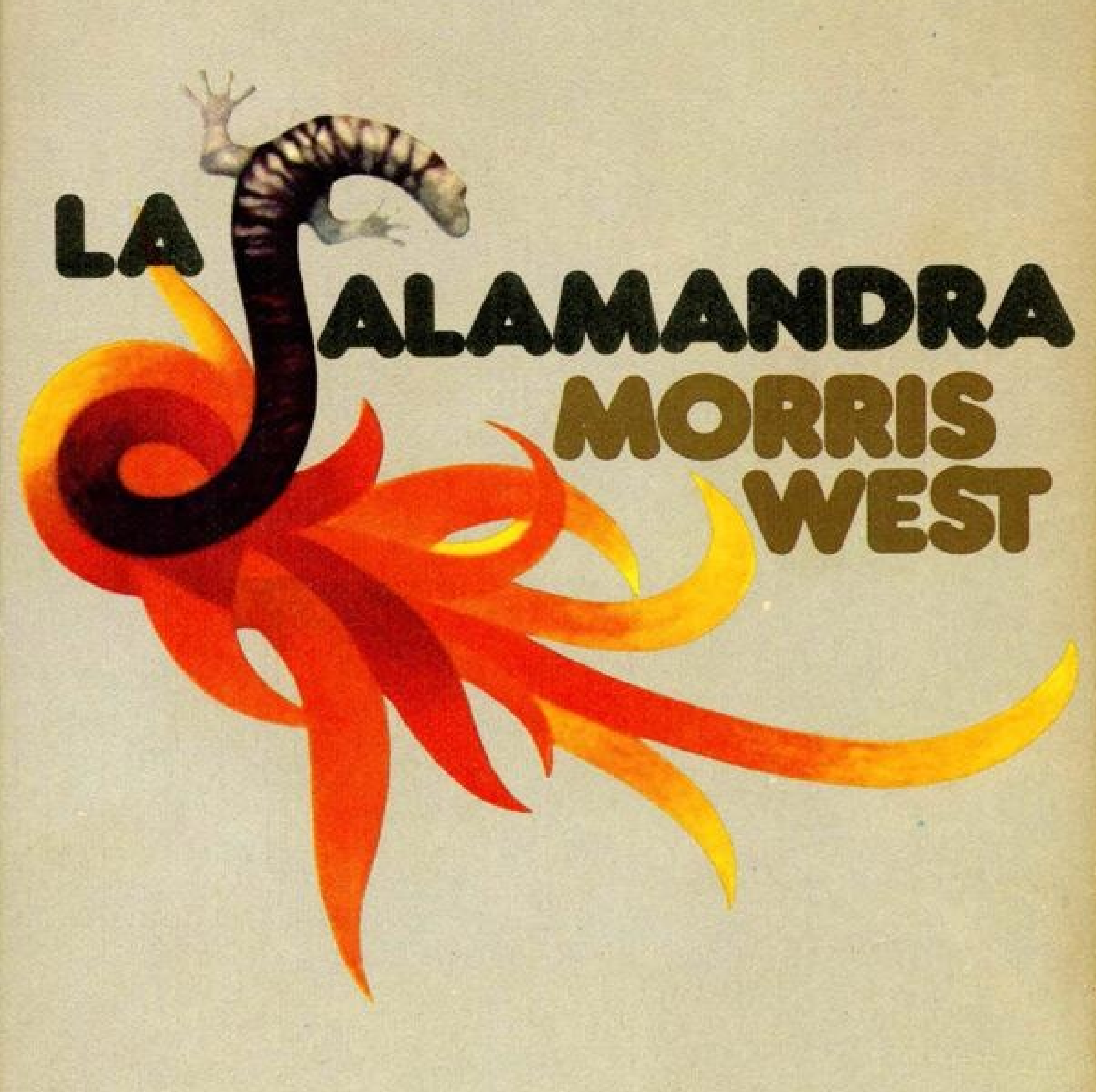

LA SALAMANDRA
MORRIS
WEST

En la Italia de los setenta, el general Pantaleone es asesinado. En el lugar del crimen, que las autoridades hacen pasar por suicidio, aparece una tarjeta con el símbolo de la salamandra. El coronel Matucci de la inteligencia italiana se hace cargo del caso, descubriendo tras la trama un proyecto de golpe de Estado que abandera su propio Director. Tras enredarse en una relación con Lili, la amante polaca del general asesinado, Matucci entra en contacto con la propia Salamandra, que resulta ser un enigmático y próspero industrial.

Lectulandia

Morris West

La Salamandra

ePub r1.0
Titivillus 23.05.15

Título original: *The Salamander*
Morris West, 1973
Traducción: Sebastián Martínez y Luis Vigil

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para
Silvio Stefano
sabio consejero, honesto abogado,
amigo de mi corazón.

Si aprendiéramos a mirar en vez de papar moscas,
veríamos el horror en el corazón de la farsa;
si simplemente actuáramos en lugar de hablar tanto,
no acabaríamos, una y otra vez, yendo de culo.
¡Hombres, no celebréis todavía la derrota
de lo que nos dominaba hasta hace poco!
Aunque el mundo se alzó y detuvo al bastardo,
la perra que lo parió está otra vez en celo.

BRECHT: *La resistible ascensión de Arturo Ui*

NOTA DEL AUTOR

Este libro es una narración ficticia. Los acontecimientos que aquí se relatan son analogías y alegoría. Los personajes son producto de la imaginación del autor.

LIBRO PRIMERO

La gente escrupulosa no es adecuada
para llevar a cabo grandes negocios.

TURGOT

Entre la medianoche y el amanecer, mientras sus conciudadanos romanos estaban celebrando el final el Carnaval, el conde Massimo Pantaleone, general del Estado Mayor, murió en su cama. Soltero y con algo más de sesenta años, soldado de hábitos espartanos, murió solo.

Su sirviente, un sargento de Caballería retirado, le llevó al general su café a la hora habitual, las siete de la mañana, y lo halló yaciendo de espaldas, totalmente vestido, con la boca abierta y mirando al techo artesonado. El criado depositó cuidadosamente el café, se persignó, cubrió con dos piezas de cincuenta liras los ojos muertos, y luego telefoneó al ayudante del general, capitán Girolamo Carpi.

Carpi telefoneó al director. El director me telefoneó a mí. Encontrarán mi nombre en el *dossier* Salamandra: Dante Alighieri Matucci, coronel de los *Carabinieri,* asignado para una misión especial al Servicio de Información de la Defensa.

Al Servicio se le denomina habitualmente por sus iniciales en italiano: SID (*Servizio Informazione Difensa*). Como cualquier otro servicio de inteligencia, emplea gran cantidad del dinero de los contribuyentes en perpetuarse a sí mismo, y una cantidad inferior en recoger información que se supone protegerá a la República contra los invasores, traidores, espías, saboteadores y terroristas políticos. Ya habrán comprendido que yo siento un cierto escepticismo acerca del valor de todo esto. Y tengo derecho a ello. Trabajo en este organismo, y cada hombre que pertenece a él se desilusiona, de alguna manera. El Servicio no es muy apto para que uno siga manteniendo su inocencia, pues trata de lograr instrumentos de política maleable. Pero estoy apartándome del tema…

El conde Massimo Pantaleone, general del Estado Mayor, estaba muerto. Se me encargó disponer un discreto mutis alrededor del cadáver. Necesitaba ayuda. El Ejército me la suministró bajo la forma de un oficial superior médico, con el grado de coronel, y un abogado castrense, con el grado de mayor. Fuimos juntos en coche al apartamento del general. Nos recibió el capitán Carpi. El sirviente del general estaba llorando en la cocina sobre un vaso de *grappa*. Hasta ahora, todo iba bien. No había confusión. No había vecinos en aquel piso. No se había informado aún a los parientes. No sentía mucho respeto por Carpi, pero tuve que reconocer su discreción.

El oficial médico efectuó un examen sumario y decidió que el general había muerto por una sobredosis de barbitúricos, autoadministrados. Extendió un certificado en el que se declaraba que la causa de la muerte había sido un fallo cardíaco, lo firmó y se lo hizo firmar como testigo al abogado castrense. No era un documento falso, sino sólo un documento conveniente. El corazón del general había fallado. Era una pena que no lo hubiera hecho años antes. Un escándalo no beneficiaría a nadie. Podría dañar a mucha gente inocente.

A las ocho y media llegó una ambulancia militar y se llevó el cadáver. Permanecí en el apartamento con Carpi y el criado. Éste nos hizo café, y mientras lo bebíamos, lo interrogué. Sus respuestas establecieron una serie de hechos simples.

El general había cenado fuera. Había regresado veinte minutos antes de la medianoche, retirándose inmediatamente a su dormitorio. El sirviente había cerrado puertas y ventanas, conectado la alarma contra ladrones, y se había ido a la cama. Se había levantado a las seis y media y preparado el café matutino… ¿Visitantes? Ninguno… ¿Intrusos? Ninguno. Las alarmas no habían funcionado… ¿Llamadas telefónicas, en uno u otro sentido? No había forma de saberlo. El general hubiera usado la línea privada que había en su alcoba. Desde luego, el teléfono del criado no había sonado… ¿El comportamiento del general? Normal. Era un hombre taciturno. Resultaba difícil saber lo que estaban pensando en cualquier momento. Eso era todo… Le di una palmada en el hombro y lo mandé a la cocina.

Carpi cerró la puerta tras él, sirvió dos vasos del *whisky* del general, me entregó uno e hizo una pregunta:

—¿Qué decimos a sus amigos… y a la Prensa?

Era el tipo de pregunta que él hacía: trivial e irrelevante.

—Ya vio el certificado de defunción, firmado y legalizado: causas naturales, fallo cardíaco.

—¿Y el informe de la autopsia?

—Mi querido capitán, para ser un hombre ambicioso es usted muy inocente. No habrá autopsia. El cuerpo del general ha sido llevado a una empresa de pompas fúnebres en donde será preparado para un corto velatorio. Queremos que lo vean. Queremos que lo honren. Queremos que haya duelo por él como noble servidor de la República… lo que, en cierto sentido, fue.

—¿Y después?

—Después queremos que lo olviden. Usted nos puede ayudar en eso.

—¿Cómo?

—Su patrón está muerto. Usted trabajó bien para nosotros. Se merece un destino mejor. Sugeriría algún sitio lejos de Roma: el Alto Adigio, quizá Tarento o incluso Cerdeña. Ya verá cómo los ascensos llegan mucho más rápidamente en lugares como ésos.

—Me gustaría pensarlo.

—¡No hay tiempo, capitán! Recogerá su petición de traslado por la mañana. La devolverá, cumplimentada y firmada, a las cinco de la tarde en punto. Le garantizo que tendrá un nuevo destino inmediatamente después del funeral… Y, capitán…

—¿Sí?

—Tiene que recordar que se halla en una posición muy delicada. Aceptó espiar a un oficial superior. Nosotros, los SID, sabemos ser agradecidos, pero sus colegas oficiales lo despreciarían. La menor indiscreción sería fatal para su carrera, y quizás incluso lo expusiese a grandes peligros personales. ¿Me comprende?

—Lo comprendo.

—Bien. Ya puede irse… ¡Ah, todavía queda un pequeño asunto!

—¿Sí?

—Tiene usted una llave del apartamento. Déjela aquí, por favor.

—¿Qué es lo que pasará ahora?

—Oh, la rutina habitual. Examinaré los papeles y documentos. Prepararé un informe. Por favor, trate de mostrarse triste en el funeral… *Ciao*!

Carpi salió, arropándose con los jirones de su dignidad. Era uno de esos individuos apuestos y débiles que siempre necesitan un patrón, y acostumbran a atraerlo, y que siempre lo traicionan ante otro más poderoso. Lo había utilizado para que me informase de los movimientos, contactos y actividades políticas de Pantaleone. Ahora, era una molestia superflua. Me serví otro vaso de *whisky*, y traté de ordenar mis pensamientos.

El asunto Pantaleone tenía todas las características de una bomba política de relojería. Lo más irónico era que uno podía gritar ese nombre corso arriba y abajo y ni uno de cada mil ciudadanos de la República lo reconocería. De aquellos que lo reconociesen, ni uno de cada diez comprendería su importancia o la magnitud de la conspiración que había sido edificada a su alrededor. El director la comprendía, también yo. Tenía *dossiers* de todos los participantes principales. Durante largo tiempo yo había estado hirviendo ante mi impotencia para hacer nada al respecto. No eran criminales; al menos, aún no. Eran todos ellos hombres importantes: ministros, diputados, industriales, altos cargos de la burocracia, oficiales de las fuerzas armadas, que creían poder imaginar un día en el que la confusión de Italia —un Gobierno inestable, inquietud industrial, una economía tambaleante, una burocracia inepta y un pueblo muy frustrado— llevarían al país al borde de la revolución.

Aquel día, que estaba más cercano de lo que mucha gente se imaginaba, los conspiradores esperaban hacerse con el poder y presentarse a sí mismos, ante el pueblo asombrado, como los salvadores de la República y los mantenedores de la ley, el orden y los derechos humanos. Su esperanza tenía unos fundamentos bastante aceptables. Si una junta de coroneles griegos lo había hecho, no había razón alguna para que un grupo de italianos, mucho mayor y más poderoso, no pudiera hacerlo aún mejor… especialmente si tenían el apoyo del Ejército y la cooperación activa de las Fuerzas de Seguridad Pública.

Su cabeza visible había sido designada hacía mucho tiempo: aquel noble soldado, en otro tiempo joven ayudante del mariscal Badoglio, apasionado patriota, amigo del hombre del pueblo, general Massimo Pantaleone. Ahora, el general se había sacado a sí mismo de la escena. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué o quién le había empujado hacia ese acto final, y por que? ¿Había un hombre nuevo esperando entre bastidores? ¿Quién era? ¿Cómo y cuándo aparecería? ¿Estaba ya cercano ese día? Me habían designado para que respondiese a todas estas preguntas, y, desde luego, tenía bien poco margen de error.

Incluso el solo rumor de que se estaba realizando una investigación podría dividir el país en dos. Si la Prensa llegaba a enterarse de que un documento tan dudoso había sido extendido y legalizado por el Ejército, el asunto saldría en los titulares de todos

los periódicos del mundo.

La conspiración es endémica en Italia, siempre lo ha sido, desde que Rómulo y Remo comenzaron su trata de caballos en la isla del Tíber; pero si se llegaba a conocer públicamente la dimensión de este complot, y sus grandes posibilidades de éxito… *Dio*! Habría barricadas en las calles y sangre en las vías de los tranvías en menos de un día; y uno no podía ni siquiera descartar un amotinamiento de las fuerzas armadas, cuyas lealtades políticas estaban profundamente divididas entre la izquierda y la derecha. No había amenazado en vano al capitán Carpi. Si trataba de venderse, él o su información, a unos nuevos amos, se prepararía rápidamente un accidente en su honor. Mientras tanto, yo tenía mi propio trabajo que hacer.

Me acabé el *whisky*, y comencé a buscar papeles por el apartamento. Abrí cajones y armarios, y comprobé en todas partes que no hubiera compartimientos secretos. Examiné el contenido de cada bolsillo de todas las prendas de vestir que había en sus armarios. Pasé las hojas de cada libro de la biblioteca y recogí el papel secante de la carpeta de su escritorio. No hice intento alguno de examinar lo que hallé, sino que, simplemente, lo fui amontonando. Costaría horas de trabajo ordenar y analizar todo aquello… y al final, sería de muy poco valor. El general era un zorro demasiado viejo como para dejar documentos peligrosos tirados por su casa.

Sin embargo, no podía permitirme correr riesgos; así que aparté cuadros y tapices en busca de una caja fuerte oculta. Después, hice una ronda final, alzando ornamentos, poniendo boca abajo jarrones y vasos, levantando el tapizado de los joyeros que guardaban las medallas y condecoraciones del general. Y aun así, estuve a punto de no encontrar la tarjeta.

Estaba de pie contra la pared, tras la mesita de noche; un pequeño rectángulo de gruesa cartulina con un dibujo en un lado y una inscripción en el otro. Tanto el dibujo como la inscripción habían sido hechos a mano, con tinta china negra. El diseño había sido ejecutado de un solo trazo, con una serie de intrincados giros y floreos. Mostraba una salamandra con una corona nobiliaria en la cabeza, agazapada sobre un lecho de llamas. La inscripción constaba de cuatro palabras de bella caligrafía: «*Un bel domani, fratello*».

—Un buen mañana, hermano… —Era una frase muy italiana que podía anteceder a una serie de sentimientos: una esperanza vana, una promesa de recompensa, una amenaza de venganza, un grito de combate. También la palabra hermano era ambigua, y la salamandra no tenía sentido alguno, a menos que fuera el símbolo de un club o hermandad. Y, no obstante, no tenía relación alguna con ningún símbolo o nombre en clave que hubiera en mis *dossiers*. Decidí pasársela a los especialistas. Volví al estudio, tomé un sobre en blanco, guardé la tarjeta en su interior, lo cerré, y me lo metí en el bolsillo interior de la chaqueta.

Entonces decidí que ya era hora de tener una conversación privada con el sargento de Caballería. Lo encontré en la cocina, un viejo desanimado que meditaba sobre su incierto futuro. Lo consolé con la idea de que probablemente el general lo

habría recordado en su testamento y que, de cualquier modo, al menos tenía derecho a una paga de compensación en el arreglo del patrimonio del difunto. Esto lo hizo alentarse y me ofreció vino y queso. Mientras bebíamos juntos, se le fue soltando la lengua, y yo me sentí feliz de dejarlo charlar.

—… ¿Sabe usted? No tenía por qué haber sido un soldado. Los Pantaleone siempre tuvieron más dinero del que podían desear. Eso no quiere decir que fueran muy generosos. ¡No, por Dios! Contemplaban ambas caras de una moneda y se echaban a llorar antes de gastarla. Probablemente por eso seguían siendo ricos. Tierras en la Romagna, edificios de apartamentos en el Lacio, el viejo dominio en Frascati, la villa en Ponza… Naturalmente, todo eso será de ella.

—¿De quién?

—Ya sabe… de la polaca. Esa con la que estuvo cenando anoche. ¿Cómo se llama…? Anders, eso es, Anders. Era su amiga desde hace años. Aunque, tengo que admitirlo, él nunca hablaba mucho de eso. Jamás la trajo aquí. Es raro eso… No quería que la gente pensase que se estaba divirtiendo. Como decíamos en el Ejército, nació con una escoba en la espalda. Claro que yo sabía lo de ella. Recibía sus llamadas… A veces, fui a su casa a llevarle cosas del general. Una mujer de buen aspecto, aún no muy entrada en años. Lo que me recuerda que… Alguien tendría que decirle lo que ha pasado.

—Yo lo haré. ¿Dónde vive?

La pregunta era pura cobertura. Sabía la respuesta y mucho más acerca de Lili Anders.

—En Parioli. La dirección está en la agenda del general.

—La encontraré.

—¡Hey! ¡Eso sí que no! No pretenderá llevarse nada de las cosas del general, ¿verdad? Soy el responsable. No quiero problemas.

—Me voy a llevar todos sus papeles, y tomaré prestada una maleta para hacerlo.

—Pero ¿por qué?

—Es asunto de seguridad. No podemos dejar por ahí documentos confidenciales. Así que los estudiaremos todos, tomaremos los que pertenezcan al Ejército, y le devolveremos los privados a su abogado. No tendrá usted ningún problema, porque le daré un recibo oficial antes de irme. ¿Esta claro?

—Si usted lo dice… ¡Espere un momento! ¿Quién es usted? i siquiera sé su nombre.

—Matucci. De los *Carabinieri*.

—¡De los *Carabinieri*…! ¿Es que pasa algo malo?

—Nada en absoluto. Es el procedimiento normal en el caso de un hombre importante como el general.

—¿Quién va a tomar todas las disposiciones, decírselo a sus amigos, y esas cosas que hay que hacer?

—El Ejército.

—Entonces, ¿yo qué hago? ¿Quedarme aquí sentado?

—Hay una cosa que puede hacer. Telefoneará gente. Tome sus nombres y teléfonos y arreglaremos que alguien les llame.

—¿Me seguirán pagando?

—No se preocupe. Tienen que pagarle. Es la ley… Quería preguntarle otra cosa. ¿Dónde cenó anoche el general?

—En el «Club de Ajedrez».

—¿Está usted seguro?

—Claro que estoy seguro. Siempre tenía que saber dónde estaba. A veces había llamadas del Estado Mayor o del Ministerio… ¿Otro vaso?

—No, gracias. Ya me voy.

—¿Está usted seguro acerca de lo del dinero?

—Estoy seguro. Y usted, ¿se acordará de anotar las llamadas telefónicas?

—Confíe en mí, amigo. El general lo hacía. Jamás tuvo queja de mí. Mire, era tan frío como un pescado, pero echaré de menos al viejo bastardo. Ya lo creo que sí.

El tipo estaba empezando a ponerse sensiblero y yo ya estaba dispuesto a irme. Garabateé un recibo, tomé la maleta de los documentos y salí al suave sol de la primavera. Era la una y diez. Los comerciantes estaban cerrando sus puertas y los callejones estaban repletos de romanos yendo a casa para comer y hacer la siesta.

Tengo que admitirlo francamente. No me gustan los romanos. Yo he nacido en Toscana, y considero que esta gente son primos hermanos de los hotentotes. Su ciudad es un estercolero. Los alrededores un depósito de basuras. Son los peores cocineros y los tragones que más indigestiones tienen de toda Italia. Son rudos, bastos, cínicos y están desprovistos de las gracias más elementales. Sus rostros se cierran contra la compasión y sus mentes son estrechas y rencorosas. Lo han visto todo y no han aprendido nada, excepto las más bajas artes de la supervivencia. Han conocido la grandeza imperial, la pompa papal, la guerra, el hambre, la plaga y el expolio; y, sin embargo, hincarán la rodilla ante cualquier tirano que les ofrezca una hogaza más de pan y una entrada gratuita al circo.

Ayer era Benito Mussolini, borracho de retórica, arengándolos desde el balcón de la *Piazza* Venezzia. Mañana, quizá sea otro. Y, ¿dónde estaba en aquel mismo momento del miércoles de ceniza, en aquel año de dudosa gracia…? Una cosa era cierta, que no iba a estar como Dante Alighieri Matucci, en pie en medio del Campo Marzio.

Salí de mi ensueño, caminé media manzana hasta mi coche, tiré los documentos al asiento y volví a mi oficina. Podía haberme evitado la molestia. Dos de mis oficinistas habían salido a comer; el tercero estaba flirteando con la mecanógrafa, y la computadora estaba inservible a causa de que el suministro de energía había sido interrumpido por una huelga de dos horas. Había un mensaje del Ministerio del Interior requiriendo «un contacto inmediato por un asunto de grave importancia». Cuando llamé, se me dijo que mi contacto estaba entreteniendo a algunos visitantes

extranjeros, y que probablemente regresaría a las cuatro. *Corpo di Bacco*! ¡Menudo hatajo de imbéciles! Podía llegar y pasar el Día del Juicio, quizás incluso los maoístas estuvieran en aquel momento asaltando la Puerta Angélica de la Ciudad del Vaticano, pero los romanos tenían que acabar la siesta antes de hacer algo al respecto.

Dejé caer la maleta de los documentos sobre el escritorio y le grité al oficinista número tres para que los ordenase y relacionase. Luego, debido a que la huelga había dejado sin funcionamiento los ascensores, subí tres pisos por las escaleras, hasta el laboratorio forense, donde tenía que haber alguien con vida, incluso durante la hora de la comida. Como de costumbre, era el viejo Stefanelli, quien, según las leyendas locales, dormía cada noche en una botella de formaldehído de la que surgía fresco como un tití cada mañana, al salir el sol. Era un pequeño individuo arrugado, con escasos cabellos, dientes amarillentos y una piel que se parecía al cuero viejo. Debía de tener diez años más de los de la edad de retiro, pero aún lograba, gracias a una combinación de recomendaciones y puro talento, aferrarse a su trabajo.

Lo que otros técnicos tenían que romperse el cerebro para saber, Stefanelli ya lo sabía. Se le echaba un poco de polvo en la palma de la mano y le decía a uno la provincia y la región de que procedía, e incluso llegaba a una suposición razonable del pueblo concreto. Se le entregaba un jirón de tela, lo manoseaba un instante, y luego le decía a uno qué cantidad de algodón llevaba y cuánto poliéster, y después hacía una lista de todas las industrias que podían haberlo fabricado. Se le daba una gota de sangre, dos cortaduras de uña y un mechón de cabello, y reconstruía la muchacha a la que pertenecían. Era un genio por derecho propio, aunque un genio quisquilloso y molesto, que le escupía a uno en el ojo si lo engañaba, o trabajaba veinticuatro horas seguidas por quien confiase en él. Leía incesantemente, y apostaba dinero basándose en sus conocimientos científicos.

Pero sólo alguien recién llegado o muy estúpido apostaba en su contra. Cuando llegué, resoplando y con cara de pocos amigos, me saludó con exuberancia.

—¡Hola, coronel! ¿Qué es lo que tienes para Steffi hoy? Yo tengo algo para ti… Una muerte por sofocación… Alcaloides verdes en la sangre… Sin pinchazos, ni abrasiones, ni forma aparente en que hayan entrado en el riego sanguíneo. Cinco mil liras a que no sabes lo que es.

—Dicho así, Steffi, estoy seguro de que iba a perder mi dinero. ¿Qué es?

—Es un marisco. Viene del Pacífico Sur. Lo llaman la Tela de Dios. Al contacto, inyecta agujas microscópicas llenas de alcaloides, que paralizan el sistema nervioso central. El caso del que hablo es de un biólogo marino que trabajaba para los americanos en el Pacífico Sur… Si te interesa, te enviaré una nota.

—Gracias, Steffi, pero hoy no. Ya tengo bastantes problemas propios. —Saqué la tarjeta de la salamandra y se la entregué—. Quiero un informe completo acerca de esto: papel, caligrafía, el significado del símbolo y cualquier huella que puedas encontrar. Y lo quiero rápido.

Stefanelli estudió detenidamente la tarjeta durante unos instantes y luego se lanzó

a una perorata:

—La tarjeta está hecha con cartulina japonesa: papel de arroz de muy buena calidad. En un día podré decirte quién lo importa. La caligrafía… ¡es fantástica! ¡Le hace entrar a uno ganas de ponerse a llorar! No he visto nada parecido desde que Aldo el Calígrafo murió en 1935. Lo recuerdas, ¿no?

»Naturalmente, no puedes. Eres demasiado joven. Tenía un estudio cerca de la Cancillería. Hizo una fortuna falsificando certificados de valores y títulos nobiliarios para tipos que querían casarse con norteamericanas ricas… Bueno, Aldo está muerto, así que no podrá ayudarte. Tendremos que buscar en los archivos y averiguar quién trabaja en esto ahora… ¿El diseño? Bueno…, obviamente es una salamandra, la bestia que vive en el fuego. Lo que no sé es lo que significa aquí. Podría ser un símbolo de marca. O quizás una *tessera*: la tarjeta de miembro de un club. Podría haber sido sacada de un escudo nobiliario. Se lo preguntaré a Solimbene… Tú no lo conoces. Es un viejo amigo mío. Trabaja en el Consultorio Heráldico. Conoce todos los escudos nobiliarios europeos. Puede leerlos como una persona normal leería un periódico.

—Buena idea. De hecho, ¿por qué no haces algunas copias ahora, antes de que los otros vuelvan de comer? Yo necesito una para mis investigaciones.

—¿De dónde sacaste esto, coronel?

—El general Pantaleone murió anoche. Lo encontré en su dormitorio.

—¿Pantaleone? ¡Ese viejo fascista! ¿Qué le pasó?

—Causas naturales, Steffi… Y tenemos un certificado legalizado para probarlo.

—¡Muy conveniente!

—Muy necesario.

—¿Suicidio o asesinato?

—Suicidio.

—¡Eh! Eso huele mal.

—Así que por el momento, Steffi, este asunto es entre el director, tú y yo. Guarda tú mismo esa tarjeta. Ni archivo, ni discusiones en el laboratorio. Un silencio de tumba hasta que te lo diga.

Stefanelli sonrió y se llevó un huesudo dedo a su nariz: el gesto de saber de qué se trataba y estar de acuerdo en la conspiración.

—Me gustan tan poco los fascistas como a ti, coronel… Y tenemos un buen puñado de ellos en este departamento. A veces me pregunto si queda algún demócrata, aparte de tú y yo, si es que alguna vez los tuvimos en Italia. Si no conseguimos pronto un Gobierno estable, habrá un *colpo di stato*, con un fascista en las riendas. Y una semana más tarde estamos en plena guerra civil… o algo muy parecido: izquierda contra derecha, norte contra sur. Soy un hombre viejo, pero puedo olerlo en el viento… y tengo miedo, coronel. Tengo hijos, hijas y nietos. No quiero que sufran como nosotros…

—Ni yo, Steffi. Así que tenemos que saber quién se pone las botas del general.

Trabaja duro con esa tarjeta. Llámame en cuanto tengas algo, sea de día o de noche.

—¡Buena suerte, coronel!

—La voy a necesitar… *Ciao*, Steffi.

Ahora, estaba en un callejón sin salida. No podría hallar sentido alguno en los documentos de Pantaleone hasta que hubieran sido listados y correlacionados con el *dossier* del general. El director era el único hombre con el que podía hablar libremente, y no estaba en su oficina. Naturalmente, podía llamar a Francesca, la pequeña modelo que siempre estaba disponible después del mediodía, pero eso me dejaría atontado y somnoliento durante el resto de la tarde. Me decidí a tomar una taza de café en un bar y luego ir a Parioli a ver a Lili Anders.

Su apartamento estaba en el tercer piso de un nuevo edificio realizado con aluminio y cristal, con un portero de librea y un ascensor forrado en nogal. El lugar había costado, según el *dossier* de la dama, sesenta millones de liras, y el mantenimiento, según el contrato, era de ciento veinte mil por mes. Los archivos fiscales de la *Comune di Roma* mostraban que Lili Anders pagaba los impuestos correspondientes a un millón de liras al mes, basados en signos externos de riqueza. Dado que pagaba los impuestos sin protestar, era obvio que al menos debía de vivir a una escala doble a la que se le había asignado. Yo tenía un apartamento, una criada, un «Fiat» de tres años y alguna amiga ocasional con seiscientas mil al mes, menos impuestos, y pensaba que Lili Anders era una mujer muy afortunada. Por consiguiente, para cuando toqué el timbre, estaba resentido y de muy mal humor. Una vieja sirvienta, vestida de negro con delantal y cofia blancos, almidonados, se enfrentó conmigo cual una verdadera romana, lacónica y hostil:

—¿Sí?

—Soy Matucci, de los *Carabinieri*. Deseo ver a la *Signora* Anders.

—¿Está usted citado?

—No.

—Entonces, tendrá que volver más tarde. La *signora* está durmiendo.

—Me temo que debo pedirle que la despierte. El asunto que me trae es urgente.

—¿Tiene usted alguna identificación?

Le ofrecí mi carnet; lo tomó y lo leyó lentamente, línea por línea. Luego, me barrió hacia el pasillo, como un montón de polvo, dejándome allí.

Esperé, hosco y malhumorado, pero sin dejar de sentir una agria admiración por aquella vieja matrona, cuyos antepasados habían lanzado tejas a las cabezas de Papas, cardenales y príncipes títeres. Entonces, Lili Anders efectuó su entrada. Para una mujer que se hallaba mediados los treinta, estaba singularmente bien conservada; un poco gorda para mi gusto, pero aún, muy a las claras, de buen ver. Y, para una mujer que acababa de levantarse de dormir, estaba perfectamente arreglada: cada uno de sus cabellos rubios en su sitio, sin una mácula en su maquillaje, ni una arruga en su falda, blusa o medias. Su saludo fue educado, pero frío.

—¿Quería verme?

—En privado, si es posible.

Me hizo pasar al salón, y cerró la puerta. Me indicó que me sentase y luego se quedó junto a la repisa de la chimenea, bajo un retrato ecuestre de Pantaleone.

—Según tengo entendido, usted es de los *Carabinieri*.

—Soy el coronel Matucci.

—¿Y la razón de su visita?

—Me temo que es un asunto doloroso.

—¿Oh?

—Lamento informarle que el general Pantaleone murió a primera hora de esta mañana.

No lloró. No sollozó. Me miró, temblorosa y con los ojos muy abiertos, aferrándose a la repisa para no caer. Me acerqué a ella, para ayudarla, pero me apartó con un gesto. Fui al *buffet*, serví coñac en una copa, y se la entregué. Se lo bebió de un trago, y luego tosió. Le di el pañuelo limpio del bolsillo superior de mi chaqueta y se secó los labios y la parte delantera de la blusa. Hablé con ella, en voz baja:

—Siempre es un *shock*, incluso en nuestro trabajo. Si quiere llorar, por mí no se contenga.

—No voy a llorar. Era amable y educado conmigo, pero no tengo lágrimas para él.

—Hay otra cosa que debería saber.

—¿Si?

—Murió por su propia mano.

No tuvo gesto alguno de sorpresa. Simplemente, se alzó de hombros y extendió las manos en señal de derrota.

—En él, eso era siempre posible.

—¿Por qué dice eso?

—Había demasiados rincones oscuros en su vida, coronel, demasiados secretos, demasiada gente que le esperaba con alguna emboscada.

—¿Le dijo él eso?

—No. Lo sabía.

—Entonces, quizá sepa también esto: ¿por qué eligió anoche para suicidarse? ¿Por qué no hace una semana, o el mes que viene?

—No lo sé. Llevaba mucho tiempo huraño, un mes o más. Le pregunté en varias ocasiones qué era lo que le preocupaba. Siempre me hizo callar.

—¿Y anoche?

—Sólo una cosa. Durante la cena un camarero le trajo un mensaje. No me pregunte lo que era. Ya sabe cómo es el «Club de Ajedrez»: es como estar en la iglesia, todo son susurros e incienso. Me dejó en la mesa y salió. Estuvo ausente unos cinco minutos. Cuando regresó, me dijo que había recibido una llamada telefónica de un colega. No dijo nada más. Luego, cuando me trajo a casa, le invité a entrar. A veces pasaba aquí la noche, a veces no. Esta vez me dijo que tenía un trabajo que

acabar en casa. Era normal. No discutí. De todos modos, estaba cansada.

Saqué la fotocopia de la salamandra y se la enseñé.

—¿Ha visto esto antes? ¿O algo similar?

La estudió detenidamente durante unos momentos y luego negó con la cabeza.

—Jamás.

—¿Reconoce ese animal?

—Es algún tipo de lagarto… quizás un dragón.

—¿Y la corona?

—Nada.

—¿Las palabras?

—Lo que dicen… Un buen mañana, hermano… Eso es todo.

—¿Las había oído en algún sitio antes?

—No que recuerde. Lo lamento.

—¡Por favor, mi querida señora! No debe reprocharse nada, en ningún sentido. Ha sufrido usted un horrible *shock*. Acaba de perder a un buen amigo. Y ahora… ¿cómo lo diría? Tengo que seguir molestándola. Es mi deber advertirle que, desde este momento, se encuentra usted en grave peligro personal.

—No lo comprendo.

—Entonces, permítame explicarme. Ha sido usted, durante un largo tiempo, la amante de un hombre importante, al que ciertos elementos han considerado como explosivo. Se supone que una amante es la confidente, un pozo de secretos. Incluso si el general no le dijo nada, habrá quien crea que se lo dijo todo. Por consiguiente, es inevitable que sea usted vigilada, presionada, y posiblemente incluso amenazada.

—¿Por parte de quién?

—Por extremistas de la derecha y de la izquierda, personas que están entrenadas para usar la violencia como arma política; por agentes extranjeros que operan dentro de los confines de la República; e incluso, aunque me avergüenza confesarlo, por parte de funcionarios de nuestra propia Seguridad Pública. Como extranjera, que vive aquí con un permiso de residencia, es usted especialmente vulnerable.

—¡Pero si no tengo nada que decir! Viví la vida de una mujer con un hombre que necesitaba cuidado y afecto. Su otra vida, fuera cual fuese, no la compartía. Cuando esta puerta se cerraba tras de nosotros, el mundo quedaba fuera. Él lo deseaba así. Debe creerme.

Ahora, estaba temblorosa. Su rostro parecía a punto de desplomarse y tomar el aspecto de la edad mediana. Sus manos tironeaban inquietas del pañuelo.

Me recosté en el sillón y le aconsejé:

—Me gustaría poder creerla. Pero la conozco, Lili Anders. La conozco con pelos y señales, desde su primer cumpleaños en Varsovia hasta su última información enviada a un tal Colomba, que es un impresor y encuadernador de Milán. Como siempre, usted se identificó con el nombre cifrado de *Falcone*. Todos los miembros de su red tienen nombres de pájaro, ¿no? A usted le paga *Canarino* mediante la

cuenta numerada 68-Pilau en el Banco Cantonal de Zurich… Como ve, Lili, nosotros los italianos no somos tan estúpidos o ineficientes como parecemos. Somos muy buenos conspiradores, porque nos gusta el juego y podemos arreglar las normas de forma que nos vaya bien… ¿Otro coñac? Si no le importa, yo me tomaré uno. Relájese, no voy a comérmela. Admiro a una buena profesional. Pero es usted un problema, un verdadero problema… *Salute*! ¡Por que siga con buena salud!

Ella bebió, aferrando la copa con ambas manos, como si fuera un pilar en el que apoyarse.

—¿Qué es lo que me pasará ahora?

—¡Ah! Ésa es una pregunta muy directa, Lili. Tal como están las cosas, creo que hay dos alternativas. O la tomo en custodia, bajo las acusaciones de conspiración y espionaje, y eso significa un largo interrogatorio, una dura sentencia y ninguna esperanza de libertad provisional; o la dejo libre, bajo ciertas condiciones, para que continúe su confortable vida en Roma. ¿Qué es lo que prefiere?

—Estoy cansada del juego, coronel. Me gustaría dejarlo. Estoy envejeciendo.

—Ése es el problema, Lili. No puede dejarlo. Sólo puede cambiar de bando.

—¿A qué equivaldría eso?

—A una información total sobre la red y todas sus actividades, y a trabajar para nosotros como agente doble.

—¿Pueden protegerme?

—Sí, mientras sea útil.

—Fui una buena amante, coronel. Mantuve feliz a mi hombre, y le di buenos servicios por su dinero.

—Entonces, probemos con algunas preguntas más. ¿Quién arregló su primer encuentro con el general?

—La marquesa Friuli.

—¿Cuál es su nombre cifrado?

—*Pappagallo*.

—Le va bien a esa vieja. Incluso tiene aspecto de loro. ¿Cuáles eran sus órdenes?

—Avisar por adelantado de cualquier intento de los grupos neofascistas de dar un golpe de Estado, y de las acciones pensadas para provocarlo.

—¿Tales como?

—Actos de violencia planeados contra la Policía o los *Carabinieri* durante las manifestaciones laborales, colocación de bombas que pudiese atribuirse a grupos marxistas o maoístas, el extender el descontento entre los reclutas y los soldados recién incorporados a las fuerzas armadas, cualquier contacto, secreto o abierto, entre el régimen griego y los representantes de la República de Italia, alteraciones de la influencia o cambios de los grupos políticos en el Alto Estado Mayor italiano…

—¿Se ha producido alguno de estos cambios recientemente?

—No… al menos no que yo sepa.

—Entonces, ¿por qué estaba deprimido el general?

—No lo sé. Estaba tratando de averiguarlo.

—¿Problemas monetarios?

—No lo creo… Nunca fue un manirroto… Ni siquiera conmigo.

—¿Presiones políticas? ¿Chantaje?

—Tuve la sensación de que era un asunto personal, y no político.

—¿Qué es lo que le dio esa impresión?

—Cosas que decía cuando estaba relajado aquí, conmigo.

—¿Por ejemplo?

—Oh, cosas sueltas. Tenía el hábito de decir algo… ¿Cómo se dice? Algo críptico, y luego pasar inmediatamente a otro tema. Si le pedía que me lo explicase, se cerraba como una ostra. Pronto aprendí a moderar mi lengua… Una noche, por ejemplo, me dijo: «Para mí, Lili, no hay un futuro simple porque mi pasado es demasiado complicado». En otra ocasión citó la Biblia: «Los enemigos de un hombre son las personas de su propia casa…». Cosas así.

—¿Algo más?

—Estoy tratando de recordar… Oh, sí. Hace unas tres semanas nos encontramos en Venecia. Me llevó a la ópera, al «Teatro Fénix». Me habló acerca de la historia del teatro y me explicó su nombre. Dijo que el fénix era un pájaro fabuloso que se alzaba, de nuevo con vida, de sus propias cenizas; luego añadió que había otro animal aún más fabuloso y peligroso: la salamandra, que vivía en el fuego y podía resistir las llamas más ardientes… ¡Espere! ¡Eso es lo que hay en su tarjeta… la salamandra!

—Así es, Lili. ¿Ve usted lo lejos que llegamos cuando hablamos como amigos? ¿Qué otra cosa dijo acerca de la salamandra?

—Nada. Nada más. Algunos amigos se unieron a nosotros. Dejó pasar el tema, y lo olvidó.

—Entonces, dejémoslo nosotros también. De ahora en adelante, estará usted bajo constante vigilancia. Aquí tiene mi tarjeta con mis números diurno y nocturno. Se le notificará la fecha del funeral. Me gustaría que estuviera allí.

—¡No, por favor!

—¡Sí, por favor! Quiero lágrimas, Lili. Quiero pena y dolor. No volverá a presentarse en sociedad hasta que yo se lo diga. Naturalmente, le telefonearán sus jefes y los amigos del general. Su criada querrá saber la razón de mi visita. A todos les dirá lo mismo: que el general murió de un ataque al corazón. No haría ningún daño el confesar que tenía una enfermedad que, a veces, le imposibilitaba realizar su vida sexual… Otra cosa más. Nada de nuevos amigos hasta que haya terminado el luto. Eso la dejaría a usted en mala posición. Si consigue otro después de eso, me gustaría investigarlo antes de que lo acepte.

Ella logró esbozar una débil y forzada sonrisa.

—¿Investigarlo a él o a mí, coronel?

—La admiro, Lili, pero no puedo arriesgarme con usted. Si pudo hacer que un viejo fósil como Pantaleone perdiese el seso por usted, sólo Dios sabe lo que haría

con un tipo hambriento como yo. No obstante, es una idea. Quizás algún día interpretemos un poco de música de cámara. Ahora, sea buena. Y habrá un premio por cada lágrima que derrame en el réquiem… ¿Dónde está su teléfono?

Media hora más tarde estaba sentado en una terraza de la Via Veneto, con un *sandwich* y un *cappuccino*, hojeando las ediciones de la tarde de los periódicos de Roma y Milán. La muerte del general sólo venía incluida en las últimas noticias. Las palabras de cada informe eran idénticas, cita directa del comunicado del Ejército. No había necrologías, ni comentarios editoriales. Quizás hubiera alguno en las últimas, ediciones, pero los sabuesos de la Prensa no ladrarían fuerte sino hasta la mañana siguiente.

Para entonces, el general ya estaría cuidadosamente embalsamado y yaciendo en la capilla ardiente de su cripta familiar en Frascati, con los cadetes de su antiguo regimiento haciéndole la vela de honor.

Las exequias del conde Massimo Pantaleone, general del Estado Mayor, constituyeron una excelente obra de teatro. El réquiem fue entonado por el obispo de Frascati, cardenal Amleto Paolo Dadone, asistido por el coro del monasterio de Sant’Antonio della Valle. El panegírico fue pronunciado, con corte clásico y tono rimbombante, por el secretario general de la Compañía de Jesús, antiguo compañero de clase del difunto. A la misa acudieron el presidente de la República, ministros del Consejo, miembros de ambas Cámaras, prelados de la Curia romana, oficiales superiores de todos los ejércitos, representantes de la OTAN y del cuerpo diplomático, amigos y parientes del difunto, sirvientes de la familia, periodistas, fotógrafos y un grupo abigarrado de romanos, vecinos y turistas que estaban de paso. Seis oficiales de campo llevaron el ataúd hasta la cripta, donde el capellán castrense lo confió al descanso hasta el día de la resurrección, mientras un destacamento de oficiales jóvenes disparaba la última salva, y los Penitenciarios de Sant’Ambrogio recitaban los misterios dolorosos del Rosario. La puerta de la cripta fue cerrada por el mismo presidente, en un gesto de respeto, gratitud y solidaridad nacional que no se les escapó a los caballeros de la Prensa. Lili Anders estaba allí, cubierta con tupidos velos y apoyándose en el brazo del capitán Girolamo Carpi, quien estaba visiblemente conmovido por el fallecimiento de su amado patrón.

Yo también estaba entre los deudos, pero me preocupaban menos las ceremonias que los esfuerzos de mi equipo de fotógrafos para obtener una buena imagen de cada persona que había asistido al funeral, desde el cardenal celebrante hasta la florista que colocó los tributos florales. Odio los funerales. Me hacen sentir viejo, indeseado y dispuesto a los ejercicios sexuales, lo que es una especie de desafío a mi propia e inminente mortalidad. Me alegré cuando terminaron los ritos, porque así pude ir a ver a Francesca, mientras mis colegas seguían engullendo *spumante* y dulces en la «Villa Pantaleone».

A las tres y media de la tarde volví al laboratorio forense, para hablar con Stefanelli. El viejo daba brincos como un saltamontes.

—¡… Te lo dije, coronel! ¡Apuesta con el viejo Steffi y seguro que ganas! Le mostré la tarjeta a Solimbene, y la reconoció a la primera ojeada. La salamandra coronada es el emblema de Francisco I. Aparece, con ciertas modificaciones, en los escudos derivados que ostentan la Casa de Orleáns, el Ducado de Angulema y la familia Farmer en Inglaterra. Le he dicho a Solimbene que nos haga una lista de todas las familias italianas actuales que usan ese símbolo. Tendrás que autorizar el pago. ¿El trabajo a pluma? Diríamos que está basado en los de Aldo el Calígrafo, pero que probablemente fue ejecutado por Carlo Metaponte, que antes era un falsificador, que hizo papeles para los partisanos durante la guerra y que, desde entonces, vive honradamente. En cuanto a la tarjeta en sí misma… me equivocaba en eso. No es japonesa. Es una imitación italiana muy aceptable hecha en Módena por los hermanos Casaroli. Nos van a suministrar una lista de sus principales clientes en Europa. La inscripción aún no tiene sentido, pero nos vamos acercando. ¿Qué te parece? ¿Eh? No está mal para cuarenta y ocho horas. Dime que estás contento, coronel, o iré a ahogarme en el retrete.

—Estoy contento, Steffi. Pero necesitamos mucho más. Por ejemplo, huellas digitales.

—Lo lamento, coronel. Las únicas que hemos podido encontrar fueron las del fallecido y llorado general. ¿No esperarías encontrar otras?

—Quiero milagros, Steffi. Y los quiero ayer.

—Ten un poco de compasión por nosotros, coronel. Para todo se necesita tiempo… ¿Qué tal fue el funeral?

—Muy bello, Steffi. ¡Me lo pasé entero llorando! ¡Y qué elocuencia…! «Ese noble espíritu, que nos es arrebatado tan a deshora, ese dedicado servidor de la República, ese patriota cristiano, ese héroe de tantas batallas…». *Merda*!

—*Requiescat in aeternum* —Stefanelli cruzó las manos sobre el pecho y elevó los ojos al cielo—. Si está en el paraíso, espero no ir jamás allí. ¡Amén! ¿Has leído los periódicos de hoy?

—Dime, ¿cuándo tengo tiempo para leer, Steffi?

—Los tengo en mi oficina. ¡Ven! Vale la pena mirarlos.

Las necrologías eran, como las exequias, un ejercicio de grandilocuencia. La derecha, con sus alabanzas, caía en lo repugnante; el centro era respetuoso y sólo censuraba ligeramente el período fascista del general; la izquierda lograba una cierta poesía del improperio, culminando en un poema satírico, que, para mantener las formas, era atribuido a algún romano anónimo:

Estirpato oggi!	Extirpado hoy,
L’ultimo della stirpe.	el último de la extirpe,
Pantaleone,	Pantaleone,

Mascalzone. el bellaco.

No estuve muy descontento con las cosas que leí. Eran unas buenas críticas de una obra mala y llena de contradicciones. Ninguna de ellas ponía en duda la versión oficial de la muerte del general, lo que no quiere decir que la creyesen, pero que a todos los grupos les iba bien aceptarla. El poema satírico me preocupaba un poco. Tomándolo al pie de la letra, era una tontería que no podía hacer daño alguno. El general era el último del linaje, y además un viejo bellaco. Pero leyéndolo de otra forma, podía significar que la izquierda había tenido algo que ver en su extirpación y que, felizmente no había sucesor alguno a la vista. Si uno era sutil… y a mí me pagaban para encontrar significado hasta en las páginas en blanco, podía verlo como la jugada inicial de una campaña para vilipendiar al general y airear toda la ropa sucia de su familia. Era una pena que hubiese sucedido, pero no podía hacer nada al respecto. Ahora estaba somnoliento y sin muchas ganas de trabajar, así que comencé a hojear los periódicos, mientras Stefanelli añadía su comentario picante.

—… Vaya, aquí tenemos una cosa bonita: «La *Principessa* Faubiani presenta su colección de verano». La conoces, ¿verdad? Procede de la Argentina, se casó con el joven príncipe Faubiani, le buscó un amigo, y luego pidió la separación alegando la impotencia de él. De esa forma, mantuvo su libertad, el título y el derecho a recibir una pensión. Desde entonces, ha tenido un nuevo protector cada par de años; ahora se dedica a los viejos, y todos ricos. Financian las colecciones y además mejoran su nivel de vida. El último fue ese banquero, Castellani… ¿Quién será este año? Y lo divertido es que sigue siendo amiga de todos ellos. Mira, aquí está Castellani, junto a la modelo en bikini. Ah, aquí está el nuevo, en la primera fila, entre la Faubiani y el director de *Vogue*. Ése es el lugar de honor. El ritual, ya sabes. Cuando la alta sacerdotisa se cansa de uno, se lo entrega a sus modelos. No obstante, si uno tiene sesenta años o más, ¿qué le importa? Esas chicas salen más baratas que toda una colección de verano, ¿no? Tengo que averiguar quién es el nuevo.

—¿Y cómo es que te interesa la moda, Steffi?

—Mi esposa tiene una *boutique* en la Via Sixtina… alta moda para turistas ricos.

—¡Viejo diablo astuto!

—Soy un hombre afortunado, coronel. Me casé por amor y además conseguí dinero para mi vejez. Por otra parte, la gente con que trato es decorativa y los chismes siempre son interesantes… Lo que me recuerda una cosa: se supone que Pantaleone tiene un hermano perdido por algún sitio.

—No hay nada de eso en mi *dossier*, Steffi. El viejo conde, Massimo, tuvo dos hijas en los primeros tres años de su matrimonio, y un hijo unos diez años después. Una hija se casó con un Contini, y murió al dar a luz. La otra se casó con un diplomático español y vive en Bolivia. Tiene tres hijos adultos, todos ellos con nacionalidad española. El hijo, nuestro general, fue el único descendiente varón. Heredó el título y la parte del león de las posesiones. Eso es lo que está indicado, y

verificado, en el Registro Central, y en los certificados de bautismo de Frascati.

—Bueno, estoy de acuerdo en que no es una cosa tan oficial como para aparecer en el Registro Central, pero la vieja baronesa Schwarzburg ha sido cliente de mi esposa durante años. Está tambaleándose al borde de la tumba, pero aún gasta una fortuna en trapos. Dice que conoció al padre del general… lo cual es muy posible, porque el viejo estuvo persiguiendo a las chicas hasta el día en que se cayó de su caballo en el Pincio y se partió el cuello. Según lo que dice ella, el conde tuvo un bastardo con la gobernanta de sus hijas. La compensó bien y ella se casó con alguien que le dio al chico un apellido, aunque la baronesa no podía recordar cuál era ese apellido. Naturalmente, está comenzando a chochear, así que puede que todo esto no sea más que un rumor escandaloso. Ya sabes cómo son esas viejas. Se han quedado en el tiempo de su primer vals y en la ocasión en que Vittorio Emmanuele III les mostró su colección de monedas… De todos modos, esto no es más que una nota marginal, por si estás interesado.

—No del todo, Steffi. Ahora bien, si pudieras hallarme una nota de suicidio, o una carta de chantaje que me explicase el porqué Pantaleone se mató, me harías feliz… *Dio*! Son casi las cinco. Las fotos del funeral deberían estar ya a punto. Si no lo están, te enviaré tres cabezas para que las pongas en vinagre. Te veré luego, Steffi. Mantente en comunicación conmigo.

Como es natural, las fotografías no estaban aún a punto, y el jefe del Archivo Fotográfico se mostró bilioso y descontento. Todo el mundo comprendía la urgencia del asunto, pero debía ser razonable. ¿No podía ver que los tanques estaban abarrotados de películas, que las ampliadoras estaban trabajando horas extras, y que incluso con tres fotógrafos y dos expertos en archivo fotográfico le costaría horas identificar a todos los personajes? E incluso así, habría lagunas. Aquello era como una película épica hecha en Cinecittá, con todo el escenario repleto con centenares de extras… Y, ¿cómo hacía uno para reconocer a los campesinos y tres autocares cargados de turistas?

Tras diez minutos de diálogo cortante, lo dejé correr, disgustado, y regresé a mi propia oficina. Aquí, al menos, había un aparente orden y eficiencia. Los documentos que había traído del piso del general habían sido todos ordenados y numerados, y el principal de mis oficinistas había realizado algunos descubrimientos interesantes.

—Hay notas de agentes de Bolsa, coronel. Todo ello ventas. El general se ha desprendido de valores de primera categoría por importe de unos ochenta millones de liras, durante estas cuatro últimas semanas. Hay varias cartas de esos agentes, y todas hablan de lo mismo: «Hemos remitido el importe, de acuerdo con sus instrucciones». La pregunta es, ¿a dónde fueron a parar esos importes? A su Banco no, pues aquí está el último estado de cuenta, enviado hace una semana. Y aquí hay una carta de la «Agenzia Inmobiliare della Romagna». Indican que, aunque la propiedad de los Pantaleone ha estado en venta durante más de dos meses, no ha habido ningún serio interés en adquirirla por la cifra indicada. Recomiendan retirarla de la venta, hasta

que la situación crediticia europea mejore un tanto, y se hayan anunciado los nuevos acuerdos agrícolas del Mercado Común… Ahora, llegamos a este documento. Es una nota manuscrita de Emilio del Giudice, de Florencia. Ya lo conoce: un gran nombre, un importante tratante de obras de arte de categoría. Aquí está lo que dice: «Le aconsejo encarecidamente evite toda transacción que le relacione personalmente en un intento de exportar obras de la colección Pantaleone. Como vendedor, usted debe limitarse a ofrecer las obras en venta, sujetándolas a las condiciones de las leyes en uso. Después de eso, toda la responsabilidad de las formalidades de exportación recae en el comprador…».

—Así que estaba tratando de venderlas. ¿Hay alguna indicación del porqué?

—En ésos papeles, no.

—¿Qué otras cosas tenemos?

—Matrices de talonarios de Banco, cuentas domésticas, estados bancarios, correspondencia con los encargados de sus propiedades y administradores de fincas, agenda de escritorio y agenda de bolsillo. Aún estoy comprobando los nombres que hay en ellas en nuestros *dossiers* y, hasta el momento, no hay sorpresas. Aquí está el llavero del general, en el que hay una llave de una caja de seguridad en el «Banco di Roma». Me gustaría ver lo que hay dentro.

—Lo veremos… en cuanto abran los bancos por la mañana.

—Su abogado está chillándonos para que le entreguemos los documentos.

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde. También quiero tener una charla con los agentes de Bolsa del general. Me gustaría saber a dónde enviaron el dinero de las ventas… Si me necesita durante la próxima hora, estaré en el «Club de Ajedrez». Después, en casa.

El «Club de Ajedrez» de Roma, es una institución casi tan sagrada como lo es el «Club de Caza». Uno entra en el mismo, tal como algún día espera entrar en el cielo, a través de un noble pórtico para hallarse en un patio de dimensiones clásicas. Sube una escalinata hasta una serie de vestíbulos en donde lo reciben, con cauta deferencia, sirvientes de librea. Uno camina de puntillas y habla en voz baja, para no molestar a los fantasmas que aún habitan en aquel lugar: reyes y príncipes, duques, barones, condes y todas sus consortes. En el salón uno se ve empequeñecido por gigantescas pilastras, techos cubiertos de frescos y muebles dorados diseñados para las nalgas de los personajes. En el comedor, uno queda envuelto por una marea de susurros, las conversaciones de hombres que tratan de grandes asuntos como el dinero, la política y las esferas de influencia comercial. Uno queda acobardado por los fríos ojos de las viudas con título, amargadas por la virtud de la edad. Uno es perseguido por camareros tan disciplinados que incluso una miguita sobre las pecheras de sus camisas parecería un sacrilegio. Y uno buscaría en vano a los jugadores de ajedrez, aunque se rumorea que existen, encerrados cual carmelitas en alguna celda secreta.

Yo no iba a jugar al ajedrez. Iba a tratar de ver al secretario, quien podría condescender a presentarme al camarero jefe, quien podría, si las estrellas estaban en

una conjunción favorable, ponerme en contacto con el camarero que había servido al general Pantaleone la víspera de su muerte.

No me gustaba nada la perspectiva. El «Club de Ajedrez» es uno de esos lugares que hacen que me sienta desesperado con mis compatriotas. En las tierras altas de Cerdeña, donde en otro tiempo estuve destinado, cuando era un joven oficial, hay pastores que viven durante todo un invierno a base de pan de maíz, olivas negras y queso de oveja, y han de dedicarse al bandidaje para alimentar a sus familias, mientras que los propietarios de las tierras en que habitan están agasajando a senadores y ministros en el Club. En el depósito de cadáveres de Palermo he identificado el cadáver de un colega asesinado por la Mafia, mientras que el hombre que había ordenado su asesinato estaba comiendo con un banquero de Milán…, naturalmente, en el «Club de Ajedrez». Los economistas sudan sangre por la huida de capitales italianos a Suiza, pero los hombres que dan alas a ese dinero están sentados; sobrios y respetables, comiendo en la mesa de la esquina. Aquí, los supervivientes del viejo orden y los explotadores del nuevo firman una tregua y tratados, y conciertan matrimonios de conveniencia, mientras que el pueblo, pobre, sin educación e impotente, hierve, ante la trapacería de los políticos y la tiranía de los estúpidos burócratas.

Hubo un tiempo en que estuve pensando sobre si unirme a los comunistas, que al menos prometían hacer tabla rasa y una purga, así como una misma ley para todos. Mi entusiasmo murió el día en que vi a un alto jerarca del Partido compartiendo salmón ahumado y filetes con el presidente de una gran compañía química. En Italia, cuanto más cambian las cosas, más siguen siendo las mismas. El primogénito de una vieja familia se une a la Democracia Cristiana; el benjamín queda libre para flirtear con la izquierda o la derecha; y, sin importar quién gane en la carrera, pueden estar seguros que seguirán sentados en el «Club de Ajedrez»… ¡Bah! Los filósofos son una maldición tan grande en este país como los políticos, y una conciencia soliviantada es una mala cosa para un investigador. ¡Acabemos con este trabajo y vayamos a casa!

Eran tan sólo las ocho y media y había poca gente. El secretario se mostró inusitadamente amable, y el camarero jefe estuvo dispuesto a ayudar. Me instaló en una sala de visitas, me sirvió un aperitivo y, cinco minutos más tarde, reapareció con el jefe de los botones y el camarero que había servido la última cena del general. Expliqué mi misión con adecuada vaguedad. En algún momento, durante la cena, el general había sido llamado al teléfono. Por razones de seguridad militar, deseaba averiguar quién había hecho la llamada, y entrar en contacto con él. Entonces, tuve mi primera sorpresa.

—No, coronel —el jefe de los botones se mostró muy enfático—. Deben de haberle informado mal. Al general lo llamaron mientras estaba en el comedor, pero no fue para acudir al teléfono. Uno de los miembros más antiguos del Club había pedido hablar con él, en privado. Le esperaba en la sala de jugar a cartas. El camarero condujo al general ante él. Hablaron unos momentos, el general regresó a su mesa, el

socio tomó su gabán y salió del Club. Lo vi irse.

—¿Y quién era ese socio?

—Un caballero de Bolonia. El *Cavaliere* Bruno Manzini. Está ahora en el Club. Llegó hace unos veinte minutos, con la *Principessa* Faubiani.

—La Faubiani, ¿eh? —me permití una sonrisita de satisfacción. Al menos, le llevaba un punto de ventaja al viejo Steffi.

El jefe de los botones tosió elocuentemente.

—Coronel…

—¿Podría usted decirme algo acerca del *Cavaliere*?

—Podría, señor, pero…, con todos los respetos, creo que ese tipo de petición debería ser dirigida al secretario.

—Naturalmente. Mis felicitaciones por su discreción. ¿Podría usted darle mi tarjeta al *Cavaliere* y pedirle que me conceda unos instantes?

El *Cavaliere* Manzini hubiera resultado una figura impresionante en cualquier reunión. Debía de tener unos setenta años; su cabello era blanco como la nieve, cepillado hacia atrás para formar una melena de león que caía sobre el cuello de su camisa; pero su espalda estaba tiesa como un palo, su piel era clara y sus ojos brillantes y alegres. Llevaba un atuendo moderno, una camisa inmaculada, y se comportaba con el aire de un hombre acostumbrado a que le mostrasen deferencia. No ofreció su mano, sino que se presentó con tranquila formalidad.

—Soy Manzini. Tengo entendido que desea verme. ¿Puedo ver su identificación oficial?

Le entregué el documento. Lo leyó cuidadosamente, me lo devolvió, y luego se sentó.

—Muchas gracias, coronel. Ahora, pregunte.

—Según creo, era usted amigo del general Pantaleone, ¿no?

—No era amigo, coronel, sino conocido. Sentía poco respeto por él y ninguno por su política.

—¿Cómo definiría su política?

—Fascista y oportunista.

—¿Y la de usted?

—Eso es un asunto privado mío, coronel.

—La noche antes de que muriese, el general cenó aquí con una dama. Me han dicho que tuvo usted una conversación con él.

—Así es.

—¿Podría saber cuál fue el tema de la misma?

—Por supuesto. Soy cliente de un marchante de arte de Florencia. Su nombre es Del Giudice. Me dijo que Pantaleone estaba a punto de vender su colección familiar. Yo estaba interesado en ciertas obras, un Andrea del Sarto y un Bosco. Le dije a Pantaleone que me gustaría negociar con él directamente. Eso nos ahorraría dinero a los dos.

—¿Y…?

—Me dijo que lo pensaría, y que me escribiría pronto.

—¿Le pidió usted que concertaran una fecha?

—No. Siempre podía comprar a través de Del Giudice. ¿Puedo saber la razón de todas estas preguntas?

—En este momento, señor, no estoy, autorizado para revelarlo. Otra pregunta. La colección Pantaleone es importante y muy antigua. ¿Por qué iba a querer dispersarla el general?

—No tengo ni idea.

—¿Podría pedirle que mantuviera en secreto esta conversación?

—¡No, no puede! Yo no pedí tenerla. Ni di promesa alguna de mantenerla en secreto. Tengo derecho a discutirla o no, según desee… y con quien me plazca.

—*Cavaliere*, ¿sabe cuál es la organización a la que represento?

—¿El Servicio de Información de la Defensa? Sé de su existencia, pero no estoy familiarizado con sus actividades.

—Al menos, sabrá que tratamos asuntos muy delicados, tanto políticos como militares.

—¡Por favor, mi querido coronel! Soy un hombre viejo. Ya hace mucho que perdí mis dientes de leche. No me caen nada bien ni los espías, ni los provocadores, ni quienes tratan con ellos. Sé que los servicios de inteligencia pueden convertirse en instrumentos de la tiranía. Sé que tienden a corromper a la gente que trabaja en ellos. Si no tiene más preguntas que hacerme, espero que me perdone… ¡Buenas tardes!

Salió de la habitación, tieso como un granadero, y yo lancé un largo suspiro de alivio. Aquél era un hombre demasiado duro para manejarlo, tenaz para engatusarlo e imposible de cambiar. Te miraba directamente a los ojos y te daba respuestas claras, una tras otra, sabiendo que uno no se atrevería a contradecirlo. Pero aún quedaban en el aire importantes preguntas. ¿Por qué iba Pantaleone, pensando ya en suicidarse, a llevar a cabo una larga y tediosa venta de todas sus posesiones? Y, ya embarcado en ella, ¿por qué no completarla? Y, ¿por qué prometer escribir una carta que jamás iba a redactar?

¡Puah! Ya era suficiente para un día. Tenía la cabeza espesa y el corazón lleno de envidia por un *Cavaliere* de setenta años de edad que podía permitirse lujos tan *caros* como la *Principessa* Faubiani. Salí del Club bajo una suave lluvia de primavera, saqué mi coche del patio y conduje, de mala gana, hacia casa para tomarme una cena caliente, pasar una hora aburrida ante la televisión, y meterme luego en una cama fría.

De hecho, pasé una noche muy agitada. Poco después de las diez me telefoneó un colega de Milán con la noticia de que un joven maoísta, al que se le estaba interrogando acerca de la colocación de una bomba, se había caído por la ventana de la sala de interrogatorios, y había muerto. Saldría en los titulares de todos los periódicos de la mañana. La izquierda juraría que lo habían empujado. La derecha afirmaría que había saltado. De cualquier modo, tenían a un mártir entre sus manos.

Mi colega se mostró evasivo, pero cuando mencionó el nombre del interrogador, supe la verdad. Aquel hombre era un sádico, un idiota al que habría que haber encerrado, y que no le importaba cómo obtenía las confesiones, o si éstas eran veraces o no. Pero tenía amigos muy bien situados que lo rociarían con agua bendita en cualquier investigación. Era el tipo de locura que ponía en mala situación a todo el país y desprestigiaba a toda la Policía y el sistema judicial. Ahora, las brigadas antidisturbios ocuparían las esquinas durante una semana y esto aumentaría aún más la tensión y polarizaría las facciones, una gritando contra la tiranía y la represión, y la otra pidiendo ley, orden y el fin de la anarquía. *Dio*! ¡Qué lío de pesadilla! Si tuviera algo de juicio, haría las maletas y tomaría el siguiente barco a Australia.

A las once y media Lili Anders telefoneó, presa del pánico. Su contacto en la red la había llamado citándola en la «Osteria dell'Orso». Tenía que presentarse allí a medianoche. ¿Qué debía hacer? Le dije que acudiera a la cita, le hice que me repitiese tres veces la historia que debería contar, y luego pasé quince minutos de ansiedad tratando de reagrupar a mi equipo de vigilancia.

Estaba a punto de meterme en la cama, cuando sonó de nuevo el teléfono. Esta vez era la sombra del capitán Carpi. El capitán estaba borracho y charlaba hasta por los codos con una chica de bar en el «Tour Hassan». ¿Qué era lo que quería que hiciese? ¡Por Dios! Déjelo que se ponga como una cuba con ese champaña malo. De todos modos, las chicas del «Tour. Hassan» no se irían hasta las cuatro de la mañana. Después de esto, si Carpi estaba aún en pie, o si no lo estaba, métalo en un taxi y llévelo a casa… ¿Gastos? Que los incluyan en la cuenta de Carpi. De todos modos, la van a abultar todo lo que puedan. ¡Buenas noches, y que el diablo se los lleve a los dos!

A las nueve y media de la mañana siguiente estaba sentado en conferencia con uno de los altos ejecutivos del «Banco di Roma». Éste se mostraba cortés, pero muy firme. No habría acceso a la caja de seguridad del fallecido general hasta que se cumpliese con todos los requisitos judiciales. Comprendía perfectamente mi posición. Se daba cuenta de que aquello se relacionaba con la seguridad nacional. Sin embargo, también estaba relacionada ésta con su determinación. El Banco era una institución nacional. La confianza pública dependía del cumplimiento estricto de los contratos entre banquero y cliente. La ley lo ordenaba. Los *Carabinieri* eran servidores de la ley. Además… hizo una pausa antes de dar el golpe de gracia, la caja estaba vacía. El abogado del general había tomado posesión de su contenido, dado que tenía autoridad para ello. Reconocí mi derrota, y fui a ver a los agentes de Bolsa del general. Los agentes, filiales de una gran empresa estadounidense, se mostraron mucho más cooperativos. Desde luego, habían vendido grandes paquetes de acciones del difunto general. Según sus instrucciones, habían remitido el importe obtenido en esas operaciones al representante legal del general, *Avvocato* Sergio Vandinelli. En lo que

a ellos se refería, en aquel momento había quedado cerrada la transacción. No tenían ninguna información acerca del destino de los fondos. Sólo eran agentes de Bolsa. Ofrecían consejos sobre el mercado, bajo las condiciones normales. Compraban y vendían según las instrucciones de sus clientes. Funcionaban rígidamente dentro de las leyes en vigor. Fin de la conferencia.

De vuelta a mi oficina, firmé un *invito* solicitando al *Avvocato* Sergio Vandinelli que me visitase en el plazo de cuarenta y ocho horas. Luego, extendí las fotos del funeral sobre mi escritorio, y me dispuse a examinarlas minuciosamente, comprobándolas con la lista de nombres que las acompañaba. Lo que me interesaba no era tanto los personajes, como su relación: quién hablaba con quién, qué grupo parecía más cohesionado e íntimo. A veces, en un acontecimiento como aquél, personas que eran enemigas en público quedaban reveladas como aliados secretos. A veces, por una de aquellas casualidades casi increíbles, uno veía cómo alguien hacía una señal, o un mensaje pasaba de mano en mano. Al cabo de una hora me encontré con una pequeña sorpresa.

La sorpresa era el *Cavaliere* Manzini, el viejo autócrata del «Club de Ajedrez». Aparecía en tres fotos, en una hablando con el cardenal Dadone, en otra con el ministro de Finanzas, y, en la tercera, algo apartado de la cripta del cementerio, se le veía junto a un anciano campesino que estaba apuntado en la lista como empleado de la «Villa Pantaleone». Para un hombre al que le importaba poco Pantaleone, que lo consideraba fascista y oportunista, aquélla era una acción bastante singular. Me pregunté por qué lo habría hecho. Telefoneé a un colega de Bolonia y le pedí que me enviase por correo urgente a Roma una copia del *dossier* del *Cavaliere*. Luego, fui al laboratorio y llamé a Stefanelli para tener una entrevista privada.

El viejo Steffi estaba cargado de noticias buenas y malas. Primero, su esposa le había dicho que el nuevo protector de la *Principessa* Faubiani era un tal Bruno Manzini, boloñés, más rico de lo que nadie tenía derecho a ser: grandes empresas, textiles, electricidad, aceros, industrias alimentarias. Cualquiera que fuera el pastel que uno se comía, Manzini era propietario de una porción.

—Ya sé todo eso, Steffi.

—¡Y una mismísima mierda! ¿Cómo?

Se lo expliqué largo y tendido. A continuación, puse las fotografías sobre su escritorio.

—Ahora, dime, Steffi. ¿Qué estaba haciendo Manzini en el funeral de un hombre que no le caía bien y al que despreciaba?

—Tranquilo, amigo mío. El Club. Quizá los miembros no se caigan bien los unos a los otros, pero tampoco se insultan entre sí. Tal vez yo no te caiga bien, pero vendrás a mi entierro, ¿no? De lo contrario, ¿cómo puedes estar seguro de que estoy muerto?

—Tal vez… tal vez… ¿Qué otra cosa tienes para mí?

—Los hermanos Casaroli venden únicamente su papel de arroz a los mayoristas,

y tienen uno en cada provincia de Italia. Los mayoristas lo venden al por menor a imprentas y papelerías. Aquí hay una lista de los mayoristas. Los detallistas serían centenares, posiblemente millares.

—*Corpo di Bacco*! ¿Es que no tienes buenas noticias, Steffi?

—Solimbene me llamó desde la Consulta Heráldica. Tendrá su lista dispuesta mañana por la mañana. Hasta ahora, ha encontrado quince familias en Italia que aún usan la salamandra en su escudo de armas. Me temo que será otra persecución sin objetivo… ¿Has leído los titulares de esta mañana?

—Sí.

—Tengo miedo, coronel. Cuando los policías parecen gángsteres…

—O les hacen parecer gángsteres, Steffi.

—De cualquier forma, habrá problemas. Tenían dos mil *Carabinieri* en las calles de Milán, esta mañana. Y hay otros mil de refuerzo en Roma, para no decir nada de Turín y allá abajo en Reggio. En este momento tenemos al país controlado… pero con eso no curamos nada, no cambiamos nada.

—Ésa no es nuestra tarea, Steffi. Somos un brazo del Gobierno, pero no el Gobierno mismo.

—No tenemos Gobierno, amigo. Tenemos partidos, facciones, intereses contrapuestos, y el hombre de la calle, que no sabe hacia dónde volverse. Para él, ¿quién representa al Gobierno? Un policía que se marcha al ver un lío del tráfico; algún chupatintas en la oficina de pensiones, que le cierra la ventanilla en la cara. Si las cosas no cambian pronto, nuestro hombre de la calle va a comenzar a gritar, pidiendo un líder… ¡Un nuevo *Duce*!

—¿Y quién sería, Steffi? ¡Vamos, escupe los nombres! Pantaleone ha muerto. Ya no está en escena. ¿Quién es el que entra ahora… y de dónde: de la derecha, de la izquierda o del centro? Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

—¿Y cuando lo hagas?

—Dilo tú, Steffi…

—Ayer enterraste un cuerpo molesto… bajo órdenes. Supongamos que tropiezas con otra molestia, esta vez viva; por ejemplo, un hombre de nuestro propio Servicio. Suponte que te ordenan que cierres el caso y mantengas la boca cerrada. ¿Que harías? Dímelo honestamente, de amigo a amigo.

—Steffi, que me aspen si lo sé. El viejo Manzini tenía razón. Este trabajo corrompe a la gente. Yo sé que a mí me ha corrompido: no me gusta preguntar demasiado.

—¡Pues tendrás que comenzar a preguntar pronto, coronel! Escucha, la pasada noche, en Milán, un sospechoso que estaba siendo interrogado saltó por una ventana, o fue empujado. Ahora, está muerto. No puede ser llevado a juicio. Ni tampoco se puede llevar a nadie. Tú y yo somos guardianes de la seguridad pública. ¿Qué es lo que hacemos? ¿Qué es lo que hace todo el Servicio? Nos absolvemos a nosotros mismos. ¿Por qué? Porque podemos poner a diez, a veinte mil hombres armados en

las calles para mantener al pueblo callado y ahogar las preguntas. ¿Quiénes son los que realmente mandan ahora en Milán? ¿El Gobierno? ¡Y un infierno! Nosotros: los *Carabinieri* y nuestros colegas de la Policía. ¿Sabes?, ésa es una perspectiva muy tentadora. Terriblemente tentadora. Ya no tenemos que ofrecer pan y circo; sólo orden público, paz en las calles y los autobuses llegando a su hora. Te digo que estoy atemorizado. Y ahora, te diré el porqué. Soy judío, coronel. ¿No lo sabías? Bueno, aquí y ahora, no es demasiado inteligente el dar a conocer este hecho. Vivo tras la sinagoga, en el viejo *ghetto*. En la sinagoga tenemos una lista de nombres, trescientos hombres, ochocientas mujeres y niños. Fueron enviados desde Roma a Auschwitz en el Sábado Negro de 1943. Tras la guerra, volvieron quince. Catorce hombres y una mujer. ¿Sabes por qué me uní al Servicio? Para saber por anticipado si esto iba a volver a suceder… ¿Qué edad tienes, coronel?

—Cuarenta y dos. ¿Por qué?

—Eras un niño cuando esto sucedió. Pero ahora, cada vez que veo un cartel electoral, tengo pesadillas. Y lamento si te he ofendido.

—No lo has hecho, Steffi. Me alegra de que me lo hayas dicho. Ahora, ¿por qué no te vas a jugar con tu microscopio?

Cuando el viejo se hubo ido, pasé largo rato mirando mi escritorio atestado, las fotografías, los memoranda, las grabaciones hechas la noche pasada en la «Osteria dell’Orso». Repentinamente, todo parecía fuera de propósito, trivial hasta lo absurdo. Lo que estaba en juego no era la política, ni la lucha por el poder y los sórdidos planes del espionaje, sino yo mismo, Dante Alighieri Matucci, y quién era, qué era lo que creía, y qué precio aceptaría por mi alma… si es que la tenía.

El ser un servidor del Estado era fácil. El Estado era como Dios. Uno no podía definirlo. Y por consiguiente, no tenía que hacer preguntas al respecto. Ni siquiera tenía que creer que existiese. Sólo tenía que actuar como si lo creyese. Ésta era la diferencia entre los anglosajones y los mediterráneos. Para el anglosajón, el Estado era el pueblo, y el Parlamento su voz. La burocracia era el ejecutivo. Para el latino, el Estado era la *res publica*, la cosa pública que tenía poco que ver con el pueblo, si es que tenía algo. Por consiguiente, el latino siempre estaba en una actitud defensiva contra el Estado, en oposición a sus directrices, en compromiso con sus exacciones. El policía no era su servidor, sino el lacayo de su amo. En Inglaterra llaman a sus burócratas «servidores públicos». En Italia son *funzionari*, funcionarios del Estado impersonal.

Pero yo, Dante Alighieri Matucci, era una persona, o creía serlo. ¿Cuánto de mí era posesión del Estado? ¿Hasta qué punto podían, legítimamente, dirigirme? ¿Hasta hacerme tirar a una persona por la ventana? ¿Hasta hacerme disparar contra un manifestante? ¿Hasta atosigar tanto a un ciudadano con papeles, que llegase un momento en que ni siquiera pudiera mear sin un permiso? Y, por otra parte, estaba la otra cara de la moneda: cincuenta millones de personas encerradas en una estrecha península, pobre en recursos, rica sólo en vitalidad y energía, de espíritu turbulento,

fácil presa para demagogos y agitadores. ¿Cómo se podía impedir que se hicieran pedazos los unos a los otros, sin romper unas cuantas cabezas de vez en cuando? Era muy fácil vivir bajo tierra como un topo, mordisqueando las raíces de las vidas ajenas, sin preocuparse de sacar el sucio morro a la luz del sol…

Estaba aún rumiando aquel amargo pensamiento cuando se presentaron los chicos del equipo de vigilancia para informar sobre Lili Anders. Sus grabaciones de la reunión del club nocturno eran casi ininteligibles. Quería saber por qué.

—No hubo tiempo para colocar nada efectivo, coronel. Era un local atestado, con las mesas colocadas al azar, y sólo media hora de aviso… No hubo forma. De todos modos, sólo se quedaron media hora. Los seguimos de regreso al apartamento de Anders. El contacto la dejó allí y se marchó. Giorgio lo siguió a él. Yo me quedé para recibir el informe de la dama.

—¿Quién era el contacto?

—*Picchio*: el pájaro carpintero.

—¿Qué es lo que dijo la dulce Lili?

—Lo tengo aquí apuntado: *Picchio* le preguntó de qué había muerto el general. Ella replicó que de un ataque al corazón. ¿Sabía que estaba enfermo? No, pero tenía algunos dolores en el pecho, que él llamaba indigestión.

—Muy bien por Lili. Siga.

—¿Quién le había llevado la noticia? Un coronel de *Carabinieri*. ¿Cuál era su nombre? Matucci. ¿Y por qué todo un coronel? No sabía. Pero ahora le extrañaba. ¿Cuánto tiempo había estado con ella? Veinte minutos, media hora. Se había sentido trastornada. El coronel había sido amable. ¿Había hecho alguna pregunta significativa? Sólo le había hablado acerca de los movimientos y contactos de Pantaleone, la noche de su muerte. Le había dicho la verdad, pues no había nada que ocultar. Pájaro Carpintero preguntó quiénes eran los herederos del general. Ella no lo sabía. Jamás había visto su testamento. ¿Conocía al abogado del general? Sí. ¿Era amigo suyo? Razonablemente. Entonces, se le ordenó que cultivase esa amistad y, si era posible, que se hiciese amiga de él, y tratase de averiguar todo lo posible sobre el testamento del general. ¿Ha conocido alguna vez a un tal general Leporello?

—¡Por Dios, ése es uno de los nuestros!

—También a mí me asombró bastante, coronel.

—¿Y qué es lo que dijo Lili?

—Que nunca lo había visto. ¿El general le había hablado alguna vez de él? No. Al menos, no que recordase. ¿Cuál sería su siguiente misión? Quedarse tranquila, concentrarse en el abogado, esperar nuevos contactos e instrucciones… desvanecerse, excelente. Eso es todo, coronel… Y, por cierto, no me fui a la cama hasta las tres de la mañana.

—¡Pobrecillo! Espero que durmiese usted bien y castamente. ¿Hay algo de la interceptación del teléfono de Lili?

—No hay nada nuevo desde su llamada a usted, coronel.

—Bien… ahora, oigamos acerca de nuestro capitancillo Carpi.

—No hay nada que contar, coronel. Perdió el conocimiento hacia las tres de la mañana. Pagué a la chica y la cuenta de las bebidas con el dinero de su cartera, y luego lo llevé a casa. No sabe emborracharse, coronel.

—Eso es nuevo para mí. De todos modos, parte para Cerdeña mañana. Eso lo pondrá sobrio. Muchas gracias, caballeros. Ahora, pueden volver a dormir. Quiero que estén frescos y despiertos para las ocho de la tarde. Siguen ustedes de servicio nocturno…

Salieron, con los ojos enrojecidos y murmurando, y sonreí ante su evidente mal humor. Aquello era lo que los americanos llamaban trabajo de capa y cuchillo. Uno se gastaba los pies caminando, llamaba a puertas, estaba de centinela en las esquinas, y vigilaba clubes nocturnos. Uno se hundía en resmas y más resmas de informaciones inútiles hasta que lograba un fragmento de dato que comenzaba o completaba un mosaico. Yo tenía ahora uno de esos fragmentos. ¿Por qué estaba interesado el Pájaro Carpintero, un agente polaco, en Marcantonio Leporello, general de los *Carabinieri*?

Como investigador tengo muchas faltas y dos talentos especiales. El primero es una memoria fotográfica. El segundo es que sé esperar. En toda investigación llega un momento en que no hay nada que hacer, excepto esperar y dejar que la química del caso actúe por sí misma. Si uno trata de apresurar el proceso, para satisfacerse a sí mismo, o a un superior, uno comete errores. Acepta falsas premisas, crea una lógica ficticia. Uno apresura a sus agentes para que hagan observaciones miopes y le den a uno medias respuestas que lo mantengan feliz. Tiende uno la mano hacia soluciones fáciles y la cierra sobre un puñado de humo.

A los italianos les encanta el bullicio y la animación. Uno les delinea una escena y, en menos de una hora, montan una ópera. Son volubles, son dilatorios, son evasivos. Odian comprometerse, ya sea dando una opinión o estableciendo una alianza, por si mañana se ven obligados a atenerse a las consecuencias. Preferirían que les arrancasen un diente a firmar un documento que los comprometa. Yo soy coronel a los cuarenta y dos porque he aprendido a convertir en virtud los vicios de mis compatriotas. ¿Que el ministro del Interior deseaba acción? La conseguía, orquestada para cornetas y timbales. ¿Que la OTAN necesitaba informaciones terroríficas acerca de los espías, para apretar las clavijas de la seguridad? *Bene*! Había veinte guiones para elegir y villanos auténticos que emplear en ellos. ¿Que había algo que olía mal en un contrato de suministros? También para eso había una fórmula mágica: sabotaje por agentes enemigos en la fuente, en tránsito, o en el punto de entrega. Pero, cuando se producía una cosa importante, el truco era crear una zona de silencio y sentarse en ella, visible pero enigmático, digiriendo los hechos de que se disponía, tranquilo como un Buda que esperase el siguiente giro de la rueda de la vida. Era una táctica que desconcertaba a muchos de mis colegas, e irritaba a

bastantes de mis superiores; pero, la mayor parte de las veces, funcionaba… con un poco de juego de manos, para mantener la ilusión.

En aquel momento, el asunto Pantaleone estaba en suspenso. El significado de la tarjeta de la salamandra aún no había sido descifrado. Los papeles del general y su dinero estaban en manos de su abogado, quien probablemente esperaría hasta el último momento antes de responder a mi *invito* y que luego se ampararía en su privilegio legal, para no hacer nada. El hombre del funeral podía no significar nada. El Cavaliere Manzini era sólo un comprador de obras de arte caras. Aún no había llegado nada del experto en heráldica. Nada… nada… nada. Excepto que un agente polaco llamado Pájaro Carpintero estaba interesado en el general Leporello. Parecía un momento adecuado para tener una charla con el director.

El director del Servicio de Información de la Defensa era todo un personaje. Por parte materna estaba relacionado con los Caracciolo de Nápoles, y por el paterno con los Morosini de Venecia. En el Servicio le llamaban *Volpone*: el viejo zorro. Yo tenía otro nombre para el: *Camaleonte*, el camaleón. Un momento uno lo veía claramente, y al siguiente lo había perdido entre la maleza política. Tenía los modales de un príncipe, y la mente de un jugador de ajedrez. Tenía un sentido histórico, y el convencimiento de que la historia siempre se repetía a sí misma. Era irónico en ocho idiomas y hacía conquistas en todos ellos. Jugaba al tenis, navegaba en una embarcación de vela, coleccionaba arte primitivo y era un gran aficionado a la música de cámara, tocando a veces la viola. Era desordenadamente rico, generoso con aquellos que le caían bien y tan despiadado como un verdugo con quienes no le gustaban. Insistía en que yo, Dante Alighieri Matucci, era uno de aquellos que le caían bien, uno de los pocos que respetaba. A menudo nos habíamos enfrentado. Me había tentado más de una vez, pero yo había olisqueado el cebo, y luego me había apartado, con una sonrisa y un alzamiento de hombros. No mantenía en secreto mis debilidades, pero desde luego no me iba a dejar chantajear con ellas, ni por el director ni por ningún otro. Y, si el director quería jugar a algo, yo sabía unos cuantos juegos que tenían reglamentos bastante complicados.

Ahora, estaba jugando a uno de ellos. El general Leporello era una persona importante dentro de los *Carabinieri*. Yo deseaba saber si el director era lo bastante grande como para manejarlo a él, si hubiera necesidad. Así que, sin ceremonias, le hice la pregunta:

—Pájaro Carpintero está interesado en Leporello. ¿Por qué?

El director se puso instantáneamente alerta, como un viejo zorro husmeando un aire hostil. Me dijo tranquilamente:

—¿No es su trabajo el decírmelo a mí?

—No, señor, aún no. El *dossier* de Leporello está marcado «Reservado para el director».

—Perdóneme, lo había olvidado. Veamos, el general Leporello ha pasado los últimos cinco meses en el extranjero.

—¿Dónde?

—Japón, Vietnam, Sudáfrica, Brasil, los Estados Unidos, Gran Bretaña, Grecia, Francia.

—¿Quién pagó el viaje?

—La gira era oficial. El general estaba en una misión de estudio.

—¿Qué era lo que estudiaba?

—Control de motines y contrainsurrección.

—¿Conoce usted personalmente al general, señor?

—Sí. Es un hombre cabal.

—¿Vulnerable?

—Es un patriota, católico devoto, demócrata cristiano y financieramente independiente. Dudo que pudiera ser comprado o asustado.

—¿Atacado? ¿Asesinado?

—Posiblemente.

—¿Seducido?

—¿De qué modo, coronel?

—Con el cebo mayor que existe: la ambición.

—¿Por ejemplo…?

—El hombre que diseña la estrategia de la contrarrevolución puede decidir ponerla en práctica por su propia cuenta… o por cuenta de una potente minoría.

—¿Alguna prueba?

—Sólo ciertas indicaciones. Pájaro Carpintero y su red tienen asignada la misión que voy a citarle: «… avisar por adelantado de cualquier intento de los grupos neofascistas de dar un golpe de Estado, y de las acciones pensadas para provocarlo». Si Pájaro Carpintero está interesado en Leporello, también nosotros tendremos que estarlo.

—Matucci, está usted en el país de los unicornios.

—La mitad de nuestras vidas estamos moviéndonos entre fábulas. A veces, las fábulas se convierten en realidad.

—En el caso de Leporello, creo que no. No obstante, déjeme darle vueltas a la idea. Ya le diré algo. Por el momento, no emprenda acción alguna.

—Sí, señor.

—¿Algo más?

—No, señor.

—Entonces, permítame que le haga un cumplido. Me gusta su actitud en el trabajo, es usted cuidadoso y tiene la mente abierta. Eso es raro, aunque muy necesario, en estos tiempos.

—Es usted muy amable, señor. Muchas gracias.

—Hasta luego.

Salí, muy pensativo. Si el director estaba atemorizado, todos los demás deberíamos estar buscando refugio. Si el director estaba dedicado a la causa o a un

compromiso, la única cosa que lo detendría sería un balazo en la cabeza. Era el perfecto hombre del *cinquecento*, con un confesor a su mano derecha y un poeta a la izquierda, mientras sus enemigos se pudrían, aullando, en los calabozos que había bajo sus pies. Yo llevaba el nombre de un poeta y necesitaba un confesor; pero no tenía el menor deseo de acabar mis días en los calabozos de la malquerencia oficial. Y sin embargo… y sin embargo… Un hombre que podía controlar manifestantes y guerrilleros urbanos podría, un buen día, controlar el país, especialmente si era patriota, un buen cristiano, y no tenía que preocuparse por el pago del alquiler o por si iba a tener con qué comer.

Apenas había vuelto a mi oficina, cuando mi secretaria anunció que el *Avvocato* Sergio Bandinelli había contestado a mi *invito* y estaba esperando para verme.

El abogado era bajito, minucioso y muy irascible. Me pregunté por un instante si representar el papel de burócrata o el de caballero, y decidí ahogarlo en cortesías. Me dolía mucho tener necesidad de molestar a un hombre tan ocupado. Estaba agradecido por una respuesta tan rápida. Esperaba poder liquidar rápidamente los pocos asuntos en cuestión. Comprendía la relación entre abogado y cliente. Era mi deber el proteger esa relación, y el obrar en contra de cualquier intento de ruptura de la misma. Sin embargo…

—… en los casos en que está mezclada la seguridad nacional, *Avvocato*, ambos tenemos que ser algo más flexibles. Estoy seguro de que usted podrá comprender eso.

—No, coronel, no lo comprendo. He venido aquí, a su oficina, a protestar por el embargo ilegal de los papeles de mi cliente, y para requerir su inmediata entrega a mi persona.

—No hay problema en absoluto. Puede llevarse los papeles con usted, al irse. En cuanto a la protesta, ¿qué va a sacar con ello? El Servicio de Información de la Defensa trabaja bajo las órdenes directas del presidente y con unas reglas un tanto especiales. Naturalmente, si usted desea seguir adelante con su queja…

—Bueno… bajo las circunstancias…

—¡Muy bien! Ahora, deseo hacerle partícipe de nuestra confianza, solicitar su ayuda en un asunto de gran importancia.

—Me encantará ayudarle, coronel, siempre que pueda preservar mi posición en el caso de un conflicto de intereses.

—Naturalmente. Procedamos pues. El general Pantaleone era un hombre importante. Su muerte tiene consecuencias políticas, y se me ha ordenado que estudie estas consecuencias. Por tanto, estoy interesado en todos los aspectos de las actividades del general. Por ejemplo, estaba procediendo a vender sus posesiones, valores de la Bolsa, y preparándose a dispersar su colección de arte. ¿Por qué?

—No puedo responder a eso.

—Sus agentes de Bolsa nos han informado que los importes de las ventas de sus acciones le fueron transferidos a usted. ¿Qué es lo que debía hacer usted con ese dinero?

—Tampoco puedo contestarle a eso.

—Me temo que deberá hacerlo.

—No, coronel. Tengo privilegio legal.

—Antes de invocarlo, déjeme decirle algo más. Su fallecido cliente mantenía relaciones con un miembro de una red de espionaje extranjera.

—No lo creo.

—De todos modos, es cierto. Usted mismo está siendo vigilado por esa red.

—¿Es eso algún tipo de amenaza, coronel?

—No es una amenaza, *Avvocato*, es la afirmación de un hecho. Por consiguiente… cuando rehúsa usted decirme lo sucedido a grandes cantidades de dinero, se está usted exponiendo a algún peligro. En todo esto está mezclado un crimen, una amenaza a la seguridad del Estado. Su cliente está muerto. Usted debe responder de la parte que ha representado en sus negocios. Así que, de nuevo le pregunto: ¿Qué es lo que pasó con el dinero?

—Me dio instrucciones para que lo reinvirtiese.

—¿Dónde?

—En el extranjero. En Suiza y Brasil, en su mayor parte.

—¿Y si se hubiera vendido la colección de arte y las tierras?

—Tenía las mismas instrucciones.

—Tal exportación de fondos necesita la aprobación del ministro de Finanzas. ¿La tenía usted?

—Bueno, no… Pero la naturaleza de la transacción…

—No me lo cuente, *Avvocato*. La transacción incluiría el uso de intermediarios que tienen canales seguros para exportar capitales. Cobran un cinco por ciento por sus servicios. A cambio, garantizan la inmunidad de su cliente. Es una vieja historia. Pero no sirve en este caso, y usted lo sabe. Puede ser acusado por conspirar para violar la ley. Tiene usted suerte de que soy un investigador de la inteligencia, y no un policía… pero puedo cambiar de gorra en el momento en que lo desee. ¡Así que hable, *Avvocato*! ¡No quiero más juegos de niños…! ¿Por qué estaba Pantaleone exportando capitales?

—En resumen, porque tenía miedo. Se había unido a los neofascistas, de los que era el consejero militar, y para los que sería comandante en jefe en caso de golpe de Estado. Pero sus tácticas provocativas le preocupaban. Creía que aún no eran lo bastante fuertes para arriesgarse a un golpe de Estado y que, si lo intentaban, eso daría lugar a una guerra civil. Toda la fuerza del Movimiento está en el Sur. En el Norte, la izquierda tiene el control, y está mucho mejor organizada. Así que el Movimiento comenzó a perder la fe en Pantaleone. Deseaban apartarlo en favor de un hombre más atrevido.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Lo sabía Pantaleone?

—No. Lo único que sabía es que era alguien que podría ser atraído hacia el Movimiento, en el momento oportuno.

—¿Un militar?

—Obviamente. Si provocaban un disturbio, tenían que ser capaces de ofrecer una acción militar para suprimirlo. Ése es el objetivo de la provocación, ¿no?

—Así que el general estaba asustado. ¿De un rival, o de alguna otra cosa?

—De una acción en su contra.

—¿Qué tipo de acción?

—No lo sé.

—Entonces, supóngala.

—Un daño a su reputación. Algún tipo de revelación sobre su pasado.

—De hecho, un chantaje.

—Sí. Tenía una carrera muy desigual, y muchos enemigos.

—¿Había recibido alguna amenaza directa?

—Bueno… en un sentido legal, no.

—¿Y en sentido vulgar, *Avvocato*?

—Hace una semana recibió un comunicado.

—¿Qué tipo de comunicado?

—Consistía en una biografía muy completa y exacta que, si alguna vez hubiese sido publicada, hubiera dañado irreparablemente su reputación, y lo hubiera apartado definitivamente de la vida pública.

—¿Se la mostró a usted?

—Sí. Me preguntó si podría haber alguna defensa contra su publicación, o algún método para hallar a su autor. Le dije que no… al menos sin correr el riesgo de extender peligrosamente la información.

—Pero ¿se hizo una amenaza de publicar aquello?

—Sí, la leí.

—¿Qué es lo que leyó?

—Una tarjeta, que iba con el manuscrito.

Deposité la tarjeta de la salamandra en la mesa, frente a él.

—¿Esta tarjeta?

El abogado la tomó con recelo, la examinó, y estuvo de acuerdo.

—Sí, es ésta. ¿Dónde la consiguió?

—La encontré en el dormitorio del general. ¿Qué pasó con la biografía?

—La guardó en su caja de seguridad del Banco.

—Que usted vació ayer.

—Sí.

—La quiero. Quiero todos sus documentos.

—Se los daré, con mucho gusto… cuando me traiga una orden judicial. Sin ella, ni hablar.

—Esta tarjeta, *Avvocato*, ¿qué es lo que significa?

—Para mí, nada.

—¿Qué es lo que significaba para el general?

—Sólo puedo contarle lo que él me dijo.

—¿Sí?

—Era un hombre taciturno, muy dado a las citas. Me dijo: «Bueno, llegó al fin el día de San Martín».

—¿Y qué infiernos se supone que significa eso?

—No me lo explicó. Jamás lo hacía. Durante mucho tiempo estuve preguntándome qué sería. Luego, encontré la referencia. Es de *Don Quijote*: «A cada cerdo le llega su San Martín». En España, se acostumbra a sacrificar los cerdos en la fiesta de San Martín.

—*Avvocato* Bandinelli, estoy seguro de que es usted un excelente abogado. Jamás dice una mentira. Simplemente, entierra la parte de la verdad que realmente importa, y la ley lo protege, mientras lo hace. Sin embargo, se ha colocado usted fuera de la ley, poniéndose así en peligro usted mismo y su privilegio. Naturalmente, puede usted luchar conmigo. Mediante sus tácticas y rodeos, puede retrasar mi trabajo, pero llegará su día de San Martín. Si quiere evitarlo, estoy dispuesto a hacer un trato con usted. Me olvidaré del asunto de los capitales. Enviaré con usted a un hombre para reunir todo papel que tenga acerca de la familia Pantaleone. Hará una lista de los papeles, y luego los cerrará y sellará en su caja fuerte. Mañana, yo iré a su oficina y los examinaré, en su compañía. De esta forma usted mantiene su privilegio y yo obtengo la información que quiero. ¿De acuerdo?.

—Parece que no tengo elección.

—Así es.

—Entonces, de acuerdo.

—Muy bien. Puede firmar por los papeles que tenemos, y llevárselos con usted. Cuando vaya a casa esta noche, deje la llave de su oficina a mi hombre. Pasará toda la noche allí.

—¿Por qué?

—Por protección, *Avvocato*. En estos tiempos, la política es un trabajo arriesgado.

Lo decía en tono irónico. Era el viejo profesional mostrándose condescendiente con un civil. Debería haber sabido lo que decía. En este trabajo, en este país, uno está siempre sobre una trampilla, con la cuerda de la horca alrededor del cuello.

Dicho esto, estoy de acuerdo en que se necesita una explicación. Lo que llamamos República de Italia, nosotros, los llamados italianos, no es una nación en absoluto. Somos provincias, ciudades, regiones, tribus, fracciones, familias, individuos… todo y cualquier cosa, menos una unidad. Pregúntenle a ese tipo de ahí, al barrendero, qué es. Les contestará: «Soy un sardo, un calabrés, un napolitano, un romañolo». Jamás, jamás, les dirá que es italiano. Esa chica que va en el «Ferrari», es una veneciana, una veronesa, una paduana. Esposa, amante, madre o, lo que es más raro, virgen, se identifica con un lugar, un trozo de tierra. Yo mismo, como ya les he

dicho, soy un toscano. Sirvo, porque me pagan para servir, a esa nebulosa cosa pública llamada el Estado; pero a mí lo que me atañe es otra cosa: Florencia y los Médicis y el Arno y los pinos plantados sobre las tumbas de mis antepasados. ¿Las consecuencias de esto? Una especie de anarquía que los anglosajones jamás comprenderían; un tipo de orden que aún podrían comprender menos. Sabemos quiénes somos, hombre por hombre, mujer por mujer. Despreciamos al extranjero, porque es diferente. Lo respetamos porque sabe, y nosotros también, quién es. Por consiguiente, he aquí mi dilema: jamás podré decir: «¡Éste es el enemigo, destrúyanlo!». Debo decir: «Éste es el enemigo de este momento, pero viene de mi región, su hermana está casada con mi primo y mañana quizá necesitemos ser amigos. ¿Cómo debo comportarme para que no se rompan los eslabones, a pesar de que la cadena se tense hasta el punto de ruptura?

Hay muchos que dirán que, en este sistema, no hay lugar para los patriotas, sólo para los pragmáticos y oportunistas. Eso son palabrotas… ¿no? Tenemos que sobrevivir, y ése es un problema práctico. Tenemos una vida, una oportunidad para llegar a un entendimiento con ella. Mientras ese entendimiento sea negociable, tratamos de negociar. Si se nos obliga a aceptar una situación desagradable, la aceptamos, y esperamos un mañana en que el contrato pueda ser anulado o variado por consentimiento mutuo. Como verán, lo sé todo. Por consiguiente, no hay excusa para las estupideces que comencé a cometer aquella tarde.

La primera fue mi despectivo trato con el *Avvocato* Sergio Bandinelli. Juzgué que sería un hombre asustadizo y maleable. Le asigné como guardián a un agente joven, un tal Giampiero Calvi. Le di a éste unas instrucciones muy simples. Calvi acompañaría a Bandinelli a su oficina. Tomaría posesión de los papeles de Pantaleone, haría una lista de los mismos, los cerraría en la caja fuerte del abogado, la sellaría y permanecería en aquella oficina hasta que lo relevase a las nueve de la mañana siguiente. Durante la noche, llamaría al oficial de guardia del cuartel general de hora en hora. Calvi era un joven prometedor. No le di ningún sermón. Supuse que bastaría el entrenamiento que yo mismo le había dado.

Entonces, porque estaba cansado, decidí mezclar el negocio con el placer. Porque era, y soy, demasiado arrogante para mi propio bien, elegí llevar a cabo mi jueguecito contra el director. Telefoneé a mi criada y le dije que no iría a casa a cenar, y que quizá pasase la noche fuera de Roma. Luego, llamé a Lili Anders y le dije que, por asuntos del servicio, la iría a buscar a las ocho treinta para ir a tomar un cóctel y llevarla luego a cenar. ¿Dónde? Un lugar discreto pero elegante, donde pudiera olvidar su dolor, y relajarse. ¿Mis intenciones? Querida señora, las de un colega y colaborador. Ni más, ni menos.

Atravesé el pasillo para ir a charlar con mi colega Rigoli, que está dedicado a los movimientos y a la seguridad de las gentes públicas y no tan públicas. Rigoli es un individuo gris, ratonil, con un archivador como mente. Lo que no sabe, puede imaginárselo con un setenta por ciento de exactitud: dónde puede ser hallado el

ministro de Finanzas a las tres de la madrugada del viernes, qué primer secretario tomó tal vuelo a Venecia, y quién tenía el asiento contiguo al suyo. Me dijo que el general Leporello estaba en la actualidad en Roma, alojado en el «Hassler», y dedicado a dar una serie de conferencias, con altos oficiales de los ejércitos. Llamé al hotel y, tras una breve conversación con un ayudante, me comunicaron con el general. La conversación fue breve y tensa.

—General, aquí el coronel Matucci, del SID.

—¿Sí?

—Es un asunto urgente. Me gustaría verle.

—¿Cómo de urgente?

—Mucho.

—Estoy ocupado hasta las seis. Después puedo concederle media hora. Llámeme desde el vestíbulo. *Suite* diez.

—Muchas gracias, señor.

—Repítame el nombre.

—Matucci. Sección E.

Colgué el teléfono, y esperé. Si había juzgado bien a aquel hombre, llamaría para comprobar, ya fuera a mi o al director. Si llamaba al director, me esperaba una hora muy poco agradable. Estaba apostando en el hecho, bien conocido en el Servicio, de que el director era un tipo muy poco comunicativo, que rehusaba los contactos casuales, incluso con los oficiales superiores. No me equivoqué, al cabo de tres minutos sonó mi teléfono y se oyó la voz de Leporello.

—¿Con quién hablo, por favor?

—Matucci, Sección E.

—Aquí Leporello. Según creo, tenemos una cita.

—Sí, señor. *Suite* diez a las dieciocho cero cero.

—Por favor, sea puntual. Adiós.

¡Puah! Era muy posible que necesitase un poco de relajamiento tras media hora con aquel cabezota. Hice otra llamada, esta vez a una curiosa pequeña oficina de la Via Bissolati, que suministra a la Prensa y a los suscriptores privados noticias acerca de las idas y venidas de las celebridades. Yo no estoy suscrito a ella. La uso, y pago a cambio animando a mis colegas de la *Questura* a que pasen por alto ciertas irregularidades de su actuación: telefonistas alemanas cuyos permisos de residencia ya han caducado, mecanógrafas inglesas que no pasan su contribución a la seguridad social y cosas así. Es una especie de corrupción, pero aquí le damos un nombre mucho más histórico, *tolleranza*, vive y deja vivir, pero recuerda siempre que la ley tiene una memoria de elefante y una bota muy pesada. Mi contacto es una danesa de grandes senos que vive, por desgracia, con un periodista español acreditado ante la Santa Sede. Su estado civil es altamente dubitativo, pero su información es siempre muy exacta.

—¿Faubiani…? Bueno, el viejo Manzini está en la ciudad, así que ella debe de

estar saliendo con él. Veamos… Ayer Valerio dio un pase de géneros de punto. Esta noche Fosco está exhibiendo joyería, y lo ha hecha coincidir con un acto de Lavezzi, que presenta un libro de lujo sobre los orfebres del Renacimiento. Probablemente la Faubiani estará allí. Es un cóctel en «Fosco», a las ocho y media, y que durará hasta que se acabe el champán. Si quieres una invitación, puedo darte la mía. Claudio trabaja esta noche, y lo único que logro es que me entre envidia cuando veo todas esas chucherías tan caras.

—Eres un ángel, Inger.

—No le digas eso a Claudio. Está volviendo a ponerse demoníaco… ¿Cuándo voy a verte, Dante?

—Cuando vaya a recoger la invitación, a las siete y media. *Ciao, bambina*!

Y así, con mi tarde ya programada, hora tras brillante hora, quedaba una resolución por tomar: ¿qué número le dejaba al oficial de guardia nocturno? Le di dos: el de Lili Anders, y el de mi casa. Ahora, ya estaba dispuesto a arreglarme: cambiarme de ropa, arreglado del cabello, afeitado, un masaje para tonificar mis caídos músculos faciales y media hora de instructivo chismorreo con mi manicura favorita.

A las dieciocho en punto telefoneé al general Leporello desde la recepción del «Hassler». Me ordenó esperar hasta que su ayudante bajara a buscarme. Me fijé en que el ayudante era un joven musculoso de cabello rojizo, con pecas y acento trentino. Se mostró respetuoso, pero lacónico, y quiso ver mi carnet antes de salir del vestíbulo. Sospeché que, cuando me dejó con el general, se apostó justo tras la puerta de la *suite*. Leporello mismo fue una verdadera sorpresa. Era un hombre alto, rubio y rubicundo, más germánico que latino. Su pecho era ancho, y no tenía panza. Sus gestos eran comedidos y su comportamiento seco y conciso. No tenía el menor sentido del humor.

—Su identificación, por favor.

Se la entregué. La estudió, línea a línea, y luego me la devolvió.

—¿Qué es lo que quiere discutir, coronel?

—Asuntos resultantes de la muerte del general Pantaleone.

—¿Tales como?

—Esta tarjeta, señor. Fue encontrada en la habitación del general, tras su muerte.

—¿Qué es lo que significa?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar. Iba con un manuscrito que le fue entregado a Pantaleone antes de su muerte.

—¿Qué clase de manuscrito?

—Documentos incriminatorios acerca de la vida pasada del general.

—¿Chantaje?

—Así lo creemos.

—¿Dónde está ahora?

—En la oficina de su abogado, bajo la custodia de un agente del SID.

—¿Y esa tarjeta?

—Es nuestra única clave de la identidad del chantajista.

—¿El símbolo?

—Una salamandra.

—Es extraño.

—¿Por qué, señor?

—Durante la guerra, uno de los grupos más importantes de partisanos que había en la Valpadana estaba dirigido por un hombre que se llamaba a sí mismo la Salamandra.

—¿Cuál era su verdadero nombre?

—No lo sé. Desapareció hacia 1943. Corrió el rumor de que los alemanes lo habían capturado.

—¿Usaba una tarjeta como ésta?

—Sólo tengo un recuerdo vago, porque toda mi información, en aquel tiempo, era de segunda o tercera mano; pero creo recordar que se habló de una tarjeta que apareció prendida en el pecho de las víctimas de la banda.

—¿Era ése un grupo marxista?

—La mayor parte de los grupos del Norte tenían conexiones, verdaderas o imputadas, con los marxistas.

—¿Trabajó usted alguna vez con esos grupos, general?

—¿Yo? Jamás. Mi lealtad estaba con la Corona. Jamás la cambié… aunque podría haber sido conveniente hacerlo. Despreciaba a los fascistas, odiaba a los alemanes; pero, aun así, no podía convertirme en un traidor. Hoy, puedo mostrarme aún honesto y orgulloso.

—Seguro que sí, señor. Pero también es un blanco natural para los terroristas de la izquierda.

—Me lo imagino.

—Lo que me lleva al verdadero propósito de mi visita, que es informarle de que se halla usted bajo la vigilancia de, al menos, una red de agentes extranjeros.

Me dedicó una sonrisa breve y sin humor.

—Eso no es ninguna noticia, coronel. Siempre he supuesto que estaba vigilado por todos los grupos… extranjeros o locales.

—La noticia es, general, que este grupo lo considera a usted como posible sucesor del general Pantaleone.

—¿De qué manera?

—Como líder político y militar, en el caso de que se diera un golpe de la extrema derecha.

—Lo que, naturalmente, es una tontería…

—Claro que sí, señor. Pero eso lo hace a usted vulnerable.

—¿A qué?

—A un chantaje o asesinato.

Había pensado que esto lo estremecería, o al menos le interesaría. Imposible. Era duro y listo como el granito de cementerio.

—¿Chantaje, coronel? Le aseguro que eso es casi imposible. Mi vida es un libro abierto. No me avergüenza ni una sola página del mismo. En cuanto a las tentativas contra mi vida, han sido previstas, y se han tomado medidas de seguridad para protegerme a mí y a mi familia. Me preocupa mucho más la sugerencia, aunque haya sido hecha por elementos hostiles, de que puedo tener ambiciones políticas. No tengo ninguna. Creo en la jerarquía y el orden. Sólo me veo a mí mismo como un servidor de la autoridad legalmente constituida.

—Lo comprendo perfectamente, señor.

—Una pregunta, coronel.

—¿Señor?

—¿Ha discutido este asunto con su director?

—Lo he hecho.

—¿Y cuál es su opinión?

—Que el SID no debe emprender ninguna acción. De hecho, me he excedido en mis atribuciones al solicitar esta entrevista con usted.

—Entonces, ¿por qué la solicitó?

—Usted y yo, general, somos colegas. Somos miembros del mismo cuerpo. Creí que en esto se barajaba un asunto de honor. Decidí actuar bajo mi propia iniciativa, y a mi propio riesgo.

—¿Qué riesgo, coronel?

—Bueno… para decirlo suavemente, el director tiene un carácter impresionante.

—¿Le tiene miedo?

—No, señor… pero le tengo un saludable respeto.

—Entonces, ¿preferiría que no le informase de nuestra entrevista?

—No he dicho eso, señor. Ni lo diré. He cumplido con mi deber, tal como yo lo veo. Estaba, y estoy, dispuesto a aceptar todas las consecuencias.

Por primera vez, Leporello se relajó. Me ofreció un cigarrillo de una pitillera de oro, y llevó su condescendencia hasta encendérmelo. Se recostó en su sillón y me contempló con hosca aprobación.

—Me causa usted buena impresión, coronel. Si necesita un amigo en el Servicio, lo tiene en mí. Daré instrucciones a mis ayudantes para que tenga usted acceso instantáneo a mí, en cualquier momento.

—Eso es muy generoso por su parte, señor.

—En absoluto. Tenemos un objetivo común: la seguridad y estabilidad de la República. Debemos cooperar siempre que sea posible. Pantaleone era un estúpido peligroso y un verdadero bellaco. Hoy necesitamos hombres fuertes que estén dispuestos a correr riesgos en pro del servicio público. Creo que usted es uno de ellos. Naturalmente, su actual experiencia es muy valiosa. Si alguna vez siente inclinaciones a unirse a mi plana personal, me encantará tenerlo conmigo.

—Eso es un gran cumplido.

—Se lo merece. Y, coronel…

—¿Señor?

—No tengo intención alguna de discutir esta reunión con su director.

—Gracias, señor.

Me estrechó la mano, y me llevó fuera, entregándome al cuidado de su atlético ayudante, que me escoltó hasta el vestíbulo con un poco más de amabilidad, y que me favoreció con un saludo, mientras me alejaba.

En los jardines del Pincio, detuve el coche y permanecí durante veinte minutos tratando de encontrarle sentido al general Leporello. Tengo un miedo instintivo a aquellas personas que actúan como si fueran primos hermanos de Dios Todopoderoso. Su virtud me ciega. Su inexorabilidad nunca deja de asombrarme. Su pasión por el orden los sitúa más allá de la razón o la piedad. Tienen toda la rectitud de un gran inquisidor y la habilidad de un jesuita en la casuística. Todos ellos son dogmáticos y no dudan lo más mínimo en volver a escribir los códigos en beneficio propio. Atraen lacayos, satélites, y subordinados que alimentan su ambición e hinchan su virtud consciente hasta convertirla en una leyenda de impecabilidad. En resumen, odio sus tripas y tengo mucho más miedo de ellos que de todos los villanos venales con que me encuentro en mi trabajo. Y también me hacen temerme a mí mismo, porque me provocan la ira, la pérdida del juicio y una salvaje reacción.

Y sin embargo, de aquello había surgido un tenue provecho. Leporello estaba tentándome para conseguir una alianza, primero con un mendrugo de información, cierta o falsa, acerca de la Salamandra. Luego con una promesa de amistad y apoyo. Una alianza indicaba una estrategia; una estrategia señalaba hacia un objetivo. ¿Que objetivo? ¿Cual era la siguiente ambición de un hombre que había sido designado para controlar ciudades hormiguero con sus millones de volubles humanos? Incluso si aún no la había definido por sí mismo, había otros dispuestos a hacerlo por él. ¡Hey! Era demasiado tarde y demasiado pronto para que Dante Alighieri Matucci leyese el futuro. Puse en marcha el coche y conduje a través de los caminitos entre los jardines para ir a beber cócteles con Lili Anders.

El apartamento había cambiado desde mi última visita. El gran retrato ecuestre de Pantaleone había desaparecido de encima de la repisa, y en su lugar había un brillante cuadro surrealista de Spiro, un paisaje de flores con sonrientes rostros humanos, y una procesión de instrumentos musicales, que tocaban la música con la que danzaban. Los muebles habían sido cambiados de sitio, y los adornos colocados de tal forma que daban un aire de femineidad no diluida. La misma Lili había cambiado, en cierta manera sutil que sólo podía definir mediante detalles: llevaba el cabello peinado más suave, sus ropas eran más modernas y extravagantes, su comportamiento más relajado y confiado. Incluso la criada era un poquito menos brusca, si bien aún seguía mostrándose suspicaz y nada acogedora. Cuando comenté los cambios, Lili sonrió y se alzó de hombros.

—Ahora, vivo mi propia vida. No tanto como me gustaría, pero, al menos, un poco más. ¿Qué quiere beber?

—*Whisky*, por favor.

—También usted ha cambiado.

—¿Cómo?

—Quizás es más humano. Menos profesional. ¿Cómo debo llamarlo, coronel?

—Mi nombre es Dante Alighieri.

—Dante era un hombre muy sombrío. ¿Y usted?

—A veces. Esta noche, no.

—¿Qué hay de diferente en esta noche?

—Tenemos trabajo que hacer; pero, a pesar de eso, me gustaría que disfrutásemos.

—Eso no es muy posible, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Porque, Dante Alighieri, usted me posee. Me dirige como a un títere. No tengo elección acerca de lo que puedo disfrutar, o cómo… Su bebida, mi amo.

—A su salud, Lili.

—¿Dónde vamos a cenar?

—Estamos invitados a una exhibición, y después a un cóctel con champán. Fosco va a mostrar sus joyas.

—Eso podría ser interesante. ¿Le gustan las joyas, Dante?

—Sí… me gustan… a pesar de que no puedo permitírmelas.

—¿Le gustaría ver las mías?

—Si usted lo desea.

—Se las mostraré cuando regresemos. Supongo que volverá a traerme aquí, después de la cena.

—Está usted mostrándose muy dura conmigo, Lili.

—No. Quiero que sepa que comprendo nuestra relación. Prometí un buen servicio, a cambio de dinero y protección.

—No soy un proxeneta, Lili.

—Entonces, ¿qué es lo que es usted?

—¿Me creería, si se lo digo?

—Quizá.

—Es muy simple. Soy un estúpido autoindulgente, al que le gustan las mujeres hermosas.

—Ahora, cuénteme lo demás.

—Estoy cansado, y quiero reír un poco. Estoy asombrado, y quiero dejar de pensar. Estoy atemorizado, y realmente no quiero preguntar el porqué.

—¿Atemorizado usted?

—Sí. Ésta es la Era de los asesinos, Lili… la Era de los fanáticos y los destructores. Quieren un nuevo mundo. Derribarán veinte siglos de civilización para lograrlo. Lo que no ven es que, cuando estén sentados sobre las ruinas, la vieja banda tendrá que regresar, los tecnócratas para construir las fábricas, los financieros para crear una nueva ilusión de dinero, la Policía para amedrentar a la gente hasta que esté en orden, e incluso los cazarratas ciudadanos como yo. Es una locura, Lili, y estoy en el centro de ella. Y usted también. No hay huida para ninguno de nosotros, pero pensé que, quizá por una hora, habría una zona de tranquilidad en el ojo del huracán. Fui un estúpido. Olvídelo. No soy ningún sádico. ¡Así que, por Cristo, no se sienta insultada! Ahora, por favor, ¿puede darme otro trago?

Tomó el vaso sin decir una palabra, lo volvió a llenar y me lo trajo. Entonces, colocó una fría mano sobre mi mejilla y dijo, con mucha calma:

—Incluso si sólo es verdad la mitad de todo ello, lo creo. Y no me siento insultada.

No estaba seguro de creérmelo yo mismo; pero deseaba sentirme menos como un alcahuete y más, mucho más, como un hombre que podía enfrentarse sin vergüenza con la luz del sol. Tomé su mano, me la llevé a los labios y la besé suavemente.

—Ahora, comencemos de nuevo con la escena. Entra Dante Alighieri Matucci, que es recibido por Anders. Ésta lo saluda formalmente, pero con una cierta amistad…

—Corrección. El saludo de ella es amistoso, aunque aún no íntimo.

Se inclinó y me besó en la frente, y luego se apartó para servirse otro trago. Veinte minutos más tarde entrábamos en «Fosco» y nos unimos a la reunión dándonos la mano como enamorados.

No se lo había dicho a Lili, pero tenía una pequeña información acerca de Fosco, el joyero. Era, y aún sigue siendo, un fenómeno: un joven homosexual de talento que había saltado de aprendiz en los callejones de Florencia a establecerse, en cinco años, como uno de los mejores joyeros de Roma. Apareció en una ocasión en nuestros archivos como amigo de un diplomático árabe; pero la asociación duró poco, y perdimos interés en él. Somos muy tolerantes en cuestiones morales, pero altamente sensibles a la política del Oriente Medio. A veces, dado que sus exhibiciones atraían a un abigarrado grupo de gente con nombre y título, y sin nombre, pero con dinero, yo

plantaba a un observador entre sus invitados o sus guardias de seguridad. Pero, si bien esta práctica resultaba provechosa en grado menor, el mismo Fosco siempre salía limpio: un buen artesano, con maneras exquisitas y un egoísmo a prueba de bomba que le permitía imponer su gusto y su lista de precios exorbitantes a un amplio abanico de matronas romanas, esposas de diplomáticos, estrellas de cine en alza y queridas de postín.

La presentación de su colección de primavera era un acontecimiento de gala. Los mejores títulos de Roma llevaban a cabo una lenta pavana alrededor de sus vitrinas. Las modelos más caras se colocaban en puntos estratégicos de la galería. Un maitre presidía el buffet. Un ejército de hermosos y jóvenes camareros distribuía champán y canapés; e inclusos los guardias de seguridad lograban parecer industriales milaneses. Era un sofisticado *ballet* social, y Fosco lo dirigía con considerable encanto y sólo una vaga nota de desprecio hacia los ejecutantes.

Llegamos mediado el primer movimiento. Los que cenaban pronto y que llegaban, eran vistos, tomaban un cóctel o dos y se marchaban. Los serios, los amigos del amo, llegarían más tarde, se quedarían largo rato ante el buffet y se irían hacia medianoche. Fosco nos recibió con vaga cortesía y nos indicó con un gesto que nos uniéramos a la concurrencia. Nos hicimos con un par de copas de champán y de catálogos y comenzamos nuestro circuito de las vitrinas. Quedaba claro inmediatamente un hecho: Fosco había tenido un gran éxito. La mitad de los artículos estaban ya adquiridos, algunos marcados «Vendido», otros «Reservado», dados ya en opción, por anticipado, a las grandes casas: «Bulgari», «Cartier», «Buccellati», «Tiffany». Y no es que no se lo mereciese. Era un maestro en cada estilo: el barroco, el antiguo, el vanguardista. Sus diseños eran originales, su realización soberbia. Las piedras más pobres parecían como gemas de primeras aguas. Las mejores estaban dispuestas cual sagradas reliquias, y vivían bajo las artísticas luces.

Tampoco se mostraba muy modesto respecto a sus joyas. Había etiquetado cada vitrina como si fuera una pieza de museo, describiendo la génesis del diseño, las particularidades de las piedras y su montaje y, siempre que podía, el nombre y título de la persona que la había encargado. Las familias de más rancio abolengo resoplaban ante tal vulgaridad, pero Fosco demolió su esnobismo de un solo golpe.

—Quiero que mis joyas sean tema de conversación. ¿Cómo puede hablar una mujer de algo que no conoce? Explico mi trabajo, y así enfatizo su valor. ¿Correcto o no? ¡Vean el resultado! Jamás tengo existencias. Quedo a cero después de cada exhibición…

Según parecía, después de ésta le saldría el dinero por las orejas. Estábamos a medio recorrer la sala cuando Lili tiró de mi manga y señaló el catálogo. La sección que indicaba venía titulada «Una fantasía de bestias raras» y se refería a una colección de mariposas, pájaros y animales enjoyados, para ser usados como broches, pendientes, cierres, hebillas, colgantes y simbólicos guardianes de la castidad femenina. Lili estaba señalando el número 63, del que decía la descripción:

Salamandra. Broche con la forma de una bestia heráldica. Esmeraldas en *pavé*. Coronada con brillantes y ornamentada con rubíes de Birmania. *Adaptada de un diseño caligráfico. Encargada por el Cavaliere Bruno Manzini, de Bolonia.*

La pieza en sí estaba a seis metros de distancia, depositada sobre un lecho de terciopelo negro, en una pequeña vitrina montada sobre un pilar de alabastro. No era una joya alegre, pero el artesano había preservado el carácter y dibujo de la caligrafía original, así que, cuando la comparé con la tarjeta, no me quedó lugar a dudas de que los diseños eran idénticos.

Me llevé a Lili lejos de la vitrina, hacia la masa de gente que se agolpaba alrededor del buffet. En el mismo instante entró el *Cavaliere* Bruno Manzini en la galería, con la *Principessa* Faubiani a su lado, y un pequeño séquito de amigos tras ellos. Fosco los saludó efusivamente, llamó a sus lacayos chascando los dedos para que les ofreciesen champán y catálogos, y luego los siguió para mostrarles sus obras maestras.

Problema inmediato: cómo enfrentarme con Manzini antes de que saliese de la galería. Aquí, lo tenía a mano. Una vez saliese, quizá tuviese que perseguirlo por toda la península. Por otra parte, con la Prensa y todos los chismosos de la ciudad presentes en masa, no podía arriesgarme a dar pie a un escándalo. Dejando a Lili ante el buffet, me abrí camino hasta la entrada, donde un agradable joven estaba sustituyendo a Fosco como anfitrión.

Le enseñé por un instante mi identificación.

—*Carabinieri*. ¿Quién está a cargo de sus guardias de seguridad?

—Aquél de allí, junto a la escalera, el tipo alto de cabello gris. ¿No habrá ningún problema?

—Ninguno. Pura rutina.

Atraje al tipo alto hacia las sombras, y también le mostré mi carnet, pero asegurándome esta vez de que lo leía cuidadosamente antes de darle instrucciones.

—Esto es muy importante. No podemos permitirnos un error. Me llevará a la oficina privada de Fosco. Le daré una nota para el *Cavaliere* Bruno Manzini. Lo escoltará hasta la oficina, y luego nos dejará solos. Quédese junto a la puerta, y no deje entrar a nadie mientras estamos hablando… ¿Comprendido?

—Comprendido. Espero que no haya ningún problema.

—No hay problema alguno. Me he fijado en su dispositivo de seguridad. Es de primera clase.

Eso lo hizo feliz. Me llevó a la oficina de Fosco: una glorieta de hadas color rojo pompeyano. Escribí una nota para Manzini con el papel de la casa. El texto era respetuoso, pero críptico:

Lamento intrusión pero tengo un comunicado urgente y oficial que darle.

Por favor, acompañe al portador hasta la oficina.

Matucci SID

Estuvo conmigo en tres minutos, tan frío y condescendiente como siempre. No quería sentarse. Tenía invitados esperándolo. Pidió que le indicase lo que quería y que acabásemos de una vez.

—Sigo ocupándome del fallecido general Pantaleone.

—¿Y?

—Poco antes de que muriese, recibió un manuscrito que era un verdadero *dossier* de toda su vida pasada.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Junto al *dossier* estaba esta tarjeta. Fíjese en el diseño: una salamandra coronada. Hemos averiguado que el diseño se corresponde exactamente con la joya número sesenta y tres del catálogo de Fosco. Confiamos en que podrá usted explicarnos esta coincidencia.

—¿Y por qué iba a desear explicarla, coronel?

—Porque con ello se relaciona un asunto de seguridad nacional.

—¿Eso es un hecho o una opinión?

—Un hecho.

—¿Y podría establecerlo como tal, a mi completa satisfacción?

—Creo que sí.

—¿Hay alguna sugerencia de actividad criminal en este caso?

—Por el momento, ninguna.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere de mí, coronel?

—En este estadio, una conversación informal.

—¿Cuándo?

—Ahora, *Cavaliere*.

—Es imposible. Estoy ocupado, con amigos.

—Entonces, después. ¿Quizás en su hotel?

—Mi querido coronel, tengo setenta años. Hacia medianoche, estoy casi moribundo. No lograría sacarme nada que tuviera sentido. Digamos que a las nueve en el «Grand Hotel», y haré todo lo que pueda por ayudarle. Ahora, ¿me excusa?

—Algunas preguntas antes de que se vaya, *Cavaliere*.

—¿Sí?

—¿Qué es lo que significa la salamandra?

—Supervivencia. Era mi nombre en clave durante la guerra. El resto, es demasiado largo para contárselo ahora.

—¿Y la inscripción?

—También ésa es una larga historia.

—Entonces, cuénteme el principio, por favor.

—El principio y el fin, coronel. Pantaleone era mi hermanastro. Sólo que a él lo

concibieron en la cama correcta.

Lo miré con la boca abierta, como un idiota. Sonrió ante mi asombro, e hizo un pequeño gesto de excusa.

—¡Por favor! No estoy tratando de hacer teatro, sólo quiero mostrarle que necesitamos tiempo para ser francos el uno con el otro. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora, coronel, ¿querría contestarme una pregunta a mí?

—Si puedo, sí.

—¿Quién mató a Pantaleone?

—El certificado de defunción afirma que murió porque se le detuvo el corazón.

—Pero eso es lo que nos mata a todos, coronel.

—Exactamente.

—¿No hay ningún otro comentario?

—Ninguno. Hasta mañana, *Cavaliere*.

—Mis cumplidos, coronel. Buenas noches.

¿Por qué no lo retuve? ¿Por qué no lo atosigué con preguntas mientras le había hecho perder el equilibrio? Ya les he dicho antes que aquel hombre era muy especial, el mejor de su género. ¿Perdido el equilibrio? Ni por un instante. Yo era el novato inseguro, que tanteaba buscando un asidero en una montaña pelada. Además, y permítanme que lo deje bien claro, esto es Italia, en donde las leyes se remontan a Justiniano, la mitad de las cuales no han sido desempolvadas en siglos, y las reglas del juego están escritas en la arena. Tres personas del séquito de Manzini podían inmovilizarme durante un mes, alzando un teléfono. Veinte nombres de los que había en la reunión de Fosco podían enviarme para siempre al limbo de los retirados. Y, si alguna vez han tratado de cobrar una deuda o de conseguir salir airosos en una reclamación contra la República, entonces sabrán de lo que estoy hablando. En China ahogaban a sus enemigos en un foso lleno de plumas. Aquí en Italia los ahogamos con el silencio y los enterramos bajo un túmulo de *carta bollata*.

Aún eran sólo las diez treinta. Rescaté a Lili de la multitud del buffet y la llevé a cenar a un lugar que conocía en el Trastevere, donde la comida era honestamente toscana, el vino era honorable y los camareros se sentían orgullosos de servirle a uno, y había un gran fuego para el invierno y un emparrado para las noches de verano. También había música: un tipo gimoteante y delgado, con una guitarra, que se acercaba a la mesa de uno, cuando uno ya estaba dispuesto a recibirlo, para arrancarle el alma del cuerpo con las viejas canciones del sur. Allí me conocían, pero no por mi trabajo, sino sólo porque sentía gran afecto por el cocinero, y a veces bebía lo bastante como para cantar y tocar una canción o dos mientras el tipo triste tomaba su cena.

Tenía amigos allí: Castiglione, que era un gran cerrajero hasta que le atacó la artritis; *Monsignore* Arnolfo Ardizzone, de la Secretaría de Estado del Vaticano, un clérigo, inteligente y discreto, que había renunciado al matrimonio para servir a Dios,

y adoptado la botella como la única amante aceptable para la Madre Iglesia; Giuffredi, el poeta, que escribía sátiras en romanesco, que ya nadie leía; y Maddalena, que vendía rosas del día anterior a quinientas liras cada una y de la que se decía que tenía toda una manzana de apartamentos en la Tuscolana. ¿Verdad o mentira? Jamás me preocupé por averiguarlo. Aquél era el único lugar en el que me sentía yo mismo… fuera quien fuese. Y aceptaba a todo el mundo como lo que representaban ser. No utilizaba a nadie. Cumplía las reglas y era bien recibido en la casa. ¡Y ya basta! Todo el mundo necesita una madriguera. Aquélla era la mía.

Traté de explicarle todo esto a Lili, mientras caminábamos los cien últimos metros a través de callejuelas en las que colgaba la colada hasta llegar a una pequeña plazuela guardada por una polvorienta virgen en una hornacina. Quería explicarle, lo que en mi trabajo es una debilidad general. Ella parecía feliz, manteniéndose muy junta a mí, mientras pasábamos sobre sucios regueros de basura vertida, y mientras los gatos del barrio se agazapaban entre las sombras. A veces, cuando alguna rara luz le daba en el rostro, parecía una jovencita. Cuando se persignó frente a la hornacina de la virgen, parecía una campesina, cansada tras un largo día en los campos. Pueden no creerme, no me importa. Ahora no estaba persiguiendo a nadie. Simplemente, estaba contento por no estar solo.

Cuando estuvimos sentados a la mesa, con pan y vino y una vela recién encendida, Lili se inclinó hacia mí, y colocó sus manos sobre las mías.

—Ahora tienes otro aspecto, Dante Alighieri.

—¿Cómo es eso?

—En «Fosco» estabas tenso, avizor, como un zorro. Ahora, estás tranquilo, liberado. Saludas a la gente como si fueran seres humanos. Y también ellos están contentos de verte.

—Esto es el Trastevere, amor mío. Al otro lado del río. ¿Sabes cómo se llaman a sí mismas estas gentes? *Noialtri*: nosotros. Rehúsan pertenecer a otra cosa que no sea ellos mismos.

—Me gusta eso. Pues ahora, también nosotros somos *noialtri*. Por favor, ¿puedes servir vino?

—Quizá me emborrache y cante.

—Cantaré contigo.

—¿Y quién nos conducirá al otro lado del río?

—Quizá jamás volvamos… Nunca más.

Era un alegre pensamiento y lo embellecíamos con toda clase de fantasías mientras tomábamos la *zuppa* y la *pasta* y la *griglia* y los *dolci*. Lo adornamos con la música del gimoteante, que se sentó en el taburete contiguo al de Lili y tocó las curiosidades de su repertorio: La canción de las lavanderas de Vomero, Amigo, no te fíes de la solterona, La canción del momento de desnudarse y El cuento del lascivo vendedor de zuecos.

Llegó la medianoche y aún estábamos cantando. A la una y media de la

madrugada estábamos un tanto borrachos y los camareros habían comenzado a desaparecer, así que nos fuimos a la plazuela, le dimos las buenas noches a la virgen solitaria, y caminamos hacia el aparcamiento cercano al río.

Lili dijo somnolienta:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Quiero irme a la cama contigo, pero no quiero ir a casa.

—¿Por qué no?

—Porque mi casa es el ayer. Quiero olvidarlo.

—¿Y mañana?

—Mañana comenzará cuando salga el sol, y este lugar será feo y maloliente y estará lleno de gentes tristes temerosas las unas de las otras, y tú volverás a ser muy astuto y precavido.

—Pues vayamos a lo largo de la periférica. Conozco un sitio…

—Donde tú quieras, *caro mio*. Lo que quieras.

—Antes tengo que hacer una llamada telefónica.

—¿Por que?

—Dejé tu número al oficial de guardia. Tengo que darle el nuevo.

—¿No hay forma de escapar?

—Hemos escapado esta noche.

—Lo hemos hecho. Pero aún tienes que telefonear…

—Por favor, Lili.

—Por favor, bésame…

En caso de que estén esperando, como yo esperaba una feliz narración de amor y libertinaje, ¡olvídenlo! Mi noche de libertad terminó con aquel beso. Llamé al cuartel general desde la cabina telefónica de la esquina. Eran las dos y diez. El oficial de guardia me dijo que el agente Calvi no había hecho su llamada horaria. ¿Qué era lo que quería que hiciese al respecto? Ordené que saliesen dos coches de nuestro escuadrón móvil, uno para recoger a Stefanelli, el otro para que se encontrase conmigo en la oficina del abogado. Detuve un taxi que pasaba, metí a Lili en él, y la envié a casa. Luego, subí a mi propio coche y conduje como un loco a través de la ciudad dormida.

La oficina del *Avvocato* Sergio Bandinelli estaba en el quinto piso de un gran edificio moderno de la Via Sicilia, sólo a doscientos metros del bullicio de la Via Veneto. Cuando llegué, ya había un coche del escuadrón móvil aparcado frente a la entrada. El segundo, que traía a Steffi y su pequeño maletín negro, dobló, chirriando, la esquina unos instantes más tarde.

Antes de entrar en el edificio, di unas consignas muy claras a los jefes de las escuadras: aquél era un asunto de alta seguridad; ni Policía, ni Prensa, ni mirones

curiosos; dos hombres junto a los coches, uno de guardia con el portero, tres que nos acompañasen a Steffi y a mí al quinto piso. Después, llamamos al timbre.

El portero, con ojos somnolientos y gruñendo, abrió la puerta e inmediatamente lanzó una retahíla de preguntas. Le pusimos nuestros carnets bajo las narices, lo dejamos aún murmurando y tomamos el ascensor hasta el quinto piso. La oficina de Bandinelli estaba a oscuras, con la puerta cerrada, pero sin que hubiesen echado la llave. Yo fui el primero en entrar, encendiendo las luces.

La escena era curiosamente tranquila. El *Avvocato* Bandinelli yacía tendido en un sofá de cuero. El agente Giampiero Calvi estaba sentado en un sillón, tras el escritorio, con la cabeza apoyada en los brazos. Encima del escritorio, junto a él, había una novela de Moravia, una pistola cargada, dos bocadillos de jamón, un huevo duro y un termo de café. El café estaba caliente. Los dos hombres estaban fríos. El viejo Steffi husmeó el aire, realizó un breve examen de los cadáveres y pronunció su veredicto:

—Muertos. Gas cianhídrico. Pistola o bombona.

Examiné la caja fuerte. Los sellos estaban rotos, la puerta abierta y los documentos de Pantaleone desaparecidos. La tentación más inmediata era zambullirse en la acción: procedimiento forense, interrogatorio de los testigos, todo lo demás. Era una tentación difícil de resistir para cualquier hombre con entrenamiento policial, pero en mi trabajo podría ser fatal tratándose de un asunto tan delicado. Tomé el teléfono y llamé al número privado del director. Me contestó con sorprendente rapidez.

Le dije:

—Tenemos problemas. Faltan los documentos y tenemos dos cestas de ropa sucia que hay que eliminar inmediatamente… una de ellas es nuestra.

—¿Y?

—¡Informaré en persona, tan pronto como todo esté limpio!

—¿Cuándo será eso?

—Espero que antes del desayuno.

—Entonces, le espero a desayunar… Y cuanto antes mejor.

Steffi inclinó la cabeza, y cacareó, imitando perfectamente a un viejo loro:

—¡Tan pronto como todo esté limpio! ¡Je! ¡Así que ahora estamos en el departamento de los milagritos!

Los chicos del escuadrón móvil se agitaban nerviosos, esperando que yo tomase algunas decisiones. El problema era que cada decisión llevaba inherentes unas consecuencias altamente explosivas. Si hacía una gran escena, con procedimientos policiales e interrogatorios, la Prensa caería sobre nosotros como avispas sobre un tarro de miel. En cuanto averiguasen que los papeles de Pantaleone tenían que ver con el caso, comenzarían inmediatamente a hacer preguntas acerca de la muerte y del apresurado entierro del general. Por otra parte, si no podíamos interrogar libremente, nos hallaríamos ante un grave obstáculo en la reconstrucción de los acontecimientos

de la noche y, por consiguiente, en nuestra búsqueda de los documentos de Pantaleone. Además, había dos cadáveres que tenían que ser eliminados de una forma convincente, ya que no legal. Steffi tenía razón, como siempre. Sin comerlo ni beberlo, nos encontrábamos en la sección de los milagritos. Así que era hora de comenzar con el ritual.

El primer problema era sacar los dos cadáveres del edificio sin ruido ni comentarios. Envié a Steffi abajo, a interrogar al portero en su propio cubículo, quitándolo de la vista de la entrada. La cháchara de Steffi podía hipnotizar a un gallo de pelea. Yo contaba con que el portero estaría tan alelado que no vería a una manada de elefantes que pasase a dos metros de su nariz.

A continuación, vaciamos los bolsillos de Bandinelli y de Calvi. Los chicos del escuadrón móvil llevaron los cadáveres al ascensor, los bajaron a la planta y los sacaron a los coches, que esperaban, como si fueran un par de borrachos. Un coche llevó los restos de Bandinelli al departamento de accidentados del Policlínico; el otro depositó a Calvi en el Hospital de las Hermanas Azules. En cada caso la historia era la misma: el escuadrón móvil había encontrado a un hombre en el suelo de un callejón, aparentemente inconsciente. Lo estaban llevando al hospital mientras efectuaban investigaciones acerca de su identidad. ¿Muerto a la llegada? ¡Dios mío! ¡Entonces dennos un recibo y guárdenlo en el depósito, mientras complementamos la investigación!

¿Suena un tanto infantil? Entonces, déjeme explicarle que si su abuela, con todos sus documentos en el bolso, cae enferma en el Corso y es llevada a un hospital público por algún buen samaritano callejero, quizá le cueste a usted toda una semana encontrarla. No somos demasiado buenos en cuestiones administrativas, eso, en el mejor de los casos; pero nuestro servicio de salud pública es un lío indescriptible. A menos que uno vaya a una clínica cara, puede encontrarse con que su análisis de sangre pertenece realmente a una bailarina de *ballet* y que el de orina fue suministrado por un tipo que atrapó la gonorrea en Fregene. Así que, según las reglas del juego, dos cuerpos sin identificar permanecerían sin ser reclamados hasta que estuviésemos dispuestos a hacernos cargo de ellos.

Mientras Stefanelli estaba interrogando al portero, yo me bebí el café de Calvi, me comí uno de sus bocadillos de jamón y examiné las notas de su agenda.

20.00 h	Se marchan los empleados de Bandinelli.
20.30 h	Completado el índice de los documentos de Pantaleone. Cerrada y sellada la caja fuerte en presencia de Bandinelli. Firmado recibo por los papeles y las llaves. Bandinelli se marcha.
21.00 h	Telefoneado a oficial de guardia.
21.25 h	Llegan mujeres limpieza.
21.55 h	Se van mujeres limpieza.
22.00 h	Telefoneado a oficial de guardia.

23.00 h	Telefoneado a oficial de guardia.
23.36 h	Realizada comprobación final del quinto piso.
24.00 h	Telefoneado a oficial de guardia.
00.37 h	Telefonea Bandinelli. Deseaba pasar por oficina para conferencia nocturna con dos clientes. Dijo era asunto de rutina. No me molestaría, pues usaría oficina adjunta para conferencia. Dado que mis instrucciones hablaban sólo de custodia caja y contenido, no tenía autoridad impedirle acceso su propia oficina. Estuve de acuerdo.
01.00 h	Telefoneado a oficial de guardia. Le pedí anotase petición Bandinelli y mi decisión.

Las notas cesaban en este punto. Llamé al oficial de guardia. Me confirmó las anotaciones de su propio registro. Lo que me dejó ante una pregunta vital: ¿había ido Bandinelli a la oficina obligado, ó como cómplice que había sido liquidado al finalizar su utilidad?

Aún estaba preguntándomelo cuando regresó Steffi, irritado y descontento.

El portero no sabía nada, y no había visto a nadie. Trabajaba estrictamente según su contrato, que decía que tenía que permanecer despierto y en su puesto hasta medianoche o hasta que se fueran las mujeres de la limpieza, si es que era más tarde. Después, se podía ir a la cama. Todos los inquilinos tenían llaves de la puerta de la calle. Tenían libre acceso a sus oficinas a cualquier hora. A las otras personas se les rehusaba la entrada, fuera de las horas de oficina, a menos que fueran las mujeres de la limpieza o personas encargadas de alguna reparación.

—Así que, de hecho, cualquiera que tenga una llave de la puerta podría meter todo un ejército en el edificio, después de medianoche, sin que nadie se enterase.

—Así son las cosas, coronel.

—¿Dónde estaba Bandinelli cuando telefoneó a las doce y treinta y siete?

—Hay una forma de averiguarlo, coronel. Llamar a su casa.

Levanté de nuevo el teléfono y llamé a la villa de Bandinelli, en la Cassia. El teléfono sonó largo tiempo, y luego una voz de hombre muy arisca contestó:

—¡«Villa Bandinelli»! ¿Quién habla?

—*Carabinieri*. Queremos hablar con el abogado.

—No está aquí.

—Entonces, con su esposa.

—La *signora* está en Nápoles.

—¿Quién es usted?

—De Muro, el mayordomo.

—¿Dónde puedo encontrar al abogado?

—¡A esta hora, sólo Dios lo sabe!

—¿A qué hora salió?

—No ha estado en casa desde la mañana. Telefoneó esta tarde para decir que no vendría a casa a cenar.

—¿No tiene idea de dónde pueda estar?

—Ni la más mínima.

—Gracias. Buenas noches.

No respondió al saludo. Colgó violentamente. Steffi sonrió.

—¿No ha habido suerte?

—No. Su esposa está de viaje. No fue a casa a cenar.

—Lo que te ayuda en tu cuentecillo del cadáver no identificado.

—Pero no me dice quién lo asesinó y se llevó los documentos.

—¿Acaso importa, coronel?

—¡Por Dios, Steffi! ¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Creo que una muy buena, coronel. Escucha. Esto es un trabajo profesional, limpio, tranquilo, tan simple como el respirar. ¿A quién buscar, a los liquidadores, o a la gente que los pagó? Esto no es un trabajo policial, amigo; es análisis de inteligencia, un ejercicio de razón pura. Empieza en el fondo, y aún estarás chapoteando en las cloacas dentro de seis meses.

Empieza por arriba y te evitarás la mayor parte del trabajo, y aumentarás las probabilidades… ¡Créeme!

—Te creo, Steffi. Pero en las próximas tres horas tengo que enfrentarme con el director. ¿Qué le ofrezco?

—¡Un sacrificio humano! —Steffi me dedicó una sonrisa patibularia—. Así que, ¿por qué no me sirves un poco de café, coronel, y discutimos los candidatos?

El apartamento del director era el último piso de un palacio del siglo XVI justo al lado de la Via della Scrofa. Las rentas del resto del palacio —viviendas de lujo y tiendas de moda— lo mantendrían en un status principesco durante toda la vida. Sus pinturas, esculturas y objetos artísticos ya valían una fortuna. Su biblioteca era una pequeña tesorería de ediciones raras, estudios especializados y poesía exótica en diversos idiomas. El mismo director era exótico, resplandeciente en un batín de brocado, y atendido por un enjuto siciliano que era al mismo tiempo mayordomo y guardaespaldas. A las seis de la mañana, somnoliento, sin afeitar y muy inseguro de mí mismo, no estaba en muy buen estado para apreciar la munificencia de la escena.

El director me ofreció una fría bienvenida y un desayuno inglés: té, tostadas, huevos revueltos y mermelada. Le pedí café y pastas. Me concedió el favor con una sonrisa y luego procedió a señalar unos cuantos puntos.

—Sabía usted que los papeles de Pantaleone eran muy importantes, coronel. ¿Por qué no entró inmediatamente en posesión de ellos?

—Necesitaba una orden judicial. Para conseguirla, hubiera tenido que presentarme ante un juez y atestiguar contra Bandinelli. Creí que no era muy

adecuado.

—Así que entonces hizo un arreglo que tuvo como resultado la muerte del agente Calvi y del mismo Bandinelli, ¿no?

—Sí.

—¿Alguna excusa?

—Ninguna excusa. Una explicación. Estaba tratando de atemorizar a Bandinelli para que hiciera nuevas revelaciones. Creí que el riesgo de seguridad era mínimo. Tal como han resultado las cosas, ha quedado demostrado que estaba equivocado.

—¿Quién más conoce los hechos, en este momento?

—Sólo el SID. Esta mañana ya habíamos sacado los cadáveres y limpiado el lugar. Tenemos la situación controlada durante, al menos, unos cuantos días.

—Pero no sabemos quién tiene los papeles de Pantaleone.

—No.

—Entonces, imaginémoslo, coronel. ¿Un grupo local o extranjero?

—Creo que local.

—¿De derechas o de izquierdas?

—De derechas.

—¿Por qué?

—La izquierda tiene una buena cantidad de suciedades que aún no ha publicado. La derecha tiene un buen montón de suciedades que desea enterrar… pienso que la noche pasada actuó un grupo de enterradores.

—No me convence, coronel.

—No estoy tratando de convencerle, señor. Estoy contándole lo que creo. Si está usted pensando en Pájaro Carpintero y su red, olvídelo. Hice que lo atrapasen a las cuatro de la madrugada. Estuve trabajándolo yo mismo durante casi dos horas, antes de venir a verle. Ya sabe cuál es su trabajo; el asesinato no forma parte del mismo. Además, ha estado bajo vigilancia constante y no tiene ni los recursos ni los contactos necesarios para montar un trabajo como éste en medio día. Ahora, veamos la otra cara de la moneda. Bandinelli era de derecha. Servía a Pantaleone. Podría haberse vendido a un sucesor…

—¿Y que lo matasen como pago?

—Así es.

—Dígame quién es ese posible sucesor.

—El general Marcantonio Leporello.

Por primera vez, el director quedó estremecido y lo mostró. Dejó caer su taza de té y se quedó un largo rato mirándome con ojos desorbitados y hostiles. Luego dijo en voz baja:

—Supongo que debe usted tener pruebas para demostrar eso, coronel.

—Algunas. Me entrevisté con el general ayer, en el «Hotel Hassler».

—¿Que usted hizo qué?

—Me entrevisté con Leporello.

—¿A pesar de mis órdenes de que no debía emprender acción alguna acerca de ello?

—Sí, señor.

—¿Y qué es lo que le dijo usted?

—Que estaba siendo vigilado por una red extranjera que lo consideraba como un candidato político de la derecha.

—¿Qué más?

—El lugar en que se encontraban los papeles de Pantaleone.

—¡Oh…!

—Y el hecho de que estaba obrando contra las órdenes que se me habían dado directamente.

—¿Y cuál fue su reacción ante eso?

—Prometió que mantendría en secreto la entrevista… y me ofreció un puesto en su plana personal.

—Siento tentaciones de dejarlo en libertad inmediatamente, para que ocupe ese puesto, Matucci.

—Es privilegio suyo, señor… Y, aun desde el punto de vista del Servicio, no sería mala idea.

—Está usted tratando de pactar conmigo, Matucci. No me gusta eso.

—Y usted me está amenazando, señor. Tampoco me gusta eso.

—Usted desobedece órdenes, y eso, en estas circunstancias, es peligroso.

—Fue un riesgo. Lo corrí. Creo que obtuve beneficios.

—Obtuvo usted un sospechoso conveniente, y nada más.

—Algo más.

—¿Qué?

—He identificado a Salamandra.

Esto lo dejó alelado. Detuvo un trozo de tostada con mantequilla a mitad de distancia entre el plato y sus delgados labios. Luego, se lo metió en la boca y lo masticó pensativamente. Al fin, dijo:

—¿Y piensa usted decirme quién es?

—Sí, señor. Si aún sigo en el Servicio, a las nueve de esta mañana tendré una entrevista con él. Es el *Cavaliere* Bruno Manzini. Me ha dicho, y espero confirmarlo en nuestros archivos, que es el hermano bastardo del general Pantaleone.

—Primero Leporello, ahora Manzini. Leporello es su superior militar. Manzini es uno de los financieros más poderosos de Italia. Vuela usted muy alto, amigo mío.

—Y ahora, usted puede derribarme si lo desea.

—Quizá no tenga necesidad de ello. Quien mató a Calvi, podría matarlo a usted.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué pasaría si lo dejo seguir?

—Quiero mano libre y tener acceso al *dossier* de Leporello.

—¿Puedo fiarme de usted, Matucci?

—Puede, pero será mejor que no lo haga.

—¿Se fía usted de mí?

—Sí, con reservas.

—¿Qué reservas?

—Usted es el director. Sé lo que le han ordenado que haga. Lo que no sé es cómo interpreta sus órdenes, y hacia qué fines secretos dirige las actividades del SID.

—¿Tiene usted algún derecho a saberlo?

—Legalmente, supongo que no. Soy un oficial en activo, hago lo que se me ordena… ¡y basta! ¿Personalmente? Ésa es otra cuestión. Si me hubiera hecho esta misma pregunta hace una semana, le hubiera dado una respuesta agradable y complaciente: ¡bendígame, Padre, lléveme por el camino de la salvación y cuídese de mi derecho a una pensión de jubilación! Esta mañana, las cosas son diferentes. Tengo una edad mediana, estoy cansado y no me he podido afeitar, y he perdido a un buen chico porque no pensé correctamente. Así que no quiero seguir siendo manipulado. Quiero saber a dónde se me dirige, y por qué… Y si no le gusta, presentaré la renuncia a mi destino con usted y volveré a trabajar en una oficina o en la calle, con la Policía.

El director bebió lo que le quedaba de té y se secó los labios con una servilleta. Echó hacia atrás su silla, caminó hasta la ventana y se quedó largo rato contemplando los apretujados tejados de Roma, dorados, pardos y escarlata a la primera luz. Cuando regresó, la luz le daba en la espalda y los contornos de su rostro estaban en sombras. Comenzó a hablar, al principio suavemente, luego con creciente pasión y elocuencia.

—Es usted un tipo presuntuoso, coronel. Y, sin embargo, puedo perdonarle, porque yo también lo soy muy a menudo. Lo soy por mi dinero y mi familia, y por mí mismo como producto de todas las alianzas, buenas y malas, de nuestra historia. En cierta manera, soy un hombre del pasado; pero, después de todo, Italia es tanto un país del pasado como del presente. Construimos nuestras casas sobre tumbas. Edificamos nuestra prosperidad sobre ruinas y monumentos papales y con el genio de nuestros antiguos muertos. Nuestras leyes son una confusión idiota de las de Justiniano, el Código Canónico, las de Napoleón, Mussolini y los padres fundadores de los Estados Unidos. Nuestra nobleza es una mezcolanza de antiguas familias con los aventureros recién llegados, ennoblecidos por la Casa de Saboya. En política somos marxistas, monárquicos, socialistas, liberales, fascistas, democratacristianos… ¡Todos oportunistas! Tenemos los mejores negociantes y los peores burócratas del mundo entero. Somos una nación de anticlericales, y hemos sido manipulados durante siglos por la Iglesia Católica. Gritamos contra la democracia republicana federal… y no obstante cada provincia es un continente separado. El país de cada hombre es el pueblo miserable en que ha nacido… Ahora usted, mi querido coronel, me pide que le diga qué es lo que busco y a qué fines dirijo el Servicio de Información de la Defensa… Déjeme darle la vuelta a la pregunta e interrogarle a usted acerca de hacia dónde caminaría si estuviera en mis zapatos, como puede que

ocurra algún día si es lo bastante frío y astuto y comprende el precio que debe pagarse… ¿No hay respuesta? Entonces, aquí está la mía. Nuestros problemas no serán resueltos por una elección, una coalición de partidos, por la victoria de un sistema sobre otro. Somos hombres mediterráneos, coronel, somos, nos guste o no, una mezcla de griegos y latinos y fenicios y árabes y celtíberos y vikingos y visigodos y los hunos de Atila. Vivimos, como hemos vivido desde hace siglos, en un precario equilibrio de intereses tribales y familiares. Cuando el equilibrio se altera, aunque sea muy poco, nos vemos hundidos en el desorden y la violencia civil. Cuando la violencia se convierte en demasiado sangrienta para todos, suplicamos un alto y pedimos ser liberados, ya sea por la Iglesia, por un salvador personal o, lo que es más patético, por políticos y burócratas que están tan ensangrentados y confusos como todos los demás. Los griegos y los portugueses han buscado dictadores. Los árabes han echado a las potencias coloniales y las han remplazado con autócratas locales. Nosotros los italianos hemos probado con un dictador y hecho un buen lío con la democracia. Ahora, no sabemos lo que queremos. ¿Yo? Yo no sé lo que quiere el pueblo. Ni siquiera soy capaz de juzgar lo que toleraría. Así que manipulo la información y las situaciones para mantener las cosas en equilibrio, durante tanto tiempo como pueda. No quiero una dictadura. No quiero el marxismo. Estoy seguro de que el tipo de democracia que tenemos es demasiado inestable para durar. Pero, haya uno u otro, trato de hacer que las cosas sean tan tolerables como me es posible. La política es el arte de lo posible. La política mediterránea es el arte de lo imposible, y yo comprendo esto mejor que la mayoría. A usted le preocupa Leporello, pero no tiene pruebas en su contra, y yo no voy a enfrentarlo con nosotros justo en un momento en que quizá lo necesitemos. Está usted preocupado acerca de su Salamandra, lo cual, lo confieso, en este momento a mí no me dice nada. ¿Quiere una investigación libre? Se la daré, pero comprenda una cosa, Matucci: cuando yo muevo, sea cual sea mi jugada, soy el rey del tablero y usted sólo un peón. Acéptelo o déjelo.

Le di la respuesta sin un segundo de titubeo.

—Lo acepto. Y le daré a usted un informe honesto. Si no me gusta lo que usted hace, se lo discutiré cara a cara. Si no estamos de acuerdo, lucharé contra usted, pero lo haré abiertamente.

—Es una promesa muy atrevida, Matucci. No podría mantenerla. Si alguna vez lucha conmigo, tendrá que mentir como una puta y hacer trampas como un tahúr, sólo para salvar el pellejo… Por cierto, no puede ir a visitar a Manzini con ese aspecto. Mi mayordomo le llevará al cuarto de los huéspedes, y le dará una máquina de afeitar y una camisa limpia.

A las ocho de la mañana de aquel mismo día de primavera, con una hora que matar antes de mi entrevista con Manzini, me reuní con el viejo Stefanelli mientras bajaba silbando las Escaleras Españolas. El sol era muy brillante, el aire transparente;

cada uno de los escalones estaba repleto de muchachas. Yo había estado despierto toda la noche, pero me sentí milagrosamente vigorizado y pude ver cómo la savia subía incluso por el marchito tronco de Stefanelli.

Aquello era lo mejor de Roma: el olor a polvo y a mujeres y a pan tierno y violetas frescas; la cháchara de los chismorreos mientras iban camino del mercado, los bocinazos de los taxis, el solemne desfile de los turistas, pálidos por las nieblas de Dinamarca y la Alemania del norte. La masa de cúpulas, campanarios y tejados rojizos, coronados con tendederos y antenas de televisión. Aquello era la fuente de la juventud que insuflaba fantasías en un hombre, le llenaba de pájaros la cabeza y ponía alas en sus encallecidos pies.

Al pie de la escalinata nos detuvimos para que Steffi pudiera comprarse un clavel para su solapa. Luego, nos dirigimos hacia el salón de té «Babington», donde Steffi había prometido invitar a Solimbene a té y pastas inglesas. Solimbene era una persona pedante, pero agradable, que gustaba de las pequeñas excentricidades: chaquetas de seda, corbatas estilo fin de siglo, reloj de bolsillo con cadena de oro e impertinentes sujetos por una cinta de seda. También sentía una gran pasión por las pelirrojas y las costumbres inglesas, aunque jamás en su vida había viajado más allá de París.

Lo encontramos entronizado en un rincón del salón de té, aferrando la mano de una camarera rubia y declamando su pasión por ella en un alemán execrable.

La dejó ir, a disgusto, y lanzó el chorro de su elocuencia hacia Steffi:

—¡Mi querido colega! ¡Mi hermano de armas y arte! ¡Tengo revelaciones para ti, mi Steffi! Revelaciones, misterios y escándalos. ¡No te rías! Tu trabajo es horrible… sangre, polvo, excrementos, y ropas arrancadas a los difuntos. ¿Yo? Yo vivo entre cuentos de hadas: grifos rampantes y unicornios yacentes, leones, osos y delfines danzarines, y mágicas espadas en brazos sin cuerpo… pero, cuando necesitas un pequeño dato, ¿a quién acudes? ¡A mí! ¡A Solimbene, el heraldista…! Sí, mi amor, mi palomita, té, pastas y mermelada inglesa. El café es una bebida de locos. Produce dispepsia y seca los riñones… Ahora, amigos míos, comencemos con esto —colocó la tarjeta de la salamandra y la pinchó con su tenedor de postre—. Que no es heráldica en lo más mínimo, sino caligrafía, un arte de monje. Incluso la corona está corrompida. Sin embargo, y a pesar de todo, *mutatis mutandis*, estaba dispuesto a aceptar un origen heráldico. ¿Resultado? Me encontré cazando salamandras por todas las casas nobiliarias de Europa. ¡Locura! ¡Locura total! Finalmente, reduje el número de posibilidades a cuatro. ¡De nuevo locura! —Extendió una serie de brillantes fotografías sobre la mesa, y fue comentándolas—. Esas dos familias están extintas. El único superviviente de ésta es un monje de la cartuja de Florencia. Lo que nos deja, mis queridos amigos, con sólo esta última fotografía. La encontré archivada en el apartado *Curiosa et Exotica*. Aquí está su salamandra en el primero y cuarto cuartel; los otros dos están ocupados por leones rampantes. Como pueden ver, está bellamente ejecutado. Sólo hay un problema: no es un escudo de armas, es una concepción

artística. No pertenece a familia alguna conocida.

Stefanelli alzó los hombros y extendió las manos en un gesto muy levantino.

—De acuerdo, es bello y no significa nada. ¿Para qué nos lo enseñas?

—Oh, sí que significa algo, mi querido colega. Significa mucho: fraude, falsificación y escándalos tan jugosos como un buen bistec. ¿Qué edad tienes, Steffi?

—Eso no te importa.

—Vamos, no seas irascible. Te estoy haciendo un favor.

—Nada de favores. Estás siendo muy bien pagado… siempre que el coronel, aquí presente, autorice el pago. Ahora, aclárate de una vez y muéstranos lo que contiene el bocadillo.

La camarera volvió con té y pastas, y Solimbene la entretuvo de nuevo con cumplidos y piropos. Luego, cuando se hubo marchado, comenzó de nuevo su comedia con un libro de notas, sus gafas y un nuevo floreo de retórica.

—En el año del Señor mil novecientos diez, cuando reinaba gloriosamente Pío Décimo, y tú, mi querido Steffi, aún no eras más que un niño, vivía, a menos de un tiro de piedra de aquí, una muy amable dama pública, que se llamaba a sí misma la condesa Salamandra. Solamente recibía a los nobles y a los ricos, entre los que había un cierto cantante de ópera que, al salir de su casa a primera hora de una mañana, fue muerto de un disparo, probablemente por algún rival celoso. Como es natural, hubo un escándalo. La dama, ayudada por algunos de sus clientes, huyó del país y se fue a vivir a Niza. Las investigaciones policiales revelaron que la condesa Salamandra no era condesa, sino una joven dama escocesa llamada Anne Mackenzie que, habiendo caído en desgracia en una cama noble, decidió enriquecerse por los mismos medios… ¿Qué le parece esto como preludio, coronel? ¿Autorizará ahora el pago? ¿O está ya cansado?

—¡Adelante! ¡Vamos ya, hombre!

—Este escudo de armas era utilizado por la condesa Salamandra. Había hecho que se lo dibujaran por motivos profesionales.

—¿Es eso todo?

—¿Todo? —Solimbene estaba molesto—. Mi querido coronel, cuando hago un trabajo, lo hago muy bien. He recorrido toda esta ciudad en su servicio. He perforado como un topo por los archivos del Registro Central. He pasado horas de mi vida con marchitas y viejas viudas con título, lo que ha hecho casi, pero no del todo, que desapareciese mi concupiscencia. La señorita Anne Mackenzie estuvo en otro tiempo al servicio del conde Massimo Pantaleone, como nurse y gobernanta de sus hijas. El viejo conde la preñó, y abandonó su servicio. En agosto de 1900 casó con un tal Luca Salamandra, descrito en el certificado de matrimonio como artista de circo, el cual, dos días después del matrimonio, se cayó de la cuerda floja y se partió el cuello. El niño, que nació una semana después de su muerte, fue bautizado con el nombre de Massimo Salamandra en la iglesia de los capuchinos de la Via delle Zoccolette. Y como prueba de todo esto he traído certificados de boda, de nacimiento y fe de

bautismo, todo ello fechado en 1900. En octubre del mismo año una dama que se hacía llamar condesa Salamandra se instaló en el Palazzo Cherubini, justo al otro lado de esa calle de ahí, y comenzó a preparar su entrada en la sociedad romana. Es razonable suponer, y esto viene apoyado por las habladurías de mis vejestorios, que financió su aventura con la generosa compensación pagada por el viejo conde Pantaleone.

—¿Y qué le pasó al chico?

—Su madre se lo llevó con ella cuando huyó a Niza. Después de esto, no hay noticias hasta 1923, cuando un joven llamado Massimo Salamandra se presentó ante un tribunal de Roma pidiendo cambiar su nombre por el de Bruno Manzini. El tribunal aprobó la petición y el cambio fue inscrito en el Registro Central de Roma… que es donde yo lo encontré ayer. Ahora, caballeros, ¿me he ganado mi dinero?

No se lo dije, pero en aquel momento podría haberme pedido el triple, sin que yo hubiera rechistado. Cuando uno está jugando contra la banca, siempre es bueno tener un as extra en la manga. Aunque, claro está, ni siquiera eso le ayuda a uno cuando el resto de la baraja está marcado en contra.

El *Cavaliere* Bruno Manzini me recibió en una *suite* suficientemente grande como para alojar a una División de Infantería y que aún quedase sitio para la Intendencia. Su rostro matutino era benigno. Sus maneras, impecables. Incluso se mostró solícito por mi salud.

—Parece un tanto cansado esta mañana, coronel. ¿Se acostó tarde anoche?

—Ha sido una noche larga, *Cavaliere*. Aún no me he ido a la cama.

—¡Mi querido amigo! Si lo hubiera sabido, hubiéramos quedado para más tarde.

—Muy amable por su parte, pero necesito, desesperadamente, cualquier información que pueda darme.

—Entonces, ganemos tiempo. ¿Qué es lo que sabe ya?

—Que su madre fue una tal Anne Mackenzie, en otro tiempo nurse de la familia Pantaleone. Que es usted resultado de su relación con el viejo conde. Que fue usted bautizado con el nombre de Massimo Salamandra en Roma, en 1900. Que su madre, por motivos de trabajo, adoptó un título ficticio y un escudo de armas que le hacía juego. La salamandra aparece en ese escudo de armas. En 1923, usted cambió su nombre por el de Bruno Manzini…

—¿Y cómo ha obtenido toda esta información?

—Un poco de suerte, algo de heráldica, y el Registro Central.

—¿Qué más puede decirme usted?

—Eso depende, *Cavaliere*, de lo que usted esté dispuesto a decirme a mí.

—Cualquier cosa que desee saber.

—¿Lo dice en serio?

—De lo contrario, no lo diría.

—Entonces, ¿por qué chantajeaba usted a su hermanastro?

—¿Chantajear? Mi querido Matucci, desde la guerra, me he hecho más rico de lo

que pueda desear. ¡Podría haber comprado todo lo que él poseía y veinte veces más! ¡Con lo que le amenacé fue con la deshonra pública! Si hubiera persistido en esa loca política suya, lo hubiera perseguido sin piedad.

—En lugar de eso, lo mató.

—¿Cómo dice usted?

—Murió a causa de una sobredosis de drogas… autoadministradas.

—Un hecho que no fue dado a conocer públicamente. ¿Por qué?

—Hablando claro, *Cavaliere*, por miedo a un escándalo político que hubiera podido dar lugar a desórdenes civiles.

—Ahora, yo podría provocar ese escándalo.

—¿Lo hará?

—No. Iría contra mis propósitos, que son los mismos que los suyos: evitar la anarquía política y la violencia civil.

—Entonces, la siguiente pregunta. Si el documento que usted envió a su hermano cayese en otras manos, ¿qué uso se podría hacer de él?

—Ahora que está muerto, muy poco. O, un periódico podría publicarlo y ganar una fortuna con las ediciones especiales, pero políticamente, al menos eso es lo que creo, sería como un fuego de artificio mojado. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque todos los papeles de Pantaleone fueron robados anoche de las oficinas del *Avvocato* Sergio Bandinelli este y uno de nuestros agentes fueron asesinados.

—No ha habido noticia alguna de eso en la Prensa.

—Ni la habrá, a menos que usted decida comunicarla.

Me miró con claro asombro. Entonces, agitó la cabeza como un hombre que se despierta de un sueño y se pregunta dónde está. Pronunció sus palabras siguientes, lentamente, como si no fueran demasiado adecuadas para expresar sus pensamientos.

—No creo… no puedo creer… que ningún hombre inteligente… fuera tan tonto como para ponerse de esta manera en manos de un extraño. Coronel, usted ha puesto una bomba atómica en mis manos. Podría volar el país con ella… Dios mío, ¿es que no lo ve? Usted, un oficial en servicio activo, acaba de admitir que se ha falsificado el certificado de un suicidio y… ¡se han ocultado dos asesinatos! ¿Cómo sabe usted que no voy a levantar este teléfono y llamar a los periódicos, algunos de los cuales son míos, y lanzar la noticia a los cuatro rincones del mundo?

—No lo sé, *Cavaliere*. Estoy corriendo un riesgo.

—En ese caso, es usted un loco.

—Sólo si usted levanta el teléfono. Si no lo hace, si pone a mi disposición sus conocimientos, entonces seré el hombre más cuerdo de toda Roma.

—Pero no tiene ninguna garantía, ¿verdad?

—En este mundo de perros, *Cavaliere*, no existen las garantías, y usted lo sabe. La ley no es más que una delgada capa sobre un nido de hormigas guerreras. Incluso la muerte es ahora un gran negocio; un negocio internacional. ¿Quiere que maten a alguien en Israel? Pues trae asesinos volando desde el Japón. Si quiere una muerte en

Venecia, telefonea a Londres o a Munich y su asesino llega al día siguiente. ¿Que le apetece secuestrar un avión de pasajeros? Muy simple. Firma el contrato en Nueva York, embarca a su gente en Estocolmo, y hace que lleven el maldito trasto a Libia, si eso es lo que le va bien… Tengo que fiarme de alguien. Digamos que me fío de usted porque desprecia el trabajo que yo hago, y no lo oculta… Ahora, ¿podemos proseguir?

—Naturalmente, usted comprobará mis respuestas.

—Como si fuera el mismísimo Gran Inquisidor.

—Eso está mejor. Por favor, comience.

—*Cavaliere*, ¿qué es lo que esperaría usted hallar en los papeles de Pantaleone que mereciese eliminar dos vidas y el riesgo de cometer el crimen?

Pensó en ello durante largo rato, antes de contestar:

—En los papeles familiares, muy poco. Habría los certificados del título, papeles sobre transacciones de negocios, el testamento, acuerdos, vieja correspondencia, de la cual quizás una parte fuera escandalosa, pero que sólo le interesaría a un historiador social. ¿En los papeles personales de mi hermanastro…? Bueno, pensemos en él como un soldado politizado, jugando a la conquista del poder. Reuniría *dossiers* tanto sobre sus amigos como sus enemigos. Algunos de ellos serían muy valiosos tanto para los mismos afectados como para unos rivales políticos. Pero un asesinato… De alguna manera, no acabo de creérmelo. Usted es un experto en *dossiers*. También yo los uso en mis negocios. Pero en realidad, ¿qué importancia tienen? Todo el mundo en Italia conoce algunas cosas sucias, o muchas, acerca del vecino de al lado. Todos nosotros somos unos chismosos y propagadores de rumores, y lo que no sabemos, lo inventamos. Es una enfermedad social, que sólo resulta tolerable porque es endémica; como la sífilis entre los cosacos. Nuestra moral sexual es especial, nuestra ética social no existe. Tras los fascistas y la guerra, la ocupación y la búsqueda de comercio en todo el mundo, la reciente historia del Vaticano y todas las trampas de nuestra política reciente, ¿quién es el que tiene las manos limpias? Por mucho que escribiera mi hermanastro en sus libros de notas, podría apostar sin miedo a que otras veinte personas sabían aquello antes que él. No es que esté diciendo que aquello no podía ser valioso… pero ¿hasta llegar al asesinato de un abogado y un agente gubernamental? No, no me lo acabo de creer. Tiene que haber algo más.

—¿Por ejemplo…?

—Lo más probable es que se trate de unos planes. La táctica y estrategia de un golpe de Estado. La organización política y militar que debe estar dispuesta a tomar el poder en cuanto se le dé aviso. La lista de los participantes, activos y pasivos. La localización de las armas, la disposición de las fuerzas utilizables que sientan simpatía por los conspiradores. Incluso el propio Servicio de ustedes llegaría a asesinar por cosas como ésa.

—En este caso no lo hizo.

—Así que ahora, Matucci, hemos llegado al corazón del asunto. Hemos de decidir

si podemos o no fiarnos el uno del otro. ¿Quién hace el siguiente movimiento?

—¡Es su turno, *Cavaliere*!

—Antes de que usted llegase, su director me telefoneó.

¿Conocen esa extraña sensación de desdoblamiento que se produce en los momentos de *shock*? Uno se encuentra, repentinamente, fuera de sí mismo, mirando el comportamiento de un cuerpo que ya no le pertenece. Yo la tuve entonces. Me vi a mí mismo cayendo en la trampa que se había abierto bajo mis confiados pies. Al momento, pasó la alucinación y estuve de vuelta en mi propia piel, estremeciéndome bajo la ironía de la situación. Manzini me contempló, grave y serio. Prosiguió:

—Está usted irritado. Tiene derecho a estarlo. Conozco muy bien a su director. A veces, es demasiado astuto para su propio bien, y siempre tan vano como Lucifer. Quería mostrarme lo astuto que era y, me parece, también darle a usted una buena lección por alguna cosa que no le ha gustado mucho.

—Al menos, eso es cierto. ¿Y ahora qué, *Cavaliere*?

—Ahora, le voy a dar una información que su director aún no posee. A las ocho de ayer, por la tarde, firmé, en nombre de una de mis compañías, un contrato de suministro al Gobierno. El contrato se refiere al suministro urgente de grandes cantidades de equipo de control de manifestaciones. Las especificaciones del mismo fueron preparadas por el general Marcantonio Leporello, y el equipo será utilizado por unidades bajo su mando… He sacado ciertas conclusiones de esta situación. Quizá le interese oírlas.

—Por favor…

—Si yo fuera un neofascista o un viejo fascista, si estuviera buscando un nuevo líder, estaría muy dispuesto a negociar con Marcantonio Leporello.

—Quizá ya se haya llegado a un acuerdo.

—No, coronel. Leporello estaba esperando el contrato que le dará potencia de fuego y capacidad negociadora. Además, estaba esperando algo más.

—¿El qué?

—No quería comprometerse hasta tener los papeles de Pantaleone en sus propias manos.

—¿Y ahora los tiene?

—Así lo creo.

—Me parece, *Cavaliere*, que es usted algo más que un hombre de negocios.

—Soy una salamandra, coronel… Un superviviente perenne. ¿Y usted?

—Un servidor del Estado. Excepto que no estoy muy seguro de lo que es hoy en día el Estado… y me aterroriza lo que puede ser mañana.

—Eso nos convierte en aliados.

—En una guerra bien difícil.

—¿Eso le asusta?

—Sí, *Cavaliere*, me asusta.

—Entonces, déjeme que le ofrezca una pequeña seguridad. Le escribiré un

nombre y una dirección. Si va allí oirá parte de la verdad acerca de mí. Si esto le satisface, vendrá a verme a Bolonia. Si no, de todos modos habrá sacado provecho.

Tomó una tarjeta personal de su cartera, escribió un nombre y dirección en el dorso, y me la entregó. El nombre era Raquel Rabin; la dirección, una calle cerca del «Teatro de Marcellus». No me dio explicación alguna. Yo tampoco se la pedí. Nos estrechamos las manos, me llevó hasta la puerta y la mantuvo abierta para que pasase.

—Una última cosa, coronel.

—¿Sí?

—Un consejo de un viejo soldado. Camine siempre cerca de la pared, y duerma con un ojo abierto… Espero que nos volvamos a ver pronto.

—También yo lo espero, *Cavaliere*. Buenos días.

Cuando salí a la calle, eran exactamente las diez en punto. Las campanas de Santa Susana estaban dando la hora. El tráfico constituía una dramática nota discordante. La vasta indiferencia de la ciudad era como una bofetada. De repente, me sentí terriblemente cansado, tambaleándome. Subí a mi coche y conduje, en una peligrosa semisomnolencia, hasta Parioli. Golpeé la puerta de Lili y casi me derrumbé en sus brazos cuando la abrió ella misma. No me hizo preguntas, sino que me llevó de la mano hasta el dormitorio y me ayudó a desnudarme. No sé lo que dije o traté de decir; pero me hizo callar como a un niño, me tapó y dejó que me hundiese en el sueño.

Aquel sueño fue un viaje a un mundo inferior, tan profundo que no pude ni esperar escapar a las pesadillas que me acosaban. Era perseguido por cazadores sin rostro, acosado a través de túneles oscuros, aparecía desnudó en un desierto, bajo los ojos de cien acusadores; era enterrado en un cementerio por cadáveres, me colgaban de los pulgares en mi propia sala de interrogatorio, mientras un verdugo enmascarado mantenía una redoma de veneno bajo mi nariz. Gemí mientras la aplastaba entre sus dedos gigantes, y me desperté, sudando y tembloroso, con las sábanas enrolladas a mi alrededor, como un sudario.

El hedor de mi propio cuerpo me molestaba. Era el olor del miedo, que había reprimido durante demasiado tiempo, y que ahora agriaba las secreciones corporales, dejadas atrás como las defecaciones de un animal, para que las siguiesen las bestias de presa. Ahora, estaba marcado: por el director, como un intransigente; por Leporello, como un hombre que debía ser comprado o seducido; por Manzini, como un colaborador, útil un instante, eliminable en un abrir y cerrar de ojos. Estaba en peligro, porque sabía demasiado. Estaba expuesto, porque podía hacer bien poco. Era un estúpido chivo atado para atraer el tigre… y si el tigre no venía, el cazador subido al árbol podía matarme cuando lo desease.

También Lili estaba en peligro; si no a causa de mi gente, a causa de la suya propia. Había capturado a Pájaro Carpintero. Su red estaba desmantelada. Lili estaba comprometida. En el código de nuestra profesión, estaba señalada para ser liquidada. Si los asesinos no la cazaban, el director ordenaría su detención, aunque sólo fuera

para darme una lección. Miré mi reloj. Las tres. Aún era la hora de la siesta. Alcé el teléfono de la mesita de noche y llamé a casa de Stefanelli.

—¿Steffi? Aquí Matucci.

—Por Dios! ¿Es que nunca duermes?

—Steffi, se está desplomando el techo. ¿Tienes una habitación vacía?

—¿Para ti?

—No. Para almacenar un paquete muy delicado.

—¿Cómo de delicado?

—Tiene que ser mantenido lejos de la luz y el calor, hasta que se consiga otro lugar de almacenamiento.

—*Porca miseria*! Pasé toda la noche contigo. Desayuné contigo. ¡He tenido dos horas de mal sueño, y aún llevo puesto el pijama!

—¡Steffi… el paquete puede estallar, y volarme la cabeza!

—¡Hey, hey, hey…! ¿Dónde lo he de recoger?

—Te lo llevaré. Vuelve a dormir.

—Muchas gracias por nada, querido amigo.

Acababa de colgar el teléfono, cuando entró Lili, solícita y con el ceño fruncido.

—Pensé que estabas hablando en sueños. Antes estuviste gritando y gruñendo.

—Tuve malos sueños, Lili.

—Tú mismo pareces un mal sueño. ¿Qué pasó después de que me dejaste anoche?

—No preguntes. Limítate a escuchar.

—Pero…

—Lili, el asunto está al rojo para ti. Quiero intentar sacarte de este país, y llevarte a Suiza. Para eso necesito tiempo y planearlo. Por consiguiente, te voy a llevar a un lugar seguro. Te quedarás allí hasta que esté dispuesto a trasladarte. ¿Sí o no?

Sentí la repentina tensión de sus manos, vi la sospecha en sus ojos.

—¿Y si digo que no…?

—No hay otra opción. O te mata tu gente, o te encarcela la mía.

—No me lo creo. Anoche…

—Anoche fue hace un millón de años. Mientras tú y yo estábamos cantando La canción de desnudarse, estaban matando a dos personas: una de ellas de los míos, la otra el abogado de Pantaleone. No aparece en los periódicos porque llevamos a cabo un acto de magia. Arresté a Pájaro Carpintero a las cuatro de esta madrugada. La red está desmantelada. Tú estás comprometida. No puedo protegerte más que unos pocos días y, al hacerlo, corro un riesgo.

—¿Por qué?

—Sólo para probarme a mí mismo que no soy un proxeneta. ¿Te sirve esto? Tienes quince minutos, que es el tiempo que voy a emplear en darme una ducha y vestirme. Después de eso, tú te las arreglarás.

—¡Por favor! Abrázame, estoy asustada.

—Quiero que estés asustada, Lili. Quiero que hagas exactamente lo que te digo y que, por Cristo, no intentes pensar por ti misma. ¿Comprendido?

—Sí.

—Comienza ya. Prepárate un maletín pequeño, de fin de semana. Toma tus joyas, tus talonarios de cheques, todo el dinero que tengas en casa.

En aquel momento, campanilleó el timbre: cuatro notas musicales, ominosas en el silencio. Coloqué un dedo sobre los labios de Lili y susurré:

—¿La criada?

—Ha salido. Es su día libre.

Salté de la cama, ridículo en mi desnudez, y me arrastré fuera del dormitorio, a través del salón, hasta llegar al recibidor. Una carta había sido tirada por la ranura del correo y se encontraba a unos treinta centímetros de la puerta. Empecé a inclinarme para recogerla, pero repentinamente me eché hacia atrás. Era la hora de la siesta. Ningún cartero que se respetase estaría en las calles a aquella hora sagrada. Regresé al dormitorio.

—Lili, ¿tienes una espumadera en la cocina, o algo parecido?

—Creo que sí, ¿por qué?

—Ve a buscarla, por favor.

Mientras estaba rebuscando por la cocina, me vestí. Luego, incongruentemente armado con un cuchillo de hoja ancha, regresé al vestíbulo, alcé la carta metiendo el cuchillo bajo ella y la llevé cuidadosamente a la mesa de café situada en el centro del salón. La dirección estaba mecanografiada. El sello era italiano. Pero no había sido franqueado por ninguna oficina postal. La dejé allí, volví al dormitorio, grité a Lili que acabase de hacer la maleta, y telefoneé a un amigo mío de la sección de seguridad de Correos y Telégrafos. Me dio la alegre noticia de que una carta bomba normal contenía bastante explosivo como para matar a la persona que la abría y mutilar a cualquiera que se hallase en una habitación de tamaño normal. Me prometió enviarme a un experto en menos de treinta minutos. Le dije que no podía esperar tanto. Me sugirió llamar a la Policía y colocar un hombre de guardia hasta que llegase el experto.

Apresuré a Lili para que acabase. Cerramos el apartamento y luego, evitando los ascensores, bajamos los cuatro pisos por la escalera, hasta el vestíbulo. El portero estaba sentado tras su mostrador, con la nariz hundida en el Corriere dello Sport. La calle estaba ocupada, a ambos lados, por vehículos aparcados. Mi propio coche estaba bellamente atascado entre un «Mercedes» y un «Fiat 600».

Dejé a Lili en la portería y salí. La calle estaba desierta, exceptuando a una mujer que paseaba a un perro, un viejo barrendero que empujaba laboriosamente un gran cubo de basura sobre ruedas y la vendedora de flores adormilada en su tenderete de la esquina. Miré los edificios del otro lado de la calle. Todas las ventanas estaban cerradas, y algunas incluso con las contraventanas. No había lugar para un tirador oculto. Regresé al edificio y marqué *Pronto Soccorso*, el servicio de emergencia

policial de los *Carabinieri*.

Cinco minutos más tarde un coche patrullero llegó a la entrada de los apartamentos y los dos hombres de su tripulación salieron a la carrera. El *brigadiere* era frío y eficiente. Llamaría al pelotón de artificieros para que se ocupasen de la carta y comprobasen mi coche por si había alguna trampa explosiva. Mientras tanto, ¿querría hacerle una declaración? Mi carnet le convenció de que eso podía esperar. Necesitaba su coche y su conductor para que nos llevase a la señora y a mí al «Hotel Excelsior».

Senz'altro!… Salimos a toda velocidad y nos dejó enfrente del hotel. Pasamos cinco minutos mirando las vitrinas de «Rizzoli», y entonces tomamos un taxi hasta el «Teatro de Marcellus», caminando a través del laberinto de callejones hasta la casa de Steffi.

Steffi nos recibió con su característico floreo. Se atareó con Lili, la cubrió de cumplidos, insistió en ayudarla él mismo a instalarse en el cuarto, y luego bajo a la carrera a darme una buena paliza con su cortante lengua.

—¡Matucci, estás loco! ¡Ese paquete de ahí arriba es peligroso! Cuando el director se entere de esto… y lo hará, más pronto o más tarde, te cocinará, aullando, como una langosta. ¡Buen Dios! Es un caso perfecto para encerrarte durante veinte años: Coronel del SID se vende a una agente polaca. Yo mismo podría escribir la sentencia, con los ojos cerrados. Y todo ese otro melodrama… cartas-bomba y llamar a los *Carabinieri* para que comprueben tu coche. ¡Espera a que comiencen a llenar impresos!

—Steffi, ¿tienes *whisky*?

—Para ti, cicuta con soda.

—Pues sírveme uno doble, y calla.

—¡Calla, dice! La próxima vez me vendrás a pedir que te deje dormir con una mujer en mi propia casa.

—Quizá lo haga, Steffi.

—¡Oh, no, no lo harás! Ésta es una buena casa judía. Si alguien va a profanarla, no será un estúpido gentil como tú. Aquí tienes tu trago.

—*Chin-chin*, Steffi.

—¡Espero que te corroa la garganta…! Ahora, ¿podemos ser serios por un minuto?

—Yo estoy serio, Steffi. Estoy sudando sangre.

—¡*Excelente*! Sangra un poco más para mí.

—Dime, ¿quién es Raquel Rabin?

—¿Quieres repetir la pregunta, coronel?

—¿Quién es Raquel Rabin?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Tengo una tarjeta de presentación para ella. Me gustarla saber algo más, antes de ir a verla.

Por un momento, se quedó mirándome, con rostro inexpresivo y hostil. Luego, se dejó caer pesadamente sobre un sillón, rodeó con sus manos el vaso y se quedó mirando el licor, un viejo maltratado por el tiempo y la historia.

—… volvieron quince de Auschwitz, coronel. Raquel Rabin era la única mujer. En el *ghetto*, cuando uno pronuncia su nombre, lo hace con respeto… con gran respeto. No tenía por qué haber ido allá; tenía poderosos protectores. Pero cuando llegaron los camiones allí estaba ella, de pie en medio de la *piazza*, esperando como una hija de David. Era una artista, Matucci, tenía una voz de ángel, una de las más grandes de su tiempo. Cuando la veas, dirás que es más vieja que yo, pero sólo tiene sesenta y seis años. Le pasó todo lo que nunca debería pasarle a una mujer, pero aun sigue cuerda y tan espléndida como la estrella vespertina… Te mostraras muy amable con ella. Lo que te diga, lo creerás a pies juntillas. Y no la mezclarás en este maloliente trabajo nuestro. ¡No la mezclarás, entiéndelo bien!

—Tranquilo, Steffi… ¡Tranquilo!

—Te llevaré a ella, porque quiero que te muestres respetuoso y humilde, porque es una gran mujer. Te he hecho un favor, coronel. Tu mujer… porque es tu mujer, ¿no?, está bajo mi techo, a mi riesgo. Ahora, dime una cosa, ¿quién te dio esa tarjeta de presentación?

—Bruno Manzini.

—¿Por qué?

—Me dijo que si Raquel Rabin hablaba bien de él, quizás estuviese dispuesto a confiar en él. Necesito eso, Steffi. En una ocasión, me advertiste que me colocarían en el estrado de subastas. Ahora estoy en él, Steffi. Mañana o pasado alguien va a iniciar las pujas. Serán altas y tentadoras. No estoy seguro de poder resistirlas… Un amigo con experiencia podría ayudarme. Uno fuerte, darme valor. Se me está acabando, Steffi, porque ya no sé en qué creer. Ni siquiera sé quién soy.

Se le iluminó el rostro al oír esto, como si acabase de darle la mejor noticia del mundo. Inclinó su cabeza en su vieja pose de loro, y me contempló con refunfuñante aprobación.

—¡Vaya! Se está escribiendo la historia. El *risorgimento* de Dante Alighieri Matucci. ¿Así que no sabes dónde estás? ¿Y quién lo sabe? Pero, tan seguro como que respiras, será mejor que veas lo que te están haciendo.

—Lo veo, pero no lo comprendo.

—Porque rehúsas llegar a un acuerdo contigo mismo. No quieres decidir lo que eres: si un patriota o un mercenario.

—¡Duras palabras para pronunciarlas un amigo!

—Palabras verdaderas, porque soy tu amigo.

—He visto demasiados bribones llevando demasiadas etiquetas brillantes, Steffi.

—Entonces, te haré una pregunta simple. Hoy podrías haber sido asesinado, mañana el riesgo será aun mayor. ¿Por qué no corres? Cuando pones en juego tu vida, ¿por qué te la estás jugando… o contra qué?

—Quizá por un sueño, Steffi… no lo sé. Quizá contra una locura que huelo cada día en las calles. De alguna manera esta tierra es el centro de ella. Las parras que verdean en las terrazas, las blancas colinas y los matorrales pardos y el río están contaminados por su neblina. ¡Mi tierra! No viviré en ella por privilegio y permiso. ¿El pueblo? Eso es otra cosa. Odio las multitudes que me empujan, los estúpidos funcionarios que me dan la lata desde el amanecer hasta que anochece; pero cuando veo a una mujer llena a reventar, como una uva, de amor; cuando soy servido por un campesino que me dice «*Salve*!» y me ofrece vino, pan y sal, como si fuera su hermano… ésas son las cosas buenas, Steffi, que están pintadas en las paredes de las tumbas etruscas, y son celebradas en las canciones de los pescadores… ¡Ah!, éste es mi hogar y no quiero que sea pisoteado por botas militares o profanado por multitudes sin mente… Ahora, dejémoslo correr, ¿eh?

—Yo puedo dejarlo, amigo. Tú no. Tú eres el hombre que conoce la parte oculta de la política, los engranajes de la máquina del poder. Tú tienes que decidir cómo usarás ese conocimiento.

—No me pagan para usarlo… sólo para adquirirlo.

—Lo adquieres, pero también lo filtras. Suprimes, enfatizas, interpretas. ¿Con qué fin?

—Por Dios, ¿qué es lo que todos queremos? Una vida tranquila, alguna dignidad en nuestro vivir y en nuestro morir.

—¡No es bastante! ¡Ni mucho menos! Escucha…

—¡Cállese, viejo! —le gritó Lili desde la puerta, fría e irritada—. Deje que encuentre sus propias respuestas, a su debido tiempo.

—No tiene tiempo. —Steffi era brusco y brutal—. Se lo robó a sí mismo cuando se lo entregó a usted.

—Estoy aquí para devolvérselo. Por favor, ¿me puedo sentar?

Steffi indicó el sillón y ella se sentó entre nosotros. Colocó las palmas planas sobre la mesa, como para mantenerse erguida y dominarse. Permaneció en silencio unos minutos, acopiando fuerzas, y luego nos dijo:

—Son ustedes amigos. Yo soy una extraña. Acepto estar aquí porque tengo miedo. No quiero que me asesinen. No quiero pasar el resto de mi vida en una prisión romana. Pero no soy una pordiosera. Puedo pagar lo que me dan.

—No se te ha pedido que pagues.

—No, pero lo haré. —Se volvió hacia mí y colocó sus manos sobre las mías—. Vas a irritarte mucho conmigo, Dante Alighieri.

—¿Sí?

—Hay algo que no te he dicho. Te lo podría haber dicho anoche… si las cosas hubieran sido diferentes. Aunque quizá… no lo hubiera hecho. Entonces, estábamos aún pactando. Esta mañana tenías mi vida en tus manos. No trataste de conseguir nada a cambio. Ni tampoco tu amigo.

—¿Y…?

—Massimo Pantaleone no dejó todos sus documentos en el Banco.

—¿Dónde está el resto?

—En la villa de Ponza.

—¿Qué son, Lili?

—Microfilms y mapas.

—¿Cuánto tiempo llevan allí?

—Los llevó en nuestra última visita a la villa… una semana antes de que muriese.

—Pero; ¿no se lo dijiste ni a Pájaro Carpintero ni a ninguno de los tuyos?.

—No.

—¿Por qué no?

—No tenía ningún control sobre lo que pudiera hacer Pájaro Carpintero. Si robaba aquellas cosas, yo estaba acabada. Sólo Massimo y yo podíamos saber el lugar en que estaban ocultas.

—¿Podrías describírmelo?

—No. Tendría que llevarte allí.

—Eso significa nuevas disposiciones. Tendrás que esperar aquí, mientras las tomamos. Steffi, tú y yo tenemos que hacer una visita. No salgas de casa, Lili. Si llama alguien, no contestes. Volveremos en una hora, más o menos.

—Quizá yo no vuelva jamás —dijo gimoteante Steffi—. Tal vez me ahogue en el Tíber. No quiero estar con vida cuando trates de explicarle esta locura al director.

No se ahogó. Se retiró con gran deliberación, hacia su propio pasado, y me obligó a ir con él, como si fuera un rito de iniciación que tuviera que pasar antes de conocer a Raquel Rabin. Mientras paseábamos —no me dejaba apresurar el paso— por los callejones del viejo *ghetto*, conjuró fantasmas en cada portal: el viejo Marco, el ebanista, que le daba a un trozo de pino la forma de un horrible bribón y firmaba con su nombre en la parte inferior; Ruggiero, el farmacéutico, que una vez le hizo partícipe de sus secretos: una mano momificada y líquidos que cambiaban de color cuando uno los mezclaba; Blasio, el armero, que le mostró pistolas que habían matado a cinco hombres en duelos en el campo del honor. Mientras hablaba, su narrativa se hacía más viva, sus gestos más amplios y vehementes. Apartó todas las trazas del presente y me colocó, con firmeza, en la ciudad de su propia niñez. Por ejemplo, allí estaba Salomone, al que toda la gente del barrio llamaba Salomone *Vecchione*. Era tan viejo que parecía hermano gemelo de Matusalén, tan empequeñecido que parecía que, en un año más, iba a desaparecer por completo. Llevaba un largo caftán negro que se volvía verde cuando le daba el sol, un gorrito negro colocado sobre su pelado cráneo, y una cadena de plata con un colgante en forma de estrella de David sobre su hundido y jadeante pecho. Empujaba una carretilla con la que vendía viejos pergaminos y libros con lomos cubiertos de moho y tubos de metal con pergaminos en su interior y tabletas de barro que parecía como

si las hubieran pisado pájaros antes de que fueran metidas en el horno.

La gente del mercado le tenía miedo a Salomone y lo trataba con el exagerado respeto debido a un mago o a un brujo. Cuando pasaba, hacían el signo contra el mal de ojo y murmuraban, temerosamente, acerca del fuego que consumiría a todos los judíos y paganos. Pero para el joven Stefanelli era como un genio surgido de una botella, con una maravilla en cada bolsillo. No todos los fantasmas de Steffi eran amistosos. Algunos eran tristes traidores, algunos eran enemigos de pesadilla. Por ejemplo Luca, el jorobado, que estaba sentado en su taburete junto al barbero y permitía que le tocasen la giba a cambio de una moneda. Luca era un soplón de la Policía que espiaba a la gente del *ghetto* a cuenta de los fascistas. Balbo era un policía rufián que recibía tributo de todos los tenderos de su distrito, y Fra Patrizio era un franciscano de cráneo afeitado que en cada sermón maldecía a los pérfidos judíos que cada día sacrificaban al Salvador…

—A veces —dijo tristemente Steffi—, me gustaría olvidarlos a todos. Pero Dios es un bromista que guarda en sus manos la llave de la memoria… Aquí estamos, coronel. Te presentaré a Raquel Rabin y luego me marcharé. Irás directamente al grano con ella y no estarás mucho tiempo. Es muy frágil.

Desde luego era muy frágil, de cabello blanco, pálida como la leche, casi transparente, tanto que le hacía pensar a uno que el siguiente *scirocco* podía arrastrarla por los aires. Sólo había vida en sus ojos oscuros y brillantes, y extrañamente compasivos. Estaba sentada, erguida y tranquila, escuchando en silencio mientras yo le decía quién era y por qué había ido allí. Cuando hube terminado, pareció caer en meditación como una antigua pitonisa que aguardase al espíritu de la adivinación para que la animase. Me sentí extrañamente disminuido; un neófito ignorante en presencia de una mujer que lo había visto y sufrido todo. Incluso cuando habló, y se mostró muy amable conmigo, había un matiz hierático en su tono que aún me disminuía más.

—¿Sabe usted por qué Bruno le ha enviado a mí?

—No, señora.

—Fuimos amantes durante mucho tiempo. No unos amantes que fueran felices siempre, porque yo era muy famosa y cortejada y a Bruno lo perseguía su propio pasado: una madre que fue en otro tiempo una célebre cortesana, y un padre que le dio mucho dinero, pero que jamás estuvo dispuesto a reconocerlo. Pero el amor existía. Y aún sigue existiendo.

—A pesar de que a usted se la llevaron y él se quedó aquí.

—Nos habíamos separado mucho antes. Fui por mi propia voluntad. Él se quedó para luchar contra aquellos que se me habían llevado. Sigue luchando.

—¿Cómo?

—Es un hombre extraño. Cree que hay que perdonar. Pero no cree que haya que olvidar.

—¿Hay alguna diferencia?

—Él cree que sí.

—¿Y usted?

—Yo acepto las cosas tal cual son: que estoy viva y otros están muertos; eso no puedo cambiarlo; y que la gente debe olvidar porque no puede soportar el recordar.

—¿Puedo fiarme de Bruno Mazini?

—Puede fiarse en lo que es.

—¿Y qué es lo que es, señora?

—Un hombre que se ha edificado a sí mismo, célula por célula, de la nada… Es muy fuerte, muy fiel. Cumple lo que promete, por mucho que le cueste. Cada año, en el aniversario del Sábado Negro, me envía una tarjeta. En el cajón de la derecha del escritorio hallará una carpeta. Por favor, tráigamela.

La carpeta era de cuero repujado trabajado por un artesano florentino. En la cubierta, grabada en oro, estaba la estrella de David. Se la entregué. La abrió sobre sus rodillas, sacó las tarjetas y me las entrego. Las tarjetas eran idénticas a las que había hallado en el dormitorio de Pantaleone. Sólo eran diferentes las inscripciones.

HANS HELMUT ZIEGLER
São Paulo – 3 de enero de 1968

EMANUELE SALATRI
Londres – 18 de agosto de 1971

FRANZISKUS LOEFFLER
Oberalp, Austria

—¿Qué es lo que significa esto, señora?

—Son los nombres de los hombres relacionados, cada uno a su manera, con lo que nos pasó a mí y a los otros en 1943. Hasta el momento, tengo quince. Han de llegar nueve más. Bruno Manzini los ha ido persiguiendo. Ha sido un trabajo de años porque estaban dispersos por todo el mundo. Cuando los halló, le envió a cada hombre una tarjeta y un *dossier* de su pasado.

—¿Qué significan esas fechas?

—Los días en que murieron.

—¿Quién los mató?

—Se mataron ellos mismos.

—No hay fecha en éste.

—Sigue aún con vida…

—¿Cuál es la diferencia?

—Bruno me dijo que éste era el mejor regalo de todos: un hombre que había hallado una forma en que vivir honorablemente consigo mismo. Me sentí muy contenta al saber esto.

—¿Es usted feliz con Bruno Manzini, un hombre que juega a ser Dios?

—Él no lo ve así.

—Entonces, ¿cómo lo ve?

—Dice que a cada hombre debe permitírsele juzgarse a sí mismo, pero que no se le debe dejar que entierre las pruebas.

—¿Y usted, señora?

—Yo estoy de acuerdo con él, coronel. Fui testigo de Nuremberg… A favor y en contra de los que eran acusados. Ahora, no odio a nadie. No temo a nada. Pero el terror ha vuelto: en Vietnam, en Brasil, en África, aquí en Europa. ¿No es ésa la causa por la que usted ha venido a mí… porque usted también tiene miedo?

—Sí, señora. Tengo mucho miedo.

—Pues confíe en mi Bruno, pero no ciegamente, porque de esa manera no tendría ningún respeto por usted. Discuta con él, luche con él, de amigo a amigo. Quizá no le convenza; tal vez, incluso, acaben como adversarios, pero jamás, jamás, le traicionará a usted…

—Gracias, señora.

—Gracias a usted por haber venido. Que la paz llene su casa y su corazón.

Quedé agradecido por la bendición, pero salí a la luz del sol muy pensativo. Una nueva convicción estaba cristalizándose del negro fluido de mis propios pensamientos. No había cura para la condición humana, porque cada hombre contemplaba el presente y planeaba el futuro a la luz de su propio pasado. No existía esa cosa a la que llamamos un nuevo comienzo, porque nadie perdonaba realmente, y nadie olvidaba del todo. Al final, la memoria colectiva nos traicionaba. Los pecados de los padres eran purgados por los hijos. Comprendía a Manzini y su fría convicción de que a los tiranos no se les debía permitir medrar, ni siquiera en el exilio. Comprendía al director y sus deseos de lograr un equilibrio, por precario que fuera. Comprendía a Leporello y su fantástica creencia de que era más barato el orden, a cualquier precio, que el caos. A la única persona que no comprendía era a mí mismo…

De regreso a casa de Stefanelli, me detuve en un bar e hice una llamada telefónica a Manzini en el «Grand Hotel». Nuestra conversación fue breve.

—*Cavaliere*, acabo de hablar con Raquel Rabin.

—¿Y…?

—Me alegro mucho de haberla conocido. Me gustaría verle tan pronto como sea posible.

—Salgo para Bolonia dentro de media hora. Me alegrará recibirlo allí, en cualquier momento. ¿Cuándo puedo esperar verle?

—Como mucho, dentro de dos o tres días. Más pronto, si me es posible.

—Bien. ¿Cuál es su propia situación?

—Difícil. Pero quizá mejore pronto. Al menos, lo espero.

—¡Entonces, buena suerte!

Su deseo debió de tener alguna fuerza, porque cuando llamé al director, su ayudante me dijo que había sido convocado urgentemente a una conferencia en el Ministerio. ¿Quería dar algún mensaje? Ninguno que pudiera ser dicho con seguridad por una línea abierta. Debía decirle al director que había nuevos acontecimientos en mi investigación actual, y que estaría fuera de contacto durante cuarenta y ocho horas. Sólo estaba retrasando el mal momento, pero si podía llegar a Ponza y echar mano al resto de los documentos de Pantaleone, quizás aún podría escapar al verdugo.

Ahora me enfrentaba con un problema de espacio y tiempo. La isla de Ponza, que no es mi lugar favorito en este mundo, se halla a unos setenta y cinco kilómetros al suroeste de Gaeta. La leyenda dice que Poncio Pilato nació allí. Los fascistas la utilizaron como lugar de exilio para los prisioneros políticos. Después de la guerra, dado que las islas eran escasas y se estaban tornando más escasas en este siglo XX, la gente comenzó a comprar tierras y a edificar villas en las laderas y alrededor de la costa. La isla está comunicada por transbordadores que parten de Anzio, Formia y Nápoles, pero cualquiera que sea el camino que se elija, significa un viaje por carretera desde Roma y tres o cuatro horas de navegación, lo que, con mal tiempo, es un verdadero purgatorio. Yo deseaba a toda costa no utilizar los transportes públicos, y acortar el tiempo de la operación hasta el mínimo. Si el director decidía ordenar una búsqueda general de mi persona, iba a resultar tan visible como un grano en la cara de la Mona Lisa.

Además, había otra posibilidad más siniestra. Los papeles robados de la oficina de Bandinelli estaban ya en manos de personas desconocidas. En aquel momento, ya les debía de resultar claro que la documentación era incompleta. Conclusión: los cazadores debían de estar de nuevo tras la pista y, por pura lógica, regresarían, más tarde o más temprano, a Lili Anders y a la villa que había compartido con Pantaleone. Posdata a la conclusión: necesitaba ayuda, a toda prisa.

Cuando regresé a casa de Steffi, eran las cinco treinta. Pedí una llamada urgente a un tal coronel Carl Malinowski, en el cuartel general de la OTAN en Nápoles. Malinowski es un estadounidense muy complaciente, a veces demasiado complaciente para su propio bien. Hace dos años logré sacarlo de una situación embarazosa en la que estaba envuelta su amiga napolitana y un agente ruso que operaba en el área del Arsenal.

Malinowski me debía un favor. Ahora, necesitaba que me lo devolviese, bajo la forma del gran Baglietto, que usaba para sus borracheras y sus escenas de seducción y que, con un mar razonable, podía llegar a los veinticinco nudos.

Malinowski se mostró feliz de poder ayudarme. Se haría un pase de permiso para sí mismo. Además, tenía una nueva amiguita a la que le gustaría la excursión. Si estábamos en los muelles de Mergellina a la primera luz, nos llevaría él mismo a la isla. Aún mejor, si queríamos ir a Nápoles aquella misma noche, nos daría de cenar y nos ofrecía una cama en su propio apartamento. La cama era de matrimonio. Suponía

que serviría. Si no era ese tipo de excursión, podía dormir en el diván e irme al infierno. El resto fue fácil. Alquilé un «Fiat 130» en una agencia, y a las siete de la tarde, para infinito alivio de Steffi, estuvimos fuera de Roma, dirigiéndonos hacia el Sur a lo largo de la autostrada de Nápoles.

Disfruté con aquel viaje: la repentina sensación de tranquilidad cuando la ciudad quedó atrás, el atardecer suavizando las colinas del Lazio, las luces apareciendo en las granjas de las montañas, la hilera procesional de tráfico a lo largo de la autopista, el alzarse de la luna amarilla tras las estribaciones de los Apeninos, la breve, pero agradable soledad de un hombre y una mujer en un pequeño mundo rodante.

Al principio, Lili estaba en tensión, resintiéndose a las claras de mi comportamiento autoritario con ella. Yo había hecho gran presión para conjurar los peligros de su situación; pero ahora, sin raíces ni hogar, no podía tener ninguna esperanza de futuro, y yo no estaba en posición de prometerle ninguno. Estaba sentada, envarada y ausente, como si no pudiese soportar el hallarse cerca de mí. Busqué una emisora que diese música napolitana e hice ver que la ignoraba. Al cabo de un rato, comenzó a cabecear y cuando la atraje hacia mí, no resistió, sino que colocó su cabeza en mi hombro y dormitó nerviosamente, hasta que pasamos Monte Cassino.

Ahora estaba más tranquila. Se sentó cerca de mí y hablamos, en voz baja y sin ilación, hasta que volvió a nosotros el ambiente de la primera noche.

—¿Sabes una cosa, Dante Alighieri?

—¿Qué?

—Que en este momento somos verdaderamente *noialtri*. Yo no puedo ir a casa. Tú no sabes a dónde vas.

—Cierto, mi amor, cierto.

—Me gusta tu Steffi.

—Sí… es todo un carácter.

—Te aprecia mucho.

—Nos comprendemos el uno al otro.

—Pero teme que tomes decisiones equivocadas, ¿no?

—Yo también lo temo, *bambina*.

—Espero que no te vendas… a nadie. Una vez hecho, no hay forma de echarse atrás. Lo sé…

—¿Por qué entraste en este juego, Lili?

—¿No tienes eso en tus *dossiers*?

—Tengo el cómo. No la verdadera razón.

—En toda mujer hay una prostituta, *caro*, y tú lo sabes. Llega el momento triste en que se encuentra sola y sin amor y en que empiezan a aparecerle las primeras patas de gallo, y entonces se venderá, siempre que el precio parezca un regalo, las palabras sean dichas con suavidad, y el mañana no parezca demasiado cercano. Sin excusas. Y sin piedad, gracias.

—Supón que te saquemos del país, entonces, ¿qué?

—Soy una soltera de medios modestos, que busca a un hombre.

—¿Qué tipo de hombre?

—Eso es un sueño privado, y no dejaré que te rías de él.

—No me reiría.

—¿Qué clase de mujer quieres tú, Dante Alighieri?

—He tenido de todo tipo, Lili… excepto aquella con la que sentaría la cabeza y tendría hijos.

—¿No te sientes nunca solo?

—A menudo. Pero es una situación tolerable. Al menos, lo ha sido…

—¿Y ahora?

—No me gusta el tipo que vive en mi piel.

—A mí me gusta… a veces.

—Es que no lo conoces bien, Lili.

—Lo bastante como para ponerle un nombre.

—¿Qué nombre?

—Búfalo solitario.

—Al que pagan para proteger al rebaño.

—¿De qué? ¿Los marxistas, los fascistas, los monárquicos?

No creo en esa «protección», ni tú tampoco. Eres un instrumento político. Cualquier mano puede alzarte y utilizarte para cualquier trabajo.

—Hablemos de cualquier otra cosa, ¿eh?

—Si quieres. ¿Qué haces cuando no puedes soportar el estar solo…?

—Voy a tocar.

—¿Como anoche en el Trastevere?

—Algo así…

—Me gustaría que no tuviéramos que ir a Ponza.

—A mí también.

—¿Qué pasará cuando regresemos?

—Depende de lo que hallemos y lo bien que pueda ocultarlo… Eso de ahí es Capua, donde Espartaco inició la revolución de los esclavos.

—Conozco lo de Espartaco, *caro*… Y espero que tengamos mejor suerte que él.

El mayor Carl Malinowski de la Infantería de Marina de los Estados Unidos fue un tónico para nuestros maltratados espíritus. Medía un metro ochenta, todo ello hueso y músculo, con puños como jamones, una sonora risa y un acento sureño que, a pesar de que yo hablo un inglés muy aceptable, a veces me costaba mucho entender. Tenía la inalterable convicción de que el mundo era aún un Jardín del Edén, repleto de Evas aquiescentes y serpientes amistosas. Su apartamento, amueblado al estilo americano, era el paraíso de un soltero, con una vista a la bahía, desde el Vesubio hasta el cabo de Sorrento, un asombroso mueble bar y música que se oía en todas las habitaciones. Su nueva chica era una sueca, arrancada de la cosecha veraniega de turistas y floreciendo después del trasplante. *Dio* una mirada a Lili y gritó su aprobación, para que se enterara todo el vecindario.

—*Bella! Bellissima*! Dante, hijo mío, tu gusto está mejorando. ¡Ésta sí que es una mujer de estilo sureño! Cariño, sé bueno con este hombre. Es el mejor italiano que conozco: todo él corazón y ansias sexuales. Y además, brillante, aunque uno no lo diría, al verlo. Helga, ¿por qué no te llevas a Lili y le enseñas su cuarto, mientras Dante y yo preparamos algunos tragos? —Colocó una mano de hierro sobre mi hombro y me llevó hasta el bar—. Dime ahora, coronel, señor, ¿esto es trabajo o placer?

—Trabajo, Carl.

—¿Y qué es lo que quieres que yo haga?

—Llevarnos a Ponza, y traernos rápido.

—Con este tiempo serán tres horas en cada dirección… más, si refresca el viento. ¿Cuánto tiempo quieres estar allí?

—Con dos horas debería bastar.

—Saldremos a las seis de la mañana, y estaremos de regreso a media tarde. ¿Te va bien?

—*Excelente*.

—¿Esperas problemas?

—No es muy probable.

—¿Qué hay entre tú y la Lili-belle?

—Parte placer, parte trabajo. No lo bastante del uno, demasiado del otro.

—Te comprendo, coronel, señor. Te comprendo bien y claro. Así que esta noche nos beberemos un buen vino y nos daremos una retozada en la cama. ¡Mañana, desembarcaremos en las playas de Ponza!

Fue una larga y alegre noche. Cenamos como reyes, caviar, bistec y helado napolitano. Nos bebimos dos litros de «Lacrima Christi» y media botella de «Courvoisier», arreglamos el mundo con nuestra charla, contamos chistes verdes, y nos echamos sobre la alfombra, dormitando mientras escuchábamos la música grabada. En algún momento, después de medianoche, nos separamos por parejas y fuimos a la cama, y debo decirles que no hay cama en todo el mundo más confortable, más apta para hacer el amor, que un gran *letto matrimoniale* napolitano

de metal.

Fue una buena noche para los dos. Hicimos lo que nos gustaba, y nos gustamos el uno al otro. Estábamos agradecidos, estábamos contentos y, por un tiempo, no estuvimos solos. Dormimos profundamente, sin soñar. Estábamos despiertos y disfrutando de nuevo, cuando Malinowski martilleó la puerta y nos llamó a desayunar.

Lo he contado mal; debo de haber usado las mismas palabras para una docena de encuentros porque soy, y lo digo agradecido, un hombre que ha sido afortunado con la mayoría de sus mujeres. Pero aquella vez había una diferencia, una sensación de consecuencia, si no aún de dedicación. Y también hubo otra diferencia: yo estaba dispuesto a mostrarme sentimental tras aquello, mientras que Lili no quería saber nada.

Me lo dijo, secamente, mientras estábamos juntos en la cubierta posterior del Baglietto y contemplábamos cómo el verde cono de Ischia se desvanecía en el amanecer.

—*Caro*, a veces me tratas como si no tuviera cerebro. Sé lo que está en juego. Si el material de la villa es importante; te dará poder. Tú crees que también servirá para que yo obtenga un pasaje gratis para salir de Italia.

—Eso espero.

—Y salvar tu conciencia a mi respecto.

—Si quieres decirlo así…

—Pero ¿no me prometes nada?

—No puedo.

—¡Tonterías! No te necesito para salir de Italia, Dante Alighieri.

—¿Crees que puedes escapar a los guardias fronterizos por ti sola? Ni lo intentes, Lili.

—No tendría que hacerlo. Podría contratar a cualquier pescador de Ponza para que me llevase mañana a Córcega.

—¿Qué es lo que estás tratando de decir, Lili?

—Que me necesitas, como necesitas los papeles de Pantaleone, como carta negociadora. Déjame ir, y pierdes poder, te castras tú mismo. Lo comprendo. Lo acepto. Pero me insultas cuando tratas de hacer parecer eso como una prueba de confianza. Tu amigo Steffi tenía razón. Siempre rehúsas llegar a un acuerdo contigo mismo… Ahora, ¿podemos entrar, por favor? Tengo frío.

Hacía frío. El viento estaba soplando del Noroeste, levantando un mar poco agradable, y Malinowski estaba guiando rápidamente la canoa, enfrentando su talento como timonel contra la inclinación de la poderosa embarcación y la corta y engañosa ola. Nos aposentamos en el salón y traté, con una especie de desesperación, de ganar la argumentación y salvar mi propio orgullo.

—Aclaremos eso, Lili. Hice un trato contigo. Hasta ahora, lo he cumplido. Hasta ahora estás libre y protegida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora, quieres que lo cambie. Quieres que cierre los ojos, mientras tú escapas a Córcega.

—¡No! Quiero estar segura del tipo de trato que estás haciendo con otra gente, y qué es lo que harás al final.

—¿Y por qué infiernos te podría importar?

—¡Pobre Dante Alighieri! Tantas mujeres, y lo poco que has aprendido. ¡Qué desperdicio!

—Al menos, yo no tengo ninguna ilusión.

—¡Bah! No discutamos, pues. Tú escribes el guión, tú dices las palabras y tiras de las cuerdas y, cuando haya terminado la función, Lili, el títere, es guardado en su caja. Los dos lo sabemos, mi amor.

—¿Y decías que no habría chantaje? ¡Dios!

—El chantaje implica una amenaza, ¿no? ¿Cómo puedo amenazarte yo? ¿Con los papeles Pantaleone? Los tendrás en cuanto lleguemos a la villa. ¿Con una noche en la cama? Ésa es la costumbre de nuestro trabajo, ¿no? ¿Con tu promesa de protección? Eso también forma parte del trabajo… cada pequeño policía utiliza el mismo truco en todos los interrogatorios… Así que… ¿qué es lo que te asusta, mi bravo coronel, sino tú mismo?

—Si así es como tú lo ves… *excelente*! Te equivoques o no, no cambia nada… Subamos al puente.

—Me gustaría estar sola un rato.

—Esto es trabajo, Lili.

—A su servicio, coronel.

Malinowski nos recibió con su sonrisa y ojos azules, todo él salud e inocencia, y extendió sobre la mesa de planos un pequeño mapa de Ponza. En el mismo, Lili identifico la situación de la villa, un pequeño promontorio en la costa este de la isla. La villa estaba marcada en el libro de navegación como un punto de referencia para los navegantes: «… un gran edificio cuadrado de piedra gris, a cuyo este se pueden ver claramente los pilares y los arcos de una ruina romana. Con viento del Oeste al Noroeste, la bahía sur ofrece un buen refugio a los barcos pequeños. El fondo es de piedra y rocas con un poco de madera».

Le pregunté a Lili:

—Si echamos el ancla aquí, ¿podremos subir a la villa desde la playa?

—Sí. Hay un sendero que llega hasta las ruinas.

Malinowski nos interrumpió con una pregunta de marinero.

—Si anclamos, tendremos que bajar el bote auxiliar y volver a subirlo después. Tendréis un viaje poco confortable y muy mojado hasta la playa. ¿Por qué no atracamos en el puerto y tomáis un taxi hasta la villa?

—Estrategia, Carl. En el puerto llamaríamos mucho la atención. Estamos fuera de temporada. La gente local hablaría. Prefiero que esto no ocurra.

—Muy claro, coronel, señor. Anclaremos.

—En cuanto a la villa, Lili, ¿hay algún criado?

—No. Fuera de temporada está cerrada. Una familia del pueblo pasa una vez por semana a limpiarla y encender la calefacción unas horas. Pero no tenemos que acercarnos a la villa. Lo que buscamos está ahí, en las ruinas.

—¿Por qué en las ruinas?

—Lo verás cuando lleguemos allí.

—¿Se pueden ver las ruinas desde la casa?

—Sólo la parte superior. La casa está rodeada totalmente por un muro. Las ruinas están en tierra del Gobierno, que posee parte de la costa.

—Mejor aún. Dale una mirada a la carta, Carl. ¿A qué distancia de la costa puedes anclar?

—Veamos… Para poder estar más seguros, a un largo de cable.

—¿Visibles desde la casa?

—Al aproximarnos, sí. Cuando estemos anclados, probablemente no. No obstante, no comprendo qué problema hay en ello. Eso es terreno público. Cualquiera puede tomar tierra en él. Si no, es algo de la ley italiana que no conocía.

—No me preocupa el entrar allí, Carl. Además, Lili es la propietaria de la villa. Digamos que lo que me preocupa serían intrusos hostiles.

—De ésos, coronel, señor, nos podemos ocupar perfectamente —abrió el armario bajo la mesa de mapas y sacó un rifle automático—. Llevo esta preciosidad por si algún tiburón persigue a una de mis chicas cuando está nadando con el culo al aire. Así que, mientras tú y Lili-belle van a tierra, yo me quedaré vigilando en cubierta, por si vienen intrusos hostiles… ¿Satisfecho?

—No. No puedo dejar que un oficial estadounidense se vea envuelto en un drama doméstico italiano. Así que, si no te importa, me llevaré el arma a tierra conmigo.

—Como quieras. ¿Me haces el favor de conectar la radio? Dentro de un minuto oiremos las noticias, y luego me gustaría escuchar el informe meteorológico.

—Si no me necesitas más —dijo Lili—, creo que me iré a echar al salón. Me siento un poco mareada.

—Deberías habérmelo dicho, Lili-belle. Tengo una cosa que…

—No, gracias, Carl. Me pondré bien. Excusadme.

Cuando nos hubo dejado, Carl sonrió y me clavó una mirada de complicidad.

—¿Problemas, hermano? ¿Necesitas algunos pequeños consejos posnupciales?

—De hecho, los necesito.

—De acuerdo, cuéntaselo todo al tío Carl.

—¿Qué dirías si te contase que Lili es una agente doble que trabaja para mí y para los marxistas?

—Te diría qué mala suerte… y me olvidaría de que lo has dicho.

—¿Y si te contase que quizá tenga que meterla en la cárcel para satisfacer a mi gente?

—Diría que estás en un buen lío.

—Y si entonces te dijese que la conservases a bordo y la llevases a Córcega, fuera de la jurisdicción italiana, ¿qué es lo que me dirías?

—Te diría, coronel, señor, que eres un muy buen amigo mío, que te debo un gran favor que ahora te estoy pagando. Pero también te diría que soy un republicano de nacimiento, que he visto a mis camaradas morir en Corea y en Vietnam y que no me gustan mucho los negros, aunque he aprendido a vivir con ellos; pero lo que no puedo soportar es a los comunistas de ningún sexo o condición. Y por consiguiente, si me lo pidieses, y estoy seguro de que no lo harías, tendría que decirte no, señor, no, gracias, eso no, de ninguna manera. ¿Me comprendes, coronel?

Lo comprendía tan claramente, que no podía creerlo. Durante un instante, pensé que estaba bromeando. Bromeaba acerca de la mayor parte de las cosas. Lo asombroso es que lo decía completamente en serio. Supongo que jamás había creído que un pueblo grande y vigoroso pudiera sobrevivir con unos artículos de fe tan simples. Pero, después de todo, nosotros los europeos habíamos tenido una experiencia mucho más larga y sangrienta, y aún no éramos ni la mitad de lo escépticos que deberíamos ser.

Carl Malinowski extendió la mano.

—No estarás resentido, ¿eh, Dante?

—No, Carl.

—Y no estoy diciendo que seas un rojo, ya lo sabes.

—Naturalmente.

—Ni tampoco estoy juzgando a Lili-belle. Se podría decir que sólo estoy escurriendo el bulto.

—Lo comprendo.

—Y sigo contigo contra los intrusos hostiles.

—Gracias.

—Ahora, escuchemos las noticias, ¿eh?

Las noticias, dichas en el suave y eufórico estilo de la R.A.I., eran la habitual mezcla: la guerra de Vietnam, las negociaciones de paz en París, los feudos tribales de África, huelgas en Inglaterra, huelgas en Italia, otro comentario del Papa sobre la ley italiana de divorcios, otra pelea parlamentaria italiana, esta vez sobre la distribución de los subsidios provinciales, y finalmente, una tensa coletilla: un empleado árabe de la Embajada de Libia en Roma había sido muerto de un disparo frente a su casa en la Colina Aventina. La víctima era el representante en Roma de la organización guerrillera palestina Al Fatah. La Policía estaba tratando el crimen como si fuera un asesinato político probablemente organizado por agentes israelíes.

Esto hizo que se me pusiera de punta el pelo del cogote. En el SID se me consideraba como un experto en actividades terroristas árabe-israelíes. Había preparado nuestros primeros archivos sobre los guerrilleros palestinos residentes o actuantes en la República. Tenía buenos informadores entre los jordanos y los

egipcios. Conocía al director de la organización antiterrorista judía, un letón de ojos fríos que, desde mi punto de vista, era uno de los mejores agentes de inteligencia del mundo. En una ocasión, en una reunión muy privada de expertos, lo había oído hablar sobre la verdadera naturaleza del terror, tanto como arma política como en su aspecto de infección social.

«Como arma, es casi irresistible. Infunde miedo y duda. Destruye la confianza en los procedimientos democráticos. Inmoviliza a las fuerzas policíacas. Polariza facciones: los jóvenes contra los viejos; los que no tienen contra los que tienen; los ignorantes contra los intelectuales; los idealistas contra los pragmáticos. Como infección social es más mortífera que una plaga: justifica los remedios más viles, la suspensión de los derechos humanos, las detenciones preventivas, los castigos crueles e inusitados, el soborno, la tortura y el asesinato legal. Los hombres más morales, los Gobiernos más cuerdos, no son inmunes a esta infección. La violencia engendra violencia; se paga a los chantajistas con el tesoro público; las represalias caen duramente tanto sobre los inocentes como sobre los culpables… Ustedes los italianos hicieron un héroe de un hombre que secuestró un avión de pasajeros. Cuando caemos sobre un árabe que planta una bomba en Roma, tenemos que aceptar que despertaremos a todos los antisemitas latentes en Italia, y daremos un chivo expiatorio a los neofascistas. Cada marxista al que se le da una paliza en un calabozo de la Policía consigue veinte reclutas para la revolución. Cada bomba lanzada en las calles hace que se cree una nueva brigada de policía antidisturbios, con escopetas de gases y coches-bomba con mangueras a presión. Cada gran ciudad tiene su propia universidad del terror. Y las lecciones circulan desde Ulster al Udine, desde Vietnam a Venezuela, desde Río a Atenas y Roma…».

Por consiguiente, para mí, el asesinato de la Aventina era algo más que malas noticias, era un desastre personal. Aquí estaba viajando como un turista entre Nápoles y Ponza, en una compañía muy heterogénea, mientras el director debía de estar apretando todos sus botones, y buscando por todo el país a un experto en asuntos semíticos, prófugo. Si regresaba con los papeles de Pantaleone y, además, con Lili Anders, quizás escapase al potro y al revientadedos. Si regresaba con las manos vacías, me arrancaría miembro tras miembro, y me entregaría a los leones del zoológico.

Durante un momento de pánico, pensé en tratar de entrar en contacto con él mediante la radio de la embarcación, al menos para hacer acto de presencia. Luego, me di cuenta de que esto sólo sería un suma y sigue de todos los errores de los últimos dos días y vocearía mi misión a todo el Mediterráneo Occidental. Así que, al infierno con ello. Me había dado mano libre. Clavaría su concesión a su puerta como los artículos de Lutero; si no le gustaba lo que iba a leer, se lo podía comer como cena. Al menos, esperaba que eso lo ahogase.

Llegamos a Ponza entre un aguacero acompañado de vendaval, y tuvimos que costear lentamente antes de poder identificar positivamente el promontorio y la villa

de Lili. Ni siquiera el libro de navegación cumplió con su promesa: el refugio ofrecido por la bahía no era nada bueno, y era un tanto dudoso que el ancla quedase bien clavada. Pero había una pequeña ventaja; si había algún vigilante en la villa, no tendría mejor visibilidad que nosotros. Lili y yo nos habíamos envuelto en impermeables de marino, y bajado al caracoleante bote. Carl me entregó el rifle y, tras la acostumbrada lucha por poner en marcha el motor fuera borda, atravesamos el agitado oleaje, hacia la playa.

La playa estaba desierta. En el promontorio no había señal alguna de vida. El sendero que llevaba a las ruinas era muy empinado y lleno de hierbas resbaladizas, y en un punto tuvimos que gatear, ayudándonos con tirones a los matorrales y enredaderas. Cuando llegamos a la parte superior, me hallaba sin aliento y muy irritable. Estaba convencido de que o bien Pantaleone estaba loco, o Lili me había engañado deliberadamente. No podía hallar razón alguna para que, disponiendo de la gran fortaleza que era la villa, alguien fuera a esconder documentos valiosos en unas ruinas mohosas, en una tierra que ni siquiera le pertenecía. Se lo dije, y muy acaloradamente, a Lili, que se echó a reír.

—¡Tienes un aspecto tan ridículo…, eres como un payaso de circo! Y esa escopetilla de juguete, ¿que es lo que vas a matar con ella… gaviotas?

Me tomó de la mano y me llevó, a través de un arco, al refugio de una bóveda que, de alguna manera, había soportado la acción destructora de los siglos. Las paredes exteriores eran de piedra tallada, pero los interiores eran de ladrillos que se alzaban formando una pequeña cúpula. El suelo estaba pavimentado con losas de mármol, agrietadas, descoloridas y hundiéndose en algunos sitios, pero en general bastante intactas. El lugar olía a causa de los excrementos pútridos y la espuma del mar. Lili echó hacia atrás la capucha de su impermeable y se quedó, en jarras, contemplando el oscuro interior.

—¿Crees que Massimo estaba loco? Yo también lo pensaba cuando me trajo aquí. Pero piénsalo mejor. La villa está abandonada todo el invierno. Los sirvientes meten las narices en todo cuando el *padrone* está lejos. Mira a tu alrededor. ¡Vamos, examínalo! ¿Qué es lo que ves?

El enladrillado de las paredes no revelaba nada. Recorrí el suelo, buscando espacios vacíos bajo el mismo. De nuevo nada.

Lili permaneció sonriéndome triunfal.

—¿Ves, Dante Alighieri? No eres ni la mitad de lo astuto que crees ser. Y Massimo no era siempre tan estúpido como parecía. ¡Mira esto!

Se dirigió a un pequeño trozo hundido del suelo, en donde la lluvia, entrando a través del arco, había formado un charco de unos tres o cuatro centímetros de profundidad. Se arrodilló y arrancó un pequeño trozo triangular de mármol. Lo alzó para que lo inspeccionase. Era del tamaño de mi palma, cubierto en su parte inferior con una gruesa almohadilla de cemento.

—¿No te parece que es como un tapón de baño? No te metiste en el charco, pero

aunque lo hubieras hecho, el suelo hubiera sonado sólido.

Metió los dedos en la abertura y sacó un largo tubo de aluminio similar a los que los arquitectos usan para los planos y especificaciones. Estaba cerrado por ambos extremos con cinta aislante negra. En cuanto sacó el tubo, el agua del charco se vació en el interior del agujero. Lili volvió a colocar el tapón de mármol y me entregó el tubo.

—Está exactamente tal como lo dejamos. Los mapas están enrollados en el interior. Los microfilms se hallan en pequeñas cápsulas.

—¿No hay nada más?

—Nada.

—Vámonos. Tú lleva esto.

—¿Ni siquiera le das las gracias a tu títere Lili?

—Gracias, títere Lili. Ahora, me seguirás hasta que lleguemos al sendero de la playa. Luego, irás delante.

Quité el seguro del rifle y me dirigí hacia la entrada de la bóveda. A mitad de la misma me detuve para atisbar el estrecho horizonte enmarcado por el arco. Lo único que podía ver era la elevación del terreno, cubierto por matorrales, rocas, arbolillos y la parte inferior del muro que rodeaba el terreno de la villa. Hasta ahora, todo iba bien. Me acerqué más, hasta que la vista se amplió y quedó visible la parte superior del muro, en la que había una capa de cemento y, clavados en ella, trozos de cristal. Entonces, oí un grito, amplificado y distorsionado por un megáfono.

—¡Ustedes, los que están ahí! Salgan con las manos en alto. Les hablan los *Carabinieri*. Repito… los *Carabinieri*.

Me volví hacia Lili y le arranqué el tubo de las manos.

—Ahora, escúchame bien. Quédate muy junto a mí. No hagas nada, no digas nada, a menos que te lo indique. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—Vamos a salir, pues.

—Tiré hacia atrás la capucha de mi impermeable y entonces, manteniendo el rifle y el tubo muy por encima de mi cabeza, atravesé el arco, con Lili pisándome los talones. A veinte metros de la entrada, justo fuera de mi campo de visión anterior, había cinco hombres, dos en un lado, tres en el otro. Cuatro iban de uniforme y estaban armados con sus fusiles. El quinto iba vestido de civil y llevaba el megáfono. Lo reconocí inmediatamente. El pelirrojo pecoso, ayudante del general Leporello. También el me reconoció, y la expresión de su rostro me produjo un singular placer.

Los agentes comenzaron a acercarse, con las armas amartilladas y dispuestas. El joven los siguió, algo menos confiado. Los dejé acercarse hasta cinco metros, antes de detenerlos con mis mejores órdenes de desfile. Se detuvieron, mirando inciertos hacia mí y hacia el pelirrojo. Así que les dije:

—Me identificaré en forma adecuada. Quienquiera que esté al mando, comprobará mi documentación. Soy Matucci, Dante Alighieri, coronel del Servicio

de Información de la Defensa. La persona que me acompaña es Anders, Lili, bajo mi custodia y ayudándome en mis investigaciones. Ahora, bajaremos nuestras manos, y el oficial al mando se aproximará para completar la identificación, y explicarme la situación.

Al cabo, el pelirrojo recuperó su voz y valor. Se aproximó, me dedicó un dudoso saludo y se presentó.

—Roditi, Matteo, capitán, ayudante del general Leporello. ¿Podría ver sus papeles, por favor, señor?

Los saqué de dentro del impermeable y se los entregué. Hizo una gran ceremonia al leerlos, y luego me los devolvió.

—Gracias, señor. La situación, señor, es la que sigue. Estoy aquí bajo órdenes del general Leporello, para mantener vigilada la «Villa Pantaleone» y sus alrededores y para impedir cualquier intento de llevarse papeles o cualquier otro tipo de objeto, de esta propiedad. Siguiendo tales órdenes, cuento con el poder de solicitar la asistencia de las unidades locales. Esto explica la presencia de este destacamento.

—¿Podría ver esas órdenes, capitán?

—Ciertamente, señor.

Me las entregó, y pasé algo más de lo que necesitaba estudiándolas. Luego me dirigí a él, lo bastante alto como para que los agentes locales pudieran oír y tomar nota.

—Parece, capitán, que ha comprendido usted mal estas órdenes.

—¿Señor?

—Las órdenes se refieren específica y exclusivamente a, y cito textualmente, «la villa y los terrenos dependientes de la misma, que son conocidos bajo el nombre de Villa Pantaleone». Es así, ¿no?

—Sí, señor.

—Se fijará en que el terreno en que nos encontramos ahora está fuera de la propiedad de la «Villa Pantaleone» y, de hecho, es propiedad pública. ¿Correcto?

—Correcto, señor.

—Por consiguiente, se ha excedido usted en sus órdenes. Ha puesto impedimentos a un oficial superior del Servicio de Información de la Defensa en la realización de un cometido altamente secreto. Ha puesto a él y a la persona que está bajo su custodia ante un riesgo considerable. Un movimiento incauto por parte de alguno de sus agentes podría haber causado un accidente fatal. Supongo que aceptará esto.

—Respetuosamente, querría informar que este peligro era mínimo.

—No me cabe duda de que esa información será considerada en su debido tiempo y lugar. ¿Algo más, capitán?

—Me gustaría tener unas palabras en privado con usted, señor.

—No es posible en este momento, capitán. Le sugiero que regrese a su trabajo, y me deje a mí realizar el mío.

—Esa embarcación, señor, que hay en la bahía…

—Ha sido puesta a mi disposición por cortesía de nuestros amigos y aliados de la OTAN. ¿Alguna otra pregunta?

—No, señor.

—Mis saludos al general Leporello. Le telefonearé a mi regreso a Roma. ¡Puede retirarse! Venga, señorita Anders. Camine frente a mí, por favor.

Es difícil retirarse dignamente con cuatro armas a la espalda de uno. Es aún más difícil tratar de hacerlo bajando un resbaladizo camino de cabras, bajo la lluvia, llevando un rifle y un largo tubo lleno de explosivos documentos. De hecho, resbalamos unos diez metros sobre nuestras partes posteriores y chapoteamos hasta la lancha como focas.

Cuando llegamos al Baglietto, ambos éramos presa del *shock*. Yo estaba sudando por cada poro, y Lili vomitaba por el costado del bote. Helga tiró de nosotros subiéndonos a bordo, y ató la embarcación auxiliar. Carl… ¡Dios bendiga a los marines…! había subido el ancla y estaba abalanzándose mar adentro a veinticinco nudos, antes de que yo tuviera tiempo de servir el primer coñac.

Lili, grisácea y temblorosa, yacía en el sofá mientras yo forzaba el licor entre sus temblorosos dientes. Me miró como si fuera un extraño.

—¡Allá arriba… iban a matarnos!

—No lo han hecho, Lili. Y ahora, no pueden tocarnos.

—Ahora no. Pero mañana, pasado mañana…

—Acábate el trago. Cierra los ojos. Trata de dormir…

—¿Quién era ese hombre Roditi?

—Ya lo oíste.

—Lo oí. No lo comprendí.

—Te lo explicaré luego. Ahora, relájate… relájate…

—No te conozco en lo más mínimo, Dante Alighieri. Tu cara está cambiando continuamente. No puedo saber cuál es verdaderamente la tuya.

—Soy un mal actor. Eso es todo. Confía en mí, *bambina*.

—Tendré que hacerlo… No tengo a nadie más.

—¿Otro trago?

—No podría.

—Cierra los ojos… así está mejor… *Lasci'andare, bambina*… Déjate ir. Olvídate de todo.

Al cabo de un rato, se quedó tranquila y el balanceo del mar la hizo adormecerse. Me serví otro coñac, arranqué las cintas que cerraban el tubo metálico y examiné su contenido: una serie de mapas transparentes para colocar encima de mapas normales, cada uno de ellos rotulado con el nombre de una ciudad y referencias a los mapas militares estándar, y media docena de cápsulas metálicas, cada una de las cuales contenía un rollo de microfilm. Los mapas eran fáciles de interpretar. Mostraban las posiciones de los puestos de la Policía, las instalaciones militares, los centros de

comunicación, los puntos de control de tráfico, los aeropuertos militares y civiles. Los microfilms eran imposibles de descifrar sin equipo de proyección. No obstante, tomé la lupa del puente y pude establecer que consistían en documentos, cartas, listas de nombres y listas de números. No me cabía duda alguna de que eran el verdadero motivo de los asesinatos de la Via Sicilia y, de hecho, eran los diagramas de un golpe de Estado. Se necesitaría un grupo de expertos para interpretarlos correctamente, y un estadista muy sensato para utilizarlos. Volví a meterlos en su tubo y fui al puente a hablar con Carl.

Lo encontré estudiando sus cartas, mientras Helga se hallaba al timón. Le pregunté:

—¿Cuánto combustible tienes, Carl?

—Mucho. ¿Por qué?

—¿Bastante para llevarnos hasta Ostia?

—¡Ostia! ¡Por Cristo, eso no fue lo programado!

—Lo sé, Carl, pero ¿podrías llevarnos allí?

—Podría. ¿Querrías decirme el porqué?

—Porque acabo de identificar a un asesino, y nosotros mismos podríamos haber sido asesinados.

—¿Los comunistas?

—No, Carl. Los otros.

—Entonces, nos vamos a Ostia. Échate un sueño mientras calculo el rumbo.

—¿Puedes darme una hora aproximada de llegada?

—Te la daré exacta, hermanito.

—Entonces, me gustaría hacer una llamada por radio.

—De acuerdo. Ahora, siéntate tranquilo, mientras juego con mi regla de cálculo.

Mientras Carl estaba haciendo sus cálculos, garabateé el mensaje en código que le comunicaría al director mis necesidades inmediatas: un coche y una escolta armada que se encontrase con nosotros en Ostia, una conferencia de emergencia inmediatamente tras nuestra llegada a Roma, alojamiento seguro, y un agente que guardase a Lili Anders mientras se decidía su futuro. Cuarenta minutos más tarde tenía la respuesta del director:

—Captada comunicación. Tomadas disposiciones.

Tenemos palabras en código que significan felicitaciones y gracias. No las usó. Dadas las circunstancias, no podía culparle.

Después de todo, el director se mostró muy educado. Al principio, estaba algo gélido, pero se fundió como un cubo de hielo en el *whisky* cuando le entregué mapas y microfilms y le hice mi primer informe verbal. Aprobó, sin reservas, mi preocupación por Lili Anders, como prueba de lo cual dio contraorden a una disposición previa y la alojó, bajo guardia y con un nombre ficticio, en el «Grand

Hotel». Incluso cambió a su centinela por un tipo más presentable, que no desentonase en el ambiente.

Me invitó a cenar en su apartamento. Me felicitó por mi imaginación, mi habilidad, mi valor al arriesgar mi carrera, y quizá mi vida, para concluir una investigación importante. Creía que mis sospechas sobre Leporello tenían sentido, aunque no estaba aún dispuesto a enjuiciarlo. Asistió conmigo a una proyección privada de los microfilms, y se cuidó de sopesar mi opinión sobre los documentos y los personajes nombrados en ellos. Leyó los mapas conmigo y aceptó los puntos principales de mi interpretación. Al final de la sesión, que duró hasta después de la medianoche, me ofreció café recién hecho, sacó su mejor coñac y me entregó el premio a mi buen comportamiento.

—Esta Lili Anders… estoy de acuerdo con lo que usted dice. Nos ha prestado un buen servicio. Ya no es ningún peligro para la seguridad. Podría ser embarazosa. Saquémosla del país… mañana.

—Gracias, señor.

—Ahora, hablemos de su propio futuro. ¿Cuántos permisos tiene acumulados?

—Unos cuatro meses.

—Me gustaría que los disfrutase ahora. Cuando regrese de su permiso, tengo la intención de enviarlo a realizar extensos estudios a los servicios amigos del exterior. Tendrá usted las mejores presentaciones posibles, unas órdenes muy flexibles, y su paga y dietas serán suplementadas por una generosa subvención de los fondos del Servicio. ¿Qué le parece esto?

—Algo así como una tarjeta de despedida.

El director sonrió y extendió sus elegantes manos en un gesto conciliador.

—¡Mi querido Matucci! Usted y yo vivimos en un mundo puesto al revés. Será enterrado durante un tiempo, pero no estará muerto, sino disfrutando mientras espera el día de la resurrección.

—¿No hay alternativas?

—Siempre hay alternativas, amigo mío. Pero no creo que resultasen muy recomendables para un hombre inteligente. Por ejemplo, podría mantenerlo en la investigación Leporello, en cuyo caso usted sería un riesgo constante, un elemento abrasivo, un objetivo primario para los asesinos. Por otra parte, podría inclinarme ante las presiones que inevitablemente serán aplicadas, apartarlo del Servicio y devolverlo a su propio cuerpo de los *Carabinieri*, en donde caería bajo la autoridad directa del general Leporello. Sabe que es usted una molestia, quizá lo considere una amenaza.

—Ya veo lo que quiere decir.

—Lo ve todo menos el meollo del asunto.

—¿Y cuál es?

—Que sabe usted demasiado. Que le falta autoridad y, perdóneme, experiencia para utilizar lo que sabe.

—¿Y?

—Que no estaría satisfecho como instrumento pasivo de una política complicada y altamente variable.

—Además, no me sometería a la presión de un sospechoso de asesinato, por muy alto que estuviera.

—Y se mostraría muy poco dispuesto a tratar con conspiradores políticos, por muy altos que se hallasen.

—Exactamente.

—Así que, dado que lo respeto y porque me gustaría hallarme en posición de volver a llamarlo en el momento apropiado, voy a inmovilizarlo. Lo ofreceré como víctima propiciatoria a la poderosa gente cuyos nombres conocemos. Ganaremos tiempo para tratarlos según la fórmula clásica: divide y vencerás. Ya le dije en una ocasión que ésta es la única trayectoria que considero posible para Italia en este momento de la historia. Usted polarizaría las facciones, Matucci. Ya lo ha hecho.

—También ésa es una fórmula clásica.

—Y, como toda fórmula, tiene aplicación limitada. No le estoy echando ninguna culpa, Matucci. Por el contrario, dado que no acostumbro a explicar lo que hago, estoy haciéndole con ello un cumplido que creo que se merece… ¿Y bien?

—También a mí me gustaría hacerle un cumplido, señor. Creo que es usted un hombre muy educado. No podría pedir un funeral más elegante.

—¡Excelente! ¿Más coñac?

—Gracias.

—Ahora, a los detalles. Desde este momento está usted oficialmente de vacaciones por cuatro meses, y liberado de todas las obligaciones y responsabilidades respecto al Servicio… excepto una. Escoltará a Lili Anders a Zurich mañana por la mañana. Su vuelo ya ha sido reservado. Le hemos hecho una reserva de hotel en el «Baur au Lac». Le entregaré los billetes y el dinero necesario antes de que salga de aquí esta noche. Después de eso puede tomar las disposiciones que quiera para el resto de sus vacaciones. Si elige divertirse con la dama, a la cual, evidentemente, está ligado de alguna manera, ése es su problema. El Servicio ya no tiene ningún interés en ella, siempre que no intente volver a la República. Me temo que esto sea algo apresurado, pero estoy convencido de que encontrará las disposiciones financieras más que generosas… ¿Alguna pregunta?

—No. Sólo una pequeña preocupación. No me gustaría pasarme unas largas vacaciones esperando una bala en la espalda. Preferiría seguir trabajando, siempre que haya una cierta posibilidad de protección.

—Pensaba que ya habíamos hablado de eso. El propósito de esta táctica es demostrar que ya no es usted una amenaza para Leporello o cualquier otra persona, y que una actitud en su contra violaría lo que yo llamaría su muy útil neutralidad… No obstante, hay un período de peligro: desde el momento en que salga de esta casa hasta que parta para Zurich mañana.

—También yo estaba pensando en eso.

—Así que he asignado un equipo de dos hombres para cubrir todos sus movimientos. Ya han hecho las maletas con su ropa y las han llevado al «Grand Hotel». Su habitación es contigua a la de la señorita Lili Anders. Saldrán del hotel, juntos, a las ocho y media. Mucho más simple desde el punto de vista de la seguridad.

—Naturalmente.

—Ahora… dos billetes de avión, diez mil francos suizos en billetes de diversas denominaciones y una orden para el «Union Bank» de Zurich por otros veinte mil. Es una prima, con mi agradecimiento personal. Su sueldo le será remitido en la forma normal a su cuenta bancaria de Roma… Eso es todo, creo. El coche lo espera para llevarlo al hotel. Le deseo un viaje agradable y unas vacaciones muy tranquilas. *Sogni d'oro*, Matucci: sueños dorados.

Nos separamos con un apretón de manos, firme y fraternal. El guardaespaldas siciliano me escoltó hasta la planta baja y me entregó al cuidado de dos colegas jóvenes, quienes me llevaron, cual si fuera un potentado visitante, al «Grand Hotel».

Era la una y media de la madrugada. El vestíbulo estaba desierto. Me hicieron pasar, sin detenernos, junto a recepción y el conserje, subieron conmigo en el ascensor, y me instalaron en mi dormitorio. Uno de ellos miró en los armarios, en el baño e incluso debajo de las camas, mientras el otro me indicaba lo bien que me habían empaquetado las cosas, y cómo me habían planchado todos los trajes y que, si deseaba hablar con la *signorina* Anders, la llave estaba de mi lado, en la puerta de comunicaciones… Como el director había prescrito precauciones máximas, podía dormir tranquilamente. Me desearon buenas noches y se retiraron como lacayos de la presencia de un príncipe.

Quizá tuvieran razón. Era el servidor del príncipe, comprado y agasajado. Su dinero estaba en mi bolsillo. Su regalo dormía tras la puerta de al lado. Su marca estaba en mi frente como la marca de un esclavo. No obstante, había que reconocerle al diablo su mérito, era un espécimen bien raro. Reconocía los méritos. Disfrutaba comportándose maliciosamente, pero jamás lo hacía sin beneficio alguno. Había sido escrupulosamente educado. Había logrado mi consentimiento con la presión y finura justamente adecuadas. Él era el rey. Yo el peón. Me había barrido del tablero, para que esperase otro juego. En ninguna ocasión había sugerido que me iba a tratar como un esclavo. Naturalmente, él sabía. Y yo también. Y por eso, a pesar de lo mucho que la deseaba, no podía dar la vuelta a la llave e ir hacia Lili, sino que, por el contrario, permanecí vestido y despierto hasta el amanecer, planeando una revuelta como Espartaco en Capua.

A la madrugada abandoné aquel fútil ejercicio y fui a ver a Lili Anders. Con una ironía muy refinada, el director la había mantenido en la ignorancia de sus disposiciones, así que, a las seis de la madrugada, sin haber dormido y con necesidad de hacer el amor, me vi obligado a explicarle todo aquel juego complicado, paso a paso. Cuando le dije que iba a ser puesta en libertad en Suiza, se sintió histéricamente

dichosa. Cuando le dije que iría con ella, fue Navidad, Epifanía y todos sus cumpleaños en una sola pieza. Después de eso, no tuve ni deseos ni corazón para decirle cuál era el precio. Desde el momento en que abandonase Italia sería, de hecho, un exiliado. Desde el momento en que me convirtiese en un exiliado quedaría sujeto a un cambio clínico que el director había calculado maravillosamente. Para la mayoría de los europeos, para todos los anglosajones y americanos, la palabra exiliado tiene un sonido anticuado. Sean cuales sean los crímenes que cometa un hombre, nunca es privado de su ciudadanía, de su relación primigenia con su tierra natal. Puede ser puesto en prisión, puede ser tratado brutalmente, pero jamás se le roba ese elemento esencial de su identidad, su contacto con la madre tierra.

Sin embargo, para nosotros los italianos, cuya identidad depende de un pequeño terreno, un grupo tribal, un área dialectal, el exilio es una realidad constante y siniestra. Aún podemos ser transportados y confinados legalmente en una provincia lejana, en una isla deprimida, en una comunidad cuya lengua, costumbres e historia sean totalmente extrañas para nosotros, en donde seremos extranjeros hasta el día en que muramos. No podemos salir de ella sin el permiso de la Policía. No podemos florecer en ella, porque somos un maíz extraño. Sólo podemos existir tolerados y bajo vigilancia.

Las consecuencias personales son tan profundas y desmoralizadoras como si hubiéramos sido transportados a Siberia o abandonados cual náufragos en las secas islas Tortuga.

El terror comienza sutilmente con un sentido de desorientación y discontinuidad. Puede finalizar con un trauma de impotencia, cuando cada acto parece sin sentido, cada paso acaba en una puerta cerrada, cada esperanza resulta ser una ilusión.

El director lo sabía porque lo había utilizado muchas veces como medio de inmovilizar a hombres que le eran hostiles. Yo lo sabía porque mi padre había sido un exiliado en tiempos de los fascistas, y lo había visto volver a casa convertido en un despojo. Pero ¿cómo podía explicárselo a Lili, que había sobrevivido a su propio exilio y ahora estaba huyendo hacia la libertad? Quizá fuera mejor así; nuestro amor no hubiera sido ni la mitad de dulce, ni nuestra salida de Italia la mitad de impresionante.

A las ocho y veinticinco se llevaron nuestro equipaje bajo la supervisión de un agente. A las ocho treinta, sin cuentas que pagar, y con tantas reverencias como si las hubiésemos pagado dos veces, nos llevaron del vestíbulo a un coche oficial. A las nueve y cuarto fuimos conducidos a la sala de personas muy importantes de Fiumicino y guardados con todo confort y respeto hasta quince minutos antes del despegue. Luego, despreciando el apretujamiento de los viajeros comunes, fuimos escoltados al aparato y depositados en un par de asientos de primera. Nuestro agente estuvo con nosotros hasta el momento en que se cerraban las puertas. Entonces, con un saludo final en nombre de una República agradecida, nos abandonó. Cinco minutos más tarde, pues aquél era un día despejado y sin huelgas en Fiumicino,

estábamos en el aire, y al cuidado de los suizos. Nos tomamos de la mano. Hicimos estúpidos chistes. Nos dedicamos brindis con champán. Luego, me quedé dormido y no me desperté hasta que estábamos descendiendo ya hacia el aeropuerto de Kloten, en Zurich.

Cuando llegamos al «Baur au Lac», nos encontramos con que el director había previsto todas las contingencias. Nos hallamos acomodados en habitaciones separadas, cada una de las cuales se comunicaba con un gran salón común, que ya estaba provisto de flores, fruta, licor y una nota de bienvenida de la dirección. También había un telegrama del director: SEGUNDO SAMUEL SIETE UNO. Zurich es una ciudad profundamente calvinista, así que descifré la broma con la Biblia que había en mi mesita de noche: «El Señor le dio descanso de todos sus enemigos».

Más tarde, durante aquel mismo día, llegó un segundo telegrama, con sólo dos palabras: TEKEL STEFANELLI. No necesitaba la Biblia para descifrar aquél. Recordaba bien el pasaje, de mi juventud religiosa: «Tekel: Has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso». Tenía que contestarle, y lo hice con Deuteronomio 1,16: «Oíd a vuestros hermanos, juzgad según justicia las diferencias que pueda haber o entre ellos o con extranjeros». Pero el chiste era amargo y rancio. Tenía que acabar ya con él. Le conté a Lili la verdad.

El momento de hacerlo tuvo curiosas características. Eran las siete de la tarde. Habíamos decidido cenar pronto en la *suite*, para relajarnos tras las alarmas y excitaciones de aquellos últimos días. Lili, brillante tras una visita a la peluquera, la masajista y la manicura, estaba vestida con una bata que había comprado para celebrar su nueva libertad. Me había regalado una camisa de seda y una corbata bastante exótica. Yo estaba preparando bebidas como un camarero amateur, sintiéndome muy doméstico, muy confortable y, de alguna manera, remoto y desapasionado, como si me estuviera recuperando de una larga enfermedad. La historia se contó a sí misma de igual forma remota, y luego me oí hablar, como si estuviese escuchando el informe que daba otro hombre:

—… Todo lo que dice el director es cierto, y sin embargo, la suma total es una mentira, aunque uno no puede desmentirla. Es un gran actor. Te lleva a un mundo que no existe, y, a pesar de ello, hace que uno se crea que cada hoja de cada árbol es real. Te muestra otra personalidad, y te hace creer que eres tú… «Le falta autoridad, Matucci. Le falta experiencia. Es usted un elemento abrasivo. Polariza las facciones». Todo es cierto, pero cierto de otra manera… «Estará enterrado, pero no estará muerto…». Pero yo sabía que en el momento en que bajaba de ese avión estaba muerto; porque ahora tiene todos mis archivos y datos, y puede reprocesar la historia en la forma que desee. Dice que desea dividir y vencer. Pero, supongamos que no es así. Supongamos que quiere unir y conquistar y luego hacer de Fouché para un Napoleón que sería Leporello. Le he dado los medios para ello… Y me ha pagado por ello: contigo, con unas largas vacaciones, con una sinecura por la que darían los ojos la mitad de los hombres del Servicio. Y cumplirá con el pago, no lo dudes, mientras

yo juegue este juego según sus reglas y espere a oír la palabra del Señor…

—¿Por qué aceptaste el pago, Dante Alighieri? —No había reproche en su pregunta. Tampoco había compasión. Estaba tranquila y compuesta como un magistrado en un juicio—. ¿Porque yo formaba parte del mismo?

—No. Creo que, aunque me hubiera enfrentado con él, te hubiera dejado ir, tan sólo para demostrarme que estaba siendo obstinado e irrazonable. Incluso quizá te hubiera puesto en mi contra… Teje redes tan finas, que uno no puede ver los hilos.

—¿Y por qué consentiste? Para mí, esto es la libertad; para ti, el exilio.

—Es extraño, pero en este momento estoy disfrutando de este exilio.

—Si pudieras seguir disfrutándolo, conmigo o sin mí, entonces sería otra historia. ¿Puedes?

—No sé… ¡Sí, por Dios, lo sé! La noche pasada cené con él y lo pasé bien. Después de la cena trabajamos juntos en los documentos y lo respeté; porque él me respetaba a mí. Así que, cuando me pidió que saliese de escena y me dio sus razones, también tuve que respetarlas. Entonces, cuando hube aceptado, tuvo que mostrarme lo astuto que era, que sabía por anticipado que yo tenía que consentir. Estaba tan seguro, que lo había arreglado todo por adelantado, incluso el licor y las rosas de esta *suite*. De repente, ya no era un hombre, era…

—¡Un títere, mi amor! Una marioneta, de tamaño natural e inerme, sin un ápice de masculinidad. Es una amarga experiencia, ¿no?

—Creo que es divertido, muy divertido.

—¿Lo es?

—¡La broma del siglo! ¡Dante Alighieri Matucci, tenor castrado del coro de los títeres!

—Entonces, ¿por qué no ríes?

—Soy un títere payaso, Lili. Hago que los otros rían. Ése es su triunfo final, ¿no lo ves? Ha extendido la noticia por todo el Servicio. De lo contrario, ¿cómo iba a saberlo Steffi? ¿Por qué me iba a enviar ese telegrama… pesado en la balanza y hallado falta de peso? ¡Madre de Dios! ¡Qué hermosa, hermosa comedia!

—Me gustaría ver el final.

—Éste es el final, Lili. ¿Es que no comprendes?

—Éste es el final que él escribió. Creo que hay otro mejor.

—Me gustaría oírlo.

—El títere se convierte en un hombre, se limpia las pinturas de payaso y cabalga a enfrentarse con su enemigo.

—Es un cuento de hadas, Lili.

—¡No! Es una verdad… mi verdad. Y ahora, que estamos empatados, puedo decírtelo. Sé que eres un hombre, muy hombre… y no sólo en la cama, Dante Alighieri.

—Gracias. Eso ayuda un poco.

—Pero no lo bastante. ¿Dónde está tu cartera?

—En el dormitorio, ¿por qué?

—Hay una tarjeta en ella, ¿recuerdas? Una salamandra y una inscripción: «Un buen mañana, hermano». Un buen lema, ¿no crees? Y un animal muy apropiado: el lagarto que vive en el fuego. Ve a buscar la tarjeta, mi amor. Y busca el número de teléfono del *Cavaliere* Bruno Manzini. Creo que deberías llamarlo a Bolonia.

La idea era seductora. Pero aún estaba algo atemorizado y me mostraba suspicaz ante cualquier nuevo embrollo. Bruno Manzini pertenecía a otro mundo, con otro tipo de reglas: el mundo de los *condottieri*, los mercenarios que se vendían al mejor postor, que habían tomado las ruinas de un imperio de cartón piedra y edificado otro nuevo de acero, cemento y oro internacional. Dispensaban un enorme poder, pero era en otra moneda distinta de aquella a la que yo estaba acostumbrado. Cierto, Bruno Manzini me había invitado a fiarme de él. A través de Raquel Rabin me había ofrecido la prueba de su buena fe. Pero, si me traicionaba, entonces yo estaría perdido más allá de toda posible redención, pues la jurisdicción del dinero es universal y sus lacayos están desprovistos de piedad.

Discutí aquello con Lili, la nueva Lili que en una noche había florecido para convertirse en otra mujer; serena, madura y totalmente confiada en sí misma. Derrumbó mis dudas con una simple interrogación:

—¿Qué tienes que perder? Nada. ¿Qué tienes que ganar? En el mejor de los casos un poderoso amigo, en el peor una alianza de intereses que puedes anular cuando lo desees. Pero, lo que es más importante, habrás comenzado a luchar. ¡Por favor! ¡Telefonéale ahora mismo!

Llamarle era fácil. Hablar con el *Cavaliere* era sólo un poco menos difícil que tener una conversación dominical con el Papa. Me pasaron de una telefonista a una secretaria, y de la secretaria a un ayudante, muy eficiente, muy *alt'Italia*, que me informó que el *Cavaliere* estaba llevando a cabo una importante conferencia y que en ningún caso podía ser interrumpido. Entonces corrí un riesgo y utilicé el mágico nombre del Servicio amenazando con todo tipo de vagas crisis si el *Cavaliere* no acudía inmediatamente al teléfono. Esperé otros tres minutos antes de que apareciese en la línea. Le dije:

—*Cavaliere*, ayer recuperé ciertos documentos en Ponza. Se los entregué a mi superior, nuestro común amigo. Ahora, tengo cuatro meses de permiso y luego seré transferido a otras actividades en el Servicio. Estoy bajo órdenes de no regresar a Italia durante un mes, y me alojo en el «Baur au Lac» de Zurich.

Hubo un momento de silencio, y luego una serie de bruscas preguntas:

—¿Ha examinado los documentos?

—Sí.

—¿Importantes?

—Como usted sugirió en Roma.

—¿Sabe lo que sucederá con ellos ahora?

—Sólo sé lo que puede suceder. Hay varias posibilidades.

—Que usted ya no controla.

—Exactamente.

—¿Necesita ayuda, financiera o de otro tipo?

—Necesito al hombre que me recomendó Raquel Rabin, siempre, claro está, que aún siga disponible.

—Lo está. Se hallará con usted mañana por la tarde… A propósito, ¿cómo está nuestro amigo común?

—Muy complacido consigo mismo.

—No me cabe duda. ¿Y usted?

—Más feliz, ahora que he hablado con usted.

—¿Goza usted de buena salud?

—Nuestro amigo común me asegura que no tengo nada que temer.

—Naturalmente, él debería saberlo bien.

—Sí. Pero jamás dice todo lo que sabe.

—Recuérdelo, amigo mío: camine siempre cerca de la pared.

—Gracias, *Cavaliere*… Buenas noches.

Cuando colgué el teléfono, estaba temblando y tenía las palmas de las manos húmedas. Ahora, estaba verdaderamente aterrado. Las últimas palabras del viejo habían demolido la última frágil ilusión de seguridad. Era un extraño en un país repleto de dinero e indiferente hasta el punto de la insensibilidad. Yo era un miembro de un bajo mundo legal, sospechoso en todas partes y no apreciado en ninguna. Podrían pegarme un tiro en cualquier esquina, y los suizos limpiarían la sangre con una manguera y volverían a hacer rodar el tráfico antes de que uno pudiera decir Juan Calvino. Ya les he dicho que nací en Toscana. En aquel momento saboreé todo el gusto florentino de la venganza del director. Entonces, llegó Lili, me echó los brazos alrededor y nos apretamos el uno contra el otro mientras susurraba las palabras una y otra vez como un encantamiento:

—Un buen mañana, hermano… Un buen mañana…

Mañana fue un regalo de Dios: sin viento, ni nubes, con el lago como espejo bajo el sol de primavera, nieve en las cumbres, con los prados de los valles tapizados por un césped que llegaba hasta los tobillos, mientras los pastores llevaban el ganado ladera arriba, a la música de sus cencerros. Alquilé un coche y fuimos hacia el Este, a lo largo del lago, hasta los Grisones, sin rumbo y tan felices como una pareja en luna de miel.

Lili estaba en éxtasis por la alegría. Cantaba, hacía el payaso, jugaba con las palabras y con el amor y construía castillos en el aire, alhajándolos y demoliéndolos, después imaginaba una futura prole, que luego aventaba de un soplido como si fuese de paja.

¿Yo? También me sentía feliz. Hacía tiempo que no conocía aquel tipo de simplicidad. Mis relaciones con las mujeres habían estado demasiado agobiadas por el tiempo, habían sido demasiado frágiles y febriles para dar lugar a cualquier tipo de

paz. Yo cazaba; ellas aceptaban el reto; nos uníamos, nos separábamos, y mañana era otro día y otra caza, con un saludo con el sombrero y *ciao, ciao, bambina* y se acabó todo. No sabía nada de vueltas al hogar y besos en la puerta y la diaria absolución amorosa de todos los pecados de mi profesión. Era el búfalo solitario, siempre en la periferia de la manada, atrapando a las hembras errantes, dejando que fueran otros machos los que las preñasen y quisiesen. Yo acostumbraba a fanfarronear de ello, dado que éste es nuestro pasatiempo nacional, para probar que nuestra potencia es infinita. Pero hoy, empequeñecido por el miedo, disminuido mi autorrespeto, estaba, quizá por primera vez, verdaderamente agradecido a una mujer.

Y también por primera vez, y esto puede sonar extraño en un hombre al que se le ha entrenado a observar y a colocar a cada persona en una ficha antropométrica, la vi en una forma en la que la iba a recordar: el color de miel de su cabello que escapaba por debajo de su pañuelo, las altas mejillas eslavas enrojecidas por el viento y la excitación, las motas de oro en sus ojos, la semisonrisa que se albergaba en las comisuras de sus labios, la forma de su barbilla, hombros y senos y la manera en que aleteaba con las manos cuando hablaba, e incluso la primera marca del tiempo en la textura de su piel. Aquella Lili no era ninguna niña. Había vivido de una forma demasiado extraña, durante demasiado tiempo. Pero tampoco yo era un niño; y estaba cansado de charlar de niños y mentiras de amantes y de todos los chismorreos del mundo de las novelas.

Comimos en un hostal de montaña, que colgaba alto sobre un valle. Pedimos suflé de queso y *fondue* de carne, bebiendo un vino ligero y burbujeante, muy diferente al espeso vino de mis colinas toscanas. La muchacha que nos servía era rubia, sonrosada y blanca, y vestida como una muñeca con su delantal y su blusa bordada. Nos sentamos frente a un gran fuego de troncos y bebimos café y coñac de pera; y disfrutamos con el sólido y tranquilo confort suizo de todo aquello. Hablamos del futuro y Lili estimó el suyo sin resentimiento.

—… Ahora, estoy en el archivo. Cualquier policía que conozca mi historial puede molestarme como si fuera una prostituta. Así que tengo que ir con cuidado. Si vivo modesta y sobriamente, los suizos me darán un permiso temporal de estancia. Lo prolongarán de mala gana; pero con un buen abogado y en un cantón pequeño, quizá pueda vivir en paz durante largo tiempo. Si me casase, sería diferente. Tendría un nuevo status civil y una nueva vida. Así que tendré que pensarlo… pero aún no. Tengo dinero, bastante para un par de años de vida sencilla. Tengo la villa en Ponza, que puede ser vendida y por la que me pagarán un buen precio. Massimo me dijo que se había acordado de mi en su testamento, pero ahora lo han robado. Y, en cualquier caso, supongo que habría un litigio, por lo que no espero nada de él… especialmente dado que ya nunca puedo volver a Italia… No obstante, tengo mucha suerte. Y también soy afortunada por tenerte a ti, mi amor… No creí que fueras a preocuparte tanto por mí.

—¡Bah! Jamás creí que fuera a necesitar a una mujer para esto. Para estar

tranquilo, sin necesidad de probar nada, para sentirme feliz sólo porque esté en la habitación. ¿Qué dirías si te dijese que pasases este mes conmigo?

—Diría que sí. Pero también diría, por favor, déjame antes de que te aburras; por favor no discutamos ni tengamos malas palabras. Que sea como es ahora, simple y fácil, hora a hora, día a día.

—Día a día. Bien…

—Y cuando te vayas, y sé que tendrás que hacerlo, y te encuentres solitario, vuelve de nuevo. Tú y yo no nos hemos hecho ninguna promesa. No tendremos que hacerla. Ahora tienes que ser muy libre, libre para arriesgarte o disfrutar, como tú elijas. Has comenzado a conocer al hombre que vive en tu piel.

—Le tengo miedo, Lili.

—Pero un día tendrás que enfrentarte con él en el espejo. Después, si Dios quiere, serás capaz de ser feliz.

—Lo espero. Pero hay algo que debe ser dicho, Lili.

—¿Qué?

—Si llega un día en que tienes que elegir entre tú o yo, considera primero tus propios intereses. Es lo que yo querría.

—No comprendo.

—¡Escucha, *bambina*! No estamos aquí por casualidad. No nos han alojado juntos en un bello hotel porque la gente quiera que seamos felices. Esto fue dispuesto por el director para que surja un lazo entre nosotros, y cuanto más íntimo, mejor.

Entonces, una amenaza a uno sería una presión al otro. Ha intentado comprarme. Quizá creo que lo ha logrado. Pero también está buscando un seguro para el día en que yo pueda tratar de hacer trampas con el contrato. ¿Comprendes?

—Comprendo. Y quiero que hagas trampas. Dime una cosa.

—¿Qué?

—Jamás te he oído pronunciar el nombre de esa persona. Únicamente lo llamas el director. ¿Por qué?

—Una de las reglas del juego que se ha convertido en natural. Pero, ahora que me lo dices, veo que hay otra razón. Es un hombre muy atractivo. Puede seducirte, como me ha seducido a mí muchas veces, con una sonrisa, un apretón de manos, una demostración de confianza e infinito buen sentido. Nació con ese talento. Es el resultado de veinte generaciones. Lo envidio… ¡Dios, cómo lo envidio! Me asombra. Y cada vez le temo más. Así que me obliga a pensar en él no como en un hombre, sino como en un cargo, como el Papa o el presidente. De esta forma, puedo enfrentarme a él. Puedo obstruir, inhibir, cambiar de dirección, como a menudo he hecho en el pasado. ¡Es extraño! Jamás había admitido esto a ninguna otra persona.

—Quizá llegará el día en que puedas nombrarlos a los dos seguidos: al hombre que vive en tu piel, y al otro al que aún tienes miedo.

—¿Soy un cobarde tan grande, Lili?

—¡Hay un miedo que nos convierte a todos en cobardes!

—¿Y cuál es el tuyo?

—La pequeña habitación, la luz brillando en mis ojos, los rostros que no puedo ver, las preguntas y los golpes que vienen de la nada. Me salvaste de eso, y nada que pueda hacer podría pagártelo.

—Todos hemos recibido nuestro premio, *cara*… Este buen día es ya bastante.

—Y esta noche llega tu *Cavaliere* Manzini… ¿Vas a hablarle de mí?

—Me sería difícil evitarlo. ¿Te preocupa?

—No. Pero es una situación extraña. Fui la amante de su hermanastro. Ahora me encontrará contigo. Me pregunto qué es lo que pensará o dirá.

—¿Te importa?

—Sí. Quiero que sea amigo tuyo.

—Se llama a sí mismo la Salamandra. Debe de haber pagado su propio precio por la supervivencia. Comenzaremos con la esperanza de que nos comprenda. Después de eso, ¿quién sabe? No hay signos en el cielo y no sé leer una bola de cristal… Deberíamos regresar ya. Hay una hora y media hasta Zurich.

A las ocho y media de la tarde el *Cavaliere* Bruno Manzini me recibió en su *suite* del «Dolder Grand». De nuevo el ambiente era opulento: el vasto salón, la vista al oscuro bosque y el lago iluminado por la luna y las luces de la acurrucada ciudad; y, sin embargo, el hombre mismo parecía lejano, austero, de tal forma que uno sabía que, aunque todo lo demás fuera arrastrado por el viento, él seguiría allí en pie, recto como una columna, con sus ojos orgullosos y su nariz patricia, y su cabello como la nieve de los grandes Alpes. Su bienvenida fue cálida y sonriente, pero desde el momento en que entré estuvo estudiando mi actitud, mi comportamiento y entonación. Su primer comentario fue característico:

—Ha cambiado usted, coronel.

—¿En qué sentido, *Cavaliere*?

—De muchas formas. Lleva su ropa como si disfrutase de ella. Está usted más suelto, más seguro de sí mismo. Yo diría que ha encontrado una mujer satisfactoria y un poco más de valor del que tenía ayer.

—Acertó en ambas cosas.

—¿Un trago?

—*Whisky*, por favor.

Me sirvió él mismo y me fijé en que bebía muy poco. Alzó su vaso en un brindis:

—Salud, dinero y amor…

—Y tiempo para disfrutar de todo ello, *Cavaliere*.

—Eso por encima de todo, coronel… He ordenado que nos traigan la cena aquí, dentro de media hora. Pensé que se fiaría de mí en la elección del menú.

—Naturalmente.

—Ahora, dígame todo lo que ha pasado desde que nos encontramos en Roma.

Se lo dije. Recité todos los hechos sin darles brillo ni interpretación, hasta llegar al momento en que me había encontrado en Zurich junto con Lili Anders y la relación que había empezado a madurar entre nosotros. Durante toda la narración no dijo palabra, pero sus ojos jamás abandonaron mi rostro, y supe que estaba sopesando cada frase e inflexión. Cuando hube terminado, permaneció largo rato en silencio, tras lo cual comenzó a interrogarme. Su tono era seco e inquisitorial.

—¿Está usted convencido de que el general Leporello se ha aliado con los neofascistas?

—Estoy convencido de que era y es un candidato para tal alianza. No puedo probar que lo haya firmado.

—Por consiguiente, usted infiere que ordenó, o estuvo de acuerdo, con los asesinatos de Via Sicilia y el robo de los papeles de Pantaleone.

—Afirmo que es un caso que debe ser investigado.

—¿Y en qué evidencia lo basa?

—Leporello sabía, por mí, dónde estaban los papeles y qué pasos se habían dado para protegerlos. De llegar a su poder los papeles, habría sabido instantáneamente que estaban incompletos. Daría, y de hecho los dio, pasos para hallar los restantes, para encontrar los microfilms y los mapas de Ponza. Su ayudante estaba allí, provisto de órdenes firmadas por Leporello.

—¿Y por qué iba a ser tan estúpido como para firmar unas órdenes que lo incriminasen a él y a su ayudante?

—Esas órdenes no tenían por qué incriminarlo necesariamente. Las podía justificar de una manera bastante fácil como una medida investigadora de su nuevo programa de contrainsurrección. Ya sabe cómo están organizados nuestros servicios y agencias. A veces corren paralelos. Otras se sobreponen; y a veces van unos en contra de los otros. Hay rivalidades entre ellos y los Ministerios que los controlan.

—¿También hay conflictos internos?

—Naturalmente.

—¿Conflictos de política?

—Siempre.

—¿Cuál es el terreno de la disputa entre usted y su director?

—Hay varios. Solicité una investigación de Leporello. Él la retrasó. Desobedecí una orden directa y entré en contacto con Leporello.

—De hecho, puede ser usted responsable de dos asesinatos y el robo de documentos vitales.

—Creo que soy responsable.

—Así que su director estuvo perfectamente justificado al apartarle de la investigación.

—Si lo hizo por motivos disciplinarios, sí.

—¿Sugiere usted que tuvo otras razones?

—Las indicó claramente: me faltaba la autoridad y la experiencia necesaria para

enfrentarme con una situación política compleja; polarizaría facciones existentes que era mejor que continuasen divididas; era una víctima muy conveniente que le proporcionaría tiempo.

—¿Razones buenas o malas?

—Eminentemente sensatas.

—¿Y le ha tratado a usted generosamente?

—Mucho.

—Entonces, ¿cuál es su queja de él? ¿Por qué protesta por la forma en que ha actuado?

—No tengo queja. No tengo protesta alguna que pueda mantener con validez. Pero…

—¿Pero qué, coronel?

—Se lo dije a la cara, y sigo afirmándolo: no me fío de él.

—¿Y su respuesta?

—La citaré al pie de la letra: «No quiero una dictadura. No quiero el marxismo. Estoy seguro de que el tipo de democracia que tenemos es demasiado inestable para durar. Pero, venga una cosa u otra, trataré de hacerla tan tolerable como pueda».

—Una ambición laudable, ¿no le parece?

—Eso depende de la interpretación. Él mismo puso un tono especial a la misma: «Soy el rey del tablero y usted el peón».

—¿Y no le gusta ser un peón, coronel?

—No, no me gusta.

—Sin duda, preferiría ser usted el rey.

—*Cavaliere*, mi padre fue un socialista de la vieja escuela que pasó cinco años de exilio en Lípari, en tiempo de los fascistas. Lo dejaron volver a casa a morir.

—Lo lamento, no lo sabía.

—No había razón para que lo supiese.

—Entonces, ¿qué es lo que le gustaría ser?

—Un servidor de una sociedad abierta.

—Pero se unió usted a un servicio cerrado, más sujeto que cualquier otro a la corrupción del secreto. ¿Por qué?

—Me recomendaron, *Cavaliere*. Aproveché la oportunidad.

—¿Por qué?

—Tengo talento para la investigación.

—¿Y para la intriga?

—También para eso, si así lo prefiere.

—Y le gusta tener influencia sin responsabilidad.

—No. Me gusta la responsabilidad.

—¿Y le duele el hecho de que ya no pueda tenerla?

—Sí, así es.

—¿Y qué es lo que más le duele?

—Que un hombre, si lo desea, pueda rebajarme a algo menos de lo que era… y que el mismo hombre pueda, si le da la gana, enterrar, manipular o intercambiar información que puede determinar el futuro político del país. Mi país, *Cavaliere*… y también el de usted.

—¿Qué sabe usted de nuestro país, coronel?

—Demasiado poco. Y mucho de la parte mala. Conozco criminales, agitadores, propagandistas, policías, políticos; pero la gente… ¡Je! Hay veces en que me siento como un hombrecillo verde de Marte, todo él cerebro y antenas, pero sin corazón.

—¿Puede usted ser comprado, coronel?

—Lo fui, *Cavaliere*. Hace cuarenta y ocho horas.

—¿Puede usted ser asustado?

—Estoy asustado ahora. Sé demasiado. Estoy aislado. Soy un blanco fácil.

—¿Y quién iba a querer eliminarle a usted?

—Por una parte, el director. Por otra, Leporello.

—O los dos, trabajando juntos.

—Ésa es la verdadera pesadilla. Y podría ser cierta. Mire lo que pasó en Grecia. Y fíjese con qué rapidez se tornaron respetables los coroneles. Pantaleone, su hermanastro, tuvo los primeros planes de un golpe de Estado, y ya eran muy terribles.

Con Leporello y el director actuando conjuntamente, podrían convertirse en doblemente peligrosos, e inmediatamente.

—Y, cuando me llamó ayer, ¿qué era lo que creía que yo podía hacer al respecto?

—Creí que podría aconsejarme sobre cómo seguir con vida y usar los conocimientos que tengo para prevenir un golpe de Estado.

—¿Qué es lo que sabe, Matucci?

—Sé cada nombre de los microfilms. Podría reproducir cada documento. Podría reconstruir cada mapa. Tengo una memoria fotográfica, *Cavaliere*. Aseguraría un noventa por ciento de fidelidad.

—¿Sabe eso el director?

—Sí.

—Entonces, le dijo la verdad. Es usted una víctima natural.

—¿Y usted, *Cavaliere*?

—Yo también le dije la verdad. Somos aliados naturales. Pero tendrá usted que aceptar que sea, ¿cómo lo diría?, una alianza desequilibrada.

—¿Hacia qué lado estaría desequilibrada?

—Enormemente a mi favor. Lo introduciré en un nuevo mundo. Tendrá usted que aprender su historia, su idioma y sus símbolos. Tengo todo lo que a usted le falta: influencia, dinero, amigos o servidores en cada país del mundo. Además, soy viejo y obstinado. Así que tengo que mantener mi ventaja.

—Lo comprendo, y lo acepto.

—Hay una condición más.

—¿Si?

—Esa Lili Anders… Es un peligro para usted, y una molestia para mí. Deshágase de ella y olvídela.

—No puedo hacer eso, *Cavaliere*.

—Insisto en ello, si quiere usted que trabajemos juntos.

—*Cavaliere*, estoy seguro de que hace treinta años tuvo usted muchos amigos que le dieron el mismo consejo acerca de Raquel Rabin. Como celebridad judía, ella era un peligro para usted y una molestia para ellos. ¿Qué es lo que hizo usted?

—Acepté sus consejos.

—Raquel Rabin me contó una historia diferente.

—Lo sé, pero mi versión es la verdadera.

—Y, no obstante, ¿me pide usted que le haga lo mismo a otra mujer?

—Por una razón diferente.

—La misma razón, *Cavaliere*.

—Está usted cometiendo un grave error.

—Probablemente. Pero me ofrece usted el mismo trato inaceptable que el director: sométase y esté a seguro. Lo lamento. Se cerró el mercado. No hay trato.

—¿Otro *whisky*?

—No, gracias. Y, si me excusa, no me quedaré a cenar.

—No le excuso, coronel. Se quedará aquí y me seguirá la corriente, aunque sólo sea porque tengo treinta años más que usted y alguna excusa para mostrarme maleducado.

—*Cavaliere*, también yo tengo excusa. Quizás esté muerto pronto. Me gustaría disfrutar del tiempo que me quede.

—¡Siéntese ya, por Dios! Se acabó el juego.

—¿Cómo dice?

—Mi amigo, le ofrecía a usted un contrato inaceptable. Si lo hubiera aceptado, yo mismo lo hubiera vendido a los asesinos… Ahora, toque el timbre, por favor. Creo que ya podemos cenar.

El hombre que cenó conmigo aquella noche en el «Dolder Grand» era un fenómeno, diferente de cualquier imagen que me hubiera formado de él. Tenía setenta años, una edad en la que la mayoría de los hombres se contentan con caer en la inactividad y el confort. Pero no aquél. Burbujeaba como el champán. Hablaba de libros, mujeres, pinturas, dinero, petróleo, películas, modas, religión, cotos de caza, vino y el cultivo de las rosas. Era tan variado que me asombró, y sin embargo, tan completo en lo que era y hacía que me avergonzó por la pérdida que representaban mis propios buenos años. No era sólo que fuera elocuente o estuviera interesado; sabía, y lo sabía profundamente. Disfrutaba, saboreaba. Había sacado su propio sentido a la loca matemática de la creación. Pero, sobre todo, aún tenía respeto al misterio y, aunque juzgaba de una forma implacable, siempre había en el veredicto

una pincelada de reserva y de compasión. Entre la fruta y el queso inició una nueva línea de conversación:

—Todos somos herederos, Matucci, y no podemos negar el pasado, como tampoco podemos arrancarnos la piel. Sólo somos libres de sacar el máximo beneficio de lo que tenemos, en el tiempo del que ahora disponemos. Enviamos hombres a la luna y creemos haber descubierto el mañana; pero el mañana está aún creciendo de todos nuestros ayeres, y lo desciframos por fragmentos y trozos, como la aritmética de los incas. Usted y yo, por ejemplo, hemos compartido el pan, la sal y el vino. Hemos comenzado una amistad. Pero usted jamás me comprenderá a menos que recuerde que nací en un ático sobre un prostíbulo, en la fiesta de la Asunción de la Virgen, el día que los acróbatas llegaron a la ciudad. ¿Siente curiosidad…? Me alegra. Cuando llegue a mi edad, Matucci, encontrará que quedan pocos con los que puede compartir su pasado. Los viejos se van. Los jóvenes no tienen interés. Uno está allí, una columna rota en un campo de trigo, con los triunfos que celebra olvidados hace mucho, las manos que lo alzaron convertidas en polvo y esparcidas por el viento. Déjeme hablarle del día de mi nacimiento. La mayor parte de lo que le diré es cierto; algo es incierto; el resto, quizá lo haya soñado; pero, sin embargo, es parte de mí. Por favor, sírvase algo de vino. Le ayudará a mostrarse paciente con mi cuento de hadas.

Y así fue exactamente como lo contó, como un cuento de hadas, con amplios gestos y obvia satisfacción. Estaba haciendo de *gigione*, el saltimbanqui, y mirándome de reojo para ver cómo reaccionaba ante su improvisación.

—… La fecha, mi querido Matucci, fue en 1900. Víctor Manuel III era rey de Italia y León XIII estaba reinando gloriosamente como Pontífice de la Sagrada Iglesia Romana. El lugar es la *Piazza* delle Zocolette, o lo que es lo mismo, la plaza de los pequeños zuecos, en Roma…

»Yo no lo vi, Matucci, pero puedo reconstruirlo para usted porque vi muchas veces a los acróbatas de mi juventud… Llegaban dando volteretas, volapiés y saltos mortales vestidos con sus alegres trajes de retales mientras los pífanos desafinaban y los tambores hacían *bum-bum-bum, rat-rat-rat,* y el que iba delante lanzaba por los aires su bastón de cintas y anunciaba a los cuatro vientos las maravillas que pronto se podrían contemplar en la Plazza delle Zoccolette… Montaban un estrado para la mascarada y un tenderete para vender talismanes y pociones curalotodo… Y un teatrillo para los *pulcinella*. Erguían postes y escaleras y tendían una cuerda para que el *funambolo* pudiera hacer su paseo de desafío a la muerte, muy por encima de las multitudes, de una esquina a otra de la *piazza*… Hacían un cuadro con cuerdas para mantener alejada a la muchedumbre, y colocaban brillantes colchones para los saltarines, y traían rodando las grandes pesas que sólo Carlo el Magnífico podía alzar… a pesar de que afirmaba que pagaría una moneda de oro a cualquiera que lo lograse. Y mientras tanto, el del bastón iba dando vueltas distribuyendo programas de mano, voceando los talentos de su compañía, la virtud de sus panaceas y la

insuperable belleza de sus contorsionistas femeninas…

»…En los viejos tiempos, Matucci, había un prostíbulo en la *piazza* llamado, por cortesía, casa de citas y dirigido por una alcahueta llamada Zia Rosa. No era el lugar más elegante de la ciudad, pero tampoco era el peor. No lo recuerdo, pero mi vieja nurse Angela, que era la hermana de Zia Rosa, contaba a veces historias acerca del mismo a las aleladas sirvientas de la casa de mi madre… Para Zia Rosa el día de la fiesta y la llegada de los acróbatas equivalía a dinero en la caja. El día de fiesta significaba comer, beber y pasear por el río, y luego, todo chico joven con sangre en las venas estaba dispuesto a una actuación en la cama. El espectáculo representaba multitudes y un agolparse de cuerpos en la *piazza*; y la visión de las acróbatas dando saltos vestidas de mallas era bastante para hacer que San Antonio saliese aullando en búsqueda de satisfacción para aquella lujuria de verano… Lo sé, Matucci, más de una vez me pasó a mi en mis días mozos…

»…Aquel día, Matucci, mi madre estaba sintiendo los dolores en el ático de Zia Rosa. Cómo había llegado allí era bastante simple: una chica embarazada, deshonrada, con poco dinero, era inevitable que llegase a Zia Rosa o a alguien similar. Zia Rosa proporcionaba un doble servicio. Su hermana Angela era tanto comadrona cómo experta en abortos. Y, después, reclutaba a las chicas que mejor le parecían para el servicio de la casa.

»En una ocasión oí a Angela describir a mi madre, tal como era entonces. La llamó «original», una *furbacchiona*, esquiva y difícil de comprender. Tenía tez pálida, ojos azules y un cabello color miel. Hablaba italiano, inglés y romanesco. Sus ropas eran buenas, pero un tanto demasiado modestas para alguien que evidentemente sabía algo más que las oraciones. También tenía dinero en el bolsillo, al menos lo bastante como para que Angela la ayudase en el parto; pues Angela no hacía nada sin cobrarlo por adelantado…

»…Aparentemente, aun entonces mi madre era arrogante y exigente, a pesar de su vientre hinchado y su necesidad de un refugio, aunque fuera aquél. Deseaba sábanas y toallas limpias, y jabón, y dos buenas comidas al día traídas de la cocina, y una lista de medicinas de la farmacia. Afirmó de buenas a primeras que se quedaría hasta una semana después del nacimiento del niño, y que pagaría a una criada para que la cuidase durante su convalecencia. También era dura. En aquel tiempo, la mayoría de las mujeres hubieran aullado, estremeciéndose y suplicando se les evitase los dolores del parto. No aquélla, dijo Angela. Tenía que arrancársele cada gruñido como si fuera una mártir en el potro. Cuando pasaba cada espasmo, se forzaba a hablar con aquella voz fría y sensata que hacía que incluso el italiano pareciese extraño. Lo que decía no tenía mucho sentido, especialmente viniendo de una mujer que estaba sudando las penas del parto en la buhardilla de una casa de putas. Pero el caso es que la mayoría de las mujeres están un poco locas en un momento como ése, así que Angela le siguió la corriente hasta que los dolores se hicieron más fuertes y rápidos y estuvo gritando continuamente… ¿Le suena extraño, Matucci, que esté reviviendo mi propio

nacimiento? Todo esto tiene un significado, al menos yo lo creo así.

»Allá abajo, en la *piazza*, y esto lo sé porque Angela estaba mirándolo, Luca Salamandra, el que caminaba por la cuerda floja, estaba a punto de comenzar su paseo por el cielo. Iba vestido totalmente de negro, con el cabello aplastado por el fijador y los bigotes tiesos por la gomina. A mitad de distancia en la escalera se volvió para saludar a las multitudes que lo aclamaban. Luego, subió a la pequeña plataforma en la punta del mástil y puso un pie en la cuerda. Se oyó un jadeo entre la, muchedumbre cuando vieron que vibraba bajo su peso y lo contemplaron colocarse en peligroso equilibrio. Luego, quedaron en silencio…

»…Al principio, se movía lentamente, probando la fuerza de la brisa y la tensión del cable bajo sus plantas. En el centro de la *piazza* se detuvo y comenzó a dar saltos sobre el cable. Luego, dio un salto mortal y aterrizó en pie sobre el oscilante cable. Estaría, quizás, a unos cinco metros del extremo del cable, cuando se detuvo, mirando directamente a los ojos de Angela. Ésta recuerda cómo le sonrió, comenzando a caminar hacia ella. En aquel preciso momento, Matucci, mi madre aulló y yo saqué de mala gana mi cabeza al mundo y Luca Salamandra cayó a la eternidad.

»Diez días más tarde, una mujer enlutada de pies a cabeza, con una acompañante mayor, se presentó en la Oficina del Registro General para depositar una serie de documentos legalizados. El primero era un certificado de matrimonio entre Anne Mary Mackenzie, soltera, de la Gran Bretaña, y Luca Salamandra, soltero, acróbata. El segundo era el certificado del forense sobre la muerte de Luca Salamandra. El tercero era una notificación del nacimiento de Massimo Luca Salamandra, varón, hijo de Anne Mary Mackenzie y Luca Salamandra, fallecido.

»Esta extraordinaria concatenación de documentos era el resultado de una larga discusión entre Anne Mary Mackenzie y Zia Rosa, seguida por tres horas de regateo entre Angela la comadrona, Zia Rosa, el jefe de los cómicos y Aldo el Calígrafo, un viejo falsificador de documentos que vivía en una callejuela junto a la *piazza* y estaba especializado en la reproducción de manuscritos históricos. El hecho de que el oficinista del registro aceptase los documentos sin ninguna duda, fue un buen tributo a la habilidad del calígrafo.

»El resultado de toda la transacción fue que Anne Mary Mackenzie se convirtió en una respetable viuda romana, y que yo disfrutaba de una legitimidad espuria que podría permitirme entrar al servicio de la Corona, o incluso tomar las órdenes Sagradas, en el poco probable caso de que alguna vez aspirase a ser sacerdote…

»Naturalmente, jamás he deseado ser sacerdote, coronel, pero a veces creo que hubiera sido un maravilloso cardenal, en tiempos de los Borgia, claro, cuando el celibato no era requerido de una forma tan estricta… ¿Quiere que le diga lo que está pensando en este momento? Se está preguntando a qué viene toda esta larga historia, si me estoy riendo de usted, o estoy aprovechándome de que no le queda más remedio que escucharme. Tendría razón en ambos casos. Pero también le he contado una parábola. Fui concebido por un noble, y se me dio como padre a un acróbata

muerto. Soy, y siempre lo he sido, una contradicción. Para tratar conmigo necesitará paciencia y tanta fe como hay que tener para creer en la sangre de San Genaro. Ahora bien, usted es el hombre que está en la cuerda floja. Quiere salvarse y servir a un país muy dividido y a un pueblo apasionado. Necesitará unos nervios de acero, porque usted también verá arder monstruos, y si resbala, aunque sólo sea en una ocasión, estará muerto… Espero que comprenda esto.

—Lo comprendo muy bien. Pero ¿por dónde comenzamos?

—Está usted bajo órdenes de no regresar a Italia durante un mes. Usaremos ese mes para establecer un seguro. Mañana por la mañana usted y Lili Anders se marcharán del «Baur au Lac». Les estará esperando un coche para llevarles, por un camino retorcido, a Liechtenstein, donde vivirán en una casa que pertenece a una de mis compañías. Se trata de un pabellón de caza transformado, original, pero muy cómodo. Allí transcribirá todo lo que sabe del asunto Pantaleone los microfilms, los mapas… todo. Ese material será copiado y las copias guardadas en una serie de bancos, fuera y dentro de Italia. Durante este mismo mes, usted recibirá otro material que le enviaré. Lo estudiará cuidadosamente, porque servirá para prepararle para la siguiente etapa de la operación: su regreso a Italia. Naturalmente, permaneceremos en comunicación personal y continua. Tendrá a dos personas de mi equipo a su servicio constante, como guardianes y mensajeros.

—¿Y cuando regrese a Italia?

—Seguirá usted de permiso, un oficial de carrera, mal pagado, con cualificaciones especializadas. Lo que yo haré, para usar una frase gastada, será darle un tirón hacia arriba, tanto profesional como socialmente. Le ofreceré un sueldo muy sustancioso como consultor de inteligencia económica. Será una transacción abierta, sancionada por una lamentable costumbre. Cada funcionario publico de este país trata de suplementar sus ingresos en la industria privada. Como es natural, su director se enterará de ello. De hecho, yo me cuidaré de obtener su aprobación.

—¿Está seguro de que se la dará?

—¿Por qué no? Tendría otra forma de comprometerle cuando lo desee. Le demostrará que usted es lo que él espera que sea, un hombre venal, fácilmente comprado y silenciado. Bajo la cobertura de esa situación, continuará sus investigaciones sobre el movimiento neofascista y la conexión de Leporello en el mismo. Me informará de sus hallazgos y decidiremos un medio de acción. ¿Le parece bien todo esto?

—Con una reserva, *Cavaliere*.

—¿Y cuál es?

—El director… Le he visto escribir el guión de comedias similares. No creo que se trague ésta.

—Ni yo. Pero tratará de hacernos creer que se la ha tragado… Que es lo único que necesitamos. El verdadero problema es otro: tenemos que mantenerle a usted con vida.

El pabellón de caza estaba a diez kilómetros al sur de Triesen, donde los picos del Rhätikon se unen con los Alpes Glarner y los bosques de pinos suben, hechizados y oscuros, hacia el límite de las nieves. Estaba edificado en la entrada de un alto valle, que sólo era accesible por un camino de vía única asfaltado que terminaba en un tremendo portalón de regio pino, acabado en puntas de hierro y fijado a pilares de piedra tallada. Pasada la puerta, un sendero pavimentado corría entre altos árboles hasta llegar al mismo pabellón, un largo edificio de piedra arenisca con un ensamblaje de maderas y techos de cinc sobre troncos, que se alzaba macizo y sólido contra el paisaje de pinos y las neblinosas cimas.

Desde el exterior parecía frío y nada acogedor, dispuesto a resistir una invasión o una avalancha. En el interior era simple, pero cálido, con la luz del fuego brillando en las paredes recubiertas de madera, el reluciente cobre y la vajilla campesina. La casa era cuidada por un viejo tirolés y su esposa, y había otras dos personas: Heinz, un enorme tipo taciturno de los Grisones, y Domenico, un atezado y joven varesino, que era un charlatán en francés, inglés, italiano y *switzerdeutsch*. Formaban una pareja rara, pero formidable: Heinz era infalible con un rifle; Domenico un atleta de circo maravilloso tanto con la pistola como en el kárate. Siempre había uno de ellos de guardia, patrullando el terreno, vigilando el camino, atisbando los altos desfiladeros por si se veían pastores o alpinistas. Cada mañana Heinz iba en coche a Triesen de compras y a buscar el correo. Cada tarde, al ponerse el sol, eran cerradas las puertas, dispuesta una complicada serie de alarmas, y los dos hombres se dividían la guardia nocturna.

Había un teléfono en la casa, pero nos advirtieron que no lo usásemos. Podíamos caminar libremente por los confines de la propiedad, pero siempre y sólo con Heinz y Domenico acompañándonos.

Por lo demás, había una máquina de escribir, papel, papel carbón, una copiadora y, si necesitaba algo más, sólo tenía que pedirlo y Heinz lo iba a buscar, aunque tuviera que viajar a Zurich.

Durante los primeros días me sentí encerrado e inquieto; pero Lili estaba tan alegre como un pajarillo y me incitaba a relajarme y a dedicarme a la simple rutina del trabajo. Nos levantábamos pronto y, tras el desayuno, yo me dedicaba a la tarea de reconstruir, a partir de mi memoria, el material de los microfilms. Era un trabajo tedioso que dependía de toda una serie de trucos técnicos, cada uno de los cuales ponía en funcionamiento una secuencia de memorias visuales. Con interlocutores entrenados y una estenógrafa que fuera tomando inmediatamente los datos, podría haber realizado el trabajo en la mitad del tiempo. Tal como estaban las cosas, tenía que intercalar la labor mecánica de transcribir cada secuencia con la máquina. Por consiguiente, tenía que tener en cuenta el factor de la fatiga y detener mi trabajo inmediatamente que se introducía en la ecuación memorística. De hecho, podía trabajar tan sólo unas cuatro horas por día en la reconstrucción. El resto del tiempo lo

pasaba clasificando y tomando notas de los informes que Bruno Manzini me enviaba cada día por correo.

Todos los informes eran enviados desde Chiasso, que es la ciudad fronteriza del cantón suizo de Ticino. La información estaba bellamente codificada y cubría una asombrosa variedad de temas: la organización y control de los sindicatos, la localización de las células marxistas y la trama de sus actividades, diagramas mostrando la estructura financiera y directiva de las grandes compañías con *dossiers* sobre sus principales dirigentes, listas de contribuyentes a los partidos políticos, alianzas matrimoniales entre las grandes familias, paquetes de acciones poseídos por organizaciones extranjeras, informes crediticios, notas sobre las políticas editoriales de los periódicos y las editoras, actividades de las Embajadas extranjeras, nombres e historias privadas de funcionarios prominentes y la agenda de sus visitas a Grecia y España, una serie completa de muy explícitos documentos acerca de las finanzas vaticanas y de las actividades políticas del Secretariado de Estado de la Santa Sede…

Yo llevaba en trabajos de inteligencia mucho tiempo, pero buena parte de aquel material era nuevo incluso para mí, y mostraba la existencia de una enorme y costosa organización, no sólo dedicada a reunir la información, sino también a clasificarla y procesarla para su uso constante. Cuanto más leía, más me asombraba la complejidad de la vida italiana y el problema de mantener incluso únicamente una apariencia de orden en una nación industrializada moderna. La tensión era enorme, y el equilibrio de fuerzas tan precario que incluso los más optimistas no podían ignorar la continua amenaza de un desastre.

Comprendía claramente la frustración de los revolucionarios que deseaban barrer a un lado todo aquel lío y comenzar de nuevo. Comprendía la desesperación de los jóvenes que deseaban apartarse de todo, como el *Poverello d’Assisi*, y vivir en fraternal simplicidad, a base de cannabis y pan de maíz. Comprendía la seductora ilusión de la dictadura: el que un hombre mesiánico, armado de un poder total, pudiera imponer el orden y la unidad con un movimiento de su cetro. Y, aunque más lentamente, comenzaba a ver el significado de la creencia de Bruno Manzini acerca de que todos éramos prisioneros de nuestros genes y que nuestra historia y nuestro futuro estaban escritos por escribas perecidos hacía mucho.

Había días, los malos, en los que la memoria me fallaba y la razón se tambaleaba, durante los cuales me sentía oprimido por una sensación de futilidad total. Era un loco bufón, tratando de parar a gritos una avalancha. Era un mono saltarín, llorando por ser el rey de la Humanidad. ¿Qué derecho tenía yo a determinar, por indirecta o minúsculamente que fuera, el texto de una sola línea de la Historia? Me sentía atraído, con profunda añoranza, hacia las creencias de mi niñez: un Dios personal para el cual ni siquiera dejaba de tener importancia el pajarillo de los cielos, que en un tremendo y glorioso juicio lo arreglaría todo, lo renovaría y lo estabilizaría. Y entonces me di cuenta de que lo había sacado de mi universo con mi razonamiento y que ya nunca podría volver a acudir a Él.

En aquellos días desiertos Lili era un oasis de seguridad. Rehusaba ser alejada por mi brusquedad. Me cuidaba con ternura. Me sacaba de la casa y me hacía caminar a través de los bosques de pinos, obligándome a fijarme en cada pequeña maravilla: la forma de un hongo que había en el hueco de un árbol, la música de una fuente en la montaña, la textura de la piedra y la corteza, las luces del sol en los altos farellones. Quedase lo que quedase en mis secas entrañas de soñador, ella lo despertó y lo nutrió con extraordinaria paciencia. También bromeaba conmigo, y me obligaba a avergonzarme y volver a ser sensato.

—… Sé cómo te sientes, amor mío. Todo pasa. Tú y yo también pasaremos. Y el horror del mundo continuará. Pero piensa en esto: mientras seguimos luchando, lo mantenemos apartado aunque sólo sea por un poco más. Si todo el mundo abandonase la lucha, los bárbaros volverían a hacerse con el poder durante otro millar de años. Aunque seamos ignorantes y estemos equivocados, la causa sigue siendo buena. Tienes que creer esto, nunca debes olvidarlo. Mira… incluso yo soy un pequeño triunfo para ti. No, por favor, escúchame. No puedo recordar cuánto tiempo hacía desde que me pertenecía a mí misma. Hoy es así. Incluso cuando me entrego a ti, lo hago como mujer libre. Si no te hubiera importado, aunque fuera un poco, estaría muerta, o encerrada con las prostitutas de la Mantellate. ¿No es bueno este día, este lugar? No estaríamos disfrutando de él si no hubieras luchado, y también si no te hubieras equivocado… Ahora, ¿por qué no me llevas a casa y hacemos el amor? Aquí fuera está todo demasiado húmedo.

Hacer el amor siempre es bueno; pero también esto estaba maldito por el pensamiento de que iba a acabar demasiado pronto. Hablábamos poco de aquello; yo era un hombre sin recursos, demasiado viejo para empezar otra carrera en el exilio. Ella tenía que renacer y salir de la oscura matriz de nuestro trabajo hacia otra existencia. Yo era el cordón que la ataba a su pasado. El cordón debía ser cortado para que pudiera ser totalmente libre. No había esperanza para ninguno de nosotros en un futuro de ensueño; y el pensamiento de nuestro solitario mañana pesaba mucho sobre ambos, y nuestras noches eran, a causa de esto, aún más desesperadas y preciosas.

Llevábamos unas dos semanas en el pabellón cuando vino Bruno Manzini a visitarnos. Era un domingo. Llegó justo después de la comida, cansado y brusco. Se apoderó de mis notas y se retiró a su dormitorio, y no lo volvimos a ver hasta las siete y media de la tarde. Se disculpó por su mal humor e hizo grandes esfuerzos para lograr que Lili estuviese a gusto.

—Es usted buena para este hombre, Lili Anders. Estoy seguro de que también lo fue para Pantaleone. Por favor, no esté asustada conmigo. La vida es demasiado corta para invitar fantasmas a la mesa… Y yo soy lo bastante viejo como para valorar a las mujeres hermosas. He estudiado sus notas, Matucci. ¡*Excelentes*! Pero muy preocupantes. ¿Ha sacado algún sentido de las cosas que le he enviado?

—A algunas sí. Me gustaría discutirlo con usted después de la cena.

—Para eso estoy aquí. La dejaremos fuera, mi querida dama, pero me va a perdonar por anticipado; pues, cuanto más supiese usted, más riesgo correría, y nuestro amigo aquí presente tiene un especial interés por usted. ¿Se lo ha contado, Matucci?

—¿Qué es lo que tenía que contarme, *Cavaliere*?

—Que le ordené que la alejase y le amenacé con no ayudarle si se rehusaba. Me desafió. Al conocerla ahora, me alegra que lo hiciese.

—Gracias, *Cavaliere*. No me lo contó.

—Matucci, es usted un estúpido.

—Eso ya es viejo. No insista en el tema, ¿eh?

Se echó a reír, puso su brazo alrededor de Lili y brindó por ella con su galantería de antiguo estilo, luego, lanzó una tal cascada de anécdotas y recuerdos, que nos arrastró desde la sopa al café sin pausa aparente. Después, cuando estuvimos solos, con el coñac calentándose entre nuestras manos, me dijo:

—… Las cosas están mal, Matucci. Primero tenemos este asunto de Bessarione. La Policía dijo que se voló él mismo mientras intentaba sabotear un poste de alta tensión. La izquierda dice que fue asesinado por la derecha. Yo conocía a ese hombre. Si quiere, sería un excéntrico, pero era un romántico muy rico, que al mismo tiempo era un editor excelente. ¿Cuál es la verdad? Quién lo sabe. Pero, al menos, debería quedar expuesta a público debate. ¿Y qué es lo que sucede? Que hay una serie de detenciones de periodistas y estudiantes. ¿La acusación?: «Difundir noticias con el fin de alterar el orden público». ¡Por Dios! Eso es lo que decían los fascistas. Recuerdo el día en que promulgaron esa ley. ¿Resultado? Más divisiones. Más intranquilidad. Mañana los obreros vuelven a abandonar la «Fiat». En Roma los basureros entrarán en huelga y la ciudad será un estercolero dentro de tres días. Después de esto, acercándose la Pascua y llegando la estación turística, harán su huelga los empleados de hotel. Mientras tanto, estallará una bomba o dos, y quizás a un niño le alcance una bala de la Policía… Ya ve lo bien engranado que está todo. Los fascistas echan la culpa a los marxistas, los marxistas culpan a los fascistas. Cada uno de ellos provoca al otro. Cada uno echa las culpas de la violencia al otro. Y en medio está el pueblo: los estudiantes, que no pueden obtener su educación porque no construimos suficientes aulas; las amas de casa, que no pueden volver a sus hogares porque los autobuses no funcionan; los enfermos, que están colocados tres por cama en nuestros atestados hospitales. Déjeme decirle algo, Matucci. Se me ha notificado que tengo que acelerar la entrega de todos los equipos de control de manifestaciones que pueda fabricar. Lo que no pueda hacer debo comprarlo, pedirlo prestado o robarlo, sin que se me ponga límite alguno a las divisas que vaya a utilizar. También las Bolsas comienzan a sentir el pánico. Si le contase cuánto dinero salió del país la semana pasada, se echaría a llorar. Y, ¿cuál es el resumen de todo esto? Los marxistas pueden, y quizá lo hagan, crear una anarquía en el país, pero aún no están preparados para dirigirlo. Ni estoy seguro de que quieran dirigirlo, al menos no creo que deseen

ocupar la Colina del Quirinale. Su apoyo lo tienen a nivel local, en las ciudades, en los pueblos y en las provincias. Pueden practicar el terror y la intimidación con grupos de guerrilla urbana, pero no pueden montar un golpe militar. Como usted sabe, la derecha podría hacerlo, siempre que contase con el suficiente apoyo tácito del centro y la religión. En cuanto a la simpatía del exterior, contarían con la de Estados Unidos, que tiene enormes inversiones en el país y la Sexta Flota embotellada en el Mediterráneo jugando a indios y vaqueros con los rusos. Y la tendrían de España, Grecia, y probablemente de Francia. Después, ¿a quién le importa? Sus notas me lo confirman, Matucci. Pero me dicen aún más: mi hermanastro era menos estúpido de lo que yo creía. Planeaba mejor de lo que me pensaba. Con ciertas modificaciones, su estrategia sigue siendo válida hoy o mañana… Y me he guardado la peor noticia para el final. Leporello ha firmado el trato. Se ha puesto las botas de Pantaleone.

—¿Y el director?

—Se ha unido a él… Se reunieron el fin de semana pasado en una fiesta que había en «Villa Baldassare».

¿Cómo lo sabe?

—Porque yo también estaba allí. Querían que me uniese a su club.

—¿Y?

—Naturalmente, acepté. Cuando piense en ello, se dará cuenta de que es una unión natural. Industrias pesadas, textiles, periódicos, bancos y un Gobierno estable dedicado a la ley y el orden.

—¿Por qué no se lo habían pedido antes?

—Porque Pantaleone no quería ni oír hablar de eso. Y, en aquel tiempo, lo necesitaban a él más que a mí.

—¿Y por qué ahora sí?

—Porque, gracias a su investigación y a la información que había en los papeles de mi hermano, el director y el general Leporello conocían mi conexión con la muerte de mi hermano. Así que había llegado el momento de llevar a cabo un acuerdo civilizado. ¿No lo cree así?

—Creo, *Cavaliere*, que me estoy volviendo loco.

—Aún no, Matucci, por favor. Lo necesito muy cuerdo. Me uní para estar dentro de la conspiración. Quiero que esta preciosa junta sea destruida para siempre. Entre nosotros, creo que podemos hacerlo.

—¡Por Dios! ¿Cómo?

—Acusando a Leporello de asesinato y al director de conspiración con un asesino. ¿Podría hacerlo?

—Me gustaría probar.

—Ahora el peligro es doble.

—Lo sé.

—¿Dudas?

—Algunas. Creo que necesitamos un nuevo guión.

—Discutámoslo en un momento. ¿Tiene alguna condición que poner?

—Conduciré el asunto a mi manera, sin interferencia de nadie.

—De acuerdo.

—Que cuando le pida información, dinero y cualquier otra ayuda que necesite, de vez en cuando, lo obtenga.

—De acuerdo. ¿Qué hay de los arreglos financieros?

—Nada de arreglos financieros, gracias. No soy ningún mercenario y no puedo pedirle que me pague por anticipado mi seguro de vida. Tengo una petición, eso es todo.

—Hágala.

—Desde el momento en que salgamos de este lugar, quiero que se proteja a Lili Anders. Si logro éxito en mi trabajo, quiero que le den una amnistía presidencial para que quede libre de volver a Italia, si así lo desea. ¿Puede garantizarme esas cosas?

—La primera sí. La segunda no. Pero me romperé la espalda tratando de obtenerla.

—Entonces, eso es todo. Ahora, hablemos del guión.

Sorbió lentamente su coñac, dejó la copa, luego hizo una pequeña catedral con las puntas de sus dedos y me sonrió por encima del techo de la misma. Me dijo, con placidez:

—Mi amigo, ya le he vendido este guión al director.

Repentina e irrazonablemente me sentí irritado. Tenía la garganta amargada por la bilis y la cabeza llena de zumbidos. Salté del sillón y me quedé en pie frente a él, lanzándole una invectiva vehemente:

—Es usted un viejo arrogante. Arrogante y peligroso. ¡Ésta es mi vida, mi vida! ¡No puede jugar con ella! Lo que haga usted es asunto suyo. Es rico, está protegido. Puede comprarse abogados, guardaespaldas, privilegios diplomáticos, inmunidad contra todo menos un fallo cardíaco. Yo no. Yo tengo que cuidarme de ser mi propio seguro. Así que no quiero que haga ningún trato que yo no haya aprobado. Ni que cierre negocios que yo no haya ratificado. No me ha comprado, *Cavaliere*. Entérese bien de esto. ¡No me ha comprado! Oh, sé que es usted la Salamandra y que ha sobrevivido mucho más de lo que es probable que yo haga. Pero usted escribió esa historia por sí mismo. ¡Yo tengo que escribir la mía, aunque sólo sean dos palabras: *Hic iacet*!

Sin pensar en lo que estaba haciendo, lancé la copa de coñac contra el fuego, donde estalló con una gran llamarada. Las llamas murieron en pocos segundos, y me volví para ver a Manzini aún sonriéndome por encima de las puntas de los dedos. Luego, se alzó y se enfrentó a mí al otro lado de la alfombra del hogar, aún tranquilo y benigno.

—Mi querido coronel, realmente me infravalora. O quizás estoy siendo demasiado críptico para una hora tan tardía. Cuando hablamos en Zurich, hace dos semanas, ¿no estuvimos de acuerdo en una estrategia?

—Estuvimos. Pero las circunstancias son diferentes. Usted está ahora dentro del club. Eso da color a cualquier relación que tenga con usted.

—¿Podría sugerirle que ese color es un mejor enmascaramiento que antes?

—Puede sugerir lo que quiera. Necesito pruebas.

—Entonces, déjeme tratar de dárselas. Cuando hablé con su director y Leporello en la «Villa Baldassare», su nombre fue mencionado varias veces.

—¿Quién lo mencionó?

—Primero el director. Luego Leporello. Naturalmente, yo también tuve algún comentario que hacer.

—¿Qué es lo que se dijo?

—El director, con su habitual delicadeza, dijo que usted era una molestia. Leporello usó la frase «¡Un grave riesgo!». El director dijo que estaba usted inmovilizado. Leporello dijo que exigía que se eliminase del todo aquel riesgo.

—¿Y usted, *Cavaliere*?

—Indiqué que era usted un oficial muy veterano e inteligente, y que, si estuviese en sus zapatos, yo hubiera tomado ciertas precauciones, por ejemplo, guardando documentos en un Banco para que fueran publicados en caso de muerte. Expresé mi opinión de que un accidente repentino podía desmoralizar a sus amigos y colegas del Servicio. Luego, les conté un pequeño cuento: que, después de su llegada a Suiza, me había telefoneado, preguntándome si podría hallar un lugar para usted en mi organización. Que usted me había dicho que lo habían tratado muy mal y que estaba pensando muy en serio en presentar su renuncia y buscar un empleo civil. Le dije al director que lo había invitado a usted aquí este fin de semana, para discutir el asunto. Comenté que me parecía una buena idea ofrecerle un empleo temporal mientras él seguía manteniéndolo a su disposición y bajo la autoridad del Servicio. En resumen, logré convencer al director de que era usted más seguro vivo que muerto, al menos por el momento.

—¿Y Leporello?

—No estuvo de acuerdo. Pero el director se impuso.

—¿Por cuánto tiempo?

—Buena pregunta. Y no sé la respuesta. No obstante, como ve, el trato aún no está cerrado porque se necesita su consentimiento. Puede cambiar de idea. Quizás elija el llevar a cabo esta operación en secreto, y sin ninguna conexión clara conmigo. Estaría de acuerdo con ello, si eso sirviese para que usted quedase más libre y pudiera ser más eficiente. Por lo demás, a menudo me muestro arrogante, aunque no deseo serlo con usted. También soy viejo, y puedo ser peligroso, pero nunca con mis amigos. ¡Créalo, Matucci!

—Lo creo, *Cavaliere*. Fui rudo. Pero estoy harto de que la gente juegue con mi vida.

—¿Le dan a menudo ataques como ése?

—No.

—Me alegra oírlo. Ése es un coñac muy *caro*. Tómese otro.

—Acabemos primero con la discusión. Si trabajo en secreto, estaré huyendo continuamente. Tendré que usar papeles falsos, quizá dos o tres identidades, y a menudo habitar lugares poco adecuados. Ya lo he hecho antes. Puedo hacerlo de nuevo; pero sería un impedimento. Preferiría trabajar abiertamente como empleado suyo, pero eso puede comprometer su posición y exponerle a riesgos personales. Así que la decisión es suya.

—Ya la he tomado. Se unirá a mí.

—¿Cuándo?

—Telefonearé mañana al director, diré que quiero emplearlo a prueba y le pediré permiso para llevarlo a Italia conmigo.

—¿Tan pronto?

—La respuesta está en sus propias notas. Queda muy poco tiempo.

—Aún no he terminado con esas notas.

—Termínelas en mi casa. Vivirá allí, hasta que tomemos otras disposiciones.

—¿Qué le digo a Lili?

—Lo que sea necesario para mantenerla feliz. Le daré cuenta de las disposiciones para su seguridad antes de que nos vayamos. Usted dedíquese a la parte amorosa.

—Hablando de parte amorosa, *Cavaliere*…

—¿Sí?

—¿Cuál es exactamente su relación con la *Principessa* Faubiani?

Ahora, fue su turno de irritarse. Se puso rojo como la cresta de un gallo. Echó hacia atrás la cabeza y vibraron las aletas de su nariz de patricio. Me espetó:

—¿Y qué infiernos le importa eso a usted?

—Tengo que preguntárselo, *Cavaliere*. Conozco a muchos hombres buenos que han muerto por hablar demasiado en la cama.

Me miró durante un largo y hostil momento. Tragó el coñac que le quedaba y lanzó la copa al fuego, tal como yo había hecho. Luego se relajó y sonrió, y la sonrisa le hizo parecer veinte años más joven.

—Digamos que soy un acaudalado protector que tiene ciertos privilegios cuando está en Roma. Pero acepto su punto de vista, Matucci. Este arreglo no es exclusivo, y la dama acostumbra a chismorrear. Quizá debería presentársela y dejar que usted juzgase por sí mismo. ¿Quién sabe? Tal vez incluso la halle útil. Tengo otras relaciones, Matucci. ¿Piensa inmiscuirse en todas?

—Sí, si se relacionan con mi vida, *Cavaliere*.

—*Dio*! Qué forma de discutir. Necesito una pelea de vez en cuando, para mantenerme en forma. Pero no lo hagamos muy a menudo. Le daré una idea, para que la consulte con la almohada. Llega un momento en el que a uno sólo le queda savia para un buen coito y valor para una buena lucha. No malgaste el coito en una prostituta o la lucha con un dragón de papel. ¡Buenas noches, amigo!

Era la salida de un actor, y me pregunté, irritadamente, por qué se había tomado la

molestia de hacerla tan obvia. No tenía nada que probar. Tenía demasiado poder, había sobrevivido a demasiadas tormentas, por lo que las bromas y la mixtificación sólo servían para rebajarlo. Luego, comencé a preguntarme si no estaría tratando de rebajarme a mí, de hacerme más flexible ante sus designios. Le conté esto a Lili, mientras yacíamos en la oscuridad, pasando las horas de nuestra última noche juntos.

Ella estuvo apasionadamente en desacuerdo:

—Tienes que confiar en él, amor mío. Creo que es un viejo maravilloso, muy alerta y vigoroso; pero le duele el paso del tiempo. Como te ha dicho, está solo. Así que trata de lograr tu interés y respeto. Puede ser un hombre muy duro, Dante Alighieri. Has tenido una vida aventurera. También Manzini ha sido un aventurero. Te considera como un amigo, pero también como un rival. Sopórtalo un poco. Al final, no saldrás perdiendo.

Le hablé de las promesas que le había arrancado de mantenerla segura y de tratar de conseguir luego una amnistía.

Para mi sorpresa, rechazó la idea de plano.

—¡No! Quieres ser amable. Pero ése no es el camino. ¿No lo ves? Me atas al pasado. Me atas a ti mismo de una forma que no deseo. Cuando vuelvas a mí, si es que vuelves, me visitarás en mi casa, beberás mi vino y comerás en mi mesa. No tendré las manos tan vacías como ahora. Necesito eso, mi amor. En cuanto a los riesgos, no me importan. Prepararemos unas direcciones a las que podamos escribirnos. Además, hay otra razón. Estarás haciendo un trabajo peligroso. No puedes hacerlo con la mente dividida. Necesitarás otras mujeres. Al final, debes ser libre para escoger entre ellas y yo. También yo debo ser libre… Por favor, no nos mostremos tensos y desesperados. Esta noche, ámame con suavidad, con suavidad y lentamente. Te quiero tanto…

En algún momento, durante las horas nocturnas, mientras estábamos durmiendo uno en brazos del otro, se puso en funcionamiento la alarma: un estruendoso sonido de campanas y sirenas. Salté de la cama y corrí a la ventana. El terreno estaba iluminado con cegadores focos, y vi a Heinz y Domenico corriendo a través del espacio abierto hacia los bosques de pinos. Nos pusimos nuestros batines y acudimos a la sala de estar, donde hallamos a Manzini, en pie, tieso y tranquilo, junto a la ventana. Era imposible hablar. El sonido siguió y siguió, un terrible ataque a los oídos, hasta que veinte minutos más tarde, Domenico regresó apresuradamente, desconectó el sistema y lo volvió a poner en funcionamiento. Unos momentos más tarde informó a Manzini.

—Lo cazamos, *Cavaliere*. En el límite norte.

—¿Vivo o muerto?

—Muerto. Heinz lo alcanzó con el primer disparo.

—¿Quién era?

—Creo que italiano. Nadie que conozcamos. Ni papeles, ni señales identificatorias. Tampoco etiquetas en la ropa.

—¿Armado?

—Granadas, explosivo plástico con fusibles y una pistola «Walther».

—¿Cómo entró?

Tuvo que venir por la montaña, a pie. Podremos averiguar la ruta cuando salga el sol.

—No vale la pena.

—¿Llamamos a la Policía?

—¿En Liechtenstein? ¡No! Entiérrenlo.

—Con todos los respetos, *Cavaliere*, la alarma puede ser oída en muchos kilómetros a la redonda.

—Por lo que sabemos, un corzo tropezó con uno de los cables de alarma.

—Como usted diga, *Cavaliere*.

—Entiérrenlo bien hondo, Domenico.

—Déjemelo a mí, *Cavaliere*… Buenas noches.

Cuando se hubo ido, Manzini sirvió tres copas de coñac y nos pasó una a cada uno. Su mano estaba firme. Alzó la copa en una especie de hosco saludo.

—Como en los viejos días de los partisanos, Matucci, que usted es demasiado joven para poder recordar.

Quería hacer de ello una especie de antiguo grito de batalla. A mí, me sonó como un epitafio.

LIBRO SEGUNDO

La práctica de la política en el Este puede ser definida con una palabra: disimulo.

BENJAMIN DISRAELI: *Contarini Fleming*

No fuimos directamente a Italia, sino que pasamos por Salzburgo, donde Manzini quería discutir un contrato maderero con una serrería austríaca, y luego, a través del Brennero, hasta Mestre, donde una de sus compañías estaba construyendo un dique para pequeños petroleros. Fue un viaje tedioso debido a que empeoró el tiempo y, a causa de las fuertes nevadas al norte y sur de los Alpes, las carreteras eran una porquería de nieve aplastada y peligroso hielo.

No obstante, Manzini estaba muy animado, determinado, como él decía, a que nos divirtiésemos antes de entrar en la jaula del león. Le gustaban las leyendas y la historia local, y comprendí la continuidad de la misma, y cómo las viejas familias feudales estaban aún mezcladas en la vida moderna de Europa. No chocheaba como algunos viejos, pero cada tema del que hablaba lo completaba hasta agotarlo. Era un dramaturgo natural, e incluso cuando inventaba diálogos y situaciones, uno notaba una cierta sensación de concordancia y verosimilitud.

Una y otra vez regresaba a su propia juventud, como si su más profunda necesidad fuera el purgarse de viejos rencores y recordar alegrías olvidadas.

—Me crié en un tiempo en el cual había mucho más espacio, Matucci, en una ciudad tolerante y cínica. Vivía en un palacio detrás de Condotti: una casa llena de mujeres mentecatas, de la que nunca estaban ausentes los hombres. Tenía todas las ilusiones que necesitaba y ninguna sensación de culpabilidad. En esto, supongo que fui un niño muy afortunado. Por extraño que pueda parecer, tuve mucha suerte con mi madre. Eran muchas mujeres, ¿comprende?, una nueva para cada día.

»La recuerdo desnuda en el baño, suave y apetitosa como un melocotón pelado, silbando y cantando y bebiendo champán de una copa colocada en un taburete junto a la bañera. La recuerdo en corsé y camisola, toda ella lazos y puntillas, pirueteando ante el espejo y charlando acerca de mis tíos… Ningún muchacho del mundo tuvo tantos tíos como yo.

»Estaba el coronel Melchior, que tenía una mano de madera cubierta con un guante de cuero negro, porque la había perdido en Abisinia, en la matanza de Adua. Estaba el tío Burckhardt, con su gran cadena de oro sobre el vientre, que resoplaba al inclinarse y al hablar, y que aburría tanto a mi madre que se quedaba distraída. Estaba el tío Freddie, que me compró mi primer tren de cuerda y me enseñó a jugar al ajedrez. Era inglés y su nombre era Folliot-Phillimore, y los sirvientes le llamaban el «ángel del Papa», porque tenía una vocecita aguda como la del tenor eunuco del coro papal. Mucha gente lo odiaba. Incluso *Mamma* lo odiaba a veces porque podía ser muy malicioso. Pero yo lo quería mucho…

»Me abrió un nuevo mundo. Me llevó por el Tíber en bote de remos. Leyó mis primeros textos latinos y griegos conmigo. Me enseñó a buscar restos arqueológicos y monedas en el Testaccio. Se sentaba conmigo en un pilar caído del Foro, me hacía cerrar los ojos y veíamos a las vestales cubiertas de guirnaldas de flores y a los augures prediciendo el futuro mediante el vuelo de los pájaros, y a Petronio

caminando orgulloso y elegante entre los chismosos… Un día me dijo: "Cuando crezcas, jovencito, debes ser un hombre elegante, o de lo contrario me sentiré muy desengañado contigo. Mira eso. Ésa es tu ciudad. Debes imponerte tal como lo hizo Petronio, con cerebro, buen gusto y talento para las burlas. También debes aprender otras cosas de ella. Aprende el arte de la supervivencia y a renacer cada día. Cuando tengas tu primera mujer, que sea una romana, toda ella fuego y furia, lágrimas y ternura. Esta es una ciudad de bellacos. Aprende también a ser un bellaco, si es preciso. ¡Pero, por Dios, sé un bellaco con estilo!"

»¡Extraño! Lo recuerdo como si fuera ayer. Naturalmente, no sabía nada sobre eso del estilo. Así que le pregunté qué era. Señaló al cielo y dijo: "Mira ahí arriba. Mira las golondrinas, cómo vuelan, utilizando el viento como si fueran las propietarias de los mismos cielos. Ahora, mira allí. Fíjate en ese pobre y estúpido burro tirando de ese carro de vino. Es un ser útil. No podríamos vivir sin él. Pero ¿qué prefieres ser, la golondrina o el burro…? ¡La golondrina, claro está! Eso es estilo, jovencito. Eso es estilo…"

»¿Mi padre? Bueno, eso fue duro, Matucci. Verá, durante mucho tiempo creí que mi padre estaba muerto. Lo acepté como hacen los niños, sin preguntas y sin demasiada pena. Incluso después de que lo hube conocido personalmente, durante muchos años se me hizo creer que era otro amable tío. Ésa es una de las cosas que más me cuesta perdonar. Me preguntó usted si tenía muchos enemigos. A veces me pregunto si todos mis enemigos no serán un solo hombre: el conde Massimo Pantaleone. Me pregunto si no será por eso que odiaba a mi propio hermanastro, debido a que usaba el apellido que debería haber sido mío. Y, no obstante, dadas las costumbres de aquel tiempo, vistas las leyes de la legitimidad y la herencia, no debería culparlo tanto.

»La primera vez que lo vi, estaba cabalgando con *Mamma* en el Pincio. El tío Melchior me había regalado un póney y *Mamma* me había comprado una chaqueta y pantalones de montar de estilo inglés, y aquél era el primer día que salía con ella. Debería haber conocido el Pincio en aquellos días, Matucci. Era el lugar en donde se veían los landós más elegantes y algunos de los mejores caballos de Roma. Los cardenales llegaban en sus carruajes y caminaban solemnemente entre los pinos, mientras sus sirvientes, todos de librea, murmuraban juntos. Los nobles de Roma llegaban allí y se saludaban y flirteaban según la costumbre de la época. No todo el mundo saludaba a *Mamma*. La mayoría de las damas mantenían sus cabezas muy erguidas y miraban a través de ella como si fuera de cristal. Recuerdo que acostumbraba a hacer un gesto despectivo y a maldecirlas en romanaccio: "¡Viejos pedos! La única cosa que les entra alguna vez bajo las faldas es un caballo."

»Bueno, aquella mañana un caballero llegó con su montura y empezó a hablar con *Mamma*. Era alto y robusto, con una gran nariz parecida a un pico de águila, probablemente como la mía, y una mata de cabello gris. Cabalgaba sobre un animal negro de belfos nerviosos y parecía una gigantesca estatua que hubiera adquirido

vida. *Mamma* era como una muñeca a su lado, pero permaneció erguida y sonriente y le tendió la mano como si fuera el más humilde de los hombres. Hablaron durante largo rato. Luego, repentinamente, él me arrancó de mi póney, poniéndome sobre su propia silla y me llevó a un loco galope por entre los bosques. Hizo correr a su caballo hasta que estuvo cubierto de sudor y entonces desmontó en un pequeño bosquecillo, ¡que hace mucho que desapareció!, donde había una estatua de Pan y un arroyuelo de agua límpida. Puso sus dos manos sobre mis hombros y me miró, silencioso y con el ceño fruncido. Luego, sonrió y dijo: «Buen chico. Tienes buenos modos y un corazón valiente… un buen trofeo para cualquier hombre en sus días otoñales. Me gustaría tener valor para reclamarte…». No sabía de qué hablaba, sólo que estaba complacido conmigo. Luego, me llevó de vuelta con *Mamma*…

»¡Eh, Matucci! Si está aburrido, la culpa es suya. Quería conocerme. ¡Pues aquí estoy! Ahora, hablemos algo de negocios. Se quedará algunos días conmigo en mi posesión campestre en las afueras de Bolonia. Luego, le sugiero que se establezca en Milán. Tengo un apartamento amueblado, que puedo poner a su disposición, junto con sirvientes de los que podrá fiarse. Necesitará una cuenta bancaria y facilidades de crédito, y una historia de cobertura para sus actividades como empleado mío. Después de eso, buena suerte y un ángel guardián muy activo.

—Más, *Cavaliere*. Necesito una lista de direcciones seguras y dos o tres documentos. Las mejores falsificaciones.

—¿Y no sabe cómo obtenerlas?

—Sé cómo, dónde y cuánto costarán, pero no puedo aparecer en las negociaciones.

—Conozco al mejor falsificador que existe.

—Yo también lo conozco… Carlo Metaponte, pupilo de Aldo el Calígrafo. Él dibujó su tarjeta de la salamandra. Está en nuestros archivos.

—¿Se puede usar aún?

—Sí, si puede controlarlo.

—Puedo controlarlo… Matucci, ¿quiere aceptar un pequeño consejo mío?

—Sí.

—Por favor, trate de ser generoso conmigo. Soy lo bastante viejo como para ser su padre. Por extraño que parezca, aún tengo una conciencia, porque trato de vivir según la lógica y la conciencia es el resultado final de un silogismo. He tratado de examinar esta conciencia con respecto a nuestra relación. Y he llegado a la conclusión, correcta o equivocada, que lo que nos separa no son los principios sino la historia… la lucha de clases, la imagen de clase. Su padre era un socialista de viejo estilo, exiliado en Lípari. El mío era un aristócrata de viejo estilo, que explotaba a los pobres y se rompió el cuello persiguiendo mujeres en el Pincio. Pero cuando usted tenía trece años, Matucci, yo estaba haciendo cócteles Molotov en una granja cerca de Pedognana. Cuando usted tenía catorce, yo colgaba de los pulgares en una celda de la Gestapo en Milán. Por lo que luchaba entonces es por lo que usted está tratando

de mantener ahora, una libertad, por precaria e imperfecta que sea. No puedo arriesgarme como usted, porque sólo me queda la parte final de una vida a mi disposición. Pero aún es dulce, y saboreo cada segundo de la misma. Créame, esto no es ningún reproche; es… ¿cómo podría llamarlo?, una afirmación de que vamos a disfrutar con esta lucha. Nos hundiremos, si no hay más remedio. Sobreviviremos, si podemos, cantando y gritando. ¿Puede comprender esto?

—Puedo. Lo comprendo. Y se lo agradezco, *Cavaliere*.

—¡Por favor! Ya basta de «*Cavaliere*». Soy Bruno. Tú eres Dante Alighieri… *Bene*?

—*Bene, grazie*!

—Y deseo que adquieras algo de estilo, mi Dante. Nuevos uniformes para las ocasiones especiales. Un coronel debe tener aspecto de coronel, y no de cabo de quintas. También nuevos trajes, de la mejor moda, con corte moderno. Y no seas tacaño con el dinero; extiéndelo como la salsa sobre los spaghetti… ¡Bien! ¡Es la primera vez que te oigo reír como un hombre feliz!

Luego, como aún quería seguir jugando al mago, me dio una nueva sorpresa. Nos quedaríamos no en Mestre, que es una ciudad bárbara, sino, cruzando el mar, en Venecia, en el «Gritti Palace»… y el director vendría a reunirse con nosotros para cenar. Después de todo el encanto que había estado dedicándome, no tenía por menos que aceptarlo con buena cara. Eso le complació casi tanto como su propia astucia, y me explicó la razón larga y detalladamente:

—… Alguna vez tendrás que enfrentarte con él. Será mejor conmigo que solo. Y mejor en su propia ciudad, donde se siente como un verdadero príncipe. Al otro lado del brazo de mar podrá ver algunas de las empresas que me hacen ser lo que soy. Y también te verá a ti bajo otra luz: un hombre comprado, gozando de los frutos de un juicioso compromiso. Ahora, estamos en nuestra casa donde estas sutilezas importan mucho. No es que tengas que rebajarte. ¡Jamás! Serás cortés, un poco reservado, pero no insensible a su magnanimidad. Naturalmente, te acosará, pero tú seguirás luchando, aunque no con tanta fuerza como antes, porque tienes menos que perder. Te preguntará acerca de Lili Anders. Te alzaras de hombros, como si fuera un melocotón maduro que probaste y echaste a un lado. Cuando creas que ya has soportado bastante, te vas. Tienes que encontrarte con una mujer en el «Bar de Harry». Ella estará allí. Su nombre es Gisela Pestalozzi. Estará en tu lista de direcciones seguras… El encargado de la barra la conoce. Dirás que la Salamandra te envía… ¿comprendido?

—Comprendido. Lo que no comprendo es cómo logras hacer todo esto.

—Es un juego, mi Dante. Uno de los pocos que sé jugar bien.

Llegamos a Venecia cuando anochecía. Había niebla en los canales. Una neblina espesa y pestilente, cargada de humos sulfurosos y las exhalaciones de los canales. Domenico aparcó el coche y tomamos una góndola hasta el hotel porque, según dijo Manzini, todos los gondoleros eran unos buitres, pero aun los buitres tienen derecho a

sobrevivir. En el «Gritti» fuimos recibidos como cardenales medievales y alojados en *suites* contiguas que daban al Gran Canal. No es que hubiera mucho que ver, porque la niebla estaba baja sobre el agua y las luces del escaso tráfico eran apagadas manchas amarillas en el canal. Me afeité y bañé tranquilamente, mientras me planchaban la ropa.

Me vestí con más cuidado de lo habitual y logré entrar justo en el momento en que Manzini y el director se estaban sentando a la mesa.

El director me recibió como al hijo pródigo.

—¡Mi querido Matucci! Me encanta verle. Asqueroso tiempo, ¿no le parece?

Estuve de acuerdo; pero después de todo, Venecia era Venecia.

—Tiene usted buen aspecto y parece descansado. Eso es bueno. ¿Han tenido un viaje agradable?

—¡Brutal! —dijo desabridamente Manzini—. ¡Cadenas todo el trayecto! No obstante, eso hará que la gente vaya a esquiar. ¿Invirtió en ese pequeño proyecto de Bolzano que le recomendé?

—Lamentablemente, no. En lugar de eso, me compré un Picasso.

—¡Tonterías! Hay muchos cuadros suyos, y saldrán más cuando haya muerto. Tendría que haber esperado hasta que saliese al mercado la colección Pantaleone. Como bien sabe, acabarán vendiéndola.

—¡Mi querido Bruno! ¿De qué sirve eso, si uno no puede exportarla cuando se cansa de ella? ¿Está usted interesado en la pintura, Matucci?

—Lo estoy, señor, pero no puedo permitirme ese lujo. Al menos, aún no.

—Acépteme un consejo. Empiece con los jóvenes. Si tiene buen ojo, no puede dejar de elegir al menos un vencedor de cada diez. Y con eso, aún logrará un buen provecho. ¿Qué dice usted, Bruno?

—Primero quiero que se interese en mi provecho. Es la forma más rápida que tiene para sacar beneficios él mismo. ¿Tiene usted idea de los cientos de miles de liras que perdemos cada año a causa de los derroches, robos a gran escala, sabotajes industriales y mala contabilidad? Matucci me ha hecho algunas sugerencias muy inteligentes. Si puede llevarlas a la practica, estaré dispuesto a recompensarlo muy generosamente.

—Siempre, mi querido Bruno, que el Servicio esté dispuesto a cederle sus valiosos talentos… No obstante, debo decir que me alegra ver que le llega su oportunidad. Se lo merece. Tengo que darle las gracias, Matucci. Se comportó muy bien en una difícil situación diplomática. No le culpo por sentirse irritado. Me alegra ver que tuvo la iniciativa de entrar en contacto con Bruno. Es una situación que podría irnos muy bien a todos, incluso al Servicio, pues, como usted mismo ha dicho a menudo, somos algo débiles en el sector de la alta industria. No obstante, eso será para más adelante. Desde que usted se fue, hemos hecho algunos cambios en el cuartel general.

—¿Sí?

—Gonzaga se ocupa de la sección del Oriente Medio y Rampolla pasa a ocupar la de los Balcanes. El resto de los cambios son menores, excepto que hemos jubilado a Stefanelli del departamento forense… ¡Ah, el menú! ¿Qué es lo que recomienda, Bruno?

—Mi querido amigo, debería saber ya que jamás recomiendo comida, caballos o mujeres. Es la forma más segura de perder amigos. El vino es otra cosa. Creo que usted tuvo una muy buena cosecha el año pasado.

—Una de las mejores de esta década. Aún es demasiado pronto, pero cuando esté lista, le reservaré algunas cajas.

—Gracias. Me encantaría. Por cierto, ¿ha recuperado ya el testamento de Pantaleone?

—Aún no. Eso me recuerda una cosa, Matucci. Tuvimos mucha suerte con lo de Bandinelli. Parece ser que su mujer tenía un asuntillo con un joven cantante de San Carlo. Se mostró muy cooperante al consentir un funeral privado, sin preguntas indiscretas.

—Me alegra saberlo, señor. Me temo que no manejé demasiado bien aquella situación.

—Todos cometemos errores. Y usted estaba sometido a una gran tensión. Pidamos la comida, ¿les parece? Odio tener camareros echándome el aliento en el cogote.

Me alegró la tregua y la conversación sin importancia que siguió: la charla de hombres de alta posición que jugaban con el poder y la gente como si fueran las fichas de una mesa de juego.

Aquellos dos estaban muy igualados: el director, tan firmemente atrincherado en la historia, que uno sólo tenía que cambiarle de traje para colocarlo en el Consejo de los Diez; Manzini, el viejo tecnócrata, caminando por el pasado, el presente y el futuro como un coloso vestido de etiqueta. Pero el lenguaje era el mismo y el poder idéntico al de los días en que las galeras se deslizaban por los muelles y la mitad del tesoro de Bizancio arribaba a la Venecia de los Dogos. Durante un tiempo, me ignoraron, y me sentí feliz de escuchar y comenzar a aprender el lenguaje estilizado de aquel otro mundo.

Inevitablemente, al cabo de un tiempo, la charla se volvió atrevida y escandalosa: quién estaba aprovechándose de la nueva ley de divorcios y quién no, y por qué. Luego, sin advertencia previa, el director me lanzó una pregunta.

—Por cierto, Matucci, ¿qué pasó con esa mujer, la Anders?

—Seguí su consejo, señor.

—Oh, perdóneme, Bruno. Me olvidaba de que había una conexión familiar.

—¡Por favor! No me preocupa en lo más mínimo. Sólo espero que Matucci se lo pasase bien.

—¿Lo pasó usted bien, Matucci?

—Brevemente, señor.

—¿Dónde está ahora?

—Hablaba de ir a Klosters por un tiempo. No le pregunté demasiado. Ya sabe cómo son estas cosas.

—¿Cree que volverá al trabajo?

—No al nuestro, señor. Creo que pensaba casarse.

—¿Alguna perspectiva?

—Le aseguro que conmigo no. Lo que me recuerda, si ustedes me excusan el café, que tengo una cita con otra dama.

—Naturalmente, a menos que Bruno…

—¡No, no! Adelante. Disfrute mientras pueda. Después, tendrá poco tiempo.

—Ah, antes de que se vaya, Matucci…

—¿Señor?

—Ese empleo doble de usted. A mí, claro está, me alegra mucho. Me encanta poder hacerle un favor a mi amigo Bruno. Pero ¿verdad que será discreto al respecto? Es algo ilegal, y no me gustaría que eso provocase el descontento de sus colegas del Servicio. ¿Comprende?

—Perfectamente, señor. Y le estoy muy agradecido. Buenas noches, caballeros.

—Buena suerte con la dama.

—Es una noche sucia —dijo Bruno Manzini con una sonrisa—. No se caiga al canal.

Era una advertencia, y me la tomé en serio. Fui a mi habitación, me puse un abrigo y me metí una pistola en el bolsillo. Pasé un momento en recepción comprando sellos de Correos y luego al callejón que hay entre el Palazzo Pisani y el «Gritti». Ya conocen ese sitio. El callejón se abre a una *piazza* frente al Zobenigo. Uno dobla a la derecha, cruza sobre un pequeño puente y llega al Largo Ventidue Marzo, que le lleva justo frente a la fachada de la Basílica de San Marcos. Aun de día es un camino tranquilo. Hay pocas tiendas y nada que ver excepto la Basílica, y las pútridas aguas bajo el puente están repletas de góndolas y barcas. De noche, con aquella niebla que ahogaba, y con todas las ventanas cerradas, era como la ciudad de los muertos.

Me detuve un instante bajo la luz y escuché un murmullo de voces hacia la izquierda; probablemente boteros que esperaban llevar a casa a algunos de los que cenaban. No podía verlos, pero podía oír los botes golpeando contra las pilastras. Comencé a caminar, no de prisa, pero a buen ritmo, tanteando la pared para mantener la dirección, escuchando si oía otras pisadas. Nada, excepto el rumor del canal, el sonido de música lejana y el gemido de las sirenas en la dársena del Mestre. Cuando giré en la *Piazza* Zobenigo, me detuve y escuché de nuevo. Esta vez oí, o creí oír, el suave golpear de suelas de goma, corriendo de puntillas sobre los adoquines. Pero el sonido era tan vago, tan ahogado por la niebla, que podría haber sido una ilusión.

Comencé a caminar, ahora más de prisa, hacia el difuso resplandor amarillo que marcaba la parte superior del puente. Entonces, detrás de mí, escuché un silbido largo y agudo. Me detuve, me aplasté contra la pared, saqué la pistola del bolsillo y le quité el seguro. Ahora, la situación estaba clara. Tras de mí había un hombre. Delante, donde el canal atravesaba el callejón, había otros dos, uno a cada lado del *traghetto*. Antes de que llegase al puente cerrarían la trampa y me matarían. Dando la espalda a la pared, comencé a deslizarme lentamente a lo largo de la misma, tanteando en busca de una puerta o una proyección de la pared que me diera un pequeño refugio. Oí las suelas de goma dando unos pocos pasos rápidos, a la carrera. Vi un movimiento confuso cerca del puente, que podría haber sido un hombre, pero también un remolino en la niebla. Entonces, mis dedos perdieron el contacto con la áspera superficie y quedaron flotando en la nada. No era una puerta. Era un arco abierto, bajo y estrecho, que llevaba a la parte trasera del patio de un palacio o una mansión. ¡Gracias a Dios! Ahora, tendrían que venir por mí. Me deslicé sobre una rodilla y atisbé el exterior, con cautela. Quizá pasaron diez segundos antes de que comenzasen a moverse, dos abrazando la pared en mi lado, el tercero moviéndose a lo largo de la acera opuesta del callejón. Aquél era el que tenía que cazar primero, si podía ver con la suficiente claridad para alcanzarle. Se movían irregularmente, en una serie de cortas carreras, primero uno, luego los otros, jamás con la misma secuencia. Tenía que dejarles acercarse más. Pero no me atrevía a dejarles acercarse mucho, por si iban armados con granadas o una bomba de clavos. En aquel momento, por suerte, el hombre del lado opuesto dio una carrera que lo puso a mi alcance. No podía verlo con claridad. Tenía que imaginármelo entre una ventana cerrada y la sombra más oscura que era una puerta. Apunte cuidadosamente y disparé. La detonación resultó ensordecedora en el estrecho espacio. No me devolvió el fuego. Se volvió y corrió. Los otros también corrieron. Disparé dos veces más, a ciegas, en la niebla. Luego, como se estaban abriendo ventanas y apareciendo cabezas en los huecos iluminados, también yo corrí callejón abajo y sobre el puente. No dejé de correr hasta que llegue al refugio del «Bar de Harry».

Por fortuna, el bar estaba repleto, así que mi entrada jadeante no atrajo la atención de nadie. Ordené un trago doble, me lo llevé a la cabina telefónica y llame a Manzini al hotel. Le avisaron mientras tomaba el café, y le dije:

—Gracias por el aviso. Casi me caigo al canal.

—¿Qué pasó?

—Una trampa bien montada. Tres hombres. Disparé. Se largaron.

—¿Dónde estás ahora?

—Donde me enviaste. Aún no me he encontrado con la dama.

—Ven a mi habitación cuando regreses.

—¿Cómo está nuestro común amigo?

—Relamido como un gato. Me parece que voy a agitarlo un poco. Hasta luego, ¿eh?

Me llevé el vaso de vuelta al bar, me subí a un taburete y esperé un momento de tranquilidad para hablar con el encargado de la barra. Cuando le pregunté acerca de Gisela Pestalozzi, sonrió.

—Interesado en un poco de diversión, ¿eh? Bueno, es cara, pero tiene las mejores chicas de la ciudad.

—¿Cuánto?

—De sesenta a cien mil por la noche durante la temporada. En esta época, quizá menos, pero tendrá que regatear. No obstante, todas ellas tienen sus propios apartamentos, y eso ya es algo con este tiempo. ¿Dónde vive usted?

—Con amigos de la familia. Gente muy remilgada.

—Vaya. Entonces, Gisela es la mejor.

—¿Cómo la reconoceré?

—Se sienta en aquel rincón. Una pelirroja grande, mediada la cuarentena. Lleva un montón de chatarra: cadenas, collares, grandes pendientes, todas esas cosas. No puede equivocarse. Es una vieja vaca, pero siempre le hace reír a uno. No obstante, le daré un consejo: no le haga trampas, tiene muchos amigos.

—¿La Policía?

—Algunos. Pero más de los del otro bando.

—Gracias… Aquí tiene algo para el servicio.

—Gracias. ¿Se quedará mucho en Venecia?

—Lo dudo. ¿Por qué?

—Bueno, como ya le he dicho, no me gustaría hacerle una mala jugada a Gisela; pero si está usted interesado, tengo algunos números de teléfono propios…

—Gracias. Lo recordaré. Sírvame otro vaso, y envíelo al rincón.

Me recosté sobre la banqueta. El camarero trajo el vaso y fui sorbiendo lentamente mientras pensaba en el *Cavaliere* Bruno Manzini, alias la Salamandra. Todo lo que decía era mágico, pero yo no podía saber cuánto de ello era cierto y cuánto un cuento de hadas. Bruno Manzini, héroe partisano, que se había unido a los fascistas y luego me había llamado a mí, el coronel Don Nadie, para destruirlos. Me sentía como un derviche girador, bailando hasta caer muerto, para probar que Dios era Dios, y que todas sus obras eran una espléndida inconsecuencia.

Entonces, llegó Gisela Pestalozzi, desparramando saludos y perfume, y se sentó junto a mí. Llevaba anillos en los dedos y campanillas en las orejas, y las suficientes cadenas como para anclar el *Galileo*. Sus brazos eran como los de un luchador y sus pechos lo bastante llenos como para alimentar a un continente. Su cabello era rojo ticiano, sus labios color geranio y su voz como piedras en un triturador de grava. Sudaba abundantemente y se abanicaba con una servilleta de papel. Me ignoró durante medio minuto, y luego anunció:

—Éste es mi lugar, joven. Debe de ser usted nuevo aquí.

—Y usted debe de ser Gisela.

—Así es. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo un amigo.

—¿Qué amigo?

—¿No puede bajar un poco la voz, por favor?

—¿Por qué iba a hacerlo? Es mi voz. Es mi sitio. Si quiere hablar de negocios, ya es otra cosa.

—Quiero hablar de negocios.

—Sesenta mil por noche. Cena y bebidas aparte. ¿Sí o no?

—No. Me envía la Salamandra.

—¡Oh! —Se deshinchó como un globo, y su voz bajó diez decibelios—. ¿Por qué no lo dijo de buenas a primeras? ¿Qué es lo que necesita?

—Una casa segura.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé aún. Semanas, meses.

—¿Con o sin?

—¿Con o sin qué?

—Una mujer, claro. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Sin.

—Dos habitaciones, cocina y baño. Totalmente amueblada, luz, calefacción y teléfono. Doscientas mil al mes.

—Es un precio de asesinato.

—Es una casa segura. Entrada privada. Sin portero y con otras dos salidas.

—¿Dónde?

—A cien metros de San Marcos.

—¿Calidad?

—Bueno, no es el «Cá d'Oro», pero es confortable.

—¿Dónde obtengo la llave?

—Se la doy yo. Con un mes por adelantado y otro de depósito.

—Lo pensaré. ¿Dónde la encuentro cuando no está aquí?

—La Salamandra tiene mi teléfono.

—Bien. ¿Un trago?

—¿Cuál es su nombre?

—Lo cambio cada día. Llámeme amor.

—¿Quiere una chica?

—Esta noche no.

—¡Entonces, largo, amor! Éstas son mis horas de trabajo.

—¡*Ciao*, Gisela! Nos veremos.

Y eso fue todo. Tan sin propósito y sin objetivo como todo lo que me estaba sucediendo. Dejé mi bebida sin acabar sobre la mesa y le pagué a un adormilado conductor de bote mil liras por llevarme los doscientos metros, canal abajo, hasta la puerta delantera del «Gritti», que, siendo un hotel civilizado, tiene un buen servicio telefónico y cabinas en las que uno puede hablar sin que se entere todo el mundo y su

amiguita. Hice una llamada a Stefanelli en Roma y, dos minutos más tarde, lo tuve al teléfono. Bastaron diez segundos para enterarme de que mi llamada no era bien recibida.

—Steffi, soy Matucci.

—Recuerdo ese nombre. ¿Sí?

—Estoy en Venecia, Steffi.

—Feliz tú, feliz Venecia.

—¡Steffi, deja de hacer el payaso, por Cristo! Esto es serio.

—Lo sé. Estoy sin trabajo. Cada fascista del Servicio ha subido dos grados y tú estás comiendo langosta en Venecia. ¿Pueden ponerse aún más serias las cosas?

—Quiero verte.

—Estoy en casa todo el tiempo… de medianoche a medianoche.

—¡Escucha, por favor!

—¡No! Escucha tú. ¡Te vendiste, hermanito! Aceptaste un largo permiso y un buen sobre y ahora estás a sueldo de la industria privada. Eres un *stronzo*, Matucci. El peor que jamás haya conocido.

—¿Dónde has oído todo eso?

—¿Importa?

—Sí, importa. ¡Y si cuelgas, Steffi, escupiré sobre tu tumba! ¡Ahora, dímelo!

—Lo escuché de labios del mismo caballo hablador, nuestro querido director, el día en que me jubiló. Voy a citarlo: «Aún es usted activo, Stefanelli. ¿Por qué no emula a su colega, Matucci, y dirige su talento, su muy considerable talento, hacia una ocupación civil?». Sigo citándolo: «Los beneficios son muy grandes, como Matucci le puede decir. Tuvimos nuestros desacuerdos, pero pudimos resolverlos, y me atrevería a sugerir que Matucci acabará siendo un hombre muy rico». Fin de la cita. ¿Quieres oír más?

—No, gracias. ¿Recibiste mi telegrama?

—Lo recibí.

—Pero no te lo creíste.

—No.

—¿Me harás un favor?

—Si se trata de comprar flores para tu funeral, quizá.

—Ahórrate el dinero. Podría ser más pronto de lo que te imaginas. En lugar de esto, ve a hablar con Raquel Rabin. Pregúntale sobre lo que discutimos el día que fui a verla.

—¿Y después?

—Te llamaré de nuevo. Entonces, si quieres, puedes largarme todos los insultos que hay en el libro. Buenas noches, Steffi.

Tras lo cual subí a hablar con Bruno Manzini. Me sorprendió descubrir que el director estaba aún con él, pero la atmósfera había cambiado. Estaban tensos conmigo y tensos el uno con el otro. Manzini inició, sin rodeos, el interrogatorio.

—Díganos lo que sucedió, Matucci.

Se lo dije. Dibujé un mapa del hotel para que resultase claro. Aclaré aún más que alguien me había tomado por un plato de los del tiro, y que eso no me gustaba nada. Manzini me cortó en medio de mi discurso y dijo secamente:

—Ya le he contado a su director lo que pasó en el pabellón.

—Ya veo.

—Y le he comunicado nuestra sospecha de que ambos intentos fueron de inspiración oficial.

—Y me asombra esa sugerencia, Matucci —parecía realmente asombrado. Por primera vez capté una sombra de inquietud bajo su máscara sardónica—. ¿Creen realmente que, después de llegar a un arreglo amistoso, después de aceptar su regreso a Italia y su trabajo privado con mi viejo amigo, iba a haber un intento contra su vida?

—Tiene que ser usted o Leporello. A usted le informaba constantemente el *Cavaliere*. Usted sabía que yo tenía una cita en su pabellón. Usted sabía que yo iba a venir a cenar aquí, esta noche. Conociendo nuestro trabajo como ambos lo conocemos, no es ilógico, ¿verdad?

—Desde mi punto de vista es una locura, Matucci. Lo aplastaría a usted, sin pena alguna, si tuviera que hacerlo; pero, tal como están las cosas, tengo cierto interés en mantenerlo con vida.

—No trabajaré con imbéciles —dijo cortante Bruno Manzini—. No toleraré amenazas contra mis empleados. Usted razonará con ese engreído de Leporello.

—¡Por favor! —dijo suavemente el director—. Por favor, Bruno. Somos ya demasiado viejos para las rabietas. Me ocuparé de él… Duerma bien, Matucci.

Cuando se hubo ido, Bruno Manzini se recostó en su sillón y me contempló con irónica diversión.

—Bueno, mi Dante, ¿qué te ha parecido esto?

—Creo que está diciendo la verdad.

—Sé que es así. Y sé que está preocupado. Si no puede controlar a Leporello ahora, jamás podrá lograrlo luego… ¡Todo es beneficioso, mi Dante! Cuando los ladrones se matan, el oro sigue en los bolsillos de los honrados.

Reí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Reí hasta que las lágrimas corrieron por mis mejillas, mientras el viejo permanecía sentado en su sillón, riendo entre dientes como una araña que acaba de comerse una mosca.

Había leones en las puertas, bestias gemelas de piedra cubierta con líquenes, aguantando bajo sus patas alzadas un escudo irreconocible. Las puertas eran de hierro negro, forjado y retorcido, de dos veces la altura de un hombre. El portero era un enano que llegó corriendo a la puerta del coche, a recibir a su dueño con un estallido de dialecto que parecía la cháchara de un mono. Más allá de la puerta, un sendero de

grava serpenteaba a través de una avenida de cipreses y se abría a una fantasía geométrica de parterres de flores y setos miniatura, tras la cual una escalinata de mármol blanco llevaba a la villa, una pequeña joya seudoclásica paladiana, luminosa y bella incluso bajo el cielo gris y la continua lluvia torrencial.

Aquello era Pedognana, la mansión campestre del *Cavaliere* Bruno Manzini, y me la mostró con orgullo infantil.

—¡El hogar, mi Dante! El único lugar de todo el mundo en el que soy realmente yo. Mi madre lo compró en los buenos años, y lo vendió en los malos. Cuando gané por primera vez dinero, de verdad, la volví a comprar, y la he tenido desde entonces. El escudo que hay en la puerta es el que mi madre se inventó para ella misma. Aún puedes distinguir la salamandra si te fijas bien. La borré en mis días de partisano, porque éste era mi cuartel general hasta que los alemanes me arrestaron y me metieron en un calabozo. Aquí hay de todo: frutales, campos de cultivo, moreras para los gusanos de seda, arroz en las llanuras del río, parras y olivos en las colinas. Y algo de la vida de antes, como podrás ver por ti mismo. Entra…

En la columnata de la entrada, bajo un domo resplandeciente con fantasías estilo Tiépolo, estaba reunida la servidumbre: Gualtiero, el comisionado, de un metro ochenta de altura y sólido como un roble; Gianfranco, mayordomo de la villa; Don Egidio, capellán del latifundio; Doña Edda, el ama de llaves, una maciza mujer campesina, vivaracha y muy activa; y con ellos un pequeño ejército de camareras, jardineros y criados. Manzini saludó a cada uno por su nombre, y yo tuve que repetir el saludo, así que, cuando hubo terminado la ceremonia, estaba convencido de haber sido trasladado al siglo XIX.

Terminadas las presentaciones, fui entregado al cuidado de Doña Edda, que me empujó al piso superior con tal fervor de bienvenida que me sentí mareado. El esplendor de la habitación me anonadó: la cama con baldaquino, el enorme escritorio de taracea, el fuego que ardía tras la pantalla de bronce, la biblioteca que llegaba hasta el techo, abarrotada de tomos encuadernados en piel. De repente, fue demasiado, y me pregunté irracionalmente si no sería todo una táctica: atosigarme con su grandeza y atarme a su servicio, como otro siervo más. No obstante, se cuidó muy bien de explicarse y de explicarme sus intenciones.

—… Trata de comprenderlo, Dante Alighieri. Soy un hombre libre. Entiendo la libertad en la forma anglosajona, porque mi madre era escocesa y, a su manera, una mujer libre. Luchó con Pantaleone para lograr una situación para mí, y lo logró. Le importaba un comino la sociedad, y nunca se quejó porque la sociedad la despreciase. Pero la libertad como ésta es un raro estado de la mente. La gente tiene que crecer en ella, ser educada para ella. Y este país sólo educa a medias, y en algunas partes no está educado en absoluto. Muchos prefieren la tiranía a la libertad, porque los tiranos pueden ser corrompidos mientras que la libertad requiere una inocencia drástica, una batalla diaria como la de San Antonio con los demonios… Yo no soy inocente; ni tampoco tú; pero no queremos ser putas toda la vida. ¿Recuerdas a Raquel Rabin?

Bueno, ésa es una historia que lo dice todo. Como sabes, éramos amantes. Nos separamos… ambos por la misma razón. Yo me incliné ante las presiones sociales. Ella encontró un protector más poderoso: un vicepresidente del Consejo Judío, un hombre muy bien situado en los asuntos fascistas. Eres demasiado joven para reconocerlo, Dante Alighieri, pero incluso los judíos creían en el *Duce* y confiaron hasta el fin en que los salvaría de los holocaustos alemanes… Al final, supimos que ambos nos habíamos traicionado a nosotros mismos. Raquel fue a Auschwitz: una víctima voluntaria. Yo me metí en la Resistencia para luchar. ¿Recuerdas la Biblia?: «Los enemigos de un hombre serán los de su propia casa». Sigue siendo así. Por tanto, tuve que hacerte una prueba. Y seguiré haciéndote pruebas, porque aún no te han colgado por los pulgares, ni te han dado corrientes eléctricas con electrodos sujetos a tus testículos… Perdóname. Soy demasiado vehemente. Aún no soy todo lo sensato que debería ser…

Más tarde, con mapas y documentos extendidos por toda la mesa, hicimos el primer plan de campaña. De nuevo me maravilló que un hombre tan viejo pudiera ser tan preciso e implacable en sus designios.

—Indica, de manera concisa, el propósito de este ejercicio, coronel.

—Acusar al general Leporello de conspiración para asesinar al *Avvocato* Bandinelli y al agente Calvi. Desacreditar al director mostrando que se unió a la conspiración.

—¿Y cómo comienza?

—Con tres hechos: Leporello conocía la localización de los papeles de Pantaleone y mis disposiciones para guardarlos; su ayudante, el capitán Roditi, apareció en Ponza con órdenes de reclamar los otros documentos; luego el director se unió a Leporello en un complot para establecer una dictadura militar.

—Considerando estos datos, ¿por dónde empezará tu sondeo?

—Por el punto más débil. El capitán Roditi.

—¿Y luego?

—Leporello.

—¿Por qué no el director? Lo conoces mejor.

—Tal como están las cosas, es casi inexpugnable. Puede justificar cualquier acción basándola en las necesidades secretas del Servicio.

—Entonces, volvamos a Leporello.

—Jamás he visto su *dossier*. Podemos preparar uno, pero llevará tiempo. Aparte de eso, tenemos dos versiones de él: la suya propia y la del director.

—Cítalas.

—El director: «Un patriota, un devoto católico, un demócrata cristiano, financieramente independiente. Dudo que pueda ser comprado o asustado».

—¿Y la suya propia?

—Cita textual: «Mi lealtad estaba con la Corona. Jamás la cambié… aunque podría haber sido conveniente hacerlo. Despreciaba a los fascistas, odiaba a los

alemanes; pero aun así, no podía convertirme en un traidor. Hoy, puedo mostrarme aún honesto y orgulloso». Final de la cita.

—*Dio mio*! ¡Una virgen resoluta! No me lo creo.

—Yo tampoco. ¿Cuál es tu impresión de él?

—Frío, ambicioso, bastante paranoico. Pero ponlo en ese balcón de la *Piazza* Venezzia y mucha gente enloquecerá por él. Me gustaría examinarlo en circunstancias sociales. Lo invitaré a una reunión adecuada, en Milán. Tiene su base allí, así que será fácil. Traerá a su ayudante, con lo que también tú tendrás un punto de partida. Lo mejor será instalarte en el apartamento tan pronto como sea posible. Lo que trae al caso otra cuestión, Dante mío… ¡Las mujeres!

—¿Oh?

—¿Cómo te propones arreglártelas, para los negocios y el placer?

—Estoy organizado para ambos.

—Te creo. No obstante, te sugiero que también te intereses un poco por el mercado de los matrimonios.

—¡Debes de estar bromeando!

—Por el contrario. Eres soltero, todo un coronel, con perspectivas interesantes. Así que eres un buen candidato para cualquier lista de invitados de una mujer. Usa eso, amigo mío, especialmente aquí en el Norte, en donde el dinero habla y quienes lo tienen chismorrean como monjas. Ahora… dado que el chismorreo es importante, discutamos tu historia de cobertura. Has sido nombrado mi consultor personal en todos los aspectos referentes a la seguridad industrial. Entras a un nivel directivo. Tendrás acceso libre a todas las fábricas y oficinas. Se te suministrará una tarjeta de crédito de la compañía y un coche para tu uso personal. Harás tantos amigos como puedas dentro de mis empresas, y tratarás de evitar, en lo posible, cualquier envidia que pueda surgir por tu posición privilegiada. Cuando esté ausente del país, como ocurre frecuentemente, trabajarás a tu propia discreción, y me informarás con un código que te suministraré. Mi secretaria tendrá instrucciones de informarte de todos mis movimientos. Si no los conoce, pues a veces son secretos, yo mismo te informaré con anticipación. Mi banquero llegará a las diez de mañana por la mañana para abrir tu cuenta y establecer una cobertura de crédito avalada por mí. Ahora, ¿qué más queda en la lista?

—Personal.

—Emplea a quien quieras. Pero consúltame antes de utilizar a alguien de mi equipo. ¿Después?

—Has escrito aquí: «La Iglesia».

—Oh, sí. Ese es un punto delicado, Matucci. La Madre Iglesia está metida hasta el cuello en la política italiana. Lo sabemos. Es una dama muy vieja y muy astuta, y tiene amigos a derecha, a izquierda, y también en el centro. A veces es difícil distinguirlos, porque la casulla hace que todos los sacerdotes parezcan iguales y todo el mundo en el Vaticano usa el mismo lenguaje… con unas tonalidades muy sutiles,

que son las que cambian el significado. Si te encuentras con que estás pisando una casulla, pisa suavemente hasta que sepas quién la usa… A propósito, ¿eres religioso?

—Fui bautizado, recibí la comunión y la confirmación, y los buenos hermanos me dieron de palos hasta que perdí la fe. ¿A qué viene esa pregunta?

—Me ayuda a saber lo que piensa un hombre acerca de la muerte… la suya o la de otro.

—Yo pienso en ella tan poco como me es posible. Eso me ayuda. ¿Y tú?

—Yo soy viejo. Esto hace que las cosas sean diferentes.

—Creo que lo comprendo.

—He vivido en la discordancia, pero creo oír una armonía. La oigo mejor en las viejas palabras y las viejas señales de gracia. Quizá sea una ilusión, pero prefiero morir con ella que sin ella… No obstante, cada cual hace lo que prefiere. ¡Dios mío! Realmente necesito encontrarte un buen sastre. Ese traje fue cortado por un carnicero.

A la mañana siguiente llegó el banquero y, por la tarde, traído de Milán, un sastre, que me tomó medidas para hacerme más trajes de los que mi padre había usado durante toda su vida. Mientras tanto, y hasta bien entrada la noche, jugué a mi jueguecito de la memoria con los microfilms, y sudé sobre la montaña de material que me había sido proporcionado. Por la tarde, con una extraña sensación de turbación llamé a Stefanelli. Esta vez volvía a adoptar su vieja actitud truculenta.

—Bueno, me excuso, Matucci; ahora, ¿qué?

—Ahora, te ruego que ni lo menciones.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora te digo: ¿qué te parecería trabajar para mí? Buen salario, gastos pagados, algunos viajes.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Escucha, Steffi. Si fuera tan tonto como para decirte eso por teléfono, tú serías un tonto si trabajases para mi.

—¡Oh! Ese tipo de trabajo.

—Sí, Steffi. ¿Qué me dices?

—Tendré que preguntárselo a mi esposa.

—Eres una rueda de molino alrededor de su cuello, y lo sabes. No habría cosa que le agradase más que verte marchar de casa.

—Ésa es una gran verdad, hermanito. ¿Cuándo?

—Dentro de una semana, aproximadamente. Como mucho, diez días.

—¿Cuánto tiempo?

—Ni idea.

—¿Cuánto?

—Tu salario en el Servicio.

—Hecho.

—Bien. Me pondré en contacto contigo pronto. Y, Steffi, por favor…

—Ya sé. No me lo digas. Éranse tres monos sabios…

—Steffi, eres una joya.

—Y también estoy loco de atar. Pero aún enloqueceré más si me quedo en esta casa demasiado tiempo.

—Una cosa más. ¿Me queda algún amigo?

—Aún algunos… ¿Necesitas algo?

—Sí. Roditi, Matteo, capitán de los *Carabinieri*, ayudante del general Leporello. Cualquier dato que logres obtener.

—Debería ser bastante fácil.

—Gracias, Steffi. Hasta pronto, ¿eh?

—*Shalom*…

Después de eso, me sentí más feliz. Me senté y escribí a máquina una corta nota para Lili, que se encontraba en un pequeño hotel del Oberland de Berna. La nota sería llevada al otro lado de la frontera por un mensajero, y echada al correo dentro de Suiza. No hay una censura oficial del correo en Italia, pero algunas cartas son abiertas y mucha información privada acaba en los archivos. No podía decir mucho debido a que Lili podía seguir aún bajo vigilancia y alguien podía leer su correspondencia. Y es difícil ser muy apasionado cuando uno firma una carta «tío Pavel». Sin embargo, ella sabría que yo estaba bien, y podría contestarme a través de la dirección intermediaria en Chiasso, suministrada por Manzini.

Durante la semana siguiente, trabajé como un esclavo de galeras con las notas y la mnemónica, además de las conferencias con Manzini, interrumpidas únicamente por las sesiones con el sastre, que llegaba cada dos días con una nueva serie de pruebas, y que, gracias a algún milagro de la industria italiana, lo tendría todo dispuesto para ser entregado el día en que tomase posesión del apartamento. Yo me sentía inclinado a mostrarme molesto con el asunto del sastre, pero Manzini se puso muy testarudo y me dio una bronca de cinco minutos acerca de ello:

—Esto no es ninguna broma, Matucci. Y no dejes que ese esnobismo toscano tuyo te nuble el juicio. Estamos hablando de algunos de los hombres más poderosos que existen hoy en el mundo: los creadores de imágenes, los mercaderes de sueños, los ilusionistas. Pon a ochocientos millones de personas con chaquetas negras cerradas hasta el cuello y, ¿qué es lo que tienes?: la China de Mao, y todo el mundo con los ojos desorbitados por el asombro. Yo fabrico textiles, Matucci, y sé lo que significa el mundo de la moda… El turismo es nuestra segunda industria en importancia, y si quitases el bikini de los carteles de propaganda de viajes, quedaría reducido a la mitad en un abrir y cerrar de ojos. ¿Has leído ese montón de recortes que te he dejado esta mañana en el escritorio?

—Aún no. ¿Por qué?

—Porque los fabricantes de imágenes ya están trabajando en este mismo momento con Leporello. Hay dos artículos gráficos, cuatro resúmenes de conferencias recientes sobre la ley y el orden y otras veintitrés referencias en diversos temas. Es el inicio de una campaña, Matucci. Están tanteando el mercado antes de

adoptar una línea publicitaria. Y hay una gran agencia detrás de eso: «Publitalia»; y si compruebas tus notas, hallarás el nombre del propietario… ¡Ahora, por Dios, deja de hacer el estúpido, y volvamos al trabajo!

Era un burdo viejo pirata, pero estaba comenzando a apreciarlo. Tenía tanto talento, tanto celo y tanto empuje que a veces me hacía sentir como un patán de pueblo. No había ningún detalle que fuera demasiado pequeño para su atención: los nombres que yo debía usar en mis documentos falsos, la decoración del apartamento de Milán, los clubs en los que me presentaría, si tenía que jugar al tenis o tomar algunas lecciones de golf, e incluso la marca del coche que iba a conducir. Me instruyó en el funcionamiento de la Bolsa, para que pudiera hablar inteligentemente de sus operaciones y acciones. Me delineó las historias de las grandes familias: los Torlonia, los Pallavicini, los Doria, los Orsini. Me habló de las carreras de los modernos aventureros mercantiles y las estupideces de sus esposas e hijos. Me mostró dónde estaba el dinero yanqui, el alemán y el suizo, y cómo se lucha en la guerra del petróleo, y cómo los tentáculos de la Honorable Sociedad llegaban incluso al Norte. Una y otra vez, repitió la misma lección:

—… Piensa siempre dentro del marco de la Historia, Dante. Se necesitan más de ciento cincuenta años para edificar una nación y una conciencia nacional. En cuanto Mussolini fue derribado, volvimos a caer en los días de los ducados en guerra. Incluso los marxistas están divididos. Ahora, estamos buscando otro punto de enfoque, y ése es el atractivo del neofascismo. Lo que la gente no ve es que tenemos que dejar atrás por nosotros mismos esa desunión, y no ser arrancados de ella a porrazos por los nuevos camisas negras. Si lo intentan… ¡Dios! ¡No quiero ni pensar en las consecuencias!

Luego, tan abruptamente como siempre, dejó el tema y me llevó a dar una vuelta por el latifundio, recordando durante toda ella su juventud y las relaciones con su padre.

—… Era el perfecto espejo de su tiempo, Dante: un pragmático sin vergüenza que estaba convencido de que el dinero y un título podían darle todo, incluso la inmortalidad. Creía en Dios, pero lo hallaba agradablemente ausente en la mayor parte de los tratos humanos. Creía en la Iglesia como en una de las más estables y útiles instituciones humanas. Pensaba en el matrimonio como un contrato social, pero no como solaz para los deseos normales del hombre. La diplomacia era un arte de caballeros, pero la política era un negocio para los arribistas y bellacos. No tenía ningún problema en utilizar a los políticos cuando le era conveniente, pero rehusaba dedicarse a la política, bastándole con una pública afirmación de lealtad a la Corona y una manipulación privada de los partidos en conflicto para el único y exclusivo interés de Pantaleone…

»Veo que sonríes, amigo mío. Tienes razón. Soy muy parecido a él. También él era un buen negociante. Invirtió en acero, electricidad, astilleros, seguros y bancos, y no empleó ni un solo céntimo en aventuras coloniales. Como te he dicho, mi madre

luchó con él para lograr que me creara una posición, y eso fue el fundamento de lo que tengo hoy. Tras aquel primer encuentro en el Pincio comenzó a interesarse por mí, y lo acepté como el mejor y más interesante de todos mis tíos…

»Mirando ahora hacia atrás, veo claramente sus intenciones. Deseaba sacarme de la atmósfera de harén de la casa de mi madre y lanzarme hacia un mundo de hombres. Entonces, aquél era un mundo maravilloso, Matucci, especialmente si uno no veía la otra cara de la moneda… y durante muchos años, se me evitó eso. Una vez por semana iba a la *salle d'armes*, en donde Pantaleone practicaba con sable y espada con el profesor Carducci. Alguna vez, al amanecer, íbamos a lo largo de la Appia Antica hacia el criadero de caballos de Tor Carbone, donde criaba animales de carrera de razas británica e irlandesa. Contemplábamos los galopes matutinos, recorríamos los establos, y luego nos sentábamos a desayunar en la cocina de la vieja casa de campo con el maestre de cuadras y el entrenador…

»Otros días, me llevaba a visitar a los artesanos que trabajaban bajo su mecenazgo y el de sus amigos ricos. Eran hombres maravillosos, Dante, que han desaparecido todos ya. Estaba Ascoli, el anticuario, un arrugado viejo enanito que podía tomar un puñado de restos y reconstruirlos en forma de urna etrusca y, a partir de ella, contarte toda una historia. Estaba Haro, el español, un armero que vivía allá en Prati y al que incluso los británicos consideraban a la par con sus mejores maestros. Tenía una galería de tiro en su bodega y trampas para pichones y una hilera de blancos en los campos, en donde los caballeros que constituían su clientela podían probar su puntería. Allí fue donde aprendí a manejar un arma y también a cuidarla… ¡Ah! ¡La memoria es un don traicionero!

—Pareces preocupado. ¿Te pasa algo?

—Acabo de recordar algo. Una lección que me dio Pantaleone. Entonces, lo odié por ella. Ahora, y Dios sabe por qué, me hace tener ganas de llorar.

—¿Quieres hablar de eso?

—¿Por qué no? Es una historia muy corta. Un día, mientras galopábamos, resbalé y caí en el barro. Un chico de los establos se echó a reír y salté sobre él, arañándole, dándole puñetazos y gritándole en romanaccio. Pantaleone me apartó y me dio coscorrones hasta que me zumbaron los oídos, y estuve llorando por el dolor. Se mostró bastante frío acerca de ello, brutal y deliberado. Y luego me dijo: «Nunca volverás a hacer eso. El chico no te hizo ningún daño. Tenías un aspecto ridículo, y se rió. No te podía devolver los golpes porque es un pobre campesino que depende de mí para su trabajo. Se supone que eres un caballero. Actuaste como un animal sin control alguno. Ahora, irás a excusarte». Rehusé. Me lanzó una mirada de tal desprecio, que me sentí aniquilado. Luego, se alejó y me dejó, después me excusé, pero entonces ya se había ido, y la gente de la granja tuvo que devolverme a Roma en un carro de vino. No lo vi durante muchos meses. Pensé que me había rechazado a causa de mi desobediencia. Hasta mucho después no supe que su esposa le había dado un hijo legítimo, y que había sido relegado a las sombras… Eso es todo.

—No lo es, creo yo.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que la lección no fue en vano. Estuve hablando con Guatiero, tu administrador. Me dijo que has convertido este lugar en una cooperativa, para que tu gente pueda quedárselo después de tu muerte.

—¡Oh, eso! Bueno, supongo que hay alguna relación. Pero en realidad estoy inclinándome ante la necesidad social. Vamos, cambiemos de tema. Mira esas flores, Dante. Toda la colina está en flor. Pronto habrán desaparecido. Pero lo que quiero que sepas es que serás bien venido aquí siempre que quieras venir. Te aprecio mucho.

—Y yo a ti, Bruno. Lamentaré dejar este lugar.

—¿No tienes ninguna tierra propia?

—No.

—Entonces, cómprate un terrenito, por pequeño que sea. Áralo, plántalo y ámalo un poco. Todo el mundo necesita alguna tierra que pueda decir que es suya.

—Quizá, cuando esto haya acabado.

El resto del pensamiento no fue formulado, pero ambos comprendíamos el gran quizá. Si las cosas iban mal, tendría toda la tierra que necesitaría: dos metros de largo, por un metro y medio de profundidad; una tumba en el camposanto.

El apartamento de Milán era el ático de un nuevo edificio construido por Manzini, no muy lejos del centro de la ciudad. Tenía dos dormitorios, dos baños, una cocina estilo estadounidense, un gran salón, un comedor y un estudio, así como alojamiento separado para dos sirvientes. Había terraza en tres de los costados, plantada con arbolillos y flores de primavera en urnas. El único acceso era a través de un ascensor privado cuya entrada e interior podía ser vigilada por un circuito cerrado de televisión, desde dentro del apartamento. Los criados tenían una llave del ascensor, yo otra. Las puertas del apartamento estaban equipadas con doble cerradura y cadena, y las ventanas con contraventanas de acero. Había dos sistemas de alarma independientes, cada uno conectado mediante un circuito telefónico al cuartel del escuadrón móvil.

Todo en aquel lugar era nuevo y estaba diseñado para un soltero rico y sociable: muebles tapizados en cuero, un bar bien provisto, un sistema de alta fidelidad, estanterías de discos, un aparato de televisión, alegres cuadros modernos, libros, viejos y nuevos, para las noches solitarias. También había una máquina de escribir, una copiadora «Xerox», un magnetofón, papel impreso con mi nombre, dos series de tarjetas de visita, una civil y la otra militar. Tras las estanterías de libros, oculta por un panel falso, había una moderna caja fuerte con una cerradura electrónica y una alarma conectada al sistema central. Incluso la agenda telefónica de mi escritorio estaba puesta al día con todos los números que pudiera necesitar pertenecientes a la organización de Manzini y con las direcciones de proveedores, doctor y dentista.

Manzini me lo entregó todo, con una sonrisa de satisfacción.

—Aquí tienes, mi querido Dante, todo tuyo. No tienes nada más que hacer que trabajar y divertirte con provecho. Ahora, deja que te presente al servicio.

Eran dos hermanos gemelos, procedentes de Cerdeña; hombrecillos oscuros, taciturnos y tan dignos como grandes de España. Se llamaban Pietro y Paolo, para así poder celebrar juntos el día de su santo. Pietro era el mayordomo y cocinero. Paolo era el criado y valet. Siempre había uno de ellos en servicio, de día y de noche. Llevaban sirviendo a Manzini durante diez años, y, si la primera impresión significaba algo, me iban a cuidar como a una estrella de cine. A los diez minutos de mi llegada, mi ropa estaba guardada en el armario, mis artículos de aseo colocados en el baño, y mis ropas sucias habían desaparecido de la vista. Manzini me dijo que eran originarios de Nuoro, y que habían pasado un tiempo en la cárcel por bandidaje. Él los había contratado para una temporada en su yate, y luego les había ofrecido un trabajo permanente. Eran fielmente leales y tan discretos que ni siquiera le decían la hora a un extraño.

Brindamos por el trabajo y bendijimos la casa con una copa de champán, y después, antes de irse, Manzini hizo una cosa que me emocionó. Puso sus manos en mis hombros y me abrazó, mejilla contra mejilla, como si fuéramos hermanos. Luego, se soltó la corbata y se quitó del cuello una delgada cadena de oro con una medalla, me la puso pasándomela por encima de la cabeza y dijo, la voz baja:

—Es un San Cristóbal. Lo llevé durante toda la guerra. Ni tienes por qué creer en él. Llévalo para darme el gusto, ¿eh?

Un instante después volvió a su viejo comportamiento irónico y, con un gesto de la mano y una mueca se dirigió hacia la puerta.

—Ahora, un poco de estilo, Dante Alighieri. *Freghiamo i noncredenti*! ¡Demos por el culo a los infieles! Buena suerte.

Era la primera obscenidad que jamás le había oído usar; pero, de alguna manera, me dio valor y la fuerza de voluntad para seguir adelante. Telefoneé a Steffi y le dije que pusiera en marcha su trasero y que viniese a Milán tan pronto como le fuera posible. Me dijo que había logrado obtener el *dossier* del capitán Matteo Roditi, pero oue no había en él nada que valiese la pena. *Allora*…! Tendría que comenzar a husmear por mí mismo.

Hay un club en Milán, llamado el «Duca di Gallodoro». Fue fundado por un inglés que lo vendió, bajo presiones, a unos bandidos milaneses y que después, según me contaron, se casó con una viuda norteamericana, y se había ido a vivir a Boston. Jamás me había preocupado en comprobar esa historia, pero usaba del club cada vez que iba a Milán, porque era uno de los pocos lugares que quedaban en donde uno podía comer razonablemente bien, bailar tranquilamente y no ser llevado a la insensibilidad por unos estúpidos escandalosos con un amplificador de un millón de vatios. Los tragos eran honestos, las chicas mejores que el promedio y los precios lo bastante *caros* como para descorazonar a los palurdos. También estaba lo bastante

cerca del cuartel general como para que los oficiales de los *Carabinieri* entrasen a tomar un trago y vieran el tipo de ciudadanos para cuya protección eran pagados. Decidí ir allí, sólo por esta vez, para poder ir de un lado a otro y chismorrear, y escapar antes de aburrirme o las chicas se mostrasen muy ansiosas.

Eran aproximadamente las diez y media cuando llegué. El restaurante estaba lleno, pero en el bar había poca gente, así que me coloqué en mi rincón favorito y charlé un poco con Gianni, el encargado de la barra, que conocía a todo el mundo y hablaba de todo con un espeso acento genovés. Fue lo bastante amable como para fijarse en mi ropa nueva y dedicarme lo que él creía un cumplido.

—¡Eh! ¡Hermoso! ¡Paño inglés, de pura lana virgen; y el corte… perfecto! ¿Qué es esto, coronel, una herencia o una viuda rica?

—Los ahorros de toda mi vida, Gianni. Estoy de permiso, y pensé que ya era hora de que me hiciera un regalo a mí mismo. ¿Qué pasa en la ciudad?

—Lo de siempre, sólo que más. Huelgas cada tres días. Los estudiantes manifestándose. La Policía en cada esquina. Y también los ingresos bajan. El veinte por ciento la semana pasada. La gente está asustada. Cierran sus bolsillos y se quedan en casa a ver la televisión. ¡Toda esta violencia! Hubo otro asalto relámpago esta tarde. Fabbri, el joyero. En pleno día, y lograron escapar… Quizá necesitemos un nuevo *Duce* para que meta las cosas en cintura.

—Quizá.

—No obstante, ese tipo nuevo está haciendo que las cosas marchen. ¿Cómo se llama? Lep-algo, eso es… Leporello. He oído a sus colegas hablar de él. Dicen que no le importa cuántas cabezas ha de romper, con tal de obtener una ciudad tranquila. ¡Y tiene razón! Y no se queda cruzado de brazos. Cada noche sale a la calle con las patrullas. Me han dicho que está entrenando nuevas fuerzas antidisturbios, como las que tienen los franceses. Ya sabe, *blam-blam*, limpiar las calles y no hacer preguntas. Usted debe de conocerlo. Un tipo alto. Tiene cara de alemán. Los chicos lo llaman el viejo «mandíbulas de acero».

—Buen nombre. ¿Conoce a alguno de los de su plana mayor?

—Seguro. Algunos de ellos vienen aquí. Aunque jamás mientras están de servicio. Ha acabado con todo eso. Una falta y fuera. Según me han dicho, ésa es la regla que impera ahora. Incluso quiere saber el tipo de mujeres con las que salen. Pregúnteselo a algunas de las chicas. Ellas se lo dirán… Mire, ¿no es ése un amigo suyo?

Se acercó al bar, con sus dos metros y sus ciento veinte kilos: Giorgione, el gran Jorge, el mayor Marianello, del escalafón general del Cuerpo. Tenía el aspecto de un gran perro de aguas con ojos tristes y grandes papadas; pero cuando me vio, se animó un poco y alzó un gran puño en saludo.

—Hola, Matucci, me alegra verte.

—También a mí, Giorgione.

—¿Qué estás haciendo en esta ciudad?

—Estoy de permiso.

—Apostaría que persiguiendo a una mujer.

—Preparándome para ello. Deja que te invite a un trago.

—Gracias, lo necesito. El viejo mandíbulas de acero ha estado pisándome los talones todo el día.

—Grandes cambios, ¿eh?

—¿Cambios? ¡Dios! Está metiéndonos todas las Naciones Unidas por el gaznate. Como lo hacen los griegos y los franceses y los brasileños y los británicos y los japoneses… *Salute*!

—*Chin-chin*.

—Te aseguro, Matucci, que deberías estar agradecido de no seguir en el Cuerpo. Este Leporello es un bastardo completo de piel acorazada. Y deberías ver los tipos con los que se está rodeando. *Mamma mia*! ¡Según dice, está trayendo cerebros, chicos de los computadores, estadísticos y, Dios nos libre, incluso psiquiatras! Pero eso no es todo. ¡Está haciéndose un pequeño ejército privado de gorilas, para servicios especiales! Algo raro está sucediendo. Me gustaría saber el qué… Tiene a ese tipo, Roditi, yendo por todos lados, como un pedo dentro de una botella. ¿Lo conoces?

—Me he encontrado con él, pero personalmente no lo conozco.

—No te has perdido nada. Es un tipo muy raro… Dios, qué cansado estoy.

—Tómate otro trago.

—Gracias.

—¿Qué quieres decir con eso de raro?

—Oh, ya sabes: mucha presunción, grandes secretos, el general le presenta sus respetos, señor… Todas esas cosas. Ningún amigo, excepto entre los nuevos. No me fiaría de él.

—¿Viene alguna vez aquí?

—¡No, no! Esto es territorio femenino, Matucci. Ya lo sabes. Me parece que nuestro amigo Roditi es de la acera de enfrente.

—¿Alguna prueba?

—¡Prueba! ¡Infiernos, no! Corro tanto estos días, que no sé si estoy casado o soy soltero.

—¿Es también Leporello así?

—No lo creo. Está casado, y tiene dos hijos. Va a comer con el cardenal arzobispo. ¡Todo muy correcto!

—Entonces, ¿por qué lo de Roditi y los otros tipos raros?

—No lo sé. Supongo que lo que pasa es que le gusta la idea de la guardia de élite y todo eso… Oye, ¿por que te interesa todo esto? Tienes un estupendo trabajo en el SID; ¿por qué te interesa lo que nos pasa a nosotros, pobres peones camineros? ¡Hey, un momento…! —Dejó su vaso y giró en su taburete para mirarme a los ojos—. Vamos, Matucci, dímelo, ¿eh?

—¿Qué te parecería dar un paseo, Giorgione?

—¿Adónde?

—A mi casa. Es tranquila, y las bebidas son gratis. Ven, sólo está media docena de manzanas. Allí te podrás quitar los zapatos.

—Bueno, de acuerdo. Pero no te creas que voy a dejarte escapar, Matucci, quiero saber…

—Calla, o te haré pagar la consumición.

El paseo me dio tiempo de pensar. A pesar de su gran masa y su forma de ser descuidada, Giorgione era tan astuto como un tejón. Jamás lo ascenderían, pero era uno de los pilares de la división que se enfrentaba con el fraude y la corrupción. Si quería su ayuda, tendría que contar lo bastante de la verdad como para mantenerlo contento y discreto. Cosa extraña, el apartamento me ayudó. Olía a dinero y olía a poder, y él tenía un sano respeto por ambos. También Pietro ayudó. Su frío servicio, con cara de palo, habría dejado asombrado hasta a un cardenal. Así que, cuando juzgué que Giorgione estaba dispuesto y relajado, le conté la historia.

—Datos para el archivo, Giorgione. Si quieres, puedes contárselos hasta a los barrenderos. Estoy de permiso, cuatro meses. Trabajo, por mi cuenta, para una gran compañía, como consejero de seguridad. Este apartamento va incluido en el empleo. Todo lo demás, es privado… y me refiero a que es tan privado que nadie debe verlo ni con un telescopio.

—Escucha, Matucci no quería.

—Sé que no querías. Giorgione, y quizá puedas ayudarme. Primero, sigo en el SID, en activo, ¿comprendes? Todo esto es una cobertura; y no quiero que los chicos vengan por aquí a tomar un trago o a hacer una visita de inspección.

—Comprendido.

—Segundo, estoy en un trabajo del que no puedo hablarte. Máxima seguridad y peligroso. Tanto, que ni siquiera puedes imaginártelo, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Tercero, también estamos interesados en Roditi. Me han pedido que averigüe cosas sobre él mientras esté aquí, y que lo haga sin molestar al general Leporello. Si es un *finocchio,* no queremos que esté en un puesto de responsabilidad. Si es una influencia perturbadora, también es una buena razón para trasladarlo. Así que tendré que moverme con mucho cuidado; pero, a causa de este otro trabajo, no puedo perder el tiempo. ¡Si puedes ayudarme, *excelente*! Si no, no pasa nada, siempre que te quedes callado, y sé que eso lo harás. Ésta es la historia, Giorgione.

—Bueno, gracias por contármela. Te estoy agradecido por confiar en mí. ¿Qué es lo que quieres saber acerca de este tipo?

—Todo, Giorgione. O tanto como puedas obtener.

—Ya sabes que no puedo servirte como testigo presencial. Soy demasiado grande y conspicuo.

—Tú dime dónde y cuándo. Yo arreglaré el resto. Dos puntos principales: ¿cuál

es su relación con Leporello y qué tiene que ver, si es que tiene que ver algo, con los gorilas? ¿Se te ocurre algo ya?

—Sí se me ocurre algo. El mismo Roditi es bastante gorila. Es el jefe de la escuadra de gimnasia y formación física. Pasa un rato cada día en el gimnasio: alzamiento de pesas, judo, kárate. Cualquier cosa que se te ocurra, la hace. Tiro con pistola, entrenamiento con armas automáticas… No sé cómo tiene tiempo para todo ello. Además, está realizando algún tipo de reclutamiento por el país, quiero decir que dentro del Cuerpo. Por lo que he oído, están montando una especie de grupo de comandos. Suena como esos tipos que había en Francia… ¿Cómo se llamaban?

—¿Los barbouzes?

—Eso es. Según he oído, unos verdaderos matones.

—¿Dónde se entrenan?

—Oh, ése es uno de los grandes secretos. Nadie parece saberlo, y ellos no dicen ni palabra. Sin embargo, husmearé un poco, y te haré saber.

—¿Dónde vive Roditi?

—Tampoco sé eso, pero debe de estar en el archivo. Haré que Rita me lo busque. ¿Te acuerdas de Rita, no? Morena, con cara de gitana. La última vez que estuviste aquí, tú y ella…

—No hablemos de eso, Giorgione. ¡Y, por Dios, no le digas que estoy en la ciudad! Bien, crees que Roditi es un *finocchio*. ¿Alguna prueba?

—Bueno, no. Pero el que no tenga amigas y todo eso de los musculitos señala en esa dirección, ¿no?

—Podría ser. ¿Algún amiguito en el cuartel general?

—No. Las mujeres lo vigilan como zorras en época de celo. Hay media docena a las que les gustaría darle un revolcón; pero, hasta ahora, no han descubierto nada.

—¿Cómo lo trata Leporello?

—Oh, muy formalmente, pero… ¿cómo te diría?, muy en plan de hombre de confianza. Ya sabes cómo van esas cosas… «Si necesita alguna aclaración más, el capitán Roditi estará a su disposición… El capitán Roditi lo llamará para disponer una conferencia…». Sé que visita a Leporello en su casa.

—¿Dónde está eso?

—En la carretera del aeropuerto de Linate. Una gran villa con un alto muro de piedra.

—¿Trabaja alguna mujer en la oficina de Leporello?

—Tres. Una secretaria y dos mecanógrafas. Pero no hay nada que te sirva ahí, Matucci. La secretaria es un dragón y las otras dos parecen directamente salidas de un convento.

—¿Y qué hay de la esposa de Leporello?

—Jamás la he visto. No creo que nunca haya ido al cuartel general. Si lo hubiera hecho, estoy seguro de que me hubiera enterado.

—Cuando hizo ese viaje de estudios, ¿fue su mujer con él?

—No… ¡Pero Roditi sí, por Dios! Sí, lo hizo.

—Eso no prueba nada, Giorgione.

—Tienes razón. No prueba nada.

—¿Cuál es el sentimiento general que hay en el Cuerpo respecto a Leporello?

—Bueno… He estado escuchando lo que comentaban en el bar. Es un bastardo. Nos hace trabajar como si fuera un capataz de esclavos. Y es más fácil sacarle leche a una gallina que lograr una palabra de encomio por su parte… pero es bueno. Es muy bueno. Y muchas de las cosas que ha hecho son verdaderas mejoras. ¿Que cómo nos sentimos acerca de él? Ya conoces el Servicio, Matucci. Puedes contarlo como un mazo de naipes. Hay el gran grupo central que se limita a hacer su trabajo y no pregunta nada, pero que se queja acerca de todo, sólo para afirmar sus derechos. Está la parte inferior, a la que yo llamo los amantes de la tierra. Sirven muy contentos en puestos campestres, pequeños pueblos y las provincias más lejanas. Son unos muy buenos guardianes de la paz. Están muy unidos al pueblo, y se muestran absolutamente dedicados a él. Luego, está el grupo superior, los chicos chulos, los que lo hacen todo según el reglamento, sirven al Estado y dicen que son tres años de trabajos forzados si les das en la nariz cuando estás borracho. A ésos les gusta Leporello. El grupo central está un tanto inquieto acerca de él. Los amantes de la tierra lo odian. Aunque no sea siempre por la misma razón, tenlo en cuenta, ya que algunos de ellos pueden ser bastante negligentes, como ya sabes. Pero lo hacen instintivamente… ¿lo he dicho bien?, estoy un tanto borracho… Desconfían de él instintivamente.

—¿Y qué hay de ti, Giorgione?

—¿Yo? Yo odio sus tripas. Pero eso también es natural. Soy bastante bueno en mi trabajo, pero mírame. No soy ningún gran ornamento para el Servicio. Y Leporello me hace darme cuenta de ello, de continuo. ¡Dios! ¡Qué tarde que es! ¡Mi esposa me matará! ¿Cuándo quieres esa información?

—Para mañana, si es posible.

—¿Cómo me pongo en contacto contigo?

—Telefonéame aquí. Si estoy fuera, deja un mensaje a los criados. Di un lugar y una hora e iré a verte, o te llamaré si no puedo. Gracias, Giorgione.

—Ni lo menciones. Me he alegrado de volver a verte. Ah, Matucci, si cambias de idea acerca de Rita…

—¿Crees que hace juego con este lugar, Giorgione?

—Pensándolo bien, no del todo… De cualquier forma, es una buena chica. Ten cuidado. No quedamos ya demasiados de los buenos.

Salió, un enorme y amable gigantón que estaba comenzando a darse cuenta de que este mundo era demasiado complicado para vivir en él. Me dejó a un tiempo complacido y preocupado. Roditi, mi primera presa, era un tipo impopular, con una reputación dudosa. Leporello era un mandón, con unos subordinados descontentos. Por consiguiente, la investigación preliminar podría llevarse a cabo rápidamente, y

habría muchos ayudantes entusiastas, dispuestos a sacar la porquería a la superficie. Por otra parte, la noticia acerca de las nuevas escuadras antidisturbios eran muy preocupantes. Eran un paso regresivo, una nueva amenaza a la intimidad y a los derechos personales. Parecía una sanción oficial a la intimidación y a la brutalidad policial.

En cualquier caso, la ley italiana estaba muy cargada en favor del Estado y contra el individuo. Muchos de los viejos decretos fascistas seguían en los libros, y podían ser invocados en cualquier momento. Jamás habíamos adoptado, y Dios sabe por qué, el sistema británico del *habeas corpus*. Un hombre podía ser encerrado casi indefinidamente con una acusación arreglada; y un magistrado complaciente podía retrasar las investigaciones y traspapelar los documentos hasta el día del fin del mundo. Nuestro sistema judicial estaba sobrecargado, nuestros sistemas de documentación horriblemente pasados de moda. Nuestros métodos de interrogación eran brutales, en el mejor de los casos, y nuestro sistema de prisiones una vergüenza pública. Juntar todo esto con un abierto o tácito uso del terror, y una deliberada explotación del vicio, tan mediterráneo, de la crueldad, era saltar atrás, de regreso a las eras oscuras. Comprendía la ansiosa convicción de Manzini de que ya había pasado la hora veintitrés, y que el minutero se estaba acercando ya a medianoche.

Ahora, estaba inquieto, ansioso de compañía y acción, así que hojeé mi agenda en busca de otro contacto entre los habitantes de la noche. Escogí a Patrizia Pompa, una lesbiana de singular belleza y metálico encanto, que se ganaba muy bien la vida decorando los apartamentos de los milaneses ricos. Sabía con certeza que Patrizia jamás se iba a la cama antes de las tres de la madrugada. En mis días mozos había tratado de llevarla a ese lugar, y estuve escaldado por la experiencia durante mucho tiempo. Sin embargo, al fin llegamos a comprendernos el uno al otro, y logramos mantener, durante los años, algún tipo de amistad. La llamé. Me contestó con aquella voz profunda y ronca que prometía todo tipo de locas experiencias. Parecía algo hostil.

—¿Quién infiernos es?

—Dante Alighieri Matucci, cariñito. ¿He interrumpido algo?

—Nada importante. ¿Qué es lo que quieres a esta hora?

—Información… y algo de compañía.

—Puedes tener la mía, si traes una botella de *whisky*… ¿Qué tipo de información?

—Clubes de chicos alegres. ¿Conoces alguno?

—Un par. ¿Por qué?

—Estoy buscando a un hombre.

—No pensé que estuvieras buscando una chica, amor. ¿Qué clase de respuesta es ésa?

—Es un tipo malvado. Creo que mató a un amigo mío.

—¡Oh! Entonces, prueba en el «Pavone» y el «Alcibiade». Ambos están abiertos hasta las cuatro de la madrugada.

—¿Admiten chicas?

—Sólo chicas buenas, amor… como yo.

—¿Quieres venir a llevarme de la mano?

—¿Por qué no? Estoy lo bastante aburrida como para disfrutar viendo a Matucci entre las flores de invernadero.

—Tienes una mente sucia, cariño.

—Nunca digas no hasta que lo hayas probado, amor. Estaré dispuesta en veinte minutos. Trae transporte, ¿eh? Por cierto, ¿dónde vives?

—En un convento. ¿Dónde si no? Hasta ahora.

Pasé a recogerla en mi propio coche, un modelo deportivo de la «Mercedes», rojo. Ella iba vestida para el combate con un traje chaqueta, estilo hombruno, con camisa blanca y una enorme corbata negra. Cuando vio mi nuevo vehículo exclamó:

—Buen Dios, Matucci, me parece que te has pasado al otro bando. No puedes tener esto con tu salario de coronel. ¿Quién te mantiene?

—Dulzura, me estás asustando.

—Aún estarás más asustado cuando veas el sitio al que vamos. ¿Decías en serio eso de…?

—Sí, lo decía. Por tanto, escucha, cariño, y empápate de la historia. Soy un viejo amigo, y estás enseñándome la ciudad.

—Suponte que nos encontramos con alguien al que conoces.

—La misma historia. Y sí luego tienes alguna llamada telefónica continúas con ella. No hagas ninguna cosa rara. Podría ser peligroso.

—Con un amigo como tú, Matucci, necesito un seguro de vida especial.

—Soy el mejor seguro que puedas tener, cariño. ¿Quién va a tocarte, escoltada por un buen chico como yo a tu lado?

Era un mal chiste, y se hizo peor cuando entramos en el «Pavone», un sótano lleno de humo junto al Duomo. Los matones de la puerta ya daban buena idea del lugar: dos Adonis musculosos del club atlético local, con tejanos ajustados, cinturones claveteados y suéteres de cuello de cisne. Hicieron un par de comentarios de doble sentido, recogieron cuatro mil liras como billete de entrada, y nos dejaron pasar con una reverencia. En el interior había más del mismo estilo: chicos grandes y chicos pequeños, todos ellos con tejanos y pantalones ajustados, y ni una sola mujer a la vista. Había una neblina que se podía cortar con un cuchillo y, para dar atmósfera, un pavo real disecado con las plumas de la cola abiertas, atusándoselas, colocado sobre un pedestal en el centro de la sala. Había un tipo que tocaba el piano y un joven picado por la viruela, con una guitarra eléctrica, que hacían sonar continuamente un aire de rock, y las charlas eran susurros secretos que se cortaron en seco en cuanto entramos y nos dirigimos a la barra. Inmediatamente, hubo un coro de silbidos y maullidos, y Patrizia me murmuró al oído:

—Me parece, amor, que nos hemos equivocado de lugar.

De todos modos, nos iba a costar una consumición, así que pedimos dos tragos y

los fuimos bebiendo lentamente, hasta que los chicos acabaron con su diversión y volvieron a dedicarse a sus susurros. Entonces, nos pusimos cara a la sala y atisbé entre la neblina para tratar de distinguir algún rostro familiar. El encargado de la barra me golpeó en un hombro con un suave y grueso dedo.

—¿Buscas a alguien, cariño?

—Sí, a un amigo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Pelirrojo, muy robusto y con pecas. Tiene aspecto de alemán, pero en realidad es de Trento. Un chico encantador. Pero no lo veo por aquí.

—¿Tiene nombre?

—Me dijo que se llamaba Matteo.

—Pero no el apellido.

—No…

—Debes de echarlo de menos, cariño.

—Así es.

—¿Cuánto lo echas de menos?

Deslicé un billete de diez mil liras sobre la barra y lo mantuve bajo la palma de mi mano.

—Así… para empezar.

—Bueno, creo que lo he visto aquí algunas veces. ¿Sabes?, no puedo estar seguro. Hay un grupo que se deja caer cada par de semanas, son tres o cuatro que van juntos. Nunca los he conocido demasiado, porque son muy silenciosos… y están interesados en cosas muy rudas. Si lo veo de nuevo, ¿qué querrías que hiciese?

—Llámame a este número —se lo escribí en la parte de atrás de una servilleta de papel y se lo entregué—. Te ganarás otras diez si establezco contacto.

—¿Y por quién tengo que preguntar cuando llame?

—Pregunta por Dante. Como el poeta, ¿sabes? Mi amiga aquí presente es una poetisa. ¿No es cierto, cariño?

—Me siento como el culo de un caballo —dijo insatisfecha Patrizia.

—También tienes ese aspecto, cariño —dijo con dulzura el encargado de la barra —. ¿Por qué no te vas a tu sitio y nos dejas a nosotras, chicas, haciendo nuestras labores?

El «Alcibiade» era otra cosa, completamente distinta, por todo lo alto, estrictamente montado en plan comercial… y había mucho ganado que elegir, de ambos sexos. El lugar estaba diseñado para formar un círculo completo, como el Panteón, con un bar al extremo de un diámetro y un escenario curvado en el otro extremo, y las mesas dispuestas alrededor de una pequeña pista de baile en el centro. Tenía aire acondicionado, lo cual era un verdadero alivio, pues allí estaban fumando mucho, y no sólo tabaco. El decorado era ingenioso y tremendamente *caro*. Las paredes estaban cubiertas de terciopelo negro, interrumpido a intervalos regulares por nichos iluminados, en cada uno de los cuales había una figura de yeso blanco, a mitad

de tamaño natural y provista de sus partes sexuales, que representaban héroes masculinos de la antigüedad clásica. La mujer sólo era honrada por una Leda, blanca como la nieve, y era montada por un cisne muy sinuoso.

Los clientes eran la manada más elegante que hubiera visto en mucho tiempo: principalmente jóvenes, pero con un puñado de caballeros canosos y solteronas hombrunas, que llevaban el cabello corto y largas boquillas. En esta ocasión, nuestra entrada no atrajo la más mínima atención. El escenario estaba ocupado por tres jóvenes con pantalones bombachos dorados y zapatillas de punta retorcida. Uno de ellos tocaba el sitar, el otro estaba soplando con todas sus fuerzas por un flauta, mientras el tercero ejecutaba algún tipo de danza lenta que me dejó tan frío como a un Narciso junto a su estanque de las lilas.

El encargado de la barra era un muchacho espléndido, con una bella barba e inefablemente bien educado. Las bebidas costaban un ojo de la cara y parte del otro, pero eran servidas en cubiletes de cristal tallado, con un canapé recién hecho para ayudar a pasarlas.

Patrizia ronroneó satisfecha.

—Amor, me alegra que me hayas traído. Creo que he estado demasiado tiempo fuera de la circulación. Si tengo suerte, paga la cuenta y déjame.

—Lo que tú digas, dulzura.

—¿Puedes ver a tu hombre?

—Aún no. Espera a que acabe el número, y se enciendan las luces.

Esperamos una pequeña eternidad hasta que se esfumaron las últimas notas y el danzarín se hundió como un pétalo cansado hacia el suelo, para lograr unos aplausos bastante pálidos. También las luces eran bastante pálidas, pero lo bastante brillantes como para mostrarme al capitán Matteo Roditi, con una chaqueta azul medianoche, sentado con otros dos jóvenes, en una mesa al borde de la pista de baile.

Me volví hacia la barra y le susurré a Patrizia:

—Lo he visto.

—¿Qué quieres hacer?

—Hablar con él… a solas.

—Te esperaré.

—Lo mejor será que no te vean conmigo.

—Esto es excitante.

—No lo parece, pero esto es peligroso. Pide otro trago y arréglatelas por ti sola.

Le coloqué algunos billetes en la mano y luego caminé entre las mesas, como cualquier otro cliente que estuviese valorando el talento local. Roditi y sus amigos estaban tan ocupados entre sí que no se fijaron en mí hasta que no me hallé junto a su mesa y les dediqué mi pequeño saludo.

—El capitán Roditi, ¿no?

No me reconoció por un instante, luego saltó en pie y tartamudeó:

—¡Coronel Matucci! Perdóneme, no lo había reconocido.

—Relájese, capitán. No estamos en un desfile.

—¿Qué está haciendo usted en Milán, señor?

—Disfrutando de un permiso.

—Perdóneme, pero había oído que lo habían retirado a usted del Servicio.

—Eso está bajo discusión. Aún no hay nada definido. Sigo en la lista activa. ¿No me presenta a sus amigos?

—Oh, lo lamento, señor. Franco Gozzoli, Giuseppe Balbo, el coronel Matucci.

—¿Son ustedes, caballeros, también del Servicio?

Fue rápido, pero no lo bastante como para interceptar sus rápidas miradas inquisitivas.

—No, señor, no. Los dos son empleados civiles.

—¿Qué tipo de empleo?

—Oh… esto… dibujantes arquitectónicos.

—Muy interesante. Por favor, siéntense, caballeros. ¿Viene aquí a menudo, capitán?

—Ocasionalmente. Es diferente al tipo habitual de club. ¿Y usted, señor?

—Oh, yo simplemente me he dejado caer para tomar un trago… buscando, se podría decir.

—¿Sí? —reaccionó de inmediato a esta palabra, y una débil sombra conspiradora flotó en su sonrisa—. ¿Se quedará mucho tiempo en Milán?

—Probablemente algunas semanas. ¿Por qué no viene un día a tomar un trago conmigo, capitán?

—Me encantaría hacerlo, señor.

—Bien. Le llamaré al Cuartel General. Por favor, salude de mi parte al general Leporello. Dígale que espero verle pronto.

—Lo haré, señor, con mucho gusto.

—Buenas noches, Roditi. Que lo pase bien.

Mientras pasaba junto a la barra, vi a Patrizia Pompa en plena charla con una pequeña rubia, con aspecto de muñeca y que iba vestida con unos pantalones verdes. Me hizo un guiño y agitó en despedida los dedos. Ya no me necesitaba más, estaba de nuevo en circulación.

Eran las tres de la madrugada cuando regresé al apartamento. Estaba desesperadamente cansado, pero no pude dormir hasta que no hube hecho un resumen de los encuentros de aquella noche. Había algunos puntos provechosos. En Giorgione tenía un amigo y una fuente de información. Roditi era vulnerable, a causa de sus intereses sexuales. Leporello era poco popular entre sus hombres, algunos de los cuales podían ser persuadidos para que informasen en su contra. Sin embargo, la columna del debe era alarmante. Leporello estaba entrenando un aparato terrorífico que podría operar a su voluntad dentro o fuera de la ley. Un grupo así atraía a delincuentes sociales, y ponía un enorme poder en las manos de un manipulador político. Si este manipulador lograba un éxito político, el aparato se convertía en un

brazo del Gobierno, autoperpetuante y autojustificado. También había una entrada en el debe de mi cuenta personal. Si los asesinatos de la Via Sicilia eran obra del aparato, sería difícil, si no imposible, presentar cargos contra Roditi y Leporello. Y si Leporello quería eliminarme, tenía toda una jauría de matones bien entrenados para montarme una emboscada.

Era un pensamiento estremecedor. Me persiguió durante todo un sueño inquieto y seguía conmigo cuando me desperté, irritable y con los ojos enrojecidos, a las diez de la mañana.

Al mediodía llegó Steffi, chirriante como un grillo. Me traía las bendiciones de su esposa, que según afirmaba, se mostraba muy feliz por haberse librado de él. Recitó los saludos de algunos de nuestros colegas en Roma y una letanía de maldiciones contra los chaqueteros. Examinó cada centímetro del apartamento y concluyó, con aire lúgubre, que sólo una puta podría disfrutar de tanto lujo sin sentir remordimientos de conciencia. Purgado al fin de su información y su bilis, escuchó en silencio mientras le contaba lo que me había sucedido desde nuestra última entrevista. Luego, sobrio y tranquilo, me dio su propia versión de los acontecimientos en Roma:

—… Nosotros los liberales estamos pasados de moda, hermanito. Todas las corrientes fluyen en contra nuestra. Cada viento sopla frente a nosotros. Justo cuando pensamos que vamos a tener un momento de tranquilidad para regar las flores, los árabes secuestran otro avión de pasajeros, o los sionistas matan a un agente, o algún idiota de veinte años atraca un Banco, o la Policía dispara contra los manifestantes en una provincia pobre. Y si esto no está pasando en el país, pasa en la puerta de al lado. ¡Mira, un pequeño ejemplo! Cuando llegué al aeropuerto esta mañana, se había estropeado el sistema de computadores. Una pequeña falla mecánica, pero repentinamente hubo un caos. Los empleados del mostrador no querían responder a las preguntas. Los burócratas de las compañías aéreas se escondieron. Y cinco mil pasajeros de los vuelos nacionales e internacionales no sabían adónde iban o venían. No somos como los ingleses. No formamos una cola y leemos The Times. Gritamos y aullamos sólo porque nos gusta. Pero sólo habría tenido que haber alguien que gritase más fuerte o que empujase con mayor decisión, para que se hubiese producido un motín… ¿Y por qué? Por un fusible quemado que quizá cueste cien liras… Eso es lo más aterrador, Matucci. Nadie le echa las culpas al fusible. Todo el mundo quiere un chivo expiatorio al que puedan patear hasta convertirlo en culpa ensangrentada porque el avión llega tarde. Ahora, están pintando consignas en los puentes de Roma: «Muerte a los fascistas», «Abajo los marxistas». Y, donde yo vivo, es «Cerdos sionistas». Me pregunto si sabrás realmente con qué te estás enfrentando, amigo mío.

—¿Y tú?

—A veces desearía no saberlo. *Simia quam similis*…

—Ése no lo sé, Steffi.

—¡Cuánto nos parecemos a los simios! Es de Ennio… No hemos cambiado mucho desde su tiempo, ¿verdad?

—No, excepto que tenemos computadores para multiplicar nuestra maldad. Steffi, tienes que comprender una cosa. Éste es un proyecto terriblemente peligroso. No quiero que estés demasiado cerca de mí. Trabajarás en el «Hotel Europa». Nos encontraremos en diferentes sitios.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—Estamos investigando un asesinato. Así que es el viejo trabajo de los detectives, Steffi. Primero con Leporello y Roditi. Quiero saber lo que comen para desayunar y qué marca de dentífrico usan. Si tienes algún colega en el Cuartel General de Milán que sea buen amigo tuyo, úsalo; pero, por Dios, sé cuidadoso.

—Debería darte el mismo consejo, hermanito. El director ya no te ama.

—Pero tiene interés en mantenerme con vida. Eso, según sus propias palabras, Steffi.

—No te dijo qué interés era ése, ¿verdad?

—No.

—Entonces, deja que te dé otra mala noticia. Tiene a un hombre trabajando y dedicando todo su tiempo en tu *dossier*.

—¿Quién te dijo eso?

—Rampolla. Lo consideraba una gran broma. ¡Y qué broma! Matucci, has ido siempre al borde del precipicio. Necesitarías a un biógrafo que te tuviera mucha simpatía para que quedases medianamente respetable. En este momento, están escribiendo un Libro Negro sobre ti.

—Yo también estoy escribiendo un Libro Negro, Steffi.

—La pregunta es, ¿cuál de ellos entrará primero en Prensa? Otra cosa más… Pájaro Carpintero, ha sido interrogado continuamente desde que saliste de Roma. Ha delatado a toda la red. Y tu amiguita, Lili Anders, tiene un lugar prominente en sus declaraciones.

—Ahora no pueden tocarla. Los suizos no conceden extradiciones por crímenes políticos.

—Pero lo hacen por crímenes comunes.

—Oh, vamos, Steffi. Me conozco su *dossier* de cabo a rabo. No hay nada de eso en su contra.

—No lo había cuando tú lo estudiaste. Quizá lo haya ahora. Si le tienes cariño a esa mujer, es algo en lo que tienes que pensar.

—Steffi, me haces sentir como Job sobre su montón de mierda.

—Entonces, bendice a Dios por tus aflicciones, hermanito, y ruega con mucho fervor y muy fuerte por sus mercedes. Además, no infravalores al director. Te quiere vivo…, pero enterrado hasta el cuello en este montón de mierda del que hablas. ¿Tienes algo que beber en este prostíbulo?

—Por las noticias que me das, te debería dar cianuro.

—Que sea *whisky* escocés, y te daré a cambio una buena noticia.

—Primero la noticia, viejo buitre.

—¿Recuerdas la carta-bomba que fue enviada al piso de Lili Anders?

—¿Sí?

—La Policía nos envió un informe sobre ella. El informe llegó a mi despacho, junto a una excelente serie de huellas digitales, emparejadas con las que habían encontrado en sus archivos. Traje una copia conmigo, por si podía ser de utilidad.

—¿Y?

—Las huellas pertenecían a Marco Vitucci, de veintiocho años, en otro tiempo camarero en un barco de la Flotta Bernardo, buscado en Roma y Nápoles por diversas acusaciones de robo y atracos con violencia.

—Jamás oí hablar de él.

—Ni yo. Pero es un inicio… un eslabón en la cadena. La Policía está trabajando activamente para hallarlo. Se sabe que usa otros dos nombres, para los que tiene documentaciones falsas. Esos nombres son Turi Goldoni y Giuseppe Balbo…

—¡Repite ese último!

—Giuseppe Balbo.

—¡Steffi, eres un genio! ¡Eres un maravilloso mago de primera categoría!

—Eso ya lo sé, pero ¿cuándo lo has descubierto tú?

—Ahora… en este mismo minuto. Te he dicho que me encontré con Roditi anoche en el «Club Alcibiade». Uno de los chicos que estaba con él en su mesa, se llamaba Giuseppe Balbo.

—Si es el mismo, es casi suficiente para crucificar a Roditi.

—Casi, pero no del todo. No con la protección que tiene. Pero es un comienzo hermoso y, dado que es un informe de la Policía, el SID no puede enterrarlo. ¡Steffi, la sopa está empezando a hervir…!

—Entonces, ¿puedes darme mi *whisky*, si no te importa?

Lo hablamos de arriba abajo y de izquierda a derecha.

Durante la comida y hasta el anochecer. Preparamos códigos, lugares de reunión, una tabla de contactos telefónicos; después, Steffi partió para descansar sus viejos huesos en el hotel y planear su propia campaña de investigación. Yo estaba acabando de transcribir la nueva información en el magnetofón, cuando sonó el teléfono y oí la voz del general Leporello. Se mostraba apremiante, pero sorprendentemente cordial.

—Bien venido a Milán, coronel.

—Gracias, señor.

—El capitán Roditi me transmitió su mensaje. Me encantará verle.

—Sólo quería presentarle mis respetos, señor. Sé lo ocupado que está usted.

—A cenar el jueves. ¿Le va bien?

—Sí, señor. Estoy libre esa noche.

—Muy bien. En mi casa, de ocho y media a nueve. Le enviaré una confirmación

con explicaciones de cómo llegar allí, estrictamente informal, un cuarteto familiar. Esto… ¿hay alguien a quien desease traer?

—No, señor.

—Entonces, déjeselo a mi esposa… ella es la que está acostumbrada a estas cosas. Por cierto, ¿ha vuelto a pensar en mi oferta?

—Sí, señor. Lo he hecho.

—Entonces, hablaremos de nuevo de ello. Hasta el jueves.

—Lo espero con impaciencia, general.

Había confiado en algún tipo de aproximación: quizás unos tragos en la cantina, café en el club…, pero aquello estaba fuera de toda previsión. Hacía dos semanas había deseado verme muerto; ahora, me invitaba a cenar. Aunque ambas cosas no tenían por qué estar necesariamente en contradicción: ha habido algunas traiciones muy notables en los banquetes italianos; pero ciertamente eran anómalas. No podía ir armado a una reunión familiar, y sólo tenía cuarenta y ocho horas para encontrar una cuchara muy larga.

Las noticias de Steffi me habían preocupado mucho, no porque fueran inesperadas, sino porque de nuevo había caído en un descuido peligroso, ocupándome sólo de un tema e ignorando todo el complejo de amenazas y problemas que había tras él. El Libro Negro era una ingeniosa perversión, diseñada en principio por el director como un ejercicio de entrenamiento y luego refinado hasta convertirse en una técnica de chantaje. El truco era tomar el *dossier* de un hombre y, mediante cortes, énfasis e interpretaciones, distorsionarlo hasta convertirlo en una caricatura criminal. En vez de «soltero» se leía «no interesado en las mujeres», en lugar de «le gusta jugar a cartas» se leía «conocido tahúr», y así se lograban verdaderas preciosidades. Es un juego sucio, pero da resultado, porque todo hombre tiene alguna culpa y la simple exhibición del *dossier* a la víctima es una aplastante demostración de cínico poder.

Conocía el juego porque había jugado a él a menudo. También sabía que era la víctima más fácil del mundo, un agente secreto trabajando siempre al borde de la ley y a veces mucho más allá de ella. Lili Anders estaba en una situación similar, una conocida subversiva, huésped de un país neutral. Sólo se necesitaba una llamada telefónica del director a su contrapartida suizo para que Lili también quedase tan indefensa como una hoja de árbol en una tempestad invernal. Estaba aún rumiando este amargo pensamiento, cuando llegó un correo con dos mensajes de Bruno Manzini.

El primero era una nota en la que, excusándose por el breve plazo de aviso, me solicitaba que fuera a cenar con él, aquella misma noche, en el «Club de Banqueros», con el fin de, como decía él, «entrevistarme con el dinero y ver si hedía o no». Sugería que nos encontrásemos en la sala de naipes media hora antes de la cena, para una puesta a punto privada. El segundo era una carta de Lili:

Querido;

Ha pasado tanto tiempo desde que escribí por última vez a un hombre, que casi no sé cómo empezar. Aunque me imagino que tú, mi cuidadoso Don Juan, jamás habrás escrito cartas a una mujer. El tío Pavel no cuenta, porque no existe; pero, de todos modos, me alegró tener noticias de él. Estoy sentada en mi balcón, bañada por la luz del sol, con una maravillosa vista de un valle verde, picos cubiertos de nieve y granjas que parecen casitas de muñecas… todo para que yo disfrute viéndolo. Y estoy disfrutando, cariño, de una forma, que jamás hubiera creído posible. Hago bien poco. Camino. Leo. He empezado a hacer ganchillo. Hablo con los otros huéspedes. Por las noches, juego al bridge. Me voy a la cama a las diez y duermo hasta que la criada me trae el desayuno. Es todo tan simple, que me pregunto cómo he dejado que se me escapase durante tanto tiempo.

A veces me preocupo, porque aún estoy muy insegura y me siento como en transito; pero mi abogado, Herr Neumann, me tranquiliza. Es un hombre pequeño y viejo con cabello blanco y antiparras de oro. Me llama «jovencita», lo que siempre ayuda. Ahora, lo sabe todo de mí, excepto algunas cosas muy íntimas, y dice que quizá pueda solicitar asilo político. Me ha tomado una serie de declaraciones, y busca el consejo de sus colegas de Zurich. Me gusta bastante la idea del asilo. Suena como si le diesen a una refugio en una iglesia, donde todo es confesado, todo es perdonado y una puede comenzar de nuevo, sin miedo.

La gente de aquí son personas simples, sobrias y amables. También los otros huéspedes son agradables. Hay una pareja de viejas damas, una de las cuales es mi compañera en el bridge. Hay una pareja en luna de miel, que a veces me hace sentir envidiosa; un profesor estadounidense, bastante mayor, que está escribiendo un libro sobre las migraciones germanas; y hay un tipo fanfarrón de Lugano, que me habla en italiano, me invita a un cóctel antes de la cena, y me ofrece llevarme a sitios con su «Maserati». Aún no he aceptado, pero quizá lo haga pronto. Es muy atento. No tiene mal aspecto y es bastante inteligente; trabaja como ingeniero o algo así en un proyecto de construcciones que hay a quince kilómetros de aquí.

Y tú, mi Dante Alighieri, ¿cómo estás? No te pregunto lo que estás haciendo, porque sé demasiado y no puedo hacer nada por ayudar. Te amo, y te echo de menos; pero no me atrevo a depender de ese amor, y tengo que acostumbrarme a tu falta. Te diré tan sólo que sueño muchas veces contigo y me despierto medio esperando encontrarte junto a mí. Mientras escribo, siento celos por todas las mujeres con que te encuentres o con las que te encontrarás. Me pregunto si tú también tendrás celos de

mi ingeniero. Me gusta pensar eso.

Ten cuidado, querido. Piensa con cariño en mí, tal como yo lo hago en ti.

Un buen mañana, quizá sea tuya,

Lili

La leí tres veces, luego la rompí y quemé los trozos en el cenicero. Estaba celoso, y no tenía derecho a estarlo. Si aquello no era amor, era lo más cercano que jamás hubiera sentido en toda mi vida. No podía arriesgarme a aquella distracción. No podía permitirme ese lujo. ¡Entonces, debía olvidarlo! Había demasiados mañanas peligrosos a los que sobrevivir, y el día brillante y luminoso de Lili quizá jamás llegase.

El «Club de los Banqueros» de Milán es sólo un poquito menos venerable que el «Club de Ajedrez» de Roma. Sin embargo, es mucho más impresionante, porque el foco de su poder es mucho más claro y todos sus miembros son duchos en un único lenguaje internacional: el dinero. Es un lenguaje religioso reservado a sus sacerdotes y acólitos, como el latín de la Iglesia o los símbolos del tiempo de los incas. Es preciso, flexible, sutil y bastante ininteligible para la población profana. Es prueba de la naturaleza cíclica de la historia, porque los primeros bancos del mundo fueron los templos de Babilonia, Grecia y Roma, en donde uno podía obtener préstamos, hacer depósitos, lograr crédito y hacer que comprobasen mediante ensayos la ley de la moneda que uno poseía, bajo los vigilantes ojos de la deidad local.

Si uno pregunta por qué un tipo como yo iba a saber o le podía importar una cosa así, entonces deberé recordarles de nuevo que soy toscano, y que me criaron en la historia de los Bardi, los Frescobaldi y los Petruzzi, que eran banqueros de la corona inglesa en el siglo XIV, y que mi padre era un socialista de la vieja escuela, que casi me dejó sordo hablándome de la necesidad de nacionalizar los bancos y dejar sin trabajo a los especuladores. Me gusta el dinero. ¿Y a quién no? Pero también estoy fascinado por su historia, su forma, su potencia, el motivo por el que algunos hombres lo acumularon y la mayoría lo pierden e incluso el porqué Caronte, el de la barca, pide una moneda a cambio de hacerte pasar el Estigio, camino de la eternidad.

Así que encontré que era bastante adecuado que mi primera entrada en el mundo de Bruno Manzini fuera a través de las puertas del «Club de los Banqueros». También sentía curiosidad por saber por qué había elegido un lugar tan delicado y sacrosanto para presentarme. Le hice la pregunta a bocajarro, mientras nos tomábamos un cóctel en la sala de naipes, un privilegio reservado únicamente a los sumos sacerdotes. Me contestó con una sonrisa:

—Es cuestión de pura lógica, mi querido Dante. Aquí todo el mundo tiene dinero.

El dinero impone discreción. La discreción lleva a la libertad de palabra. Por consiguiente, aquí hay libertad de palabra… De hecho, mucha. Hay siete de nosotros que nos reunimos para cenar una vez al mes. Hablamos de todo lo que se nos ocurre. Todo miembro puede traer a un invitado, siempre que garantice que es un hombre que sabe guardar un secreto.

—Gracias por el cumplido.

—Siempre estoy dispuesto a hacerte cumplidos, mi querido Dante. Hay dos hombres a los que quiero que conozcas esta noche. Uno es Ludovisi, de la «Banca Centrale», el otro es Frantisek, de la «Opera Pontificia» del Vaticano. Es uno de los banqueros más astutos que existe. El que sea estadounidense y obispo, es puro accidente. Estos dos hombres pueden serte muy útiles.

—¿Cómo?

—Te pueden decir, más rápido que nadie, a dónde va el gran capital y por que. Además, hay otra razón. Ludovisi es el cuñado de tu director —cloqueó y alzó la mano—. No, no te alarmes. Se tienen el mismo cariño que un perro y un gato. Ludovisi ha pedido el divorcio. Echa la culpa del fracaso de su matrimonio a la familia de su esposa. Es muy elocuente y aporta muchos datos al respecto. Por su parte, Frantisek es un carácter muy complejo. Parece un jugador de rugby, habla italiano con acento de Brooklyn, tiene que conceder un handicap en el golf de cinco puntos, y cuenta con todo el aprecio del actual Pontífice. Ayudó a reorganizar las finanzas del Vaticano y a negociar el asunto de los impuestos con el Gobierno italiano. No es muy buen teólogo. Su filosofía es puramente pragmática. Su virtud más noble es una fanática lealtad a la Santa Sede. No obstante, huele el viento y, si le caes bien, puede ser un poderoso amigo. ¿El resto? Bueno, son agradables y están muy bien informados. Uno es liberal, los otros son demócratas cristianos de diversas tendencias. Paolini es un fascista declarado, pero, personalmente, es tan agradable, que uno casi puede perdonárselo.

—¿Y que es lo que quieres que haga?

—Lo que quieras. Habla, escucha, discute. Si metes la pata, no te preocupes, ése es un privilegio del club. Ahora, dime, ¿qué has estado haciendo?

Me escuchó en silencio, y luego lanzó un largo y bajo silbido de satisfacción.

—¡Bien, bien! Como tú dices, la sopa está comenzando a hervir. ¿Qué es lo que te propones hacer ahora?

—Esperar hasta que tenga más evidencias. Muchas más. Es un riesgo, debes comprenderlo. Puedo perder a Giuseppe Balbo, que es nuestra única relación con lo que sucedió en Roma. Pero si lo cazo ahora, y se lo entrego a la Policía, quizá se me escapen los grandes, Roditi y Leporello. Ya sabes cómo son estas cosas. Necesitamos un caso totalmente hermético antes de empezar nuestra actuación, y una copia legalizada de cada documento que tengamos en nuestras manos.

Pensó en eso largo rato, con el ceño fruncido, y al fin asintió.

—Odio la idea de perder un testigo clave, pero el riesgo de una acción prematura

es aún menos agradable. Esas nuevas escuadras antidisturbios me preocupan. Sólo están a un paso de las Escuadras de la Muerte brasileñas… asesinos policiales. Sondeemos un poco en la mesa esta noche, para ver si corre alguna noticia por ahí. Sé que Leporello cuenta ahora con los favores de los hombres de negocios. Dio una charla aquí, la semana pasada, sobre el tema del Orden y el Progreso. Según he oído, fue muy seductor. Y muy bien recibido. Me pregunto por qué te ha pedido que vayas a cenar y quién será el cuarto invitado. ¿Un cebo femenino?

—Posiblemente. Aunque no parece ser ése su estilo.

—Si está reclutando gimnastas homosexuales y criminales, no creo que se eche atrás ante una simple seducción. Entremos, ¿te parece? Los otros ya deben de estar ahí.

Había ocho personas en una mesa redonda, por lo que no había problemas de precedencia. El protocolo fue honrado por una acción de gracias dicha por el obispo Frantisek, que desde luego se parecía a un jugador de rugby. Su acento era horrible, pero su gramática era impecable, su charla fluida y sus maneras afables. Ludovisi era el más ingenioso del grupo, un caballero delgado de ojos grises, con una sonrisa de fauno y una reserva inagotable de historias escandalosas. Los otros, con la excepción de Paolini, eran típicos de su especie, bien acicalados, bien alimentados, elocuentes acerca de todo lo que tenía que ver con el dinero, agradablemente cínicos al respecto de cualquier otra preocupación humana. A Paolini, lo encontré un enigma. Sus modales eran impecables, e irradiaba encanto, pero su mente estaba cerrada a toda otra lógica que no fuera la suya… que, debo confesar, era difícil de refutar. Su afición favorita eran las compañías multinacionales, los grandes consorcios que atravesaban las fronteras del mundo y operaban en todas las jurisdicciones, sin prestar alianza a nadie.

—… Cuatro mil compañías que hacen el quince por ciento del producto bruto mundial, de eso estamos hablando. Controlan más bienes que muchos de los países en que operan. ¡Fijaos en la «General Motors»! Veintiocho mil millones de dólares en ventas anuales. Y la «Royal Dutch Shell», doce mil quinientos millones… ¿Cuál es el Gobierno que puede regular empresas como ésas? Desde luego, no puede hacerlo una democracia. Son demasiado poderosas en los Parlamentos, su palanca en empleos y capital es demasiado grande, para no decir nada de las presiones externas ejercidas a través del comercio y la diplomacia… y se están haciendo mayores continuamente, como un gordo que no pueda dejar de comer. Vosotros os reís de mí y decís que soy un fascista, pero mostradme cualquier autoridad que sea tan fuerte y beligerante como el consejo de dirección de una compañía gigante. De Gaulle lo vio. Los sindicatos lo ven, y es el mejor argumento que tienen para el marxismo… Incluso los estadounidenses lo están viendo ahora, a medida de que los japoneses aplican la lección y construyen sus multinacionales propias…

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —cortó Ludovisi con una risa—. ¿Una junta que puede ser comprada más rápidamente que un Parlamento, porque no hay nadie

para hacer preguntas? ¡Vamos! Sé realista.

—Estoy siéndolo, querido amigo. Mira lo que pasó en Grecia. Hace unos años, apenas si podían conseguir un dólar de inversión. Ahora que tienen algo de ley y orden, les está llegando el dinero a chorros. Incluso regresa el capital que se había expatriado. Y el Gobierno controla las condiciones. Ésa es una situación mucho mejor que la que tenemos en este momento.

—Corrección, viejo amigo —intervino el monseñor, con una mordaz aclaración—. Los coroneles suspendieron la ley e impusieron el orden.

—Es una distinción muy adecuada —dijo sin inflexión Bruno Manzini—. Pero me pregunto si eso supondrá realmente alguna diferencia para el hombre de la calle. Tenemos tantas leyes que no podemos hacerlas cumplir todas, y acabamos con un Gobierno por compromiso. Tenemos tantos partidos que la gente no está representada por ellos, sino únicamente los intereses de las facciones.

Ludovisi lanzó una rápida mirada inquisitiva.

Paolini aplaudió.

—¡Bravo! Si Bruno puede ver la luz, ¿por qué no podéis el resto de vosotros?

—No es la luz —dijo Manzini con una sonrisa de geniecillo—. Pienso que puede ser un pilar de nubes con un demonio muy familiar en su interior. ¿Escuchó alguien la conferencia que dio aquí el general Leporello la semana pasada?

—Yo —dijo Paolini—. Creo que fue muy sensata.

Pareció haber un tibio acuerdo en ello por parte de todos, excepto Ludovisi, que alzó las manos en un gesto de desesperación y gruñó en voz alta:

—¡Dios mío! Ese tipo usó todos los lugares comunes que existen: «No hay que confundir la libertad con el libertinaje; el pueblo desea una sociedad pacífica; los elementos provocativos; fuertes medidas de seguridad…». ¡Oh, buen Dios, buen Dios, buen Dios! Sonaba como mi cuñado hablando con la lengua en la mejilla. Paolini, ¿conoces personalmente a ese tipo?

—Sí. Creo que es la clase de hombre que necesitamos, resuelto, de ideas claras, absolutamente incorruptible.

—Todavía no he visto a un solo hombre incorruptible. ¿Conoce alguien más a ese fenómeno?

Vi, o creí ver, una débil señal de Manzini, así que entré en la discusión.

—Yo lo conozco.

Se alzaron las cejas del monseñor e inclinó su robusto cuerpo sobre la mesa, para interrogarme.

—¿Y cuál es su opinión de él, Matucci?

—Preferiría no enjuiciarlo como persona. Pero diría que se ha embarcado en una política altamente peligrosa.

—¿Y qué política es ésa?

—Seguramente ustedes la deben de conocer. La comenta toda la ciudad. Yo soy un recién llegado aquí, pero lo he oído en cada bar. Está reclutando unas escuadras

especiales antidisturbios, al estilo de los barbouzes franceses. Es una operación secreta, y esto me preocupa. Sé de dónde vienen algunos de sus reclutas y eso aún me preocupa más.

—¿Y de dónde vienen, Matucci?

—De las filas de los criminales conocidos y los delincuentes sociales.

—Eso es una afirmación grave —Paolini estaba visiblemente asombrado.

—Lo sé. La hago en el secreto de esta reunión. Le presentaré algunas pruebas al respecto al mismo general Leporello el próximo jueves.

—Quizá ya lo sepa —dijo hoscamente Ludovisi—. ¿No ha pensado en eso? Ha mencionado a los barbouzes, también podría haber mencionado las Escuadras de la Muerte del Brasil. Es lo de siempre: se saca a los matones de las calles y se los pone a romper cabezas bajo amparo legal. Si su información es correcta, Matucci, diría que vamos encaminados hacia un lío sangriento.

—Estoy de acuerdo.

—Me parece que estáis haciendo un juicio demasiado precipitado —Paolini se mostraba demasiado suave y bien educado para que sonase cierto—. ¿Por qué no cambiamos de tema? No pretendo ofenderle, Matucci, pero usted no conoce a mis colegas tan bien como yo. Si extiende el pánico y la alarma de esa manera, hará que el mercado se estremezca durante un mes. ¿Eh, Bruno?

—Espero que no —Manzini rió como un niño feliz—. Yo mismo voy a ir mañana al mercado. Los ingleses acaban de sacar un soldador electrónico que junta dos planchas de acero de veinte centímetros de espesor con un solo pase de soldadura. Quiero comprar sus derechos y financiar su fabricación local. ¿Hay alguno de vosotros que esté interesado, o tendré que ir al Vaticano? Tú me seguirás, ¿verdad, monseñor? Es justo lo que Su Santidad necesita para reparar las grietas de la Iglesia.

Todos ellos se echaron a reír, y la tensión disminuyó.

Mientras salíamos del comedor para tomar café en el salón, Ludovisi me puso una mano en el brazo y me llevó hacia el lavabo. Estaba sobrio y muy preocupado.

—Ésa fue una mala noticia, Matucci. ¿Está seguro de ello?

—Muy seguro.

—¿Sabe hacia dónde nos lleva eso?

—Sí.

—¿Y cómo lo sabe?

—Trabajo para el SID, al tiempo que para Manzini.

—Entonces, conocerá a mi cuñado.

—Sí.

—¿Qué posición toma con respecto a este asunto? Antes de que me conteste, le diré que ya le debe de haber resultado obvio que no siento ninguna simpatía por él. Pienso que sigue caminos tortuosos y que puede ser muy peligroso.

—Como oficial en activo, no puedo comentar. Como invitado a su club, diría que estoy de acuerdo con usted. Y en público, negaría haber hecho jamás esta afirmación.

—Gracias. Aquí está mi tarjeta. Si alguna vez puedo ayudarle, telefonéeme.

—Gracias, pero dudo que pueda ayudarme en este lío.

—Usted tenga la mente abierta, yo tendré la puerta. *D'accordo*?

A las once y media los comensales se dispersaron, pero Manzini me hizo quedar para un último café en la sala de naipes. Obviamente estaba cansado. Tenía ojeras y su piel mostraba una curiosa tonalidad amarillenta. Incluso le fallaba su mordacidad de avispa. Cuando le pregunté si se encontraba mal, se alzó de hombros cansinamente.

—Esa cena de esta noche… ¡Desde luego, podía ir a cortarme las venas en una bañera! Les echaste una granada sin seguro a las narices, y sólo dos tuvieron bastante sentido para verlo. Los otros, no quisieron verlo… ¿No has pensado nunca, amigo, que si mueres una noche en un callejón, estarás muriendo por hombres como ésos?

—Tú también lo habrás pensado.

—Lo hice, muchas veces. ¿Te acuerdas de lo que te conté de mi tío Freddie? Pensé en él esta tarde cuando hablabas de esos tipos que está reclutando Roditi. Freddie también podía ser muy malvado, especialmente cuando estaba corto de dinero o le había ido mal un negocio, lo que le pasó cada vez con más frecuencia a medida que se iba haciendo viejo. Acostumbraba a darle sablazos a mi madre, y si con llanto no le abría la bolsa, intentaba hacerle algún chantaje… Así es como me enteré de que tío Pantaleone era mi padre. Yo debía de tener, déjame ver, esto…, unos diez años, me parece. Tenía un juguete nuevo, una caja con un muñeco de resorte. Quería sorprender a mamá con él. Entré a hurtadillas en el salón donde estaba hablando con tío Freddie y me oculté tras un biombo. Me hallé en medio de una terrible pelea. Freddie quería dinero. *Mamma* se lo rehusaba vehementemente. Entonces, Freddie amenazó con extender la historia de mi origen por toda la ciudad. Debía de estar muy desesperado porque nunca antes me había mostrado otra cosa que amabilidad. Finalmente, no pude soportarlo más. Salté de mi escondrijo y les supliqué que dejasen de pelear. No recuerdo lo que dije, pero recuerdo un largo y extraño silencio, y lo descompuesto que parecía Freddie, y que jamás había visto a *Mamma* tan irritada y feroz. Después de eso jamás volví a ver a Freddie, aunque sé lo que le pasó. Por aquel entonces, ya podía leer. Lo vi en un periódico. Una noche, no mucho más tarde, estaba vagando borracho como una cuba a lo largo del Lungotevere. Se le acercó un joven marinero que lo invitó a subir a una barca del río. Allí fue atado, amordazado y golpeado hasta morir. Un cazador descubrió su cuerpo, diez días más tarde, enredado en las hierbas de la orilla del río, a medio camino de Ostia. No era muy popular. Por el contrario, en sus últimos años contaba con muy poca reputación. Pero tenía buenas conexiones en Inglaterra, así que la Policía fue diligente en sus investigaciones e hicieron un voluminoso informe para el cónsul británico. Parece que pagaron a la gente que lo mató, por hacerlo.

—¿Quién?

—Oh, no lo supe durante mucho tiempo. No hasta que murió mi madre y tuve

que leerme todos sus papeles. Encontré el anillo de Freddie con una pequeña etiqueta: «*In memoriam*… Pantaleone». Mi padre era un hombre muy consecuente y, como yo, tenía afición por la ironía… Hay una secuela, mi Dante. Puedo responder a la pregunta que no has hecho por delicadeza. Cuando la Gestapo me tuvo encerrado, creo que llevaba una semana de interrogatorio, y no estaba en muy buena forma, llegó mi hermanastro a verme. Entonces, era capitán: muy elegante, muy de Estado Mayor. Me ofreció un trato. A cambio de la lista de la red Salamandra, la Gestapo me soltaría y podría vivir durante toda la guerra en confortable retiro en la «Villa Pantaleone» de Frascati… No le escupí a los ojos, como habría hecho un héroe. Estaba demasiado cansado y enfermo. Le conté la historia que acabo de contarte. Pensé que estaba firmando mi condena a muerte, lo que me hubiera venido muy bien en aquel momento. Pero mi hermanastro era sólo la mitad del hombre que fue mi padre. Me devolvieron a los interrogadores. Estuvieron trabajándome durante otro mes. Luego, un día, sin previo aviso, me soltaron para confinarme en detención domiciliaria. Me metieron en un coche cerrado y me llevaron hasta Frascati. Los criados de la villa me cuidaron. Mi hermanastro se encontraba ocupado en sus tareas militares. Yo no podía dejar la casa y, además, no me encontraba bien, no tenía lugar al que ir ni papeles que usar. Un día mi hermanastro vino a verme. Me dijo que él había logrado mi liberación. Me explicó el porqué: ¡Deseaba acabar con toda obligación que hubiera podido tener mi padre conmigo! Me temo que entonces sí que le escupí a los ojos; aunque, mirando hacia atrás, creo que al menos sentía un cierto interés por mí. Y fue esto lo que me hizo ir a su funeral. Por otra parte… Bueno, ya ves lo que quiero decirte acerca de los motivos para el martirio, ¿no? A veces son muy simples, y a veces muy confusos…

A primera hora de la mañana siguiente, mientras aún estaba frotando mis ojos somnolientos, Giorgione me telefoneó desde su casa. Tenía buenas noticias. Gracias a un comentario hecho en la cantina y algunas investigaciones cuidadosas realizadas por Rita en el archivo, había descubierto la localización de un nuevo campo. Creía que podía ser uno de los usados en el entrenamiento de las escuadras antidisturbios. Me dio un nombre y una referencia en el mapa: Camerata, una pequeña ciudad lombarda en las montañas al norte de Bérgamo, a una hora de distancia de Milán. Me dijo que no tendría dificultades para encontrar el lugar, pero que quizá las tuviera para entrar en el mismo. El sitio estaba clasificado como un área de máxima seguridad. También tenía otras informaciones. El capitán Roditi vivía, con un nivel bastante alto, en un nuevo edificio de apartamentos no muy lejano del «Hotel Europa». El alquiler era muy superior al que podía permitirse con el estipendio de capitán. Así que, o tenía una renta privada, o alguien le pasaba subsidios.

Lancé bendiciones sobre la gran cabeza de Giorgione y luego me senté, meditabundo, a desayunar. Tras el desayuno telefoneé a la oficina de Roditi para

concertar nuestra cita para tomar un trago. Su sargento me dijo que Roditi había salido para Turín con el general Leporello y que no regresaría hasta la tarde del jueves. A las nueve llamó Stefanelli. Le dije que íbamos a dar un paseo por el campo. Lo recogería en su hotel en treinta minutos. A las diez estábamos en la autostrada, camino hacia el oeste, para tomar la salida de Bérgamo.

Mi plan era simple, pero arriesgado. Como oficial al servicio del SID aún estaba en posesión de mi documentación, que me daba entrada a cualquier instalación militar o civil, y acceso a todos los documentos, por muy secretos que fuesen. El riesgo era que el oficial al mando insistiese en su derecho de comprobar la documentación en su origen, antes de admitirme en su área. Por tanto, me proponía dejar a Steffi en Bérgamo, con instrucciones de telefonear a Manzini si no regresaba en un tiempo razonable. Steffi no se mostró muy entusiasta.

—Creo que estás loco, Matucci. Si comprueban tu documentación, te verás en líos hasta el cuello.

—Lo sé, Steffi; pero los presagios son buenos para hoy. Leporello y Roditi están fuera de la ciudad. Creo que puedo resolver todas las preguntas con buenos faroles.

—¿Y cuál es la razón para la visita… la razón oficial?

—La mejor de todas. Estoy buscando a un hombre llamado Marco Vitucci, al que se busca por crímenes de subversión y asesinato. Creemos que puede haberse deslizado a través del cedazo para entrar en esa organización tan delicada. Naturalmente, no encontraré a Vitucci. Pero si encuentro a Giuseppe Balbo, entonces habremos obtenido un buen provecho.

—Lo bastante como para comprar una bella lápida, hermanito.

—Tranquilízate, Steffi. Es un bello día… Regresaré en un par de horas y te pagaré la mejor comida que hay en Bérgamo.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo durante esas dos horas, en Bérgamo?

—Veamos… Podrías hacer un peregrinaje a la casa del Papa Juan. Después de todo, volvió a hacer que los judíos fueran respetables, y un montón de gente no le pudo perdonar eso… Podrías leer algo de Tasso, podrías escuchar algo de Donizetti, o incluso danzar la bergamasca, si puedes encontrar alguna mujer lo suficientemente vieja como para recordarla.

—Menudo guía turístico estás hecho, Matucci.

—No lo creerás, Steffi, pero eso era justamente lo que hacía en mis tiempos estudiantiles… hasta que le hice una sugerencia poco adecuada a una de las clientes. Ella estaba muy dispuesta, pero su esposo nos cazó haciendo manitas en la Cappella Colleoni y perdí el trabajo. Siempre puedes hacer una visita a ese lugar, en mi nombre.

—Tengo una idea mucho mejor, hermanito. Sigamos conduciendo hasta llegar a Suiza. Tú te puedes ir a vivir con tu chica, y yo les venderé relojes cucú a los turistas. De esa forma, quizás ambos viviremos un poco más de tiempo.

Desde Bérgamo la carretera subía serpenteando a través del valle de Brembo,

siguiendo los flancos de las colinas lombardas. Conducía cuidadosamente, preparándome mentalmente para los delicados momentos de mi primera entrada en el campo. En Camerata me detuve a preguntar la dirección y me encontré con el primer perímetro de seguridad. Las tres personas a las que pregunté sabían que había un campo en alguna parte, pero no tenían ni idea de dónde estaba. Finalmente, tuve que ir a ver a la Policía local y enseñarle mi carnet al *brigadiere*, que me dibujó un mapa en una hoja de papel amarillo. Aun así, casi me pasé la desviación, un estrecho desfiladero de metal ondulado encerrado al extremo de una empalizada de troncos dominada por una torre de vigilancia en la que había un reflector y una ametralladora. También había centinelas en la puerta, dos tipos de aspecto duro que me detuvieron a diez metros de la entrada y quisieron saber qué era lo que buscaba. Les mostré mi tarjeta y les dije que quería hablar con el comandante. Uno de ellos tomó mi documentación y regresó a su garita a telefonear. Esperé cinco minutos y entonces me hicieron un gesto para que atravesase el portalón, cerrándolo tras de mí. En el interior, el lugar era hosco y nada atractivo: hileras gemelas de barracones de madera con un amplio campo de desfile en medio, y, más allá, una gran explanada medio desbrozada y medio cubierta aún por la maleza, que evidentemente era el área de entrenamiento. Detuve mi coche junto a la oficina del comandante y pasé al interior. Un sargento oficinista tomó mi identificación y entró en la habitación contigua. Esperé otros cinco minutos antes de ser introducido a presencia de un delgado Mayor con cabeza de bala, que parecía capaz de enderezar herraduras y romper anuarios telefónicos con las manos. Su escritorio estaba cubierto por una masa informe de papeles y parecía bastante molesto por ello. Jugueteaba con una hoja o con otra, como si no estuviera muy seguro de lo que había escrito en ellas. Su saludo fue respetuoso e inquieto.

—Mayor Zenobio, a su servicio, coronel. Lamento no haber sido avisado de su visita.

—Había buenas razones para ello, mayor.

—¿Sí?

—El general Leporello salió para Turín a primera hora de esta mañana. Yo aún estaba esperando información de Roma, que llegó justo antes de las diez. Salí inmediatamente. Tengo que informar al general, a su regreso. De hecho, vamos a cenar juntos mañana por la noche. Si cree que tiene necesidad de comprobar esto, por favor llame inmediatamente a su secretaria. Me gustaría que comenzásemos inmediatamente a trabajar.

Dudó un momento, dio otra mirada a mi identificación, luego la cerró y me la devolvió. Su tono era algo menos frígido.

—No, no creo que necesitemos eso, coronel. Ahora, ¿qué es lo que le trae aquí?

—Es un asunto que, en este momento, queda reservado entre usted y yo, Mayor. Tengo que insistir en esto desde el principio.

—Comprendo.

Jugueteó de nuevo con los papeles, tirándolos en alto como si fueran confeti.

Para mí, un hombre cuya vida dependía del papel, aquello era una especie de sacrilegio.

—Mayor, estoy buscando a un hombre. La Policía lo busca por intento de asesinato. Nosotros queremos hallarlo porque es un subversivo bien conocido, y tenemos que hablar con él antes que nadie.

—¿Y espera encontrarlo aquí, coronel?

—Hay una cierta lógica en la idea que ha elaborado mi gente. Esos nuevos grupos suyos constituyen un proyecto delicado, altamente político. Sus métodos de reclutamiento son, digamos, bastante poco ortodoxos. Para decirlo con mayor claridad, se ha acordado, como decisión de alta política, que incluso se acepte a delincuentes sociales, siempre que puedan ser reentrenados para ejercer ciertas funciones esenciales. ¿Correcto?

—Correcto.

—Sigamos. El proyecto es secreto, los requisitos especiales. Un hombre que quisiera desaparecer podría presentarse al alistamiento. Si su *dossier* no pareciera demasiado desastroso, usted lo aceptaría.

—Una pregunta, coronel. El proyecto es secreto. ¿Cómo lo conoce ese hombre?

—Ah, ése es uno de los asuntos de los que tengo que discutir mañana por la noche con el general. No le afecta a usted, Mayor. Pero afecta a otro oficial que no se ha mostrado muy discreto… No obstante, esto es confidencial hasta que el general dé su visto bueno. Pero dé por sentado que el hombre al que busco podría saberlo, y presentarse… Ahora bien, no estamos interesados en el aspecto policial del asunto; pero un subversivo conocido, un agente marxista activo, dentro de este tipo de grupo… ¡Bueno! ¿Comprende mi punto de vista?

—Con toda claridad, coronel. ¿Cuál es el nombre de ese hombre?

—Marco Vitucci.

—Demos una ojeada a la lista.

—Lo haremos dentro de un instante. ¿Qué otro tipo de documentación tiene de sus tropas?

—Cada hombre tiene una ficha que contiene sus detalles personales y los informes del equipo de entrenamiento.

—¿Fotografías?

—Cada ficha lleva una fotografía, una huella digital y una relación de señales distintivas. Éstas también están incluidas en el documento de identidad del individuo, que lleva en todo momento, además de su identificación civil.

—Bien. Ahora, demos una mirada a esa lista.

Le llevó tres minutos el encontrarla en el lío que había en su mesa y en los cajones. Sólo le llevó un minuto o así ver que en la lista de cuatrocientos nombres de los dos grupos de entrenamiento no había ningún Marco Vitucci.

—Bueno, tenemos otro alias —busqué ostensiblemente en mi libro de notas—.

Aquí está: Barone, Turi.

Eso me colocó en medio de las bes. Tampoco había ningún Barone; pero encontré el nombre Balbo, Giuseppe, y se lo indiqué al Mayor.

—Balbo, ¿eh? Naturalmente, no tiene que ver nada con el caso. Pero me preguntaba si no tendría alguna relación con el general Balbo, el que marchó con el *Duce*.

El Mayor sonrió por primera vez.

—Lo dudo. Pero demos una ojeada, por pura curiosidad. Sería una coincidencia que lo fuera. Balbo fue uno de los primeros *quadrumvirate* del fascismo. Nosotros podríamos ser el nuevo inicio… Aquí tiene.

Abrió un archivador, sacó una ficha y me la entregó. La estudié cuidadosamente. La identificación era clara. Aquél era el mismo hombre que había visto con Roditi en el «Club Alcibiade». Si la huella digital coincidía con la que había en los archivos policiales, entonces tenía todo lo que necesitaba. Le entregué la ficha al Mayor, que la tiró al atestado escritorio, medio enterrándola bajo las listas.

—Me temo que no haya conexión alguna. El viejo general era de Ferrara. Éste ha nacido en Gaeta. Bueno, fue una fantasía agradable. Creo que eso es todo, Mayor. Sin dolor alguno para usted y un pequeño desengaño para mí. Sin embargo, seguiremos buscando. Me pregunto si le podría pedir un favor.

—Cualquier cosa, coronel.

—¿Podría darme una taza de café?

—Por supuesto.

Aulló llamando al sargento, y al no haber respuesta, atravesó la puerta corriendo y le oí gritar a través del campo de desfile. Me metí la ficha de Balbo en el bolsillo y lo seguí afuera.

—Por favor, Mayor, no se preocupe. Ya me voy. Sólo quiero recordarle una cosa… Esta visita es estrictamente secreta.

—Naturalmente, coronel. Que tenga un buen viaje.

Le alegró verme marchar, pero no se alegró ni la mitad de lo que yo cuando oí las puertas de la empalizada cerrarse tras de mí. En el momento en que hube perdido de vista la torre de vigilancia, pisé con fuerza el acelerador y conduje rápida y peligrosamente todo el camino hasta Bérgamo. Arranqué a un gimoteante Steffi de la plaza de la Ciudad Alta y conduje directamente de vuelta a Milán. Las huellas de la ficha de Balbo coincidían con las que Steffi había traído de Roma. Hicimos cuatro fotocopias y encerramos el original en la caja fuerte. Luego, llamamos a Pietro y le ordenamos champaña y una cena de gourmets para celebrar aquella primera victoria contra los infieles.

Era una de aquellas horas jubilosas que sólo un profesional puede comprender y compartir. Era como ganar a la lotería o que la chica más hermosa de la habitación cayese en tus brazos. Yo era el tipo más astuto de todo el mundo, tan chulo como un tahúr que se hubiera apostada la virtud de su mujer a la carta más alta. Pero… *post*

coitum tristitia, post vinum capitis dolor! A las cuatro de la tarde, sobrios pero adormilados, aún no sabíamos qué hacer con el documento Balbo. Steffi, que se había perdido su siesta, lo resumió irritablemente.

—*Ebbene*! Ahora tenemos las pruebas necesarias para llevar a un tal Giuseppe Balbo a la cárcel para toda su vida. Pero tú no quieres eso. Lo quieres aquí, en esta habitación, cantando como un jilguero, diciéndote todo lo que sabe acerca de Roditi, la carta-bomba y los asesinatos de la Via Sicilia. Luego quieres a Roditi aquí, cantando otra canción acerca del general Leporello. Luego, cuando hayas copiado toda la melodía, ¿qué es lo que vas a hacer con ella? Eres como el rabino que jugo al golf el sábado y consiguió un agujero de un solo golpe, ¿a quién se lo contaba? Y, cuando lo cuentes, ¿quién va a querer creerte? Y, lo que es mucho más importante, ¿quién va a hacer nada al respecto? Matucci, hermanito, gran cabezota, tendrás que responder a todas esas preguntas.

—¡Dame tiempo, Steffi, por Dios!

—No tienes tiempo, hermanito. ¿Y si tu mayor Zenobio ha echado de menos la ficha?

—Espero que no haya sido así. Es muy descuidado con los papeles.

—Supón que telefonea a Leporello para confirmar tu identificación.

—Estoy corriendo un riesgo, en la esperanza de que no lo haga.

—¡Riesgos, esperanzas! Si sigues así, te ahorcarás tú mismo.

—¡Lo sé, lo sé! Demos un paso después de otro. Quiero dudas, confusión y pánico… ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—¿A qué distancia está Chiasso?

—A menos de cincuenta kilómetros. De nuevo, ¿por qué?

Tomé el teléfono y marqué el número privado de Bruno Manzini. Cuando lo tuve al teléfono, le dije lo que quería:

—… Un correo, Bruno. Lo quiero ahora. Tiene que ir hasta Chiasso y echar algunas cartas. Tendrán que ser entregadas en Milán con el reparto de mañana. Y quiero verte en este apartamento, tan pronto como sea posible. Lamento molestarte, pero es muy urgente.

Quizá fuera un tanto estrambótico, pero siempre cumplía sus compromisos. El correo estaría conmigo en quince minutos. Él vendría a las seis. Steffi me estaba mirando como si fuera un loco no peligroso. Abrí la caja fuerte, saqué el documento Balbo, lo limpié con un pañuelo y lo dejé sobre el escritorio. Luego llamé a Paolo y le pedí que me trajese un par de sus guantes blancos, limpios. Finalmente, Steffi no pudo soportarlo más.

—¡Dímelo de una vez, Matucci! ¿O es que tengo que quedarme aquí y mirar cómo juegas al inspector Maigret?

—Paso uno. Hacemos dos copias nuevas del documento Balbo. Esta vez sin dejar nuestras huellas por todo el papel de copia. Paso dos. Cortamos la huella de Balbo de

cada copia. Paso tres. Escribo dos notas idénticas para acompañar las huellas digitales. Paso cuatro. Dichas notas y huellas digitales salen para ser enviadas por el correo nocturno del sur de Suiza.

—¿Y qué dirán esas notas?

—Dos nombres: Bandinelli, Calvi. Un lugar: Via Sicilia, Roma. Y la fecha en que murieron.

—¿Y quién recibe las notas?

—El general Leporello y el capitán Roditi… en sus direcciones privadas.

—¿Y cuánto tiempo les costará comprobar la huella con sus archivos?

—Al menos cuarenta y ocho horas.

—¿Y cuánto tiempo para concatenarlo todo contigo a través de la ficha robada?

—Otras veinticuatro horas. Eso son los límites mínimos. Quizá las cosas aún vayan mejor.

—Y entonces ¿qué, hermanito?

—Entonces viene la escena más hermosa, Steffi. Creo que lograremos que Fellini se decida a grabarla. Yo, Dante Alighieri Matucci, estoy de pie, solitario y noble, en el centro del Estadio Olímpico. Todas las graderías están repletas. Todos los espectadores tienen el mismo aspecto que el director. Todos tienen armas y me apuntan con ellas… Lo que pase después, es algo de lo que no estoy muy seguro.

—Yo sí estoy seguro, Matucci. Me voy a casa de mi madre.

—Oh, no, no lo harás. Al menos, no esta noche. A las diez vamos a ir a hacer una visita privada al apartamento del capitán Matteo Roditi. ¿Qué te parece eso?

—Una locura, hermanito. ¡Estás loco de atar!

Bruno Manzini llegó puntualmente a las seis. Cuando oyó mis hazañas de aquel día, no pareció nada divertido. Ni tampoco me lanzó ninguna elegía tolerante. Se mostró fría y elocuentemente airado:

—¡… Matucci, me asombras! No te falta talento. Tienes una gran experiencia. Al menos, tienes un sentido rudimentario de la política. Por lo tanto, este juego de niños al que te has dedicado hoy es una estupidez increíble e inexcusable.

—¡Escúchame, *Cavaliere*!

—¡No! ¡Escúchame tú antes! Te has comprometido. Me has comprometido. Has puesto en movimiento toda una serie de acontecimientos para los que no estamos preparados y para los que no tenemos tiempo de prepararnos. ¡Buen Dios, muchacho! ¿Es que no has aprendido nada? Esto es alta política. ¡Estamos hablando de la revolución, Matucci, barricadas en las calles, tiros y bombas! ¡Y sin embargo, tú te comportas como un agente con cerebro de mosquito salido de una revista de historietas! ¡Desde luego, me haces desesperar!

—Creo que te desesperas con demasiada facilidad, *Cavaliere*.

—¿Eso crees? Entonces, demuéstrame que esta estúpida escapada tiene un mínimo de sentido, y moriré feliz.

—Entonces, ahí va. Encerrado en esa caja hay un documento, quizás el único documento que exista, que puede ligar a Roditi y Leporello con una conspiración de asesinato. Lo obtuve con un acto arriesgado con posibles consecuencias, pero…

—¡Posibles! ¡Madre de Dios! ¡No se te ocurre decir otra cosa!

—… Pero, *Cavaliere*, si en mi trabajo uno no corre riesgos se queda en pie como un payaso mientras la gente le echa cubos de agua por la cabeza. Siguiente punto, acordamos una política de duda y confusión. He comenzado a crearla…

—Prematuramente. ¡Sin previsión!

—Bueno, con perspicacia. Estamos enfrentándonos con brujos, con gente que puede hacer desaparecer archivos, con gente que puede sobornar testigos, silenciar políticos y comprar perjuros… si les damos el suficiente tiempo. Lo que estoy intentando, correcta o equivocadamente, es negarles ese tiempo. Soy un agente con cerebro de mosquito, porque no puedo darme el lujo de ser un Lorenzo de Médicis, preparando la caída de sus enemigos por lentos y principescos grados. Soy un oportunista, porque tengo que serlo. Tú puedes estar sentado en el «Club de los Banqueros», y planear la campaña. Yo tengo que luchar en las escaramuzas y las batallas callejeras, y si las pierdo, tu campaña será puro papel mojado… ¡Bah! ¡Esto es una locura! ¡Dejémoslo correr!

Se quedó mirándome largo rato, con rostro hosco y hostil, luego asintió lentamente, como si aceptase alguna proposición que se hubiera hecho a sí mismo. Después, me la comunicó.

—*Ebbene*! Tú tienes razón y yo tengo razón, y los dos nos equivocamos. Empecemos a partir de aquí y veamos lo que podemos salvar.

—No, *Cavaliere*, veamos lo que podemos edificar.

Una pequeña sonrisa dubitativa tironeó las comisuras de su boca.

—Eres un verdadero cabezón, Matucci. ¿Qué es lo que voy a hacer contigo?

—Usarme, *Cavaliere*. Como un jersey que pica, si así se presentan las cosas, pero usarme. Y darme algunos consejos. Proyectemos a partir de la evidencia que tenemos a mano. Establecemos un caso que involucre a Balbo como asesino y a Roditi y Leporello como conspiradores. ¿Dónde y cómo presentamos nuestro caso? ¿Y cómo incluimos al director en él? Dices que no estamos preparados. Lo sé. Así que necesito ayuda contra esos altos personajes, antes de que estrechen el cerco. ¿Puedes dármela?

—Es el director el que te preocupa, ¿no?

—Sí. Tiene una posición perfecta. Puede excusar todo lo que ha hecho diciendo que estaba infiltrándose en una conspiración que amenazaba la seguridad del Estado. Conoce tantos secretos que todo el mundo le teme, incluso su propio ministro.

—Yo no le temo, Dante.

—Eso no nos sirve. Necesitamos la palanca con que derribarlo.

—Tenemos la palanca, mi Dante. Lo que necesitamos es el detonante; y tú, sin saberlo, sin darte cuenta, lo has obtenido.

—No entiendo nada.

—Sé que no lo entiendes. Y eso es lo que me irrita contigo. Con el fervor de la cruzada, con el calor de una nueva situación, te sales de madre. Pasas de ser lógico a ser oportunista. Persigues un fuego fatuo y te olvidas de las hogueras que arden en las colinas que te rodean. ¿Recuerdas lo que pasó en el pabellón de caza? ¿En Venecia? Lo mismo está pasando ahora. Por eso eres vulnerable a un hombre como el director. Tienes cada uno de los talentos que él tiene, y algunos que a él le faltan, pero no puedes o no quieres utilizarlos. Así, hasta ahora, siempre has sido una herramienta de los designios de otros hombres… Lamento si te he ofendido, pero tengo tal consideración por ti, que no puedo soportar lo que te estás haciendo a ti mismo… Deja que te explique lo que quiero decir. Cuando abandonaste la casa de mi hermanastro la mañana después de su muerte, dejaste a un viejo sirviente llorando su borrachera. Le pediste que te tomase nota de las llamadas telefónicas. Lo hizo. Jamás regresaste a recoger la lista. Yo lo hice. Fui allí a ver qué era lo que necesitaba un viejo que había conocido a mi padre. Como tenía miedo, me dijo que te había mentido. No estaba despierto cuando mi hermanastro volvió a casa del «Club de Ajedrez». Estaba borracho y roncando. Mintió porque pensó que le echarían las culpas por no haber dispuesto las alarmas. Estaban desconectadas cuando se despertó por la mañana… No, por favor, no me interrumpas. Deja que te asombre un poco más. La noche después del funeral de mi hermanastro, hice que sacaran su cadáver de la cripta. Se procedió a una autopsia en el depósito de cadáveres de una clínica privada. Mi hermano tomó barbitúricos. Probablemente tomó una dosis bastante grande, pero no lo bastante como para matarle. Fue asesinado con una inyección de aire en la arteria femoral. La señal de la jeringa era claramente visible bajo el pelo del pubis. ¿Comprendes entonces lo que sucedió, Dante? Ayudaste al director a ocultar

un supuesto suicidio. En realidad, con tu actuación, te convertiste en cómplice de un asesinato.

—¿Por qué no me contaste esto antes?

Durante un minuto, no dijo absolutamente nada. Sus ojos estaban cubiertos por una delgada película, como los de un pájaro, así que no parecía estar mirándome, sino dirigir su vista a través de mí, mucho más allá, hacia una distancia inconmensurable. Permaneció rígido, con los dedos unidos y apoyados sobre sus delgados labios fruncidos. Cuando habló, su voz fue gélida y remota, como el primer viento helado del otoño.

—Para darte una lección, Matucci. No te fíes de nadie. Ni siquiera de mí. No creas que el viejo Adán está muerto hasta que no hayas atornillado su ataúd y luego visto el enterrador aplanar a pisotones la tierra de su tumba.

Naturalmente, tenía razón. El viejo bastardo siempre tenía razón. Nosotros, los latinos, somos el pueblo más ilógico del mundo. Incluso desconfiamos de nuestras madres cuando nos están dando teta. En las únicas cosas en que confiamos alegremente es en las verdades tan poco probables como las estatuas de la *Madonna* que se echan a llorar, las casas que vuelan, y la infalibilidad de los Papas.

Nuestra visita al apartamento de Roditi comenzó con buenos auspicios. Había una fiesta en el sexto piso; el vestíbulo estaba repleto de invitados que acudían a la misma, y el portero había perdido ya la cuenta de los que tenían que venir. Steffi y yo subimos con los invitados hasta el quinto piso, y bajamos en un rellano desierto. Tocamos el timbre del apartamento de Roditi y, al no obtener respuesta, usé una ganzúa y abrí la puerta en treinta segundos. Fue tan fácil como vender caramelos a la puerta de una escuela.

El interior del apartamento fue una sorpresa. Había esperado una elegancia refinada o quizás un abarrotamiento femenino. En lugar de esto, me encontré con un apartamento tan aséptico e impersonal como una habitación de hotel. El mobiliario era danés moderno. Los cuadros, dispuestos en severa simetría, eran todos de soldados con uniformes históricos. Había un mueble bar y un tocadiscos estéreo con una colección de canciones populares, temas de películas y musicales yanquis. El escritorio estaba vacío, exceptuando una carpeta de cuero repujado y un cubilete de cuero repleto de bolígrafos y lápices muy bien afilados. El lugar era inmaculado y el mobiliario de madera brillaba por la cera y un reciente pulido.

Comenzamos nuestra búsqueda en la cocina. Encontramos café, pan, mantequilla, queso y un recipiente de papel con leche. El comedor estaba provisto de mantelería, cubertería y vajilla para seis personas. Todo era de buena calidad, pero no distinguido. En el mueble bar había una botella de reserva de cada licor y quizás una docena de botellas de agua mineral diferentes. Los libros del salón eran inocuos: novelas de bolsillo, algunas biografías. No había ni pornografía ni señal alguna de

fotografías o revistas *sexy*. Los cajones del escritorio estaban abiertos. Contenían papel de notas, sobres y algunos blocs de papel cuadriculado de dibujo. El baño no reveló nada excepto que los productos de aseo personal que usaba el capitán eran caros, pero no exóticos.

El dormitorio nos suministró datos más valiosos. Roditi tenía diez trajes y cuatro uniformes, todos ellos hechos por un sastre caro. Sus camisas eran hechas a mano y llevaban bordadas sus iniciales. Tenía gran cantidad de zapatos, corbatas, pañuelos de cuello y costosos accesorios. Y era un hombre muy cuidadoso o tenía una joya de criada, porque sus cajones estaban arreglados con precisión matemática y su cómoda estaba dispuesta como el muestrario de una tienda.

En el cajón de la mano derecha de la cómoda, y boca abajo, había una fotografía en un marco de plata. Era un retrato, obviamente tomado por un profesional, de una mujer de poco más de treinta años, que tenía un asombroso parecido con la *Donna Velata* de Rafael que se halla en la «Galería Pitti» de Florencia. Tenía los mismos ojos negros, grandes y lustrosos, la misma nariz, un poco demasiado grande para que fuera de una belleza perfecta, la misma boca, suave y enigmática en su reposo. Incluso el estilo del peinado era similar: negras trenzas recogidas sobre las orejas y sujetas tras la cabeza. La fotografía estaba dedicada con una letra redonda y suelta: «A mi muy querido Matteo, como recuerdo y promesa, Elena».

Junto a la fotografía, encontré un paquete de cartas, más de treinta, sujetas con una banda elástica. Estaban escritas por la misma mano, firmadas con el mismo nombre. Las leí y se las fui pasando una a una a Steffi. Eran cartas de amor, líricas, tiernas, totalmente desinhibidas en su recuerdo de las noches y días de una relación apasionada. Muchas veces, he ojeado cartas que no me pertenecían, pero aquéllas me conmovieron profundamente, y sentí una repentina vergüenza ante mi invasión de la vida privada de aquella desconocida. Las cartas no tenían fecha. No había dirección. Por el texto y las referencias resultaba claro que habían sido escritas durante un período de varios años y que la última lo había sido no hacía más de una semana. Elena estaba casada, con un hombre mucho mayor que ella, y su matrimonio no era feliz. Roditi, fueran cuales fuesen sus otros vicios o virtudes, obviamente era un amante apasionado y considerado. No había reproche alguno en ninguna de las cartas, sólo ansia, gratitud y una vivaz poesía sensual.

Incluso el viejo Steffi estaba asombrado. Me devolvió la última carta y me dijo sombríamente:

—¡Vaya, Matucci! Si tú y yo pudiéramos lograr una mujer como ésa…

—No tiene sentido, Steffi. Un tipo como Roditi…

—Para ella tiene sentido, hermanito, el más bello de los sentidos del mundo.

—¡Un *finocchio* como ése! Nunca.

—Quieto un momento, Matucci. Quizá te equivoques desde el principio. Lo has visto en el «Alcibiade». Has oído y fíjate bien, sólo lo has oído, que alguien como él va buscando tipos duros en el «Pavone». Giorgione te ha dicho que es un loco de la

cultura física. Esto es todo lo que sabes. El resto es imaginación y suposiciones. Fíjate en este apartamento, ¿te parece el de un homosexual? A mí no. ¿Parece que esa dama esté siendo engañada? Yo no lo creo. Quizás haya que volverse a hacer una idea sobre ese tipo… Dame esa fotografía un minuto.

Sacó la parte de detrás del marco y tomó la foto. En su dorso estaba la dirección del fotógrafo, junto con un número de archivo: A. Donati, Bolonia, 673125. Steffi lo apuntó en su bloc y volvió a colocar la foto en el marco.

—Mañana, si te parece, iré a Bolonia y seguiré la pista de la foto, ¿te parece?

—Hazlo, Steffi… No obstante, espera un minuto. Hay algo extraño.

—¿Qué?

—Estamos examinando media casa, a medio hombre. Este lugar está incompleto, como si no hubiesen pasado aún suficientes cosas importantes en él. Es tan neutro como una sala de exposiciones.

—Pero, sea cual sea la forma en que se considere a Roditi, él no es neutro.

—Exactamente.

—Entonces, ¿por qué no tomamos una de las cartas del centro del paquete y salimos a escape de aquí? Me siento como un criminal.

—Que es exactamente lo que eres, Steffi. Pero me traes el nombre de la dama mañana, y te colgaré una medalla.

Salimos del apartamento dejándolo tal cual lo habíamos encontrado y bajamos, inocentes como niños, al vestíbulo. El portero estaba en su cubículo mirando la televisión. Podríamos haber ido arrastrando un cuerpo ensangrentado sobre aquel mármol de Carrara y no habría parpadeado ni una sola vez.

Sólo era algo después de las once. La noche era cálida y las calles estaban aún repletas de paseantes y tráfico. Steffi estaba cansado, así que lo dejé en su hotel. Yo estaba demasiado inquieto para irme a dormir. Bruno Manzini me había dado una dura lección. Tenía la mente confusa. Mis juicios eran apresurados. Mis acciones eran precipitadas y peligrosas. El director me había juzgado mucho antes y había hecho de mí un obediente actor para sus dramas sardónicos. Incluso Lili conocía mis debilidades y no quería comprometerse conmigo hasta que las hubiera dominado, si es que podía hacerlo.

La idea de una velada solitaria en el apartamento me atemorizaba, así que crucé la ciudad en dirección al «Duca di Gallodoro», donde al menos podría compartir mi soledad y ponerle música.

Me dieron una mesa en un rincón sombrío. Pedí una bebida y permanecí sentado, contemplando los movimientos de los que bailaban y el ir y venir de los bebedores alrededor de la barra. Un par de chicas pasaron al lado, con sonrisas expectantes, pero las aparté con un gesto. Estaba demasiado melancólico para soportar su inevitable parloteo y su constante sed de mal champaña. Llevaba allí quizás unos veinte minutos, cuando entraron dos hombres y se sentaron a tres mesas de distancia, a mi derecha. Uno era un hombre enorme y de aspecto duro, con el rostro maltratado y

brutal de un púgil; el otro era pequeño, oscuro y gallardo, con ojos de hurón y una gran sonrisa deslumbrante.

Al pequeño lo conocía. Todo el mundo en el Cuerpo lo conocía, al menos por su nombre y reputación. Lo llamaban el Cirujano porque, según decían, podía extraerle el cerebro a un hombre vivo y diseccionarlo buscando hasta la última migaja de información. Incluso corría un dicho acerca de él: ¡Cae en las manos de Dios, no en las garras de el Cirujano! El sospechoso que había saltado o había sido empujado por la ventana se encontraba a su cuidado. Evidentemente, el tipo robusto era su guardaespaldas… y probablemente su carnicero asistente. Me hundí más en las sombras, para que no me viese, me saludase y me viese obligado a devolverle el saludo.

Unos momentos más tarde, la banda dejó de tocar, y los bailarines regresaron a sus mesas. Fue colocado un micrófono en el centro de la pista y un maestro de ceremonias anunció la presencia de la eminente y bien amada Patti Pavese, que iba a cantar para nosotros. Entonces, se apagaron todas las luces y hubo cinco segundos de oscuridad hasta que un foco lanzó su luz al centro de la pista de baile y reveló a la cantante en un esplendor de mallas y lentejuelas. Tenía mucho mejor aspecto que lo que cantaba, pero el auditorio la adoraba y aplaudía incesantemente. Cuando cantó su gran numero, «*Una Manciata d'Amore*», enloquecieron, y la hicieron repetir dos veces el estribillo, cantándolo con ella.

Cuando las luces volvieron a encenderse, miré hacia el Cirujano. Yacía derrumbado sobre la mesa, en un charco de licor derramado. Su guardaespaldas estaba caído de costado en la banqueta. A ambos les habían disparado en la cabeza con una pistola de pequeño calibre. Lancé un par de billetes sobre la mesa y me dirigí a la entrada. Estaba a media distancia de la puerta antes de oír un alarido de mujer y la conmoción que le siguió.

El asesinato de el Cirujano produjo grandes titulares en la Prensa matutina, y las agencias de noticias extranjeras también se cebaron en el asunto. La Policía anunció una búsqueda a escala nacional de los asesinos y pidió informaciones al público, especialmente acerca de cualquiera que hubiera abandonado el «Duca di Gallodoro», antes de la llegada de la Policía.

Manzini, que me había telefoneado durante el desayuno y me había invitado a dar una vuelta por sus fábricas de Milán, estaba triste y descorazonado.

—… Como mejor está un tipo de ésos es muerto, pero hay cincuenta más esperando ocupar su puesto. Así que no se resuelve nada. Las facciones se polarizan aún más. Los tiranos resultan mucho más atractivos para una gente aterrorizada y desesperanzada. Mira, Dante. ¡Mira y escucha! Nota la tensión, la profunda corriente de inquietud y sospechas. Verás cómo los grupos de trabajadores se reúnen, cada uno de ellos sospechoso de los demás, todos buscando espías y agentes provocadores. Son

buena gente, Dante. Nosotros tenemos menos problemas laborales que la mayor parte de las empresas, porque firmamos contratos razonables y los cumplimos. A mí no me odian por ser el *padrone*; creo que incluso me respetan. Pero, como hombre, estoy tan lejano como la luna. Personifico el poder. Me identifican con todos los excesos de poder que hay en este país. Me telefonearon esta mañana de Roma. El Gobierno está considerando una nueva reglamentación que dará a la Policía unos poderes aún más amplios de registros y detención. Están hablando de noventa y dos horas de detención preventiva basándola en puras sospechas… ¡Detención preventiva! ¡Eso es una locura! Nos hace retroceder cuarenta años. Tu Cirujano es el símbolo del terror necesario para controlar las masas inquietas. En los viejos tiempos hubiera usado una máscara y llevado un hacha de decapitar. En parte, yo también soy culpable de lo que pasa. Tengo guardas en las puertas y detectives dentro de las fábricas para evitar los hurtos. Perdóname, hoy me siento bastante deprimido. Tendremos que comer con los gerentes y luego te mostraré algo un poco más agradable.

Fuimos a quince kilómetros fuera de la ciudad, en dirección a Como, y salimos de la carretera hacia un aparcamiento privado en el que veinte bungalows, todos ellos nuevos, se agrupaban alrededor de un edificio central, que tenía el aspecto de un club, y estaba rodeado por césped y jardines con flores. Manzini me explicó lo que era con irónica deprecación.

—… Es un soborno a mi conciencia de pirata, Dante. Una de las cosas con las que espero lograr un perdón de la condena eterna. Es un hogar para niños mongoloides que no pueden ser cuidados por sus familias. Como quizá sepas, tienden a tener un período de vida bastante corto. Si son sometidos a una tensión indebida, por ejemplo en una institución de estilo antiguo, algunos de ellos se convierten en violentos y antisociales. Así que hemos intentado reproducir aquí una situación familiar. Cada casa contiene de seis a diez niños bajo el cuidado de un matrimonio. El edificio central alberga clases, una clínica, una sala de recreo y los alojamientos del personal. Pasamos todo el tiempo experimentando, y este lugar se ha convertido en el prototipo para otros que hay en diferentes partes de Italia. En este país la Iglesia acostumbraba a ser la fuente de la caridad, pero demasiadas de las viejas órdenes de monjes y monjas se han esclerotizado y quedado pasadas de moda. En cuanto a las instituciones estatales, más vale no hablar de ellas. He visto orfanatos, amigo mío, en que los niños no aprenden a hablar hasta que tienen siete u ocho años, porque nunca les ha hablado nadie… Aquí estamos enseñando y aprendiendo al mismo tiempo, y cada semana hay alguna pequeña revelación que hace que todo esto valga la pena.

Para mí, la revelación más grande fue el viejo mismo. El personal lo adoraba, tanto los hombres como las mujeres. Cada uno de ellos tenía algo especial que mostrarle: un proyecto de terapia, una pieza de equipo reciente, un formulario de dieta, un juego que parecía tener una especial fascinación para los niños. Y con éstos era como un abuelo feliz. Los acariciaba, los besaba, se sentaba en el suelo y jugaba con sus cubos y modelos. Dibujó cosas cómicas en una pizarra e incluso martilleó

una tonada en el piano. Se colocó a un pequeñín en los hombros y lo llevó por todo el lugar, mientras media docena más se agarraban a sus ropas, tratando de llamar su atención. No había nada organizado en el coro de cánticos que lo recibió y lo despidió. Llegó y se fue como el patriarca de una frágil familia que, sin él, hubiera permanecido olvidada y nunca se hubiera reunido.

Lo extraño era que necesitase justificarse… y, sobre todo, ante mí.

—… Hay un hombre en Roma, un sacerdote al que conozco, que sólo trata con monstruos. Y hablo literalmente. El hombre aún concibe y la mujer aún da a luz monstruosidades con un ojo y tres brazos y medio cerebro y dos corazones. Algunos de ellos sobreviven. Sólo Dios sabe el porqué y jamás lo explica, aunque yo creo que debiera hacerlo si quiere que creamos en la caridad, el amor, y todas esas cosas. De cualquier forma, el caso es que ese hombre me dijo en una ocasión que él era, quizá, la única persona de todo el mundo que realmente podía afirmar que existían los milagros. Bien, tienes que comprender, Dante, que los seres de que te hablo son realmente subhumanos, más allá de la razón, más allá de la imaginación, incluso más allá de la compasión. Pero aquel hombre me decía que, a veces, en los momentos más extraños, notaba, veía, oía una respuesta que estremecía los fundamentos de su cordura. ¡Aquellos vegetales, aquellas nadas monstruosas sabían! ¡Sabían…! ¿Durante cuánto tiempo y cuántas cosas? Es imposible decirlo, pero por un instante era como el relámpago sobre el Tabor. Este trabajo que yo hago es mucho más fácil que el suyo. No me cuesta nada más que dinero. El resto, es pura alegría. Regreso al hormiguero cambiado, aunque sólo sea un poco. Sé que no toda la vida es *vendetta* y ¡ay de los vencidos! El misterio es que aún debamos luchar para hacer sitio incluso para un amor tan pequeño. Si no lo hiciéramos, incinerarían a los monstruos y esterilizarían a esos niños míos, entregándoselos a los malvados del mundo para experimentos anatómicos. ¿Vas a ver a Leporello esta noche?

—Sí.

—¿Preocupado?

—Un poco. Se abre una puerta, tengo que atravesarla, aunque no esté seguro de lo que hay al otro lado. Quizá no apruebes lo que haga.

—¿Importa si lo apruebo o no?

—Sí, me importa.

—Una advertencia, Dante Alighieri. Cierra la puerta a lo que has visto hoy. Olvídate de ello hasta que llegue un tiempo más tranquilo. Vamos a volver a la jungla. No puedes permitirte albergar ilusiones.

—¿Qué ilusiones, Bruno?

—Que la Salamandra siempre sobrevivirá. Eso es un mito, una bella leyenda como la del Santo Grial y las manzanas doradas de las Hespérides. Ya he tenido mi advertencia, Dante. Tengo una estenosis mitral que acabará matándome… más bien pronto que tarde. Si me voy antes de que esto esté acabado, te quedarás solo. Y entonces, ¿qué?

—¿Es esto otra prueba, Bruno?

—No, una simple pregunta.

—Respuesta número uno: acabaré mi permiso y regresaré al SID, como obediente servidor. Respuesta número dos: aceptaré el trabajo que Leporello me ofrecerá en la cena de esta noche.

—¿Respuesta número tres?

—Emigraré y viviré feliz para siempre, trabajando en las minas de bauxita de Australia.

—¿Es eso todo?

—No. Hay otra posibilidad. Inclúyeme en tu testamento. Déjame el grabado de imprenta con el que te hacen tus tarjetas. Me estableceré como la Salamandra. ¿Quién sabe? Quizás escriba una nueva leyenda antes de que barran mis cenizas.

Era un mal chiste, pero se rió de él. Yo también me reí, ante el asombroso espectáculo de Dante Alighieri Matucci, colocado sobre su montón de estiércol, aleteando y croando su desafío a los principados, tronos y dominaciones y a todos los poderes oscuros de aquel soleado mundo latino.

Pensé cuidadosamente la forma en que debía vestirme para la cena de Leporello. El traje debía ser sobrio, pero no demasiado sobrio, para que no tuviera el aspecto de algún oficinista sin importancia que había ido a cenar con el director del Banco. ¿A la moda? Sí. Las damas aprecian a un hombre que es un tanto exótico, y el general no desearía otro ratón gris en su plana. La camisa, de batista blanca, con gemelos de oro, para dar una idea de dinero. El general debía saber dónde comenzaban las pujas. Era todo pura figura… que es de lo que vivimos aquí en Italia. Las interioridades son otra cosa. Las mujeres las comparten con sus confesores. Nosotros los hombres se las contamos a nuestros amigos o, con la ayuda de la gracia y el tiempo de nuestros años postreros, a Dios, que por entonces debe de haber perdido todo interés en asuntos tan nimios.

Mi coche estaba muy limpio, Pietro se había ocupado de ello. No había ni una mancha en la carrocería, ni una mota de polvo en el interior. Había un ramo de flores para mi anfitriona y una botella de viejo coñac para mi anfitrión, para honrar así mi primera visita a su casa. Si mi compañera de cena resultaba estar dispuesta, había champaña en la nevera y café en la cocina, y una dulce música inundaría el lugar al toque de un conmutador. En total, exceptuando los estragos del tiempo y de la mediana edad, la «figura» no era tan mala.

Pietro cepilló hasta la más pequeña mota de caspa de mis solapas, y me acompañó hasta mi salida a la noche. Conduje cuidadosamente, porque había Policía en todas las esquinas y camiones repletos de *Carabinieri* aparcados en puntos estratégicos. El asesinato de el Cirujano no era un asunto nimio en aquella ciudad de un millón y medio de personas, inquieta bajo las amenazas gemelas de la violencia y la represión;

fui detenido dos veces durante el camino y una tercera en las puertas de la villa de Leporello, en donde dos *Carabinieri* comprobaron mis papeles, me hicieron un gesto con la mano para que entrase y cerraron las puertas tras de mí. Leporello se tomaba muy en serio su trabajo y su propia persona. Había dos agentes de civil dentro de la propiedad. Uno de ellos abrió la puerta del coche y me acompañó hasta la entrada de la casa, donde una criada se hizo cargo de mí y me llevó hasta un salón.

Leporello estaba solo. Incluso vestido de civil tenía una figura impresionante: alto, tieso y formal hasta el punto del envaramiento. No obstante, su bienvenida fue cálida, su apretón de manos firme y cordial. Se excusó por las damas, que estaban charlando arriba. Inmediatamente se reunirían con nosotros. Un criado nos ofreció bebidas, *whisky* o champaña. Brindamos el uno por el otro. Leporello hizo un comentario jocoso sobre los guardias y los agentes de seguridad. Yo le dije que creía muy sensato y necesario tomar tales precauciones. Le pregunté acerca de su investigación del asesinato de el Cirujano. Frunció el ceño y se alzó de hombros.

—Ya sabe cómo están las cosas, coronel. El asesinato tuvo lugar en un club nocturno atestado, mientras la atención de los clientes estaba enfocada en una artista popular. La mayor parte del lugar estaba en sombras. Los asesinos usaron pistolas de pequeño calibre y alta velocidad, con silenciador. ¿Dónde empezamos?

Me desbordé en simpatía por su problema. Deseé fervientemente poder ofrecerle alguna sugerencia constructiva. Estaba contento de hallarme de permiso y, por consiguiente, liberado de toda responsabilidad. Sonrió débilmente y me dijo que debíamos discutir eso durante el coñac. Entonces llegaron las damas… y fue como si me hubiera caído el techo sobre mi desprevenida cabeza. La mujer de la fotografía de Roditi era la esposa del general Leporello.

Tartamudeé Dios sabe el qué como saludo, y me incliné sobre su mano presa de pánico por mi turbación. Una cosa es mirar al escote de una mujer cuando uno sabe, sin lugar a dudas, que lo lleva para mostrártelo. Y otra es mirarle a los ojos cuando has leído todos sus secretos en un paquete de cartas amorosas. Uno nota el pequeño y vergonzante triunfo del mirón y se pregunta si ella no podrá descubrirlo en tu rostro. Uno nota una sensación de culpa que te hace retirarte de su contacto, y sentir el miedo de que cualquier palabra descuidada pueda dar a conocer la información secreta que posees.

Afortunadamente para mi, mi compañera de mesa resultó ser una diversión adecuada. Laura Balestra era una vivaracha *biondina*, con grandes ojos de alcoba, una sonrisita de niña y talento para mantener una conversación inconsecuente pero divertida. Le encantaban los hombres bien vestidos. Odiaba a los soldados envarados. Tenía un tío en Colombia que regalaba esmeraldas a amantes de seis países diferentes. Acababa de regresar de Austria, donde casi se había enamorado de un instructor de esquí. ¿No me encantaba el traje de Elena y no era aquélla una vida maravillosa? Y no podía imaginarse cómo a alguien le podía gustar vivir en Milán. Ella prefería con mucho Florencia, pero el caso es que *Mamma* estaba enferma y

tenía que hacer de ama de casa para *Papa*, que estaba disfrutando de su segunda juventud en una forma bastante embarazosa… Y, ay, ay, hablaba demasiado, ¿no?

Lo hacía, pero yo estaba tan agradecido por ello que deseaba besarla, y pensé que lo haría luego. Entonces, se volvió hacia Leporello y me dejó para que me enfrentara como pudiera con la dama de las cartas amorosas.

Lo diré sin más rodeos, y así quedará dicho: era una hermosa mujer; despertó en mí al viejo Adán en el momento en que le puse los ojos encima. El fotógrafo la había favorecido un poco porque la había captado en un momento de reposo y alegría. Me pregunté cómo un viejo caballo de batalla como Leporello había logrado casarse con ella. También había cosas en mí que le interesaban a ella. Su primera pregunta fue un reto.

—Es usted mayor de lo que esperaba, coronel.

—Trato de ocultarlo lo mejor que puedo, señora.

—No me refería a eso. A mi esposo le gusta rodearse de oficiales muy jóvenes.

—¿Sí? Sólo conozco a un miembro de su plana, el capitán Roditi.

—¿Lo conoce bien?

—Apenas. Sólo me he encontrado con él en tres ocasiones, y nos hemos hablado bien poco.

—Es realmente excepcional. Ya lleva con mi esposo casi siete años. ¿Está usted casado, coronel?

—No.

—¿No está interesado en ello?

—Tengo muchas dudas… respecto al matrimonio, claro.

—Mi esposo dice que le ha invitado a usted a unirse a su plana.

—Sí.

—¿No le gusta la idea?

—Tengo algunas reservas. Las discutiré con el general.

—Tiene usted mucho tacto.

—Y usted es muy bella, señora. ¿Conoce *La Dama Velada*?

—Me temo que no. ¿Debería?

—La pintó Rafael. Está en la «Galería Pitti». Es usted su imagen viva, incluso en el peinado.

—Gracias por el cumplido.

—Estoy seguro de que debe recibir muchos, de todos esos apuestos oficiales jóvenes.

—Muy pocos, coronel. Soy una respetable señora casada, con dos hijos pequeños.

—¿Chicos o chicas?

—Mellizas. Cumplirán seis años en marzo.

—¡Niños de verano! Eso es hermoso.

—¿Hay alguna diferencia en que sean de verano o de invierno?

—¿No hay un proverbio que dice: «El amor de primavera es el más brillante, pero

el de verano es el más dulce»?

—Nunca lo he oído. ¿Es así en su experiencia personal, coronel?

—Bueno, sí. Supongo que sí.

—Tendrá que contármelo algún día.

—Me encantará, pero le advierto que jamás menciono nombres ni escribo cartas.

—Muy galante… y muy discreto.

—En mi trabajo tengo que ser discreto.

—Oh, sí. Está usted en algo de la inteligencia, ¿no?

—Sí.

—¿Le gusta su trabajo?

—No siempre. Le destruye a uno las ilusiones con demasiada rapidez.

—¿Le queda alguna, coronel?

—Alguna… ¿Y a usted?

—Pregúntemelo en otra ocasión.

—Lo haré. Es una promesa.

En aquel momento nos anunciaron la cena, así que no hubo oportunidad de terminar aquel juego. Pero, si había juzgado bien a la dama, estaba jugando al viejo juego de «darle esquinazo al marido», y, además, jugándolo a la descarada. Por su parte, Leporello se mostró puntillosamente educado, aunque jamás fuera llano o íntimo. Para un hombre que normalmente era brusco o imperativo, su actitud hacia su esposa era sorprendentemente diferente. Era como si hubiese adquirido el hábito de evitar las discusiones y esquivar hasta el más simple de los enfrentamientos. Tenía la curiosa impresión de que la temía y de que ella, sabiéndolo, estaba dispuesta a empujarlo hasta el límite de lo soportable. En la mesa, concentró principalmente su atención en mí. Era persuasivo y lisonjero. Deseaba fervientemente tenerme en su equipo. Los hombres con mi entrenamiento y experiencia resultaban preciosos. Esperaba que las mujeres pudieran persuadirme si su propia elocuencia no era suficiente. Laura Balestra estaba a su lado, bromista e inconsecuente. Elena Leporello seguía con su propio juego, ensalzándome y denigrando a su esposo en una docena de maneras sutiles. Cuando hubimos terminado la pasta, yo estaba cansado de su comedia. Comencé a imaginar una de mi propia creación.

—Por cierto, general, ¿sabía usted que alguien trató de asesinarme en Venecia?

Era muy buen actor. Se atragantó con el vino y al dejar la copa, derramó el resto sobre el mantel. Las mujeres quedaron asombradas y excitadas. Leporello las silenció con un gesto y me pidió una narración completa del asunto.

Me alcé de hombros.

—Bueno, acababa de cenar con mi director y el *Cavaliere* Manzini. Estaba en camino hacia el «Bar de Harry» para encontrarme con una chica. Caí en una trampa tendida por tres hombres que trataron de matarme en un callejón. Les hice algunos disparos. Huyeron.

—Informó de este asunto al director, ¿no?

—Sí… Me dijo que haría algunas investigaciones y se pondría en contacto conmigo.

—Pero ¿aún no ha sabido nada de él?

—Aún no.

—Eso me preocupa, coronel. Parece que este tipo de violencia se está convirtiendo en una epidemia. ¿Se enteró de lo que sucedió anoche, aquí en Milán?

—Estaba allí, general.

Ahora, no actuaba. Se quedó mirándome con la boca abierta y ojos desorbitados.

Me expliqué con elaborada discreción.

—No encontrará mi nombre en sus informes porque salí del local antes de que comenzase el pánico… para evitar preguntas molestas. Estaba sentado a tres mesas de distancia.

—¿Y no vio nada?

—Sólo los cadáveres, cuando se encendieron las luces. Obviamente, fue un trabajo profesional. No creo que llegue usted demasiado lejos con una investigación normal. Por mi parte, yo no me inclinaría a llevarla demasiado lejos.

—Eso que dice es muy extraño, coronel.

—No lo crea, general. Enfrentémonos con el asunto: ambos lados salen beneficiados. La izquierda tiene su víctima. Usted se libra de una molestia y un descrédito.

Elena Leporello comprendió rápidamente a dónde iba y volvió mi aseveración contra nosotros dos.

—Eso suena como una propuesta maliciosa, coronel.

—En absoluto. Es una afirmación de hecho, a menos que me quiera hacer creer que su esposo aprueba el sadismo en los interrogatorios policiales. Sin embargo, estoy de acuerdo que no es el tipo de cosas que uno va gritando en público.

Leporello se animó ante esto, y añadió una vigorosa aprobación.

—Muy adecuado, Matucci, muy adecuado… Nuestra imagen pública es muy importante en este momento.

—Y, ¿qué es lo que opina de esa imagen, coronel? —Elena Leporello era un adversario muy persistente—. Tengo la impresión de que en este momento está bastante empañada.

—En algunos aspectos, sí. Por otra parte, la reputación de su esposo está creciendo.

—¿Su reputación para qué, coronel?

—Para una política firme, para una acción decisiva… Estuve en el «Club de los Banqueros» anteanoche. Su charla sobre el Orden y el Progreso causó una gran impresión, general. Y he oído otros comentarios mientras me movía por ahí. Hay mucho apoyo popular a su programa. Esas escuadras antidisturbios que está usted entrenando…

—¿Dónde oyó hablar de eso, coronel?

—Hablan de ello en todo bar y club de la ciudad, general.

—Se supone que es un proyecto secreto.

—Le aseguro que ya no lo es.

—¿Podría decirme en qué sitios ha oído hablar de ello?

—Por supuesto. En el «Duca di Gallodoro», el «Hilton Bar», el «Club Alcibiade»…

La mención del «Alcibiade» produjo una variedad de reacciones. Elena quedó con el rostro en blanco. El general demostró un repentino interés en su flan de fresas.

Laura Balestra me interrogó descocadamente.

—¿El «Club Alcibiade»? ¿Qué es lo que estaba usted haciendo allí, coronel?

—Sólo mirando.

—¿Encontró lo que buscaba?

—Si, de hecho, así fue. Encontré a un hombre al que llevaba semanas persiguiendo.

—No creía que se pudiera hallar a un hombre en un kilómetro a la redonda en ese lugar.

—Pues sí, yo estaba allí. El capitán Roditi también…

—¿Matteo?

Fue Elena la que hizo la pregunta, y la dirigió no a mí, sino a Leporello, que sonrió ante ella, como si fuera la primera verdadera victoria de la velada.

—No me lo preguntes a mí, cariño. Yo no estaba allí… Ahora, si no les importa, el coronel y yo tomaremos el café en la biblioteca. Nos reuniremos con ustedes cuando hayamos tenido nuestra charla.

Apenas nos encontramos en privado, su comportamiento cambió, de forma dramática. De nuevo era un completo soldado: seco, incisivo, dogmático, como si estuviese dirigiendo una conferencia a su plana mayor.

—Matucci, ha llegado la hora de que seamos francos el uno con el otro.

—Me alegraría eso, señor.

—Su director piensa que es usted un problema. Creo que usted y yo nos llevaríamos bien juntos. ¿Por qué duda en unirse a mí?

—Para empezar, hay dos razones: quiero acabar mi permiso. Quiero también ver qué tal me va en mi trabajo civil.

—Con Bruno Manzini.

—Sí.

—Es un viejo bellaco… y peligroso.

—¿Peligroso?

—Es un mal enemigo. Ha chantajeado a un cierto número de personas, obligándolas a suicidarse. Antes de que salga de aquí esta noche, le entregaré copias de dos *dossiers*. Quiero que las estudie cuidadosamente y me las devuelva. No haré ningún otro comentario. Llegará a sus propia conclusiones.

—Parece estar usted seguro de que coincidirán con las suyas.

—Veremos… Si decide unirse a mí, podrá acabar su permiso, sin perder un solo día del mismo.

—Eso está muy bien.

—Ahora, hablemos del puesto. Aún no hay nada establecido, ni título, ni organigrama. Se le encargaría que montase toda una sección completamente nueva, sujeta únicamente a mí y a mis directrices personales. Tomaría como modelo para esta sección al Servicio de Información de la Defensa, con las variaciones que le indicase su experiencia, y tras ponernos de acuerdo. ¿Interesado?

—Hasta ahora, mucho. ¿Cuál sería el propósito de esta sección?

—La inteligencia política, en el más amplio de los sentidos. Si ciertos acontecimientos tienen lugar, si ciertos proyectos maduran, el objetivo de su trabajo se ampliaría sobremanera, y su posición llegaría a ser de considerable poder.

—¿Puede especificar los acontecimientos y los proyectos, general?

—Podría, pero aún no.

—¿Le puedo preguntar el porqué?

—Porque primero debo estar seguro, coronel, de hacia dónde se dirige su lealtad.

—Creo que eso debería resultar obvio, general.

—¿Usted cree?

—Sí, señor. Ambos somos oficiales en activo del mismo Cuerpo. Ambos prestamos el mismo juramento. Creo que esto lo especifica todo con mucha claridad.

—Desgraciadamente, no es así. Por ejemplo, no especifica su afiliación política.

—¿Es necesario que tenga alguna?

—Para este puesto, sí.

—Entonces, debería decirme cuál es, general.

—Necesito a un hombre muy conservador.

—Eso podría ser una contradicción. La inteligencia trata tanto con lo real como con lo posible. Le podría dar una amplia cita de mi director acerca de este tema.

—¿Serviría de algo si le digo que su director se ha convertido en un hombre muy conservador?

—Eso ya lo sé, señor.

—¿Qué es lo que sabe?

—La reunión fue celebrada en la «Villa Baldassare», ¿no?

—¿Cómo infiernos…?

—Cené con el director y con Bruno Manzini en Venecia.

—¿Qué es lo que le dijeron?

—No puedo afirmar que me lo dijeran todo. Digamos que me di cuenta de ciertas situaciones y acuerdos. Por ejemplo, que hubo una discusión acerca de si yo debía ser eliminado o no. Hubo dos votos en contra, y uno a favor de matarme… su voto, general. Así que, comprenderá que me siento un tanto asombrado por esta oferta suya.

Creí que esto lo haría tambalearse. No fue así. Fuera lo que fuese como esposo,

en su carácter de soldado y estratega era inexpugnable. Me reprobó con voz suave:

—¿Por qué? Ya conoce este trabajo. Todos corremos riesgos. Voté sí. Luego cambié de idea.

—¿Por qué?

—Jamás me he fiado de su director. Siempre lo he considerado un aliado útil pero voluble. Así que, cuando salí de la reunión en la «Villa Baldassare» pensé con gran cuidado. Llegué a la conclusión de que necesitaba un rival para el director, que al fin lo sustituyese… usted, mi querido coronel. Simple, ¿no le parece?

—Demasiado simple.

—¿Por qué?

—Todo el mundo tiene un seguro de vida, excepto yo. Manzini tiene riqueza e influencia. El director un nombramiento del presidente. Usted tiene el rango de general en los *Carabinieri*. ¿Y yo? Yo estoy en una rama que se dobla.

—Únase a mí y tendrá mi protección personal. No infravalore esto, coronel.

—No lo hago. Pero estaba pensando en el Cirujano.

—¿Qué pasa con él?

—Está muerto.

—Yo no lo protegía.

—Oh, ya veo.

—Usted mismo lo dijo: ese individuo era una molestia y un descrédito… ¿Más coñac?

—Gracias… ¿Le importaría si le hago algunas preguntas?

—Por favor.

—Ese ayudante suyo, el capitán Roditi… explíquemelo.

Había metido el dedo en la llaga. Alzó la cabeza de un tirón.

De repente, se mostró tenso y amenazador.

—Creo que es usted el que debería explicarse, coronel.

—*Ebbene*! Quiere que me una a usted. Estoy interesado, pero no deseo caminar a ciegas hacia una nueva situación. Lo he estudiado a usted, general, tal como usted me ha estudiado a mí. He oído que ese Roditi es el favorito de la corte. Está resentido, A causa de él, también usted está resentido. Quiero saber el porqué.

Consideró la pregunta durante largo rato. Le dio una y otra vuelta, como si fuera un trozo de arcilla con el que pudiera moldear una respuesta que me complaciese. Finalmente, dijo:

—Roditi no es indispensable. Usted entra, él sale, si eso es lo que desea.

—¿Qué estaba haciendo en el «Club Alcibiade»?

—Recluta allí.

—¿Y en el «Pavone»?

—También.

—Siento curiosidad por saber por qué están usando a esos tipos.

—Necesitamos hombres sin lazos, que no tengan más ambición que el dinero y la

compañía de los de su propia especie. También ellos serían eliminables, a su hora, como los mercenarios del Congo.

—General, si estuviera usted en mi sitio, ¿aceptaría esa respuesta?

—Si estuviera en su sitio, Matucci, no esperaría que me deletreasen las cosas.

—Muy buena sugerencia, general. La acepto. No obstante, debe ser paciente conmigo. Me ofrece su patronazgo, su protección. Tengo que saber dónde se halla el poder, y también las debilidades.

—Le escucho.

—Obviamente, su matrimonio no es feliz.

—¿Resulta tan obvio?

—Para mí, sí. Un hombre como usted, con ambiciones como las suyas, no puede permitirse un enemigo en casa. Debe de sentirse usted muy solitario, general.

—Así es. Confieso que estos días son muy vacíos para mí, Matucci. Pero estoy dispuesto a soportarlos un poco más.

—Así que se apoya en Roditi.

—Quizá más de lo que debiera. Se ha convertido en algo parecido a un hijo para mí. Pero necesito a alguien mucho más fuerte, mucho más inteligente. A usted, mi amigo.

—Pero sigue sin estar dispuesto a fiarse de mí… Por favor, general, no continuemos jugando. Hay un *dossier* acerca de usted en el SID. El director sabe lo que hay en él. Yo no, porque siempre se lo ha reservado para él. Por eso usted no se ha atrevido a moverse hasta tenerlo como aliado. Aún no se fía de él, y quiere lanzarme en su contra. Pero estoy impotente a menos que sepa tanto como él. No puedo protegerle si no conozco qué armas puede usar contra usted. Así que, ¿por qué no piensa en ello? Si aún sigue deseando mi adhesión, podemos volver a reunirnos y discutir las cuestiones finales. Tras eso, podemos firmar los documentos de transferencia.

—Después de todo, quizá decida no unirse a mí.

—Y usted puede decidir retirarme su protección. En cuyo caso podría acabar como el Cirujano, con una bala en la cabeza. Si esto sucediese…

—¿Sí?

—Hay una serie de datos en Suiza que comenzarían inmediatamente a circular por la Prensa y otros grupos interesados.

—¿Chantaje, coronel?

—No, general. Eso sería si tratara de extorsionar dinero o preferencias. No he hecho ninguna de estas cosas. Simplemente, me he preparado un seguro. Pero, hablando de chantaje, ¿está usted seguro de no ser una posible víctima?

—Se lo dije en cierta ocasión, coronel, y se lo diré de nuevo. Mi vida es un libro abierto.

—Eso es en lo referente a su vida pública, general. La vida secreta es aquella con la que le darán en la cabeza cuando lo proclamen salvador del país… Mire, yo no le

he pedido ese trabajo. Usted me lo ha ofrecido. Si no le convencen mis condiciones, olvidémoslo.

—Definámoslas más claramente.

—¿Una sinceridad completa por ambos lados?

—Muy bien. Me pondré en contacto con usted de nuevo, dentro de unos días. Mientras tanto, puede estudiar los *dossiers* Manzini… ¿Más coñac?

—No, gracias. Debería irme a casa. Ha sido un largo día.

—Espero que haya sido muy provechoso.

—Así es, general. Creo que hemos hecho mucho camino hacia una comprensión mutua.

—Bien… A propósito, ¿le importaría dejar a Laura en la ciudad? De lo contrario tendré que llamar a un coche oficial. No me gusta que vengan taxis aquí.

—No es ningún problema. Lo haré con mucho gusto.

—A mí me cae muy bien esa chica. Es un alma alegre. Algo estúpida, quizá, pero muy rica… y aún soltera y sin compromiso. A buen entendedor…

Alegre lo era, y también estaba bastante borracha, y parloteaba como una cotorra; pero no era estúpida. Mientras volvíamos a la ciudad, me hizo un comentario extraño pero muy revelador sobre la cena.

—¡Miau, miau; miau! ¡Y que luego hablen del gato que se metió en el palomar! Has sido muy malo esta noche, Dante, y lo sabes. Aún tienes plumas en los bigotes. Eres el primer hombre que conozco que haya podido enfrentarse con Elena en una de sus noches. ¡Iiii! Esta noche estaba dispuesta a arañar de lo lindo a Marcantonio… Y no es que pueda echarle las culpas. Él no es ninguna alegría en la cama ni diversión en parte alguna. No querrás trabajar para él, ¿verdad? No creo que estés muy a gusto con ese ramillete de *finocchi* que tiene a su alrededor. Pero, después de todo, no te conozco apenas, ¿verdad? Y no dijiste lo que estabas haciendo en el «Alcibiade». ¿Y qué es lo que hacía Matteo Roditi allí? No viste la cara de Elena cuando soltaste esa bomba. Pensé que se le iba a romper el cierre del sujetador y se le iban a caer esos grandes pechos suyos sobre la salsa. Sabes que son amantes, ¿no? Mi querido amigo, todo el mundo lo sabe… incluso el general. Si mi aritmética es buena, Roditi debe de ser el padre de las gemelas… ¿Por qué? ¡Oh, vamos, Matucci! ¿Por qué crees que el viejo usa a Matteo para hacer todos sus trabajos sucios…? ¿Yo? Yo soy la amiguita de todo el mundo. Pero, antes que nada, soy amiga de Elena. Y haré una apuesta contigo. Si no te llama en las próximas veinticuatro horas, te regalaré yo misma una noche en la cama…

—No hay apuesta. Ya estás invitada.

—Me molesta que me apremien.

—Nadie te apremia. Hay champaña, caviar, música suave y…

—Y Elena me odiará para siempre.

—¿Quién se lo va a decir, *bambina*?

—Eso es cierto, ¿quién se lo va a decir? No obstante te llamará de todos modos.

Está loca por ti, Matucci. La conozco.

—Me dijiste que estaba loca por Roditi.

—Oh, eso es especial. Los otros… y ha habido muchos otros, son su venganza contra su esposo. Si vas a unirte a él, ella te llevará a su cama, aunque tenga que gritar que la violas o la asesinas, para lograrlo.

—¡Suena como una candidata para el manicomio!

—¿No lo serías tú también si estuvieras casada con un *finocchio* de mediana edad con manías de grandeza?

—Dios no lo permita.

—¡Amén! Ahora, háblame un poco de tu vida amorosa, coronel. Me gustaría saber en qué me estoy metiendo antes de tomar demasiado champaña.

Tal como fueron las cosas, hubo más que suficiente con tres copas. Se quedó frita con la música de Henry Mancini. La desnudé, la introduje en la gran cama doble, colgué su ropa, coloqué una nota en el espejo del baño deseándole que se mejorase, y cerré la puerta tras de mí.

Era la una de la madrugada en Milán donde, si hay que creer a sus ciudadanos, el dinero puede comprarlo todo, sea de día o de noche. Mis necesidades eran esencialmente simples: un pulverizador y un notario tuerto, sordo y mudo, insomne y avaro. Doy fe, por su interés histórico, de que, incluso con mis contactos, me llevó una hora el encontrarlo, veinte minutos regatear con él y un centenar de millares de liras en efectivo lograr sacarlo de su casa.

Ahora, puedo mostrarme bromista al respecto, pero en aquel momento estaba desesperado. Me explicaré: deseaba lograr un testimonio leal de un testigo. Estaba dispuesto a ejercer presión, amenazas, intimidación y violencia física, si era necesario. Así que precisaba un notario con un montón de *carta bollata*, un sello de goma y una conciencia flexible.

A las tres y cuarto, armado y acompañado por dicho notario, me presenté en el apartamento del capitán Matteo Roditi. El capitán estaba fuera, ausente, ocupado en los asuntos de su amo… o de su amante, según el caso. Entré en el apartamento, encerré al notario en la alcoba para que dormitase un poco, me preparé una taza de café en la cocina, y luego me dispuse a esperar. A las tres cuarenta y cinco, con los ojos enrojecidos y casi sobrio, llegó a casa Roditi. Lo empujé contra la pared, mientras lo registraba buscando armas escondidas. Luego, lo senté en el sillón danés y me encaramé al escritorio, con la pistola y el pulverizador al lado. Después de eso, pude hablarle como un tipo llegado del pueblo.

—Capitán, no me conoce usted demasiado bien. Por consiguiente, puede sentirse tentado a creer que esto es un juego. No lo es. Si no me contesta con la verdad, voy a matarle. Le rociaré la cara con ácido cianhídrico y morirá en cuatro segundos. Si coopera, quizá le ofrezca un modo de salir del lío en que está metido ahora. ¿Está claro?

—Sí.

—En su dormitorio hay la fotografía firmada de una mujer y un montón de cartas amorosas con la firma Elena. ¿Quién es Elena?

—Es la esposa del general Leporello.

—¿Cuánto tiempo llevan siendo amantes?

—Unos seis años.

—¿Es usted el padre de sus hijas?

—Eso creo.

—¿Conoce el general estas relaciones?

—Sí.

—¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Dígame por qué.

—Le da un dominio sobre nosotros.

—Explíquese.

—Es el padre legal de las niñas. Su nombre está en el registro de nacimientos. Podría quitarlas del cuidado y custodia de Elena.

—¿Y cuál es su dominio sobre usted?

—He llevado a cabo para él servicios que me ponen fuera de la ley.

—¿Qué servicios?

—Le he proporcionado amantes.

—¿Fuera o dentro del Servicio?

—De todo. Tengo otro apartamento, cerca del Duomo. El alquiler está a mi nombre. Lo usa como lugar de cita. Pago a la gente y me aseguro de que no haya problemas luego.

—¿Cómo logra eso?

—Con amenazas principalmente. Con acción, si es necesario.

—¿Hace que golpeen a esas personas, y cosas similares?

—Sí.

—Necesitaré nombres, fechas y lugares. Pero ya llegaremos a eso más tarde. ¿Conoce al mayor Zenobio, el comandante de Camerata?

—Sí.

—¿Ha tenido hoy alguna comunicación de él?

—Tenía un mensaje para llamarlo. Aún no lo he hecho.

—¿Recibió hoy una carta de Chiasso?

—Sí.

—¿Recibió otra el general?

—Sí.

—¿Qué es lo que hizo con ellas?

—Se las he pasado al departamento forense para que estudie la huella digital y las hojas mecanografiadas.

—¿Ha tenido ya alguna respuesta?

—No.
—¿Cuándo espera esa respuesta?
—Mañana o pasado mañana.
—¿Sabe de quién es esa huella?
—Tengo una idea, pero no estoy seguro.
—¿De quién?
—Podría ser de Balbo.
—¿Mató a Bandinelli y a Calvi?
—Sí.
—¿Colocó una carta-bomba en el apartamento de Lili Anders?
—Sí.
—¿Quién dio las órdenes?
—Yo.
—¿Quién le dio las órdenes a usted?
—El general.
—¿Dónde están los papeles de Pantaleone?
—Se los entregué a Leporello.
—¿Dónde están ahora?
—No lo sé. Probablemente en su casa.
—¿Dónde está Giuseppe Balbo?
—Creo que está muerto.
—¡Cree que…!
—Se me dijo que lo llevase al «Club Alcibiade» esta noche, y que saliésemos a las dos cuarenta y cinco.
—¿Quién se lo dijo?
—El general.
—¿A causa de la carta de Chiasso?
—Sí.
—¿Quién iba a hacer el trabajo?
—No sé. No me lo dijeron.
—¿Alguna idea?
—Leporello habló de matar dos pájaros de un tiro: el Cirujano y Balbo.
—Muy astuto. ¿Cree que alguna vez va a desear librarse de usted?
—Sí.
—¿Nunca se buscó un seguro?
—Sí, lo hice. Tengo montadas en otro apartamento cámaras y magnetófonos ocultos. Hay grabaciones y fotografías.
—¿Dónde están?
—Elena tiene un juego. Yo tengo otro en una caja de seguridad de la «Banca Centrale».
—Necesitaré la llave y una autorización de acceso.

—Muy bien.

—¿Qué es lo que siente por Elena ahora?

—¡La amo, por Dios! ¿Por qué otra razón cree que hubiera continuado en este podrido asunto?

—Porque no quería salir de él… Cuando Leporello llevase a cabo su golpe, usted sería un hombre muy importante.

—¿Qué va a hacer ahora?

—¡Yo no, Roditi, usted! Va a escribir una confesión. Hay un hombrecillo en su dormitorio que legalizará el documento. Cuando eso esté hecho, hablaremos del resto… Ahora, aquí está la *carta bollata*, aquí está la pluma. Yo dictaré. Usted escribe.

Llevó media hora componer el documento y medio minuto sellarlo y legalizarlo. Mandé al notario que se fuera a su casa a dormir, hice que Roditi escribiera una carta a su Banco, me metí los documentos en el bolsillo de la chaqueta y me acomodé para tener una charla más tranquila. Roditi estaba totalmente derrotado, pálido y tembloroso, así que lo dejé tomarse un *whisky* para que reviviera mientras le contaba el trato.

—… Su declaración le representa una sentencia de por vida, Roditi. Una llamada telefónica mía a Leporello hará que lo asesinen antes de mañana. Así que va a desertar. Preparará una maleta y lo llevaré a un sitio seguro en el campo, donde permanecerá oculto hasta que haya dispuesto todas mis piezas para el caso contra Leporello. Será interrogado. Hará más declaraciones de las que jamás haya soñado. Pero, al menos no estará en la cárcel, esperando que algún compañero de celda le clave un cuchillo en la espalda. Luego, antes de que estalle el caso, tendrá veinticuatro horas para salir del país con Elena y las niñas… Es lo mejor que puedo ofrecerle. Tómelo o déjelo.

—No serviría. No funcionaría.

—¿Por qué no?

—Le aseguro que no. Eso es todo.

—¿Tiene una idea mejor?

—Sí. Déjeme libre hasta que haya terminado el caso. Puedo representar una comedia. Ésa es una cosa para la que sirvo. Le puedo suministrar información… mejor información de la que iba a lograr de ninguna otra forma. Están empezando a pasar cosas, Matucci, y van a suceder con gran rapidez…

—¿Qué tipo de cosas?

—Aún no puedo decírselo, pero lo haré tan pronto como lo sepa.

—Lo lamento. No me gusta. Prepare su maleta.

—No voy a ir.

—Entonces, tendrá que decirme el motivo.

—De acuerdo. Han estado siguiéndolo toda la noche. Mientras su coche estaba en la casa del general, montaron un transmisor de señal de localización en él.

—Lo que significa que, probablemente, saben dónde estoy ahora.

—Sí, sí.

—¿Y me estarán esperando abajo?

—No lo sé.

—Entonces, demos un paseo y averiguémoslo. Si no están allí, daremos un paseíto… Primero a casa de Balbo. Luego, a casa del general… Si tenemos que acabarlo ya, acabémoslo. ¡En pie!

—No voy a ir. Puede matarme aquí si lo desea, pero no voy a ir.

—Así que por eso resultó todo tan fácil, ¿eh? ¡Me acribillarán cuando salga por la puerta delantera! O habrán preparado el coche con plástico y cuando conecte el encendido, vuelo por los aires. Vamos, amiguito, ¿qué es lo que van a hacer?

—No lo sé. Juro que no lo sé.

—Entonces, averiguémoslo.

Busqué en mi agenda y encontré el número de la delegación del SID de Milán. Marqué y hablé con el oficial de guardia, citando mi número de identificación.

—… Estoy interrogando a un sospechoso. Mi coche está aparcado fuera del edificio. Es un «Mercedes» rojo con matrícula de Milán. Sé que le han puesto un transmisor. Quizá le hayan colocado también un artefacto explosivo. Quizás intenten además asesinarme cuando salga del edificio. El sospechoso es un oficial de los *Carabinieri*, así que preferiría que no los avisasen. ¿Pueden arreglárselas por sí solos? ¿Y sin hacer mucho escándalo? No me importa el coche, pueden entregármelo cuando esté limpio. Pero necesitaré otro vehículo a mi disposición cuando me vaya. Cuando estén preparados, envíen a un hombre al apartamento y avísenme. La contraseña será Dragón… Eso es: Dragón. Que no lo olvide. Quizá le disparen mientras entra… Gracias. Rápido, por favor. Ah, por pura seguridad, compruebe llamando de nuevo a este numero, en cuanto cuelgue.

Comprobó y me dijo que los chicos llegarían en treinta minutos. Era una larga espera, y podían suceder muchas cosas en ese tiempo. Apagué las luces y fui hacia la ventana, separando las cortinas. Ya estaba pasando. Tres coches de la Policía estaban aparcados frente al edificio, y un tercero estaba llegando por la calle. En aquel momento los hombres ya estaban saliendo de los vehículos y agrupándose alrededor del oficial al mando. Ahora, quedaba bien claro el plan. Arresto y registro y noventa y dos horas de detención bajo cualquier acusación imaginable. Yo pensaba en dos que se podían justificar: allanamiento de morada y ocultamiento de información acerca del asesinato de el Cirujano. Cuando saliese, si es que alguna vez salía, las declaraciones habrían desaparecido en el aire. Puse en pie a Roditi de un tirón, le metí un pañuelo en la boca, le clavé la pistola en los riñones y lo saqué del apartamento.

No había forma de bajar exceptuando los ascensores y las escaleras de cemento. Cualquiera de los dos caminos me llevaría a los brazos abiertos de los *Carabinieri*. Fuimos hacia arriba, subimos cuatro pisos hasta que llegamos a una puerta que daba acceso al tejado y a los depósitos de agua que había en él. La puerta estaba cerrada.

Me llevó un minuto abrir el cerrojo con la ganzúa. Empujé a Roditi al tejado y volví a cerrar la puerta. Luego, lo apoyé contra la puerta y le golpeé con fuerza en la parte trasera del cráneo. Se desplomó como un saco. Lo llevé hasta el escondrijo de los tanques de agua y le saqué la mordaza de la boca. No quería que se ahogase todavía. Tendría aún mucho que hablar, si podía escapar de aquella trampa tan bien montada.

Di una cauta vuelta al tejado y comprobé que los dos edificios adjuntos eran muy similares en altura y construcción. Sería fácil subir por encima de las tapias y escapar a través del tercer edificio. Pero sería casi imposible si tenía que llevar a Roditi conmigo. Lo dejé, y algunos minutos más tarde me encontré en un desierto bloque de oficinas. Esperé, congelado y desconsolado, en un lavabo, preguntándome qué le habría pasado a Roditi y por qué nadie se habría preocupado de mirar en el terrado. Cuando los obreros comenzaron a llegar por la mañana, salí a las calles atestadas e iluminadas por el sol, y tomé un taxi hasta el hotel de Steffi.

A pesar de todas sus cavilaciones y sutilezas, Steffi era un tesoro en una crisis. Mientras yo me bañaba Y afeitaba, fue a las oficinas de la «Xerox» e hizo copias de las declaraciones en máquinas automáticas de monedas. Después, fue a la delegación milanesa de su Banco, cobró un cheque y depositó el documento original para que fuera guardado en la caja fuerte y entregado sólo contra mi firma o la suya. Después de esto fue, cual una figura sobrenatural, a la oficina de Manzini pidiendo ver al viejo. Le presentó mis saludos, una copia fotostática y un relato de los acontecimientos nocturnos. La pareja regresó al hotel para desayunar, charlando como si se hubiesen conocido de toda la vida.

Sin embargo, el desayuno fue un sobrio yantar. Manzini telefoneó al director de su periódico y volvió con tres historias que aparecerían en las ediciones de la tarde. La historia principal se refería a un tiroteo en el que un tal Giuseppe Balbo, sospechoso de los asesinatos del «Duca di Gallodoro», había sido muerto por agentes de la Policía, mientras resistía a su detención. También en primera página estaba la narración de un extraño suceso ocurrido en un elegante edificio de apartamentos. Contestando a una llamada telefónica anónima, cuyos detalles aún no podían ser facilitados, la Policía había visitado un apartamento en el quinto piso ocupado por el capitán Matteo Roditi, ayudante personal del general Leporello. El apartamento estaba vacío y desordenado. No había ni señal del capitán que, en el momento de entrar en Prensa, aún no había sido encontrado. La Policía había detenido ya a un hombre que se sabía había visitado el apartamento a primeras horas de la madrugada. Estaban también buscando, para interrogarle, a un tal Dante Alighieri Matucci, miembro de una organización gubernamental, cuyo coche estaba aparcado frente al edificio, y cuyas huellas digitales fueron halladas en el apartamento del desaparecido. Había una descripción completa y muy exacta de mi persona y una fotografía, obviamente suministrada por cable de los archivos del SID.

—… Y esto, caballeros —dijo claramente Manzini—, acaba con nuestro caso. Balbo está muerto. Roditi está muerto o en custodia preventiva. Tu notario está bajo las lámparas, y para cuando hayan acabado con él, firmará cualquier cosa que deseen. La declaración de Roditi no sirve para nada, porque obtendrán otra que demuestre que la hizo bajo amenazas. Y tú, mi Dante, eres ahora un hombre perseguido. Si te atrapan… *Buona notte*! Es el asunto Matteotti, de nuevo.

—Te olvidas de algo, Bruno. Tengo una llave y un permiso para abrir la caja de seguridad de Roditi en la «Banca Centrale». Si me decía la verdad, hay bastante material ahí para acabar con Leporello de una vez por todas.

—Hay tres «si» en tu planteamiento, Dante. Si Roditi decía la verdad… Si Leporello no ha obtenido ya una orden judicial para abrir esa caja… Si tú puedes abrirla por ti mismo. Recuerda, tendrás que presentar una identificación. Dentro de una hora tu descripción estará en todas las calles de Milán. Lo que quiere decir que tendrás que salir de aquí a toda prisa.

—Déjame decirte algo antes. Creo que Roditi estaba diciendo la verdad. No creo que fuera a entregar su último seguro a Leporello.

—¿Incluso aunque lo amenazaran con la muerte? Tú lo amilanaste en seguida.

—Sólo porque pensó que estaba protegido. Si se vendiese a Leporello, sabría que estaba dejando indefensas a su mujer y a sus niñas. Creo que se aferrará a una última esperanza… que yo, o algún otro, derribe a Leporello.

—Estoy de acuerdo —exclamó vehementemente Steffi—. Una migaja de esperanza mantiene durante mucho tiempo a un hombre.

—Entonces, acceso a la caja. —Manzini seguía bastante hosco—. ¿Cómo se consigue eso?

—¿Qué es lo que necesita un banquero, no en el mismo momento, sino en su archivo, cuando se ha ido el cliente?

—Una firma, y la nota del documento de identificación.

—Tienes mi documento de identificación. Tienes a un calígrafo muy bueno en Carlo Metaponte, que hizo tu tarjeta de la salamandra. Y tienes a tu amigo Ludovisi en la «Banca Centrale», que nos prometió su ayuda si alguna vez la necesitábamos. ¿Y bien, Bruno…?

—Eso depende de Ludovisi, ¿no?

—Así es.

—Lo sondearé. Dame tus documentos y la llave. Ahora, Matucci, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Tendré que esconderme. Para eso, necesitaré los documentos falsos que están en la caja fuerte del apartamento.

—Iré a buscarlos. Mientras tanto, ¿dónde te metemos?

—¿Dónde está tu coche?

—Aparcado frente al hotel. Le he dado una propina al portero.

—¿Podrías llevarme a Pedognana y mantenerme allá durante un par de días?

—En la casa no. Creo que quizá tengamos una visita de los *Carabinieri*. En las posesiones, desde luego, si no te importa vivir como un campesino. ¿Y qué hay de Stefanelli?

—Me quedaré en la ciudad, *Cavaliere*. Este gran imbécil me necesita mucho más de lo que admite.

—No me gusta nada, Steffi. Ahora, el juego es muy brutal.

—Entonces, ¿qué necesitas sino a alguien que comprenda la profesión? Además, ¿a quién le importa un viejo amargado en unas vacaciones de las que no puede disfrutar?

—Gracias, Steffi. Cuando llame, seré Rabin. Podría ser un nombre muy afortunado para todos nosotros.

Manzini ignoró la referencia. Aún estaba peleándose con algun problema privado. Abruptamente, preguntó:

—Supongamos que Ludovisi no acepta. Entonces, ¿qué?

—Hay una última esperanza… la esposa de Leporello.

—Cuando lea ese artículo, pensará que fuiste tú quien mató o secuestró a Roditi.

—La información proviene de su esposo. No creo que acepte su palabra, ni aunque sea diciéndole la hora.

—Es una apuesta muy arriesgada.

—Yo conozco una situación peor —dijo sombríamente Steffi—. Leporello como *Duce* y los matones manteniendo el orden con porras y aceite de ricino.

Pasé cuatro días en Pedognana, tres de ellos en el desván de la casa del encargado. Los *Carabinieri* acudieron en una ocasión, y pasaron una tarde husmeando por el latifundio. Yo pasé aquella misma tarde en un pajar y salí con un buen ataque de fiebre del heno. Al cuarto día llegó Manzini con mis documentos y una maleta de ropa de confección acorde con mi nueva identidad como un tal Aldo Camera. Tan eficiente como siempre, me había procurado un empleo retroactivo como viajante de una de sus pequeñas compañías subsidiarias. Jamás tendría que presentarme en ella, pero, si alguien iba a comprobar mi nombre falso y detalles personales estaban archivados allí.

También trajo noticias descorazonadoras. Ludovisi estaba en Nueva York en una conferencia. Iba a volar de Nueva York a México y de allí a Buenos Aires. No se esperaba que regresase hasta al cabo de diez días. Manzini estaba frenético. Todos sus cuidadosos planes para introducirme en la sociedad, para elevarme al *status* de un agente diplomático, ahora se hallaban en ruinas. Había vuelto al bajo mundo del que me había sacado. Presumiblemente, ya no era de fiar y, a causa de mí, también él había quedado desacreditado en el Movimiento. Había sido excluido de sus concilios íntimos. El director le había enviado una breve y cáustica nota sugiriéndole que, hasta que recuperase su crédito, podía limitar sus actividades a una contribución financiera,

que siempre era necesitada por el Movimiento.

Cenamos juntos aquella noche y traté de volver a llevarlo al estado de ánimo en el que le gustaba contar anécdotas, pero rehusó ser arrastrado hasta que mencioné los dos *dossiers* que me había dado Leporello, pero que no había tenido oportunidad de leer. Lo único que recordaba eran los nombres: Hans Helmut Ziegler y Emanuele Salatri. Estuvo pensando en ellos unos momentos, y al final alzó las manos, echando a un lado su mal humor, como si fuera una capa.

—Bueno, ¿y por qué no? ¿Para qué sirve el pasado, si no es para renovar nuestra esperanza en el futuro? Hans Helmut Ziegler… eso se remonta a mucho tiempo atrás. Comenzó, déjame ver, en mil novecientos treinta. Yo estaba entonces en São Paulo, gastando mi primer capital importante, haciendo mis primeras inversiones en el Nuevo Mundo. En aquellos días, mi Dante, había más italianos que brasileños en São Paulo. La mayoría eran emigrantes, pero algunos, como yo, eran inversores; en plantaciones de azúcar y café, en textiles y farmacéuticos, al principio, pequeñas compañías, pero inmensamente provechosas. Aquéllos eran unos tiempos locos. Yo ganaba dinero, lo gastaba y ganaba más… y las mujeres, *Dio*! Te caían en las manos como papayas maduras.

»Una noche, en un casino, me hallaba junto a un joven de más o menos mi edad. Era brasileño y estaba jugando aún más fuerte que yo a la ruleta. Yo tenía una racha de suerte. Él perdía y acumulaba pérdidas. Al final, hacia medianoche, lo dejaron limpio. Parecía tan desconsolado, tan absolutamente desesperado, que no pude soportarlo. Le puse la mano en el brazo y le invité para compartir una apuesta conmigo… para probar suerte, la mía, ya que no funcionaba la suya. Por un momento, pensé que me iba a golpear. Luego, rió y dijo: «¿Por qué no? Es sólo dinero». Bueno, para abreviar, coloqué una ficha grande verde en el treinta y cinco. Salió. Repartimos el dinero y nos fuimos de la mesa, cogidos del brazo, amigos para toda la vida. Su nombre era Paulo Pereira Pinto y es ahora uno de los mejores banqueros de Brasil. Cuando consiguió su primer cargo como director me envió una esmeralda de cinco quilates, cortada en cuadrado, como recuerdo de aquella noche. Hice que montaran la esmeralda en un broche para Raquel Rabin.

»…Ésa es la primera parte de la historia. La segunda parte ocurrió mucho después. Hans Helmut Ziegler era el hombre de la Gestapo que me trabajó en la prisión. Le encantaba su trabajo y era experto en él. Un diálogo con él en la celda de interrogatorios era como un enfrentamiento con el mismo diablo. Aún ahora, viejo como soy, lo recuerdo con terror y repugnancia. Después de la guerra, desapareció, tragado por el caos. En 1965 la hija de mi viejo amigo Pinto quedó viuda con dos hijos pequeños. Un año más tarde, se volvió a casar y Pinto me envió una fotografía de la boda. El hombre con que se había casado era Hans Helmut Ziegler. Me costó dos años de trabajo y veinte mil dólares preparar un *dossier* sobre él. Se lo envié con una tarjeta de la Salamandra. Ni siquiera supo efectuar una salida limpia. Se lanzó por un acantilado a ciento cincuenta kilómetros por hora. El viejo Pinto leyó el

dossier y pensó que los israelíes lo habían matado. Le alegró librarse de Ziegler, pues no quería que los sionistas husmeasen en sus negocios. Llamó a la Policía, que envió el *dossier* a la Interpol. Al fin, me llegó a mí, a través de las autoridades italianas… que es también la manera, me imagino, por la que llegó el *dossier* a las manos de Leporello. Quizá no lo creas, pero Pinto y yo seguimos siendo amigos…

»Eso debería ser el final de la historia, mi Dante, pero no lo es. En los días antes del Sábado Negro, los judíos de Roma creyeron haber llegado a un acuerdo con los alemanes para librarse, mediante el pago de un rescate. Se inició un fondo al que todo el mundo contribuyó con oro y joyas. Las mujeres dieron incluso sus anillos de esponsales. No sirvió de nada. Los alemanes se llevaron el oro y también a la gente. Sin embargo, uno de los recaudadores era un hombre llamado Emanuele Salatri. Fue a él a quien entregó Raquel el broche de la esmeralda. Salatri jamás entregó lo que había recogido. Simplemente, desapareció con su botín. En 1969 hubo en Zurich una importante subasta de joyas. Entre las piezas mencionadas en el catálogo estaba aquel broche. Por consiguiente, pude averiguar su procedencia. Lo seguí a través de otros dos propietarios hasta Emanuele Salatri, que por entonces era un próspero tratante en gemas de Hatton Garden, en Londres. Le envié un *dossier* y una tarjeta. Se saltó la tapa de los sesos. De nuevo, averiguaron que el *dossier* lo había enviado yo. Una vez más, no pudieron hacer nada al respecto porque no había cometido ningún crimen. Le devolví el broche a Raquel. No quiso aceptarlo. Dijo que había sangre en él, y que no daría ninguna alegría a nadie. Se lo vendí a Bulgari, quien lo desmontó y volvió a utilizar la piedra.

»… ¡Vieja historia! ¿Me equivoco al renovarla? Lo he pensado muchas veces, pero siempre he llegado a la misma pregunta: ¿por qué han de poder medrar los villanos mientras sus víctimas siguen sufriendo los efectos de sus villanías? Ésa es la pregunta que te has de hacer tú ahora, Matucci. Una de las ironías de la historia es que quizá Leporello podría atravesar todo un océano de crímenes y aún resultar ser un dirigente fuerte e incluso bueno. Pero, aunque así fuese, ¿deberíamos soportarlo? Aunque viniese ahora vestido con sacos y con el cabello cubierto de ceniza, ¿acaso deberíamos perdonarle y alzarlo al poder? No logro hacerlo…

»Hay otra historia, mi Dante, y luego nos iremos a la cama. Ven a la ventana. ¿Ves aquellas lejanas colinas y ese racimo de luces en la cima…? Eso es Vincolata. No es ninguna gran cosa, un pueblo con quizás unas quinientas personas que habitan dentro de sus viejas murallas. En mis tiempos de partisano lo utilizaba como punto de observación y a veces dormía en casa de una viuda llamada Bassi.

»Un día tendimos una emboscada a un pequeño destacamento alemán a un kilómetro de la ciudad, y matamos a dos hombres. Hubo represalias inmediatas. Los alemanes arrestaron a veinte hombres, jóvenes y viejos, tomándolos como rehenes, y ordenaron que los fusilaran en la plaza de Vincolata. El oficial al mando del pelotón de fusilamiento era un joven Oberleutnant austríaco llamado Loeffler… Ya puedes imaginarte el horror de un acontecimiento así en un sitio pequeño como Vincolata.

Veinte hombres… Es una pérdida y un trauma que jamás pueden ser reparados. Era mi gente. Habían sufrido a causa de órdenes que yo había dado. Así que prometí que un día se haría justicia.

»… Loeffler sobrevivió a la guerra, regresó a Austria y entró en el sacerdocio. Como ves, hay de todo en este mundo. A mí, la guerra me convirtió en un instrumento de venganza, a él, lo transformó en un apóstol. Por aquel entonces había perdido a Loeffler y, cada vez que volvía aquí y veía la paz de ese lugar, menos deseaba perturbarla.

»… A finales de los años sesenta estaba en Austria, negociando un contrato de mineral de hierro. En la Prensa local leí la noticia de que el reverendo Franziskus Loeffler, párroco de Oberalp, había sido nombrado obispo, y sería consagrado en Roma por el Santo Padre. No estaba seguro de que fuera el mismo hombre, así que fui a verle. Era el mismo Franziskus Loeffler, y no me gustó nada. Lo encontré cerril, testarudo, vano, el tipo de religioso que nunca he podido soportar, medio tirano, medio figura paterna. Le dije por qué había venido. Le pregunté si no consideraba que su elevación al episcopado era una afrenta a sus correligionarios de Vincolata.

»No pude razonar con él. Estaba tan seguro de su conversión, que era como si llevase una autorización especial del mismo Todopoderoso. Me sentí muy irritado y amargado. Escribí al Vaticano, incité una campaña de Prensa contra el nombramiento, y sugerí que Loeffler podía y debía ser traído a Italia para ser juzgado como criminal de guerra. Loeffler declinó su nombramiento, se retiró de su parroquia, y desapareció en la oscuridad.

»No obstante, hay un epílogo. Hace unos dieciocho meses, el párroco de Vincolata vino a verme y me pidió, como favor especial, que acudiese a su misa dominical. Loeffler estaba allí. Estaba vestido de color gris clerical, con cuello blanco y corbata negra, y se había arrodillado en el reclinatorio delantero, a un lado. Tras haber sido recitado el *confiteor*, se alzó, se enfrentó a la congregación y anunció con sencillez: "Soy Franziskus Loeffler. Llevé a cabo la ejecución de sus parientes y amigos durante la guerra. Di la orden de fuego. Estoy aquí para suplicar vuestro perdón si creéis que podéis dármelo. Si no, estoy dispuesto a ofrecerme para cualquier retribución que queráis obtener. No puedo volver a traer a los muertos, querría poder. Por favor, perdonadme". Se arrodilló de nuevo, y siguió la misa. Después, esperé para ver lo que hacía la gente de Vincolata… ¡Nada, mi Dante! ¡Absolutamente nada! Lo ignoraron. Se alejaron, dejándolo en lo que debió ser la soledad más cruel de toda su vida.

»… ¿Qué podía hacer? Lo invité a casa a comer. Seguía sin caerme bien, pero era mucho más hombre que yo, ya que a mí presentar la menor excusa me duele tanto como que me arranquen una muela. Después, pensé que probablemente habría sido un obispo muy bueno… Lamento que no puedas conocerlo. Me hubiera gustado saber cuál era tu opinión… Te veré por la mañana, mi Dante. ¡Duerme bien!

No dormí. Permanecí despierto hasta muy tarde y desesperadamente solitario, le

escribí una carta a Lili; no como tío Pavel esta vez, sino como Dante Alighieri Matucci, fugitivo, que mañana tendría que volver al tenebroso mundo de los que no pueden conformarse con las normas o no quieren someterse a la disciplina del hormiguero.

Mi amada Lili:

Esta carta es de tu títere, que ha descubierto, muy tarde y dolorosamente, lo poco que puede controlar su propio destino.

Es muy tarde. La luna está llena en lo alto y todo el terreno parece de plata. Todo está en un gran silencio, así que casi puedo oír a los ratones respirando tras el recubrimiento de madera de mi dormitorio. El fuego está casi apagado y comienzo a sentir frío; pero no quiero irme a la cama, porque tú no estarás en ella y no podré soñar que has vuelto. Rompí tu última carta porque deseaba apartarte de mi mente hasta que todo este asunto estuviera acabado. No sirvió de nada. No puedo olvidarte. No puedo soportar el vacío que hay en mi corazón. Siento celos de que puedas haber hallado a alguien que ocupe mi sitio en el tuyo.

Te amo, Lili. ¡Ya está! Ya lo he dicho. Te amo. Antes, he dicho estas palabras sin sentirlas. He mentido y me han mentido con ellas. Ésta es la primera vez que hay algo de verdad al decirlas. ¿Te casarás conmigo, Lili? Si algún día te llamo para que vengas a un pequeño lugar que apenas si aparezca en el mapa, ¿vendrás a unir tus manos, tus labios y tu cuerpo con los míos para siempre, y un día después de siempre? No contestes hasta que estés segura, porque cuando estés segura y yo esté libre, te seguiré hasta las últimas fronteras, para volver de nuevo a casa.

¿A casa? Ahora no tengo casa, Lili. Soy un fugitivo. Las cosas han ido mal para nosotros, pero aún hay esperanzas de que todo acabe bien. Mañana abandonaré este agradable refugio para volver al bajo mundo, donde los mendigos conspiran contra los tiranos y los tiranos usan mendigos como espías. Busco una herencia, dejada por un hombre que creo que está muerto. Si la encuentro, todo será simple. Si no, me verás en Suiza antes de lo que esperas.

Tengo miedo, pero no demasiado, porque estoy aprendiendo lentamente a convivir con el hombre que vive en mi piel. Aún no lo he visto cara a cara. Eso también llegará. La Salamandra sigue bien, y estoy aprendiendo de él las artes de la supervivencia… Te parecerá irónico, pero jamás pensé que pudiera sobrevivir tanto sin la compañía de una mujer. Quizá la verdad sea que mi mujer nunca está tan ausente que me halle desprovisto por completo de ella.

Es extraño cómo recuerdo aquellas palabras: Quella che’mparadisa la

mia mente! *Aquella que convierte mi mente en un paraíso. Mi homónimo escribía algunas cosas muy buenas en su tiempo. Es una pena que no escribiese más acerca del cuerpo. Éste se siente muy solitario ahora.*

Siempre tuyo,
Dante Alighieri

Aún tengo esa carta, porque me fue devuelta en circunstancias que luego narraré.

Regresé a Milán a primera hora de la tarde y me alojé en una modesta pensión cerca de la «Biblioteca Ambrosiana». Era limpia, confortable y económica. El tipo adecuado de alojamiento para un viajante cuyas únicas posesiones visibles eran una maleta de cartón y un maletín de cuero con un cierre de combinación, sólo para impresionar a los clientes.

Cuando hube deshecho la maleta, salí a dar un paseo hasta el castillo de los Sforza, la gran fortaleza de ladrillo rojo construida por Francesco, cuarto duque de Milán, y fundador de la dinastía Sforza. Había comenzado como simple *condottiere*, con un caballo, una espada y tres consejos de su padre: nunca golpees a un criado, jamás cabalgues un caballo de boca dura y nunca hagas el amor a la esposa de otro hombre. Se convirtió en el brazo armado de Filippo Visconti, último de esa dinastía, fue padre de veintidós bastardos, se casó con la hija de Filippo y, cuando murió Visconti, entró en una ciudad hambrienta con sus hombres de armas cargados de pan. Murió de hidropesía en 1466, pero el bastión que edificó sigue siendo el orgullo de Milán.

En aquellos tiempos, los hombres eran unos locos; pero su genio y sus vicios se perpetúan en los italianos de hoy en día, y todos los que tratan con nosotros deben comprenderlo. Para el extranjero, parecemos los personajes de una ópera, exagerados, caricaturas de nosotros mismos. Pero lo contrario también es cierto. La ópera es sólo una pálida sombra de nuestra historia, y nuestra historia se repite en ciclos más cortos que la de los demás países. Por ejemplo, Filippo Visconti era idéntico a el Cirujano. También él defenestraba a la gente, se inventaba complots de espías, y llenaba la ciudad con soldados mercenarios para que lo protegiesen. Galeazzo Maria fue asesinado en la iglesia de San Esteban por tres jóvenes que habían ido primero a misa a decirle a San Esteban que lamentaban mucho tener que ensuciar su iglesia. Donde Leonardo escribió su *Codex Atlantico*, se alza el edificio de la «Pirelli», como monumento a los sucesores de Leonardo.

Quizá fueran pensamientos incoherentes, de un hombre demasiado apartado de la seguridad, en una ciudad donde cada policía sabía su nombre. Y, sin embargo, no eran tan incoherentes, ni fuera de propósito. El general Leporello tenía mayores ambiciones de las que jamás hubieran soñado los Visconti y los Sforza. Ellos se

contentaban con ducados y provincias. Él deseaba toda Italia bajo su puño. Además tenía armas y medios de información que jamás se hubieran podido imaginar en otra época. Y ningún emperador o Papa que hacerle sombra.

Mientras caminaba a través de las galerías y corredores de la fortaleza, me pregunté cuál sería la mejor manera de acercarme a Elena Leporello. Era mi última posibilidad: la última apuesta de la última carrera. Si perdía con ella, ya podía dirigirme hacia los Alpes. Podía escribirle una nota, pero quizá la interceptase su esposo o un espía en la casa. Podía acercarme a ella en la calle, quizá se pusiese a chillar, llamando al policía más cercano. Podía telefonear, quizá me colgase inmediatamente, era lo más probable. Me decidí a telefonear. Soborné a uno de los guardianes para que me dejase usar el teléfono de su oficina. Contestó una criada. Pregunté:

—¿Puedo hablar con el general, por favor?

—Lo lamento. El general no está en casa. Sugiero que llame al cuartel general.

—Le llamo desde el cuartel general. ¿Está la *Signora* en casa?

Esperé un largo momento, y, cuando oí a Elena Leporello, hablé muy de prisa y elocuentemente:

—Por favor, señora, oiga lo que oiga, no cuelgue hasta que haya terminado. Soy Dante Alighieri Matucci. Hay una orden que pide mi detención. He estado ocultándome durante varios días. He leído los periódicos. No sé si el capitán Roditi está vivo, muerto o llevando a cabo sus tareas normales. ¿Puede decirme esto, por favor?

—No se lo puedo decir, no en este momento.

—Los reportajes dan la impresión de que lo secuestré o lo asesiné. Ninguna de estas cosas es cierta. Si está vivo, tengo que encontrarlo. ¿Está usted dispuesta a hablar conmigo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cualquier día entre las diez y las seis.

—Gracias. Ahora, escúcheme cuidadosamente. A las diez y media de mañana por la mañana irá a la «Biblioteca Ambrosiana». Pida ver el «*Virgilio* de Petrarca». El bibliotecario se lo traerá. Se quedará con usted mientras lo inspecciona. Un amigo mío entrará en contacto con usted y la traerá hasta mí. ¿Queda esto claro?

—Sí, gracias.

—¿La vigilan?

—No sé.

—Si cree que está siendo vigilada, no acuda a la cita. El mismo sistema seguirá en uso durante tres días. Si no hemos establecido contacto para entonces, telefonearé de nuevo y tomaremos nuevas disposiciones.

—Comprendo.

—Mi amigo le dirá un santo y seña para que lo reconozca. Le preguntará: «¿Es

usted Raquel Rabin?». Usted le contestará: «Sí». Entonces, haga lo que le diga. Tendrá que estar fuera de la ciudad durante cuatro o cinco horas.

—Entendido.

—Quiero hacerle otras preguntas. Simplemente, dígame sí o no… ¿Puedo fiarme de Laura Balestra?

—No.

—¿Puede usted fiarse de sus criados?

—No.

—¿Se fiará de mí?

—Sí… hasta que nos veamos.

—Gracias. Ahora, repetiré. La «Biblioteca Ambrosiana», a las diez treinta, durante tres días. El *Virgilio* de Petrarca. ¿Es usted Raquel Rabin?

—Sí. Gracias. Adiós.

Hasta ahora, todo iba bien; pero ¿cómo de bien, tratándose de una mujer con su práctica en el arte de la intriga? Puse otra ficha en el teléfono, y marqué el número del hotel de Steffi.

—¿Steffi? Aquí Rabin. *Shalom*.

—También a ti, viejo amigo. ¿Cómo estás?

—Sobreviviendo. ¿Estás libre para la cena?

—A mi edad, siempre se está libre para la cena.

—¿Dónde?

—Alquila un coche. Recógeme a las seis en la entrada del castillo de los Sforza.

—¿Y quién cena a las seis de la tarde?

—Nadie. Primero tenemos que ir a dar una vuelta. ¿Te gustan las pelirrojas?

—Me gustan incluso con cabello verde.

—¿Hay alguna noticia?

—Sólo que estoy aburrido.

—Ésa es una buena noticia. *Sbrigati eh*! ¡Muévete! Hay un largo camino que recorrer, y mucho tráfico.

Eran las seis treinta cuando me encontró y pasaron otros cuarenta minutos antes de que nos hallásemos en la *autostrada*, corriendo a ciento veinte kilómetros por hora en dirección a Venecia. Mientras viajábamos por el cálido y suave aire en el paisaje neblinoso de álamos y huertos, le hablé de mi conversación con Elena Leporello y lo que me proponía hacer al respecto.

—… Si Roditi decía la verdad, y siempre nos encontramos con ese mismo «si», entonces, Elena Leporello tiene películas y grabaciones que podrían colgar a su marido más alto que la luna.

Steffi se volvió en el asiento y me contempló con ojos límpidos y compasivos. Sonrió y afirmó vigorosamente con la cabeza, arriba y abajo, arriba y abajo, como uno de esos estúpidos mandarines chinos. Me regañó con dolorida paciencia:

—Matucci, hermanito, queda tan claro y tan visible como la nariz que llevo yo en

la cara que jamás has estado casado. ¿Qué es lo que conoces de esa mujer? ¡Escribe *bellas* cartas de amor a un proxeneta asustado que le busca amantes a su esposo! Se dedica a maltratar verbalmente a su marido en una cena. ¿Qué esposa no lo hace? Deberías oír a veces a la mía, cuando me mancho con salsa la corbata o hago algún comentario acerca de una de las hermosas putillas que trabajan para ella. Y su amiguita dice que se ha enamorado de ti. ¡Jua, jua, jua, jua! ¿Es eso lo suficientemente bueno como para jugarte la vida basándote en ello? Lo malo de vosotros los solteros es que no oís ni una sola palabra de lo que se dice desde el hola hasta el adiós. Ahora, escucha, hermanito. Mantén tus ojos en la carretera y oye lo que tiene que decirte un viejo hombre casado. Esa mujer es una malvada. Lo que es peor, lo sabe, y le encanta. Necesita a un esposo al que pueda putear y humillar. Si es un gran hombre en su profesión, mucho mejor. Eso es un buen relleno para el pavo. Y necesita a un amante de la misma especie. Desde luego, le escribe notas amorosas… ¡Mejores que las poesías de Petrarca! Pero lo carga con dos hijos tras unos escarceos veraniegos, y el pobre diablo lo acepta, porque es un pobre bastardo, y además un podrido proxeneta…

—Sé todo eso, Steffi, pero…

—Nada de peros, Matucci. Mantén tus ojos en la carretera y déjame acabar. Ahora, llegas triunfalmente a su fiestecilla, arreglado como un pastel de bodas. Eres una novedad, eres un hombre. Naturalmente, se muestra interesada. Eres un reto. Tiene que probar que puede disminuirte y hacer que acabes comiendo en su mano como los demás. Tiene algo que tú quieres… sin importar que no sea eso lo que a ella le gustaría que quisieses, y te va a hacer ponerte de rodillas y suplicarle que te lo dé. Y suplicarle, y suplicarle… Y si no le suplicas, te entregara, aunque sólo sea para demostrar quién tiene la sartén por el mango… Así que, si no te gusta, no tienes por qué creerme; pero ésa es la forma en que yo veo todo este asunto de Elena Leporello.

—Aunque tuvieras razón, Steffi, eso no resuelve mis problemas. Ella tiene algo que yo quiero. ¿Cómo lo obtengo?

—Primera pregunta: ¿dónde lo tiene?

—No lo sé.

—Segunda pregunta: ¿con quién lo comparte?

—No te comprendo.

—Una mujer como ésa, con una maravillosa historia sucia y fotos para ilustrarla… ¿Te crees que se la guarda para sí sola? ¡Ni loca! Tiene que contárselo a alguien. ¿Qué tiene de divertido si no?

—¿Laura Balestra?

—Posible. Probable. Quizá. ¿Qué es lo que sabes de ella?

—No mucho. Me han dicho que es rica. Sé que está soltera.

—¿Qué edad tiene?

—Oh, treinta… treinta y cinco.

—¿Qué más?

—Es divertida y le gusta flirtear, y supongo que le gusta emborracharse para así no tener que decir sí y poder echar siempre las culpas al hombre cuando se despierte en una cama que no es la suya. Diría que es una chica «casi»: casi enamorada, casi prometida, y casi imposible que se case.

—Suena como una buena candidata para la sesión de los escándalos… Matucci, ¿siempre conduces así? Por favor, soy dispéptico. Deja que pueda disfrutar de mi cena.

—Así que Laura sabe dónde está escondida esa cosa. Me lo dice. ¿Y entonces qué?

—Entonces, hermanito, tienes la sartén por el mango. Amenazas a la dama. Si no te entrega el material, le dirás a su marido que lo tiene.

—No puede salir bien, Steffi.

—Ya te lo he dicho. ¡Uno nunca comprende a las mujeres… hasta que se casa con una, y entonces es demasiado tarde!

—Déjame que piense en ello.

—Mientras lo haces, te hago una apuesta. Diez mil contra mil a que la dama no aparece en la «Ambrosiana» mañana.

—¡Hecho! Ahora, ¿qué quieres cenar?

—Primero me gustaría un cóctel «Bacardi», acompañado de una pelirroja…

Tuvo su «Bacardi» en el «Bar de Harry». Y también su pelirroja; pero Gisela Pestalozzi fue demasiado incluso para el ajado paladar de Steffi. Su apariencia lo dejó atontado, su ruidosa y precoz charla lo redujo a un estado de confusión idiota, así que esperé que en cualquier momento le diera una fuga y se metiera bajo la mesa. No obstante, el apartamento que nos mostró era una pequeña joya: con una entrada delantera que se abría a un tranquilo callejón, una trasera en la que uno podía pasar directamente a un bote y una ventana del desván desde la que podía salirse directamente a los tejados, mientras aguantasen las tejas. La calefacción era más que adecuada, el teléfono funcionaba, los muebles no tenían carcoma y la ropa estaba limpia. En nuestra primera reunión había dicho que el precio era doscientas mil al mes. Acordamos ciento cincuenta mil. No hubo depósito; el nombre de la Salamandra era suficiente para ambas partes. Pagué dos meses de alquiler en efectivo. Me entregó una llave y algunos consejos como propina:

—Si quiere un botero, llámeme. Si desea sobornar a un policía, compruébelo conmigo antes de entregar ningún dinero. Si está en problemas, no aparezca por el «Bar de Harry» y use el teléfono. Hay un servicio de cuarenta y ocho horas para los documentos falsos. Le costara menos si me puede dar más tiempo. Nada de fiestas ruidosas. Nada de peleas. Tendrá descuento de nativo en mis chicas… y usted, viejo, no tenga vergüenza. He visto a impedidos de ochenta años que echaban por el aire sus muletas…

Nos abandonó con un tintineo de baratijas y un revoloteo de aquel extraordinario cabello.

Steffi se derrumbó en una silla, y tartamudeó:

—¡Dios mío! Parece salida directamente del «Museo de Cera»… Menuda casa segura. Con un monstruo comedor de hombres como ése, estarías más seguro en un matadero. Pero ¿para qué quieres este lugar?

—¡No te rías, Steffi! Después de mañana, quizá tú también seas un fugitivo.

Mirándole, con los ojos desorbitados y sin poder decir palabra, recordé uno de los hechos menos útiles de la historia. Pietro Aretino murió en Venecia. Era un pornógrafo de bastante fama, y murió de apoplejía, riéndose de un chiste obsceno.

A las diez de la mañana del día siguiente, vestido con una gorra y mono de mecánico, y manchado de aceite de motores, estaba trasteando en un viejo «Fiat», a sesenta metros de la entrada de la «Biblioteca Ambrosiana». No había nada malo en aquel motor; pero yo estaba nervioso y estremecido, casi esperando que Steffi ganase su apuesta y pudiese olvidarme de todo aquello con buena conciencia. A las diez y cuarto Steffi vino calle abajo, con todo el aspecto de un profesor anciano que podía descifrar la cursiva del siglo XV o decidir una interpretación difícil con una simple ojeada. Silbaba «Las colinas están florecidas» lo que, si uno podía reconocer la tonada, era un signo de que, por el momento, no había *poliziotti* en el horizonte. A las diez veinticinco llegó Elena Leporello en un «Lancia» blanco. Estaba sola, lo que también era otro buen signo. Cerró el coche, metió las llaves en su bolso y, sin mirar hacia atrás, entró en la biblioteca tranquila y dueña de sí misma como cualquier matrona milanesa que ha salido a sus compras matutinas. Me erguí, me limpié las manos con un trapo grasiento, encendí un cigarrillo y atisbé la calle arriba y abajo. Pasaba la gente habitual. No había ningún mirón sospechoso, ninguna convergencia de coches u hombres que indicase la inminente detención de un tipo peligroso. *Ebbene*! No había otra cosa que hacer que esperar, y la espera podía ser muy larga, porque la inspección del *Virgilio* de Petrarca es una de las ceremonias más serias de la «Ambrosiana». El volumen es grande. El mismo bibliotecario jefe debe autorizar el examen. Un ujier, reverente y vigilante, debe permanecer detrás de uno mientras pasa las páginas, iluminadas por Simone Martini de Siena. Si no puede uno leer la inscripción, escrita por la propia mano del poeta, el ujier traduce:

Laura, con todas sus ilustres virtudes y largamente celebrada en mis poemas, apareció por primera vez ante mis ojos, en mi temprana juventud, el seis de abril del año del Señor 1327, a primera hora de la mañana, en la iglesia de Ste. Claire de Aviñón…

Siempre me ha gustado la ceremonia. En mis días como guía turístico averigüé que una lectura de Petrarca en su edición original causaba maravillas con las jóvenes impresionables. Ahora, impaciente y sudando por los nervios, me maldije por lo

idiota que había sido. Lancé el cigarrillo, cerré el capó del coche y me senté en el interior, contemplando la entrada de la biblioteca a través del espejo retrovisor.

A las diez cincuenta y cinco salió Steffi con Elena Leporello. Se metieron en el «Lancia» y se marcharon. Los seguí lo bastante lejos como para ver si algún coche perseguidor se había unido a nuestra cabalgata. En el rugiente caos del tráfico milanés era difícil estar seguro de nada, incluso de mi propia cordura. Vi, o creí ver, a uno o dos posibles seguidores, pero al final desaparecieron. Cuando llegamos a la *autostrada*, me quedé muy atrás, dejando que se situasen bastantes coches entre el «Lancia» y yo; pero para cuando pasamos junto a la salida de Verona, estaba bastante confiado en que no llevábamos ningún perseguidor. En Padua estaba ya seguro. Los deje adelantarse mucho hasta llegar a Mestre. Las instrucciones de Steffi eran llegar a Venecia, comprarle a la dama un bocadillo en la plaza de San Marcos y largarse cuando yo apareciese. Entonces, iría a la casa segura y me esperaría. Elena Leporello podía regresar sola a Milán. Esperaba que esta estrategia la hiciera pensar que yo había salido de Milán y estaba oculto en algún lugar de la ciudad de los Dogos.

Fui directamente a la casa, me vestí y adecenté y luego, ataviado con tejanos y un jersey verde, caminé hasta la plaza de San Marcos. Steffi me vio llegar, y se fue antes de que me encontrase junto a la mesa.

Elena Leporello me dio una gélida bienvenida.

—Espero, coronel, que este sórdido pequeño drama tenga algún sentido.

—Y yo espero, señora, que usted me ayudará a encontrárselo. ¿Ha oído usted algo del capitán Roditi?

—Ni palabra.

—¿Sabe su esposo dónde está?

—No. Tiene a un grupo de investigadores trabajando noche y día en el caso. Dice que sabe lo que sucedió en el apartamento de Matteo. Usted le obligó a escribir un documento falso e incriminador, luego lo asesinó o lo raptó.

—¿Y cómo sabe eso?

—Por el notario que legalizó el documento en el apartamento de Matteo. Ha sido detenido y ha firmado una confesión.

—¿Ha visto su esposo ese documento?

—No ha dicho tal cosa.

—Entonces, ¿cómo sabe que es falso e incriminante?

—Obviamente, el notario se lo dijo.

—El notario no leyó el documento. Simplemente lo selló, lo firmó y lo rubricó.

—¿Pero existe el tal documento?

—Sí.

—¿Es incriminador?

—Sí… pero no es falso. ¿Le gustaría verlo?

—Por favor.

Le entregué una copia fotostática de la confesión de Roditi y la estudié fijamente

mientras la leía. El color desapareció de su rostro. Tembló violentamente y, por un momento, creí que iba a desmayarse. Tendí una mano para ayudarla, pero la rechazó con un gesto y continuó su lectura. Cuando terminó, estaba de nuevo autocontrolada, y el repentino dominio de sus emociones, era algo aterrador de contemplar. Dobló cuidadosamente el documento y me lo devolvió. Entonces, se enfrentó conmigo, despectiva y con los ojos fríos.

—Todo eso es una trama de mentiras, coronel… Monstruosas y horribles mentiras.

—Es la letra de Roditi.

—Pero usted se lo dictó. El notario lo oyó desde la alcoba.

—Le dicté tras un interrogatorio. ¿También oyó eso?

—Oyó sus amenazas. También debió de oír todo lo demás.

—¿Está usted segura, señora, de que todo es falso?

—¡Todo!

—Entonces, ¿usted y Roditi no eran amantes?

—Claro que no.

—He leído sus cartas, señora. Vi su fotografía firmada. Roditi la tenía en el cajón de su cómoda.

—No, coronel. No hay cartas.

—Si lo que quiere decir es que fueron retiradas por orden de su marido, no lo fueron todas. Tengo una en mi bolsillo en este momento. Puedo decirle que la fotografía fue tomada por Donati, de Bolonia. Hizo una copia extra para mí… Y déjeme decirle algo más. Roditi, su amante, era amigo de Giuseppe Balbo, que fue asesinado por la Policía hace unas noches. Me encontré con ellos en el «Alcibiade». No, señora. Esa declaración no miente. Yo tampoco. Usted sí. ¿Por qué? ¿Tiene usted miedo a su esposo? ¿O de lo que pueda hacerle a usted y a sus hijas?

—No, coronel.

—Entonces, escúcheme, por favor. Roditi dijo que usted tiene un material, fotografías y grabaciones, que probarán en contra de su esposo todas las acusaciones que hay en ese documento.

—No tengo tal material, coronel.

—Pero, si sus cartas significan algo, usted amó a Roditi. Él la amó a usted. Me lo dijo.

—El viejo amor no sirve para nada, coronel.

—También me dijo que las grabaciones y fotografías eran su único seguro contra su esposo.

—No tengo tal material. Y no necesito ningún seguro.

—¿Por qué? ¿Porque Roditi está muerto?

—Es usted el que ha dicho eso, no yo.

—¿O porque su declaración está desacreditada y su esposo abandona sus diversiones por el momento?. ¿Qué hay de usted? ¿Qué clase de mujer es usted?

—Le diré qué clase de mujer soy, coronel. Si mi esposo es lo bastante astuto para manejar este lío, entonces será lo bastante astuto como para subir hasta la copa del árbol. Yo también quiero llegar allí. Si no lo logra… ¡bueno! Siempre hay otras oportunidades para mí.

—Ahora mismo puede solucionar este asunto, señora. Hay un policía ahí mismo, y dos *Carabinieri* en la entrada de San Marcos. Llámelos. Dígales quién soy y hágame detener.

—No, mi querido coronel. Aún no estoy segura de lo astuto que es usted, y si es buen adversario para mi esposo. Es todo un juego, ¿no lo ve? Y yo soy la espectadora privilegiada. Sólo tengo que sentarme y disfrutar de una hora de cama con usted, ahora, si está interesado, y su casa no está muy lejos… ¿No? Quizás en otra ocasión. ¿Sabe?, soy mucho mejor que Laura… Por cierto, ¿sabe lo que le sucedió?

—¿Qué?

—Se estrelló con su coche contra un árbol la pasada noche. Como ya sabe, bebe demasiado. Se lo había advertido muchas veces; mi esposo también.

—¿Está muy malherida?

—Los doctores piensan que vivirá, pero que es posible que acabe siendo un vegetal… ¡qué pena! Era una chica encantadora. Adiós, coronel.

Me ofreció su mano. No pude tomarla. Ni siquiera me puse en pie para saludar su partida. Permanecí sentado y la contemplé atravesar la plaza, con la cabeza alta, bamboleando las caderas, tan orgullosa como cualquier chica que hiciese su ronda por las calles. Las palomas se alzaron en nubes mientras pasaba, y el camarero, contando el cambio, suspiró dolorido al ver malgastada tanta mujer. Era un veneciano, pero había olvidado la cínica sabiduría de sus antepasados. Cuando enviaban a un embajador al extranjero, le dejaban llevarse al cocinero. Pero le obligaban a dejar a su esposa en casa.

Era una derrota y un desastre totales, y no parecía haber forma de solucionarlo. Steffi lo resumió todo en un tenso monólogo:

—¡Jaque mate! No tienes lugar al que ir, hermanito. Tu última esperanza, y es bien débil, es la caja de seguridad del Banco. Desearía poder ayudarte, pero no puedo. Voy a volver a Roma. Si hay algo que necesites, llámame. Pero acepta un pequeño consejo… Lárgate ahora y reúnete con tu chica en Suiza. Deja que Manzini se ocupe del resto. Aquí, estás en una trampa. Peor, en un vacío, lo cual es desmoralizador. Ya sabes el sistema. Te han inmovilizado. Lo único que tienen que hacer es esperar. Más pronto o más tarde cometerás un pequeño error y cerrarán la trampa. Te aprecio, Matucci… ¡y Dios sabe el porqué, pues sólo me has dado disgustos y úlceras! Pero no quiero verte eliminado antes de que tengas oportunidad de sentar la cabeza…

Cuando se hubo ido, llamé a Manzini, que estaba igualmente hosco. Me dijo que

había estado estudiando la posibilidad de una campaña de prensa para remover las aguas cenagosas, pero que los riesgos eran demasiado grandes: riesgo de un juicio por difamación, riesgo de que se invocasen viejas leyes para detener la publicación, riesgos de que tímidos amigos del Quirinal fueran perdidos por una acción precipitada, riesgo de fomentar el desorden público. También él sugería que me fuese a Suiza. Sonaba cansado y sin ánimos, y me pregunté acerca de su estado de salud. Cuando colgue el teléfono, me encontré repentinamente presa de una violenta reacción. Maldije y juré y recorrí todo el apartamento cerrando puertas de golpe, en un frenesí de frustración. Era increíble que con tantas evidencias no pudiéramos hacer nada. Era monstruoso que un hombre pudiera manipular el brazo de la ley para convertirlo en un instrumento criminal. Me avergonzaba de que un crápula como Leporello pudiera convertirme en un fugitivo mientras su mala puta de esposa se podía echar a reír y ofrecerme irse a la cama conmigo. Y, como gota final, aquí estaba, en una casa vacía, sin comida ni licor y repentinamente temeroso de asomar mi nariz por la puerta. ¡Al infierno con todo aquello! No era ningún criminal. ¿Por qué iba a comportarme como tal? ¡Al infierno con todo aquel montón de podridos! ¡Me iba a quedar!

… El cómo iba a quedarme era otra cuestión. Necesitaba pensar en aquello, mientras comía algo y me bebía una botella de vino. No me preocupé en cambiarme. Fui hasta la Calle dei Fabbri y encontré un sitio tranquilo en el que la comida olía bien y el camarero era amistoso. La noche era excelente, así que me senté fuera, donde pudiera contemplar a las mujeres de Venecia, que son mejores en carne y hueso de lo que jamás las pintara Tiziano. Pedí un *risotto*, un plato de pescado y una botella de Barolo y me dispuse, como cualquier otro honesto ciudadano, a disfrutar de mi cena. Era una buena comida y me gustó cada bocado de ella. Estaba sorbiendo feliz y relajado mi café, cuando dos *Carabinieri* me tomaron como una naranja de un cesto y me llevaron a la *Questura*.

Se mostraron muy amables. Me evitaron la rutina habitual y me llevaron directamente al comandante. El comandante miró mis papeles y me preguntó si era la persona descrita en ellos: Aldo Camera, viajante de comercio. Le aseguré que así era. Le pregunté si se me acusaba de algún crimen. Me aseguro que no. Era simplemente a causa de aquel jersey verde. ¿Había estado en la plaza de San Marcos aquella tarde? Así era. ¡Ah! Aquello lo explicaba todo.

No me decía exactamente nada y le supliqué que me indicase qué tenía de especial llevar un jersey verde. Admitió que no podía ver nada especial en ello, exceptuando que a él no le gustaba demasiado el color verde. Sin embargo… a las tres de la tarde una mujer, que no quiso dar su nombre, había telefoneado a la *Questura* con la información de que había identificado a un hombre que llevaba una prenda de vestir de esas características como un tal Dante Alighieri Matucci, buscado para ser interrogado en Milán. Había visto su fotografía en los periódicos.

Por otra parte, al comandante se le había informado del asunto Matucci, que era

una cuestión altamente política en la que no quería verse mezclado. Sabía que un agente del Servicio Secreto llevaba, a menudo, una identificación falsa. Así que, si de hecho yo era el coronel Matucci, el asunto de los papeles falsificados quedaría fácilmente explicado. Luego, sacó una foto mía y una serie de huellas digitales de los archivos del SID. Sonreí, sonrió, y estuvimos de acuerdo en que eran azares del juego.

Me ofreció una taza de café. Le pregunté si podía hacer una llamada telefónica. Sonrió de nuevo y sacó una orden que decía que cuando Dante Alighieri Matucci fuera apresado, debería ser mantenido incomunicado, a la espera de instrucciones del cuartel general de Milán. Ahora, iba a telefonear a Milán. Odiaba tener que hacer esto a un colega de mayor graduación. Esperaba que yo comprendería que no había nada personal en ello. Me rogó que me pusiese lo más cómodo posible, hasta que regresase.

Como un guiño le sirve a uno tanto como una afirmación con la cabeza a un elefante ciego, utilicé el teléfono de su escritorio, pedí línea externa y marqué una llamada interurbana al apartamento milanés de Manzini. El viejo había salido. Su criado tomó el mensaje. Era un desengaño, pero al menos Manzini sabría lo que me había pasado. También había otra cosa que me daba una ligera esperanza: el Cirujano estaba muerto, y me evitaría sus tiernas atenciones.

El comandante permaneció largo rato fuera. Regresó con aspecto grave y preocupado. Me dijo que ahora estaba formalmente bajo arresto, y que debía entregarle todas mis pertenencias personales, de las que me daría un recibo. Sus órdenes eran mantenerme detenido durante la noche en la *Questura* y enviarme, por la mañana, a Milán.

Un *brigadiere* me escoltó a una celda. Me encerraron bajo llave. Quince minutos más tarde regresó el *brigadiere*, acompañado por un agente y un hombre con chaqueta blanca que llevaba una bandejita cubierta por una toalla. Se presentó como médico de la Policía y me dijo que me arremangara. Afirmó que deseaba darme un sedante. Protesté vigorosamente contra aquella invasión de mis derechos y mi persona. El médico me sugirió que todo sería más simple si me doblegaba, pues de lo contrario se vería obligado a ponérmela tras haberme inmovilizado. Hice lo que me decía. Me subí la manga y la retorcí hasta convertirla en un torniquete. Apreté el puño y presenté el brazo para la inyección. Parpadeé al sentir el pinchazo de la aguja y comencé a contar uno - dos - tres…

Luego, se apagaron todas las luces.

LIBRO TERCERO

Hemos cambiado todo eso.

MOLIÈRE: *Le Médicin malgré lui*

Me desperté, o soñé que me despertaba, en una absoluta oscuridad y silencio. Estaba, o soñaba que estaba, flotando en un espacio indeterminado de un continuo sin tiempo. No estaba triste; no estaba contento; no me dolía nada; simplemente, estaba. Al principio aquello era bastante: el flotar, el soñar y el simple ser. Luego comencé a sentirme intranquilo, al principio, levemente, luego de forma más y más aguda. Faltaba algo. No lo podía definir mejor. No podía definir nada. Mi mente era un remolino de niebla. Estaba tanteando, sin manos, en la nada.

La niebla se disipó lentamente en remolinos y corrientes. Poco a poco, y de forma intermitente, comencé a recoger las dispersas partes de mí mismo. Mi pulgar encontró las yemas de los otros dedos. Mi lengua halló el paladar. Mis párpados parpadearon. En algún sitio, entre la niebla, mis pies se rozaron el uno al otro. Al cabo, las partes se convirtieron en un todo y me di cuenta de que mi cuerpo y yo seguíamos juntos. Fui capaz de alzar mi mano, ambas manos, y pasarlas sobre mi rostro, hombros, pecho, vientre y genitales. Allí estaba, desnudo y yaciente sobre una superficie dura y plana, cálida al tacto.

Entonces, el pánico me invadió. Estaba enterrado en vida. Estaba ciego. Estaba mudo. Estaba sordo. Cuando gritaba, ningún sonido salía de mi garganta agrietada y constreñida. Comencé a sudar de terror y tomé la posición fetal, acurrucándome para escapar al horror de la nada. El pánico subía y bajaba, incesantemente, como olas en una playa, pero lenta, lentamente, fue disminuyendo hasta ser una superficie algo rizada, constante, hostil, pero, por suerte, ya no enloquecedora. La niebla de mi mente era ahora una masa de tentáculos y telas de araña, pero al menos sabía que tenía una mente y que, de alguna manera, debía comenzar a usarla.

Primero ordené a mi cuerpo que se distendiera; y trabajosamente, mi cuerpo obedeció. Luego pedí a mis dedos que exploraran el ambiente inmediato. La losa sobre la que yacía parecía al tacto mármol o piedra lisa. Terminaba a algunos centímetros a cada lado de mi cuerpo y, por encima y alrededor, había un espacio vacío. Abajo, mis dedos hallaron un suelo no pavimentado, áspero al tacto. El suelo era más frío que la losa. No sabía hasta dónde se extendía. Pero ya me bastaba con haber hallado un asidero a la realidad. Ahora, tenía que hacer una investigación de mi yo íntimo, buscando agarraderos en el tiempo y recuerdos. Esto era más difícil. Dentro de mi cerebro había un caleidoscopio que creaba formas, las fragmentaba, las reagrupaba y las disolvía en un fluido monocromo.

Fui alzado por una ola de pánico, dejado caer en la desesperación, giré una y otra vez sobre mí mismo arrastrado por una corriente profunda, y floté libre de nuevo.

Al fin se formó una imagen, quedó un recuerdo firme: una mujer caminando a través de una nube de palomas, un hombre con un jersey verde sentado en una mesa, contemplándola. Podía seguir adelante, podía volver atrás. De pronto estuve llorando en silencio en la oscuridad. Las lágrimas eran buenas. Caían como aceite en las aguas del pánico. Cuando se hubieron acabado, supe que aún seguía siendo un hombre.

Sabía, y sabía que sabía, lo que me había sucedido y lo que me sucedería muy pronto.

Si uno camina por los museos del mundo encontrará una variedad de instrumentos de tortura: potros, aplastadedos, látigos con garfios en las puntas, damas de hierro, tenazas, hierros de marcar, máquinas para descargas eléctricas. Pero nunca verá los instrumentos más potentes de todos. Son la oscuridad y el silencio. Cada uno de ellos es una ausencia, una negación. La oscuridad es la negación de la luz. El silencio la negación del sonido. El mal, dijo santo Tomás de Aquino, es una ausencia de bien. Mi homónimo, Dante Alighieri, escribió un poema acerca del infierno que se ha convertido en uno de los clásicos mundiales. Yo puedo atestiguar ahora que no sabía de lo que hablaba. El infierno no es nada más que una habitación oscura y silenciosa. La condenación es ser encerrado dentro… solo.

Por favor, déjenme explicarme. Me resulta necesario. Y si llega el día de los tiranos, quizá también sea necesario para ustedes el comprenderlo. ¿Conocen la palabra parámetro? Mucha gente la usa, muy pocos comprenden su significado o su importancia. El diccionario la define como: «Cantidad sujeta a determinarse satisfaciendo ciertos valores condicionales». Admítanlo: la definición les dice poco, o nada, a ustedes. Pero supongan que una noche se van a dormir y que cuando se despiertan por la mañana el campanario o el abeto que siempre se ha visto por su ventana, ya no está allí. Supónganse que abrieran la puerta de su cocina y se encontrasen, por el contrario, en un jardín de rosas. Las constantes de su vida habrían desaparecido. Estarían perdidos. Ustedes dirán: no sé dónde estoy. Si los cambios continuaban día tras día, se convertirían en víctimas de su falta de continuidad. Acabarían diciendo: no sé quién soy.

Pero supongan… supongan que, repentinamente, todas las constantes han desaparecido: el campanario, la cocina, el amanecer, el anochecer, el sol, la luna y las estrellas e incluso la luz… Supongan que también desaparece lo que no es constante: los coches de la calle, las palomas en el huerto de coles, el grifo que gotea, las nubes que pasan, el viento, el sonido de la lluvia, las voces humanas que se oyen a lo lejos… Entonces, uno se halla condenado y más allá de toda posible redención.

Esto es lo que pasa cuando uno encierra a un hombre dentro de una habitación oscura y silenciosa, y se olvida de él. No tiene nada con lo que pueda medirse excepto los confines del suelo, y la monotonía de esta medición ayuda a volverlo loco. No tiene sentido de la altura, ni sentido del tiempo. Está aislado de su pasado. No tiene esperanza de futuro. Su presente es oscuridad y silencio. No puede divertirse con las cosas más diminutas: una mosca que zumba contra un cristal, una hormiga corriendo por el suelo, las motas de polvo en un rayo de sol. Sus únicos puntos de referencia son los contornos de su cuerpo, los contornos fijos de las paredes, el suelo y el lugar en que duerme, y el pequeño mundo de la memoria dentro de su propio cerebro. Y eso no basta, ni con mucho, para mantenerle cuerdo.

Puedo decirles lo que sucede porque me pasó. Planearon que me pasase. Fue imaginado, y realizado como la más sutil venganza que ningún hombre pueda llevar a

cabo contra otro… uno está solo en aquella nada oscura y silenciosa. Se dice a sí mismo: sé quién soy. Sé lo que estáis tratando de hacerme. No os dejaré lograrlo. Me retiraré dentro de mi cerebro y viviré allí, alimentándome de recuerdos, esperanzas, fe y amor, el capital de toda una vida. Me aferraré a los hechos que conozco: esta nada es, en realidad, un algo; fuera de aquí hay humanos, animales y cosas sólidas y tangibles. Sé que tendrán que alimentarme o al menos dejarme algo para beber. Esta perpetua quietud es tan imposible como el movimiento perpetuo. Algo tiene que ceder en algún momento. De lo contrario, ¿por qué iban a tomarse todas estas molestias para atormentarme? Alguien vendrá, aunque sólo sea para disfrutar viéndome. De otro modo, hubiera sido más simple pegarme un tiro y echarme a un foso.

¡Je, je, je! Todo es ilusión. Nadie viene. El silencio y la oscuridad permanecen inalterables. Uno descubre, en su primer recorrido de las paredes, que han dejado tres recipientes de plástico con agua, lo bastante como para mantenerlo a uno con vida durante mucho, mucho tiempo. También descubre otras cosas. El mundo del interior del cerebro se torna rápidamente confuso. Uno busca un recuerdo y se encuentra con otro. Las imágenes pasan y uno no puede enfocarlas. Uno se apoya en la esperanza y se hunde en una desesperación sollozante. Trata de rezar y se encuentra maldiciendo. Recita poemas y de pronto está balbuceando sinsentidos. Tras tres días, aunque hace bastante que se ha olvidado del tiempo, uno está sumido en una alucinación constante y, aunque entrase alguien, no sabría si era real o no. Ésa es la trampa, ¿comprenden? Entra, pero uno no lo sabe. Lo alzan del suelo y le inyectan barbitúricos para que continúe la alucinación. Le echan unas gotas de glucosa en la sangre para mantenerlo a uno con vida, y le alimentan a uno con nuevos temores que lo llevan más y más cerca del precipicio de la locura permanente. Luego me enteré de que estuve allí durante quince días. Cuando me sacaron, me quedé ciego durante un tiempo, y mudo y atáxico, caminando tambaleante como un animal, barbudo y sucio por mis propios excrementos. Me colocaron bajo un sueño profundo con sedantes durante cuarenta y ocho horas, y cuando desperté, estuve seguro de que había muerto y llegado, por algún error cósmico, al Paraíso.

Había tanta luz que sólo podía soportarla por un breve instante y luego debía cerrar los ojos y dejarla afuera. Había flores en una mesa. Recuerdo que eran multicolores: azules, amarillas y color ciruela. Siempre, cuando abría mis ojos, había una hermosa enfermera en la habitación, a veces cerca de la cama, otras en un sillón, leyendo. Por un tiempo pensé que era Lili; pero luego, cuando pude concentrarme un poco, me dijo que su nombre era Claudia y que había estado muy enfermo, pero que ahora iba mejorando.

Cuando la luz comenzaba a disminuir, me iba poniendo nervioso e inquieto, temeroso de que se fuera del todo. Pero nunca ocurría. Siempre entraba otra

enfermera y encendía las lámparas, e incluso cuando dormía había siempre encendida una pequeña luz. La enfermera nocturna no era tan hermosa como Claudia, pero era muy solícita y amable. También era muy paciente. A veces yo hablaba y hablaba hasta que no podía proseguir. Otras, me mostraba hosco y silencioso, mirando al pequeño círculo de luz del techo, odiándome a mí mismo, odiándolo todo, incapaz de cambiar el tema, fijo y horrible, de mis pensamientos. Cuando hablaba, me escuchaba. Cuando estaba en silencio, ella hablaba, un continuo chorro de charla sin sentido, pero tranquilizadora, que al fin me hacía caer adormilado.

Cada día venía el doctor, me examinaba y charlaba un poco acerca de mi enfermedad, que decía que era un trastorno psíquico producido por el tiempo pasado confinado. Se curaría por sí solo, me decía. Lo único que necesitaba era tiempo y paciencia, unos pocos sedantes y la simple terapia de la comunicación humana. Un par de días más de descanso absoluto y me dejaría caminar por el jardín. Cuando le pregunté dónde estaba, me contestó que en su clínica, y no añadió más.

Le dije que me preocupaban las pesadillas. Asintió comprensivo, pero me dijo que también aquello era un proceso curativo: la mente subconsciente trabajando en lo intolerable para convertirlo en tolerable. Le dije que tenía dificultades para recordar y que no podía concentrarme en una sola página de lectura, y que el razonar los temas más fáciles era un proceso que requería un tremendo esfuerzo. Me explicó que aquello era la respuesta natural de un organismo al que se le ha llevado más allá de lo que puede soportar. Simplemente, se rehusaba a funcionar hasta que no estuviese descansado y dispuesto. Cuando le pregunté si seguía aún bajo arresto, sonrió y me dijo que estaba libre, pero que tenía que estar preparado si quería disfrutar de la libertad que tenía.

Era todo agradablemente vago; pero, de modo gradual, uno tras otro, fueron estableciéndose nuevos parámetros y comencé a aferrar con mayor confianza las realidades que me rodeaban. Las realidades distantes aún parecían confusas. A menudo pensaba en Lili, Manzini y Steffi, pero no podía aferrarlos como presentes o echarlos de menos como si estuvieran ausentes. Vendrían a mí, o yo iría a ellos, en algún futuro próximo, que aún no tenía necesidad de determinar por días y semanas. Todo mi concepto del tiempo era aún bastante incierto. Ni una sola vez pregunté la fecha o la hora del día. Las realidades enemigas: Leporello, su esposa, el director, eran tan vagas que casi no tenían importancia. De alguna manera, que aún no podía comprender, les había sobrevivido. Había caminado a través de ellos como si fueran una pared de papel y había salido por el otro lado. Cuando miraba hacia atrás sólo veía imágenes desgarradas que se las llevaba el viento.

Cuando me permitieron salir de la cama por primera vez, me asombró darme cuenta de lo débil e inseguro que me sentía. Mi sentido del equilibrio había sido dañado y creía estar inclinándome, ya fuera a un lado, ya al otro. Si volvía la cabeza demasiado repentinamente, me mareaba. Y el primer corto paseo hasta la ventana me dejó débil y tembloroso. Incluso la visión del exterior me produjo un *shock*. Primero

la vi como si sólo tuviera dos dimensiones. Después, inesperadamente, se solidificó y adquirió perspectiva.

Había un mirador, con sillas de mimbre y brillantes parasoles. Más allá del mirador había un prado, tachonado por parterres de flores, y una pared continua de cipreses que se alzaban oscuros contra el límpido cielo. Era bonito de ver, pero no me decía nada. No había gente ni señales distintivas. Tras unos pocos momentos me aburrió, y me agradó volver a la cama. Claudia me secó la frente húmeda, esponjó las almohadas y cerró mis ojos con las yemas de sus dedos, diciéndome que me durmiese.

Cuando desperté, estaba encendida la luz nocturna y Bruno Manzini se hallaba al pie de mi cama. Se acercó a mí, tomó mis manos entre las suyas y las mantuvo asidas durante largo tiempo en un saludo sin palabras. De pronto, y sin motivo alguno, me eché a llorar. Manzini tomó el pañuelo del bolsillo de su pecho y me limpió las lágrimas de las mejillas. Luego, se sentó en el borde de la cama y me habló pausadamente hasta que recuperé la compostura.

—¡… Vaya! Ha sido un duro camino, ¿no, mi Dante? Pero sobreviviste a él. En otros diez días te sacaremos de aquí. Te llevaré a casa conmigo, a Pedognana. Te gustaría eso, ¿no?

—Sí, me gustaría. Me siento débil y perdido. No sé lo que me pasa.

—Has pasado tu temporada en el infierno, amigo mío. Se tarda tiempo en recuperarse de eso.

—Supongo que sí. ¿Dónde está este lugar?

—Cerca de Como. Es una pequeña clínica psiquiátrica. Yo la financio… Oh, no te preocupes, estás bastante cuerdo; pero no lo hubieras estado en lo más mínimo, si te hubieran tenido más tiempo allí.

—¿Cómo llegué aquí?

—Te compré. Me llevó diez días y un montón de sobornos el averiguar dónde te tenían. Luego tuve que conseguir una orden judicial para tu liberación. Eso fue más difícil, pero lo logramos. Naturalmente, estás en libertad provisional. Sigue habiendo varios cargos en tu contra.

—No puedo imaginarme por qué Leporello me dejó ir.

—Está convencido de que te había deshecho, sin posibilidad de recuperación. Y el Movimiento hubiera perdido un gran cheque mío. Aún puede llevarte ante un tribunal. Afortunadamente, ahora tenemos evidencia médica del tratamiento al que fuiste sometido, y no creo que desee que se revele eso.

—No tienes ni idea de lo que es eso. Ni idea…

—Se acabó ya. Para siempre. Estoy muy orgulloso de ti, mi Dante.

—Todo está hecho pedazos. No… no puedo unirlos.

—Lo uniste todo antes de que esto sucediera. Lo tenemos todo en nuestras manos. Tus notas sobre los microfilms, las grabaciones y las fotografías del Banco. Ahora, podemos hundir a Leporello… y después al director.

—¿Sabes lo que le pasó a Roditi?

—Oh, sí. Esta con permiso indefinido, por enfermedad. También a él le hicieron pasar por el tratamiento. Ahora, no constituye peligro alguno para Leporello, y no es de utilidad para nadie.

—Me temo que yo tampoco voy a ser de mucha utilidad.

—Escúchame, mi Dante, y escúchame con atención… Eres un hombre afortunado, demasiado afortunado para compadecerte a ti mismo. Ahora, no puedes rendirte. Y no lo harás; porque si lo haces, le entregarás la victoria a Leporello y todo lo que has sufrido será en vano. Además, me habrás costado una tremenda cantidad de dinero… ¡Vamos, hombre! Yo he estado donde tú te hallas ahora. He subido la montaña oscura y bajado a la luz del sol que hay al otro lado. Tú también lo harás.

—Estoy tan cansado…

—Prueba a odiar un poco, amigo mío. Es el mejor estímulo del mundo.

—Todo es demasiado grande y complicado. Quiero dejarlo correr y escapar.

—Tranquilo ahora, relájate. Ya hablaremos al respecto en otro momento. Te veré de nuevo dentro de unos pocos días.

Me alegró verle irse. Quería apiadarme de mí mismo. Me merecía algo de piedad, y aquel terrible viejo no tenía ninguna. Lo apartaría de mi mente. Luego, cuando estuviese bien, lo apartaría de mi vida.

Al día siguiente me sentí más fuerte y permanecí durante una hora sentado en la terraza, mirando las fotos de las revistas especializadas en escándalos. El día siguiente di mi primera vuelta por el jardín; acompañado de Claudia, averigüé que podía caminar sin tambalearme y hablar sin confusión ni fatiga. Durante la tarde, contemplé un espectáculo de variedades en la televisión y me encontré riendo con el humorista y marcando el ritmo de la música y preguntándome por qué no estaría allí la enfermera para compartir la diversión conmigo.

Aquella noche no me dieron sedantes, por primera vez, y vagué por una serie de sueños inconexos, de forma que, cuando me desperté, con los ojos rojos e irritados, me di cuenta de que había ganado mucho terreno en la ascensión por la montaña oscura. Tras aquello caminé cada mañana por el jardín, paseando como un monje en meditación, yendo de un extremo del prado al otro, empapándome de sol y del color de las flores, sabiendo que los parámetros se mantenían firmes y que de nuevo comenzaba a ser un hombre. Ahora ya leía algo: revistas impresas a color y novelas ligeras, que jamás terminaba porque mi concentración aún desaparecía al cabo de una hora. Me trajeron periódicos, pero no los abrí. Los periódicos eran el hoy. Los periódicos eran una responsabilidad con la que aún no estaba dispuesto a enfrentarme.

Entonces llegó Manzini a verme de nuevo. Traía una botella de champán y un bote de caviar fresco, e hicimos un *picnic* en la terraza y luego paseamos por el jardín. Aprobaba el cambio que había habido en mí, pero yo aún desconfiaba de él. No quería que perturbase mi tranquilidad, aún precaria. No la perturbó. La destrozó

de un solo golpe.

—Tengo una mala noticia para ti, mi Dante. Lili Anders ha regresado a Italia. Está prisionera en la Mantellate de Roma.

—No… no puede ser verdad.

—Lo es. Tu director me llamó ayer para anunciarme la buena nueva. Me pidió que te la comunicase.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo? ¿La deportaron los suizos?

—Regresó por voluntad propia. Entró en el país por el Brennero y fue detenida por la Policía de fronteras.

—¡Pero eso es una locura! ¡No lo comprendo!

—Parece que tú la llamaste, con un telegrama.

—¿Cómo podía hacerlo? Llevo cuatro semanas fuera de juego.

—Así es como lo cuenta el director. Tu telegrama le decía que podía volver libremente. Tú ibas a encontrarte con ella en Bolzano y lo dispondrías inmediatamente todo para casarse.

Llevaba el telegrama en su bolso. Lo mostró cuando la Policía de fronteras halló su nombre en el Libro Negro y la interrogó.

—¡Era una trampa!

—Naturalmente. Y se metió en ella.

—Tenemos que sacarla.

—¿Cómo, mi Dante? Tú recogiste las pruebas en su contra. Tú preparaste su *dossier*. Tú destruiste la red y encarcelaste a su jefe, Pájaro Carpintero. No puedes refutar tu propio testimonio, ¿no?

—Pero el director prometió dejarla ir.

—Lo hizo. Pero ella volvió. Para empezar, entrada ilegal.

—¡Madre de Dios! ¡Qué lío más sucio y maloliente! ¡Tengo que sacarla de allí, Bruno!

—No estoy muy seguro de que eso sea prudente.

—No me importa un ardite si lo es o no. También yo puedo declarar. Volvamos. Lo haré ahora mismo.

—Si eso es lo que quieres, así sea.

Habíamos vuelto hasta la mitad del prado, cuando una repentina idea me detuvo en seco. Tomé su brazo, y, sin preocuparme por su edad o estado de salud, lo giré de un tirón, para enfrentarme a él. Le pregunté con brutalidad:

—¿Has montado esto, Bruno?

No temblaba ni un ápice. Se quedó erguido y firme como un pino, haciéndome apartar la vista con su mirada. Sus ojos eran fríos. Su boca, bajo aquel gran pico de águila, estaba tan cerrada como una trampa.

—¿Me crees capaz de hacerlo? Bien. Entonces, ya has aprendido algo.

—¿Lo has hecho?

—Podría haberlo hecho, si lo hubiera creído útil. En realidad, no lo hice. Creo

que debiste de hacerlo tú, en algún momento de aquellos quince días de incoherencia y alucinaciones. Sé que contaste cosas acerca de mí porque tuve que mentir al respecto, después. Sé que casi perdimos la caja de seguridad, porque Leporello obtuvo una orden judicial para abrirla el día siguiente de que hubimos extraído su contenido.

—Oh, Cristo. Lo lamento.

—No lo lamentes. Piensa en aquellos que hicieron un traidor de ti, en contra de tus deseos.

—Mataré a esos infelices.

—Esperarán que lo intentes. Te estarán aguardando. Y, si te cazan una segunda vez, no habrá escapatoria… No, Dante, esta vez lo haremos a mi manera… Ahora, hablemos con el doctor. No vas a salir de este lugar hasta que me digan que estás en buen estado físico.

El doctor se mostraba dubitativo y un tanto incrédulo. Estaba preparado para dejarme salir, pero sólo bajo la condición de que comprendiese los riesgos. Aún era un convaleciente. Aún había algún fallo en mi mente que podría agudizarse de nuevo, bajo una tensión. Mi memoria me haría jugarretas. Mi concentración sería limitada durante un largo tiempo. Estaría sujeto a ataques de depresión y ansiedad. No debía abandonar demasiado pronto la muleta de los sedantes y tranquilizantes. Por lo demás, debía confiar en la Naturaleza y no tratar de forzarme a mí mismo a ir demasiado de prisa.

Era fácil de decir, e imposible de hacer con la sensación de culpabilidad por la traición hecha a Lili, que me dolía como una muela enferma. En el momento que salimos por las puertas de la clínica, a los soleados campos de la Lombardía, me hundí en una profunda desesperación. Era Lili quien debería estar libre y no yo. Era Lili quien debería estar viajando con todo el lujo, el sol dándole en el rostro y todo el mundo sonriéndole. En lugar de ello, estaba encerrada con ladronas, prostitutas y asesinas de niños en unas mazmorras infernales, construidas en el Medievo, en las orillas del Tíber.

Manzini me dejó con mis tristes pensamientos durante un rato y luego me enfrentó con una brutal pregunta:

—¿Qué hay de serio en tu relación con esa mujer?

—La amo.

—¿Lo bastante como para casarte con ella?

—Ya se lo he pedido.

—¿Cuándo?

—Se lo escribí antes de salir la última vez de Pedognana. Te di la carta para que la echases al correo en Chiasso.

—Pensé que se suponía que eras su tío Pavel.

—No lo era cuando le escribí esa carta.

—¿No fue ése un acto bastante tonto?

—Visto lo sucedido, sí.

—Así que no sabes si quiere casarse contigo o no.

—No… ¿por qué?

—Una idea vaga. Deja que la medite algo más… Hay algo mucho más importante. Creo saber la fecha del golpe de Estado.

—¿Cuándo?

—El treinta y uno de octubre, a mediados de otoño. Los turistas se han vuelto ya a casa. Los diplomáticos ya han regresado de sus vacaciones estivales. Se han completado los programas de entrenamiento. El transporte aún funciona con normalidad, cosa que no ocurre a mediados del invierno. Y lo que es más importante, se está susurrando esto entre los iniciados… y está de acuerdo con las fechas mencionadas en tus notas de los microfilms.

—Eso es dentro de cinco meses.

—Nunca cuentes con el tiempo, Dante. Se escapa con demasiada rapidez. La opinión se está endureciendo en ambos bandos. Leporello es un organizador espléndido, y tú no eres la única persona a la que ha eliminado o inmovilizado. Los casos de bombas de Milán aún no han sido llevados ante los tribunales. Varios testigos importantes han desaparecido; otros han sido intimidados sistemáticamente. No, tendremos que movernos antes del verano.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—Por el momento, exactamente lo que ha ordenado el doctor: descansar y recuperarte. Sin embargo, hay una cosa que puedes hacer sin perjuicio para tu salud.

—¿Y qué es?

—Entrar en contacto con tus amigos. Supongo que tendrás amigos de tu propio rango y condición en el Cuerpo.

—Tengo algunos. Pero están dispersos arriba y abajo por el país. Soy un mal corresponsal. Es difícil mantenerse en contacto.

—Ahora tendrás tiempo. Escribe unas cuantas cartas. Haz unas cuantas visitas. Has estado enfermo. Has tenido problemas personales. Te gustaría verlos algún día en Pedognana. Tenemos muchas habitaciones para huéspedes. Se puede cazar y montar a caballo… Vendrán.

—¿Qué es lo que buscas ahora, Bruno?

—Una guardia pretoriana. Diez hombres bastarían, mientras fueran resueltos y comprendiesen lo que está en juego. Según tú mismo has demostrado, hay bastante insatisfacción con Leporello y su política.

—Si me estás pidiendo que organice una revuelta de las fuerzas armadas, Bruno, olvídalo. No estoy muy claro de mente en este momento, pero eso es una verdadera locura.

—¿Quién ha hablado de una revuelta? Por el contrario, necesitamos hombres que estén orgullosos de las tradiciones del Cuerpo, que sean celosos de su honor y su juramento, patriotas del viejo estilo, a los que no les guste ver cómo les arrancan los

dientes a patadas a sus conciudadanos, y cómo la justicia es vilipendiada por testigos perjuros.

—Cómprame un barril y una lámpara, Bruno. Así quizá tenga más suerte.

—Estás muy amargado hoy, ¿no, mi Dante? Pero estoy de acuerdo. Ve a hacer de Diógenes. Pero encuéntrame diez hombres buenos, dispuestos a arriesgar su cabeza durante una noche… Ah, por cierto, he traído tu ropa del apartamento. Has perdido algo de peso, pero creo que aún te irá bien. No puedo soportar esa porquería que llevas ahora.

No quiso decirme nada más, y me sentí demasiado cansado como para seguir insistiendo. Me recosté en el asiento y dormité intranquilo hasta que atravesamos las puertas de Pedognana.

Aquella tarde, durante los cócteles, descubrí que había otra invitada en la villa: la *Principessa* Pia Faubiani, *prima donna* de la moda romana, amante de Bruno Manzini. Era delgada, oscura, de largas piernas, con poco busto y, si a uno le gustan las modelos glaciales y muy estiradas, realmente atractiva. A primera vista, no me gustó nada. Yo estaba muy intranquilo, celoso de mi intimidad y con ninguna gana de dedicarle toda la atención que obviamente esperaba. También me sentía desconfiado, a causa de las equívocas descripciones de Manzini de sus relaciones con ella. No obstante, aquélla era su casa y podía abrirla a quien desease. Lo menos que yo podía hacer era esforzarme en ser agradable.

Obtuve una amplia recompensa por mis esfuerzos. Pia Faubiani era una mujer inteligente e ingeniosa, con la bastante malicia como para sobrevivir en el duro mundo que explotaba, y con afecto y buen humor más que suficientes que emplear en sus amigos. Me sentí alegre de no estar casado con ella: sus garras eran demasiado afiladas para sentirse a gusto; pero como compañera ocasional… sí, sin pensármelo dos veces.

Llevaba el broche de la salamandra de la exhibición de Fosco, y cuando lo comenté, anunció alegremente:

—Es un regalo de despedida. Ésta es mi primera y última temporada con Bruno.

Manzini chascó los dedos y alzó su copa en un brindis.

—Eres demasiado joven y yo demasiado viejo, mi amada. Y odio ser el segundo en ninguna cosa. Además, de la forma en que te estás moviendo, necesitas un Banco propio, sólo para pagar los recibos de intereses. Esta mujer, Dante, es la mejor diseñadora y la peor contable de su profesión. Le digo siempre que se case con una mina de oro, o acabará en la cárcel, por deudas.

—Estaba pensando en un convento, cariño, ahora que me has abandonado.

—Jamás he abandonado a una mujer en toda mi vida, y tú lo sabes. Simplemente me he retirado del campo… con honor.

—¡Con honor! ¡Escúchenlo! ¡Eres un viejo zorro, Bruno! *Buon giorno — buona notte — ciao, bambina*, y ya estás más allá de las colinas, muy lejos, lamiéndote los labios mientras te alejas. Este hombre, Dante, ha tenido tantas amantes como yo

cumpleaños, y no creo que haya estado enamorado en toda su vida… ¿Has estado alguna vez enamorado, Dante?

—Trátalo con cuidado, Pia. Está enamorado, y su mujer está en la cárcel.

—Oh, lo lamento…

—Así que vas a mimarlo por mí.

Obviamente esto fue un *shock* tan grande para ella como para mí. Se quedó helada con un trozo de pastel de crema equilibrado precariamente en el extremo de su tenedor, y mirando muy asombrada a Manzini.

—¿Voy a hacerlo? Me alegra que me lo dijeras, cariño.

—Si dejas caer ese trozo de pastel, estropearás un vestido muy *caro*. Póntelo en la boca, como una buena chica… No es extraño que Dios se aburra, Dante. Nadie le da ya ninguna sorpresa. Bueno, ¿dónde estaba? Oh, sí: en lo que tú, mi Pia, vas a hacer por mí. ¿Cuándo das tu próximo desfile en Bolonia?

—El próximo miércoles.

—¿Y en Milán y Turín?

—Cada uno diez días después del otro.

—Luego, estarás libre.

—Bueno, no exactamente libre, cariño. Tengo que volver a Roma y…

—Lo sé, pero vendrás al menos un par de días, ¿no? Hazlo, dado que es la última temporada.

—Naturalmente, pero ¿por qué?

—Quiero que seas la anfitriona de una fiesta que daré aquí, en Pedognana. He estado prometiéndole a Dante que lo presentaría a la gente desde que llegó a Milán. Como ya te he dicho, ha pasado unos días malos, así que necesita alguna diversión.

—¡Por favor, Bruno! Una fiesta es lo último que necesito.

—Puede que sea la última de que disfrutes, si vas a juicio. Además, hay todo un mes para que te acostumbres a la idea. ¡Disfruta! ¡Disfruta! Pronto brindarán en nuestros funerales… Lo harás por mí, ¿no, Pia?

—Sabes que lo haré.

—Y si ves a este tipo en un rincón, como un búho de granero, sácalo, preséntaselo a tus chicas, sedúcelo tú misma, si lo deseas… pero no dejes que siga en su estado miserable, ¿comprendes?

—A tu servicio, *Cavaliere*.

—Desearía que así fuese, mi amor. Creo que lo nuestro hubiera durado más. De todos modos, ha sido divertido, ¿no?

Ella colocó una mano sobre las de él y dijo con suavidad:

—Ha sido divertido, *caro*… Y lamento que…

—¡Ya basta, por favor! He tenido una buena vida, y estoy agradecido por ella. Además, soy más duro de lo que piensan… Y te diré algo, mi Pia. He estado enamorado, en dos ocasiones, en toda mi vida. Eso ya es más que suficiente para cualquier hombre.

—Sé lo de Raquel, cariño. Es algo sobre lo que ni yo misma bromearía. Pero ¿quién fue la otra?

—Mi esposa.

Ambos nos quedamos mirándole. Nos dedicó una extraña y turbada sonrisita, y un alzarse de hombros, como excusándose.

—Lo lamento. Esta vez, no estaba tratando de sorprenderlos. Últimamente he estado pensando mucho en ella, preguntándome si nos volveremos a encontrar de nuevo, y si nos reconoceremos el uno al otro… Me casé con ella en París, en 1934. Ella tenía diecinueve años y yo treinta y cinco. Yo había viajado por todo el mundo y pensaba que ella era la criatura más hermosa que hubiera en él. La traje aquí a Pedognana, y se enamoró del lugar a primera vista. Preguntad a alguno de los viejos, y veréis que aún la recuerdan recorriendo los campos con el encargado, o arrodillada en la capilla los domingos, rodeada por todos los niños.

»Había nacido en el campo. Su familia tenía una gran posesión cerca de Poitiers. Este lugar floreció bajo su mano en aquellos dos extraños años… Tú eras demasiado joven para recordarlo, mi Pia, pero eran muy extraños. Entonces teníamos un imperio. Teníamos Addis Abeba y nos anexionamos Etiopía. Ciano se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores. Faruk llegó a rey de Egipto, Alemania ocupó la Renania, y Charlie Chaplin hizo *Tiempos modernos*… pero aquí, en Pedognana, casi pudimos olvidar la locura que había a nuestro alrededor. Éramos ridículamente felices. Mis negocios prosperaban. Si las cosas iban mal en Europa, yo tenía capital plantado y creciendo al otro lado del mar, y, lo mejor de todo, Marie Claire quedó embarazada. Para un hombre como yo, que jamás había sabido lo que es vida familiar, aquello era como el anuncio de la Segunda Venida. Estaba enloquecido por la alegría. Burbujeaba con locos planes para el futuro de mi hijo… porque, claro está, tenía que ser un hijo.

»En el cuarto mes de su embarazo Marie Claire enfermó y murió al cabo de una semana, de meningitis cerebroespinal. Está enterrada en la capilla de aquí. Ya sabes que no soy un hombre fervoroso, Dante, pero habrías visto la inscripción si hubieras inclinado ese testarudo cuello tuyo. Marie Claire, amada esposa de Bruno Manzini. Nacida en París el 20 de abril de 1915, muerta en Pedognana el 17 de junio de 1936. *Requiescat*… ¡Bah! Hace mucho tiempo de eso. Tomemos café en el estudio. Aquello está más recogido.

Cuando trajeron el café lo rehusó, y anunció abruptamente que se iba a la cama. Pia Faubiani hizo un intento de ir con él, pero él la empujó suavemente hacia el sillón y se inclinó para besarla en la frente. Su tono era muy tierno.

—Quédate aquí, mi amor. Estoy muy cansado esta noche.

—Pero, cariño…

—No te preocupes. Dormiré. Mañana hablaremos de la fiesta… Buenas noches, mi Dante. Piensa en la guardia pretoriana, ¿querrás? Es muy importante. Que tengáis sueños dorados los dos.

Cuando se hubo ido, Pia Faubiani se quitó los zapatos de un puntapié, se acurrucó en el sillón y lanzó un profundo suspiro de relajación y contento.

—*Dio*! ¡Estoy tan feliz de que haya terminado así! De todo el mundo, es el hombre al que menos querría hacer daño. Jamás pensé que dejaría que ningún hombre me despidiese, pero ése… y Dios le bendiga, es muy particular.

—Sé lo que quieres decir.

—Tú también eres bastante particular, Dante Alighieri. No puedo acabar de leer en ti.

—No lo intentes, Pia. Ahora, soy un verdadero lío. Así que te equivocarías de lectura.

—Bruno te quiere.

—Lo sé. Me lo ha dicho.

—¿Qué es lo que tú sientes por él?

—No lo sé. Lo admiro mucho. A veces, desearía poder ser como él. Me enfrento muchas veces con él. Jamás acabo de comprenderlo del todo… ¿Está muy enfermo?

—En realidad, no está enfermo. Es un viejo. Su corazón está cansado, y se está desgastando. Podría acabarse muy pronto, y lo sabe. Creo que le da más miedo quedarse demasiado. Su gran pena es no haber tenido un hijo… ¿No te pareció una historia muy triste la de su esposa?

—Mucho. Es la historia más corta que jamás le he oído contar… ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Yo? Lo mismo, pero con el dinero de otro. ¿Sabes?, soy una planta bastante resistente. Dame un poco de sol, y puedo crecer en cualquier lugar. Pero, háblame de ti.

—¿Qué quieres que te diga? Soy un experto en inteligencia que pensó que podría romper el sistema. En lugar de eso, el sistema me rompió a mí.

—No me creo eso.

—Yo sí. Mira mis manos. No puedo tener quieto un vaso. ¿Y sabes por qué? Porque tengo miedo de ir a la cama y apagar la luz. Sé que me pasará, pero aún sigo aterrorizado.

—¿Te golpearon en la prisión?

—No, nadie me tocó. ¿Quieres otro coñac?

—Sí, por favor. Yo tampoco quiero irme a la cama.

—¿De qué tienes tú miedo?

—Si te lo dijese, no me creerías.

—Prueba a ver.

—De volverme vieja y arrugada como Coco Chanel y que algún chico brillante escriba un musical acerca de mi.

—Te prometo, Pia mía, que jamás sucederá.

—¿Puedes jurarlo?

—Sobre los huesos de mis antepasados.

—Entonces, yo también te haré una promesa, Dante. Esta noche dormirás bien.

Y dormí bien. Ni siquiera tuve pesadillas. Por la mañana, en la mesa del desayuno, Bruno Manzini nos bendijo con una sonrisa y un proverbio veneciano: «*El leto xe' una medicina*», la cama es una medicina. Como siempre, el viejo monstruo tenía razón.

Averigüé que no podía escribir cartas, así que hice llamadas telefónicas de uno a otro extremo de la nación. Hablé con hombres que habían sido mis amigos en otro tiempo y que ya no lo eran. Hablé con amigos a los que les encantaba chismorrear, pero que siempre estaban demasiado ocupados para viajar en tren a un lugar tan remoto como Pedognana. Hubo otros que dijeron que les encantaría venir, pero que les resultaba difícil fijar una fecha. Y unos cuantos, seis tan sólo, que expresaron preocupación por un viejo amigo y por lo que habían oído que se le había hecho. Estos tomarían unos días de sus vacaciones y vendrían para comer y charlar conmigo. Me pregunte, con creciente desilusión, por qué había tan pocos. Mientras estábamos sentados en el estudio, examinando papeles, fotografías y grabaciones, Manzini me dio su propia respuesta:

—El ganado huele el viento, mi Dante. Se ponen de culo al viento, y esperan que pase. Las cañas se inclinan con el viento y cantan la música que ésta toca. La paja vuela con la brisa y sólo queda el buen grano. Queda agradecido, por pequeña que sea la cosecha. Hablé hoy con Frantisek, en el Vaticano. Si quieres, irá a visitar a Lili en Mantellate. Si quiere casarse contigo, quizá podamos lograrte una visita, para que podáis hacerlo en la prisión. Las reglas prevén esto, pero debes estar muy seguro de lo que quieres. No puedes pasar toda una vida dedicada a tu sentimiento de culpa y de piedad. Además, tienes que enfrentarte con el hecho de que quizá no podamos sacarla. La ley de este país es una locura surgida de la Edad Media. La gente puede pudrirse en la prisión durante años, sin juicio. Y no hay nada tan destructivo como una esperanza que no se cumple. Así que piénsalo cuidadosamente antes de que eches nuevas cargas sobre esa chica…

Sabía que debía. Pero también sabía que no podía decidirme a toda una vida de solitaria fidelidad. No me enorgullecía admitirlo, ¡Dios me ayude!, pero el hecho estaba allí, brutal e ineludible. Traté de apartarlo de mi mente y concentrarme en el trabajo que había que hacer, que era el montaje de todo el material del que disponíamos, para ver si daba como resultado un caso que pudiera deponer de sus puestos a Leporello y al director.

Había dos problemas. Mis notas acerca de los microfilms de Ponza era material de tercera mano, recuperado de mi memoria. Además, los originales habían pertenecido a Pantaleone, y representaban sus planes para un golpe militar, no los de Leporello. Desde el punto de vista de la inteligencia, mi material era valioso. Desde el punto de vista judicial, era bastante inútil; por consiguiente, todo lo que nos

quedaba eran las fotografías y grabaciones de las actividades sexuales de Leporello en el apartamento de Roditi en Milán. Con éstas podíamos lograr un escándalo; pero, al menos en Italia, el escándalo podía ser ocultado, porque la ley prohíbe la publicación de material obsceno. Podíamos publicar el material fuera del país, pero entonces seríamos sospechosos de fraude y se nos podría acusar de intentar un engaño político. No obstante, quizá nos viésemos obligados a correr ese riesgo.

Que pudiéramos montar un caso a partir del material obsceno era aún más problemático. Las fotografías pueden ser falsificadas con gran facilidad. Roditi podría haber testificado acerca de su autenticidad, pero Roditi había sucumbido al lavado de cerebro y ya no era un testigo competente. Las grabaciones eran unas pruebas aún más dudosas. Leporello podría haber sido identificado por su voz, pero la defensa podría afirmar que las grabaciones eran un montaje, y que por consiguiente constituían una falsificación.

También había otro problema. Los delitos sexuales son una de las aberraciones humanas más comunes, y si bien a todo el mundo le encanta el escándalo, la simpatía pública acostumbra a estar normalmente del lado del criminal, a menos que se vean envueltos en el acto niños, cosa que en este caso no sucedía. Si podíamos identificar a los amantes de Leporello como jóvenes miembros de su propio servicio, entonces tendríamos un caso, y bastante bueno, para llevarlo a prisión… Pero, como Manzini señalaba, esto estaba muy lejos del asesinato y la conspiración política, y los hombres importantes, incluyendo al director, seguirían siendo inalcanzables. Roditi hubiera podido demostrar que había cometido un asesinato. Balbo lo había cometido. Pero Balbo estaba muerto, y Roditi no era utilizable por nosotros.

Al final de una hora de discusiones, decidimos concentrar nuestro esfuerzo sobre las fotografías. Le pedí una lupa a Manzini y me dediqué a estudiarlas detenidamente. Había más de treinta en total, algunas claras, algunas desenfocadas, algunas con unas poses tan contorsionadas que resultaba imposible identificar a los participantes. Teníamos a Leporello, de eso no cabía duda. Ahora me preocupaba saber si podría identificar a alguno de sus amantes. El problema era que sólo teníamos copias de contacto de treinta y cinco milímetros y cada una de ellas tenía que ser examinada con minuciosidad. Hubiera sido mucho más fácil en un estudio, en el que se dispusiese de todo el equipo necesario, pero el material era tan explosivo que aún no nos atrevíamos a ponerlo en otras manos.

Finalmente, tuve suerte. En una de las fotos había un hombre al que estaba casi seguro de identificar: Giuseppe Balbo. En otra había un rostro que, aunque estaba menos claro, me era muy familiar. Busqué en vano su nombre, pero mi memoria, estremecida y dañada por mis experiencias, no me lo proporcionó. Llamé a Manzini y le mostré lo que había encontrado.

Se puso muy contento.

—Si ése es Balbo; entonces tenemos todo lo que necesitamos. Un criminal conocido, probablemente un asesino, al que podemos identificar por sus huellas

digitales y tu testimonio, y que fue muerto por los hombres de Leporello en la zona de mando de éste. ¡Sí, eso nos serviría! Y ese otro… bueno, ya lo recordarás. ¡Ahora, escucha! No podemos permitir que estas fotografías salgan de nuestras manos: Tendremos que traer todo el equipo que necesitamos a la villa. ¿Puedes hacer ese trabajo?

—No, sólo los fundamentos. Para esto se necesita a un experto. Uno del que podamos fiarnos.

—Entonces, traeremos a uno del exterior. Llamaré a mi gente de Zurich y ellos encontrarán a alguien y lo enviarán por avión. Nos estamos acercando, mi Dante… Hemos dado dos pasos más hacia delante. Quizá, después de todo, tu fiesta sea una celebración de la victoria. Llamaré a Zurich inmediatamente. Guarda esas cosas. No debemos escandalizar a los sirvientes.

Aún faltaba una hora para la comida, así que salí a la terraza y caminé arriba y abajo, tratando de razonar con calma acerca de la situación de Lili. La mirase como la mirase, no había salida para ella. La huida era imposible. Un veredicto de inocencia era inimaginable. Sólo en mis *dossiers* ya había bastante material como para condenarla veinte veces seguidas. El director podía recomendar una deportación o un intercambio, si veía alguna ventaja política en ello, mas para él lo más valioso de todo era mantenerla en Italia.

Y se me ocurrió entonces una cosa que aún era más desoladora. Lili sabía mejor que yo cuál era su propia situación. Ahora, se había hecho realidad lo que ella más temía: la pequeña habitación, las luces, las preguntas que llegaban de la nada. Ni siquiera podía llegar a un trato para lograr un descanso. Le había robado las últimas cartas de valor de su mazo. Habiendo probado ya la libertad y la esperanza, ¿cómo podía tolerar ahora la desesperación?

Manzini vino a unirse conmigo, frotándose las manos de satisfacción. El equipo que necesitábamos estaba ya siendo empaquetado en Milán. Su experto vendría en un vuelo de Zurich al día siguiente. Al ver que estas noticias no lograron ponerme contento, frunció el ceño y me espetó:

—¡Basta, Matucci! Me niego a seguir dándote el biberón. Tu Lili no es ninguna niña. Si lo desea, sobrevivirá. Y, mientras sobreviva, habrá esperanza. ¡Y no le haces ningún favor atormentándote y rebajándote! Bueno, ¿ya tienes un nombre para ese rostro de la fotografía?

—Aún no.

—Sigue intentándolo. Tengo que fijar la fecha de la fiesta, para dentro de cuatro semanas. Mi secretaria está trabajando en la lista de invitados y en las invitaciones. Será un acontecimiento de gala. Este viejo lugar necesita que le demos algo de vida. Igual que yo… y que tú.

—Realmente, Bruno, no sé…

—¡Dante Alighieri, no ves más allá de la punta de tu nariz! Ese es tu problema. Escucha, ¿crees que vas a poder volver al Servicio de nuevo? Nunca… aunque te

bañen con la sangre del cordero y te den una nueva túnica bautismal. Así que tendrás que empezar de nuevo. ¿Y dónde vas a empezar? ¿Como un *spazzino*, barriendo la porquería de las calles? Naturalmente que no. Quieres empezar en lo más alto de la escalera que te sea posible. Para eso, necesitas amigos y recomendaciones. Ese es el motivo de la fiesta… Y, dado que también es mi fiesta, debe ser algo a lo que todo el mundo quiera asistir y luego todo el mundo recuerde. «*Che vale petere… e poi culo stringere*…». Si tienes que echarte un pedo, no aprietes el culo. Es malo para la salud. Te he dejado un libro en tu dormitorio; lo encontrarás muy instructivo.

El libro era los *Ricordi* de Francesco Guicciardini, y lo leí tras la cena en el estudio, porque Bruno se retiró muy pronto y Pia Faubiani no había regresado de Bolonia. Mi padre era un ávido lector, y yo había heredado este hábito de él; aunque últimamente, entre la búsqueda de la información y la búsqueda de las mujeres, lo había dejado a un lado. Ahora, como Satanás cuando está enfermo, estaba muy dispuesto a ser contemplativo. Y encontré la experiencia bastante placentera. También pude comprobar que Messer Francesco Guicciardini era un compañero muy entretenido.

Como yo, había nacido en Toscana, era florentino. A los veintinueve años fue nombrado por la República embajador ante el rey de España. El Papa León X, Médici entre los Médici, lo hizo gobernador de Reggio, Módena y Parma, y el Papa Clemente VII lo nombró teniente general de los ejércitos papales. Estaba totalmente desprovisto de misericordia, pero sabía gobernar y amaba a las mujeres de todas las clases, edades y condiciones. El único hombre que supo manejarlo fue Cósimo de Médici, que subió al poder impulsado por él y luego lo obligó a retirarse a patadas. Pero Guicciardini era un superviviente nato. Se retiró con gran elegancia, se dedicó a sus viñedos, escribió libros y murió en paz, de un ataque al corazón, a los cincuenta y ocho años.

Los *Ricordi* eran sus memorias secretas, una especie de Diario de sus opiniones y experiencias, que fue lo bastante inteligente como para jamás exponer durante su vida, y que fueron publicadas siglos después de su fallecimiento. Manzini había subrayado varios párrafos, anotándolos con su precisa caligrafía.

«Ser abierto y franco es una cosa noble y generosa, pero a menudo peligrosa. Por otra parte, es útil y a menudo indispensable engañar y disimular, porque los hombres son malvados por naturaleza». (*Así que sonríe, mi Dante. ¡Muéstrales que eres un hombre al que no le preocupa nada en este mundo porque tienes todos los ases en la manga!*).

«No culpo a aquellos que, enardecidos por el amor a su patria, se enfrentan con los peligros para establecer la libertad… aunque pienso que lo que hacen es muy arriesgado. Pocas revoluciones tienen éxito y, aunque lo tengan, uno se encuentra muy a menudo que no logran lo que esperaban…». (*Que es el motivo por el cual yo me echo atrás ante los desórdenes públicos y procuro, en lugar de eso, seducir a los malvados, en secreto*).

«Casi todos los hombres están más preocupados por su propio interés que por la gloria y el honor». (*Recuerda esto cuando te enfrentes con el director, que es un patriota bastante insoportable*).

«Creo que un buen ciudadano… debería mantener relaciones amistosas con el tirano, no sólo por su propia seguridad, sino también por el interés de todos los demás». (*Que es el motivo por el que yo doy dinero al Movimiento y ceno con el director, mientras planeo contigo su hundimiento. ¡Te has preguntado eso, y lo sé!*).

«No hay que tomar a la gente demasiado en serio cuando exaltan las ventajas de la libertad… si pudieran obtener un buen empleo en un Estado tiránico, correrían a aceptarlo». (*Yo iré aún más lejos. Si ellos mismos pudieran llegar a ser tiranos, lo harían, aunque para ello tuvieran que escalar una montaña de cráneos*).

«Mis empleos bajo varios Pontífices me han obligado a buscar su propia glorificación, para mi propio provecho». (*Me pregunto si el director tendría esto en mente, cuando dio su voto en favor de Leporello. Piensa en esto como un motivo para el asesinato. El viejo Guicciardini hizo ejecutar a un montón de gente en su tiempo*).

«El pasado ilumina el futuro; el mundo ha sido siempre igual… las mismas cosas vuelven con distintos nombres, bajo diferentes colores…». (*Tú y yo, mi Dante, estamos tratando de cambiar el curso de la Historia. Pero no esperemos demasiado. El río sigue siendo el mismo*).

«Nadie conoce a sus súbditos tan poco como su dirigente». (*En eso confiamos tú y yo. Creen haberme comprado. Saben que te han asustado. No comprenden que aún no hemos comenzado a devolverles los golpes*).

Estaba en este punto cuando dejé el libro y me fui arriba, a la cama. Aún no podía apagar la luz, así que me quedé echado largo tiempo, despierto, mirando al techo, hasta que Pia Faubiani regresó de Bolonia.

Al día siguiente comenzaron a suceder una serie de cosas en Pedognana. Los artesanos del latifundio llegaron en masa a la villa y en el espacio de pocas horas convirtieron todo un desván en un estudio fotográfico muy aceptable. El experto llegó de Zurich, se le explicó la situación, juró guardar el secreto y comenzó a trabajar instalando el nuevo equipo que había llegado de Milán. A primera hora de la tarde llegó Corrado Buoncompagni, el director del periódico de Manzini, acompañado por un pequeño y regordete turinés al que presentó como Milo de Salis, el conocido director cinematográfico.

Aquella noche éramos cinco en la cena: Manzini, Pia, Milo de Salis, Buoncompagni y yo. El fotógrafo cenó solo en su habitación, y continuo trabajando durante la noche. La comida se convirtió en un consejo de guerra, durante el cual Manzini expuso, por primera vez, la amplitud de sus designios. Lo había visto con diversos estados de ánimo y representando muchos papeles, pero jamás lo había acabado de identificar como el director de gigantescas empresas, estratega de grandes

y arriesgadas campañas. Ahora, al fin, lo veía en este papel y me asombraba la sutileza y audacia de su genio. Se mostraba calmado, desapasionado, sin ningún apresuramiento, y sin embargo captaba toda nuestra atención, como ningún orador hubiera podido lograr.

—… No os pido ningún juramento, amigos míos. Desde este momento, todos somos conspiradores. Todos corremos un riesgo. Y todos comprendéis la naturaleza de ese riesgo. Tendremos que usar a otras personas. Eso es inevitable. Les daremos únicamente la información que necesiten para llevar a cabo sus tareas. Por lo demás, mentiremos, ocultaremos, confundiremos y despistaremos, para que el verdadero objetivo sólo resulte claro para nosotros, dentro de esta habitación.

»Voy a definir lo que intentamos. Vamos a tratar de desacreditar y apartar del poder a hombres que intentan imponer por la fuerza, o por la amenaza de la fuerza, un gobierno dictatorial. Creemos que esta forma de gobierno es inaceptable para la gran mayoría de la gente. Sin embargo, sabemos que puede ser impuesto, como ha ocurrido en el pasado, y que con todos los mecanismos modernos de control puede mantenerse en el poder durante mucho tiempo. Por consiguiente, debemos hacer abortar el golpe de Estado que sabemos ya ha sido planeado.

»Los métodos a nuestra disposición son limitados. Están limitados por las consideraciones humanitarias y de sentido común, y por la naturaleza del proceso democrático mismo. Tenemos en nuestras manos una información explosiva que, si fuera manejada de una forma no adecuada, confundiría la mente del público y llevaría a desórdenes civiles, que a su vez, suministrarían la mejor excusa posible para imponer el orden a la fuerza. No podemos acudir directamente al pueblo, que se encuentra ya dividido entre las facciones. Tenemos que acudir a quienes se hallan en el poder, en base a sus propios intereses, sean tales intereses ciegos o conscientes. En otras palabras, trabajaremos dentro del contexto de la historia de este país, y no de la de ningún otro. Aquí el pueblo habla pero no se le escucha. Por consiguiente, no intentaremos manipular a ese monstruo de múltiples cabezas. En lugar de ello, amenazaremos a quienes tienen miedo del monstruo: ministros del Estado, grandes funcionarios públicos, miembros elegidos de la Asamblea, grandes industriales como yo, todos aquellos que tienen un claro interés en el orden y en la seguridad pública.

»La amenaza no será abierta, sino implícita. No será prolongada, sino repentina y sorprendente. Exigirá una acción inmediata. La acción debe ser tal que obtenga la aprobación de todos aquellos que se vean en peligro. Debemos estar preparados para emprenderla.

»Los preparativos empiezan ahora. Corrado, a partir de la edición del jueves, cambiarás la política editorial y de noticias del periódico. Ya no seremos centristas, sino que nos iremos deslizando muy rápidamente hacia la derecha. Sé que no te gusta. También sé que a la plantilla aún le gustará menos. Te toca a ti mantenerlos contentos con las mejores mentiras que puedas contarles. No creo que lleguen a una huelga, pero, incluso si lo hacen, eso nos ayudará. Quiero un gran artículo sobre el

trabajo del general Leporello. Digamos que algo así como un ensalzamiento, mínimamente condicionado por unas recomendaciones severas y críticas. En otras palabras, no seamos ni cretinos ni indecentes. No quiero perder ni personal ni circulación, pero quiero que se sepa que estoy dispuesto a apoyar a la derecha, bajo ciertas condiciones. Quiero que me llamen, y me inviten a comer. Entonces, yo los invitaré, a cambio, a que vengan aquí.

»Milo, tu trabajo es más difícil, debido a la escasez de tiempo y a los problemas técnicos que hay envueltos en él. Ahí arriba tenemos una masa de documentos y notas recogida por Matucci, de lo que lo más importante son los mapas militares y los planes de campaña. Además, tenemos una colección de fotografías de escenas y grabaciones sonoras. Tienes acceso al material de los archivos cinematográficos y de los noticiarios. Tienes tres semanas para escribir, filmar y montar una película de diez minutos de duración, basada en todo ese material. La película dirá que el general Leporello es un pederasta con sus propias tropas, un asesino y un conspirador contra la seguridad del Estado. Matucci te ayudará a montar la película. También aparecerá como comentarista y como acusador final. Como actor, necesita de una gran labor directiva. Espero que tengas éxito donde yo he fracasado.

»Matucci, tú trabajarás con Milo en el film. Reclutarás y tendrás a mi disposición dentro de esas mismas tres semanas una guardia pretoriana de oficiales superiores que acepten acudir contigo a una función oficial y actuar de acuerdo contigo si se produce una cierta crisis inesperada. Bien, éste es el punto más arriesgado del plan, porque lleva implícita la difícil cuestión de cómo y cuándo debe revelárseles la naturaleza de la crisis. No conozco a tus amigos. No puedo pretender decidir cómo vas a tratar con ellos. Sólo te puedo decir una cosa: si nos fallan en el último momento, quizá seamos derrotados, y los malvados sobrevivan, más fuertes que nunca.

»Ahora, dejadme describiros el momento en que nuestro plan da sus frutos o acaba en un desastre. He finalizado ahora mismo los planes para una de las mayores aventuras de toda mi carrera, una cadena de hoteles para turistas e instalaciones marítimas por la costa sur de la península. Esta empresa traerá un gran flujo de turistas y provocará la creación de industrias subsidiarias de la turística en todo el sur subdesarrollado. Por consiguiente, es de un interés primordial para el Gobierno. Ahora, puedo anunciar que un consorcio de bancos italianos y extranjeros ha aceptado financiar la totalidad del proyecto. Me propongo dar cuenta de esto en una reunión que se celebrará en esta casa dentro de un poco más de tres semanas, a partir de hoy. La reunión será privada. No será invitada la Prensa, pero Corrado acudirá como invitado personal y portavoz hacia los medios de comunicación. Si fracasamos aquí, deberemos, para nuestra propia protección, publicar todo el material de que disponemos.

»La lista de los invitados ya está preparada. Incluye a los principales ministros y funcionarios, a toda la gente de la que ya he hablado. El general Leporello y su

esposa están en esa lista, como también lo está el director del SID. Creo que el tono de nuestros nuevos editoriales y artículos les animará a ambos a acudir…

»Aún no he decidido qué es lo que sucederá esa noche. Tendremos que esperar hasta que hayamos recibido las notas de aceptación, para poder preparar un protocolo y un orden de ceremonias. Consultaré con todos ustedes, de tiempo en tiempo, antes de tomar decisiones. No obstante, dejen que les aclare bien una cosa. Si ganamos, nadie nos dará las gracias. Si perdemos… ¡Bueno, lo mejor será que tomemos el próximo avión hacia Río!

Al día siguiente identifiqué al segundo hombre de las fotografías de Leporello. Era el capitán Girolamo Carpi, en otro tiempo ayudante de Pantaleone. Aquello fue una asombrosa sorpresa. Establecía un nexo directo entre Leporello y Pantaleone. También revelaba un lapsus abismal en mi información acerca de Carpi, dado que no había en su *dossier* militar ninguna sugerencia de que practicase desviaciones sexuales. Yo lo había utilizado. Luego, lo había abandonado y dispuesto su seguro exilio a una base de entrenamiento de Cerdeña. Ahora tenía que pensar de nuevo en aquello y, si resultaba posible, disponer su regreso a la península. Ninguna de estas cosas iba a ser fácil. Ya no estaba en activo. Por consiguiente, no tenía acceso a los archivos y no podía hacer ninguna petición formal a las autoridades militares.

Fui a contarle la noticia y el problema a Bruno Manzini. Lo meditó con ceño fruncido durante largo rato y luego anunció:

—Dante, ese hombre podría ser el testigo más importante que tengamos. Lo necesitamos aquí, para interrogarlo, destruirlo y, si es posible, hacerlo aparecer en la película, a tiempo para nuestra función. ¿Cómo hacemos esto, sin mostrarle nuestros naipes al Ejército?

—Me voy a Cerdeña con la foto en el bolsillo y lo asusto para que hable.

—No, Dante, no puedo arriesgarme a dejarte salir de los límites de Pedognana.

—Si pudiéramos hacer que destinasen a Carpi a Bolonia, podríamos tener acceso a él fácilmente. Seguro que tienes amigos importantes en el Ejército que pueden conseguir ese traslado.

—Los tengo. El problema es hasta qué punto puedo fiarme de ellos, en un momento como éste… Pero déjamelo a mí, Dante. Tengo que pensar en ello con tranquilidad. ¿Qué hay de tus pretorianos?

—Uno llega mañana, otros dos durante el fin de semana. Los otros llegarán la semana que viene.

—¿Has decidido lo que les vas a decir?

—No puedo decidirlo hasta que haya hablado con ellos. ¿Es muy importante su número?

—Menos que la seguridad. Diez oficiales de campo con uniforme de gala resultarían muy impresionantes, pero preferiría tener tres, resueltos y sabedores de lo

que pasa, que arriesgarme a que haya uno solo que vacile.

—Te lo diré cuando haya hablado con cada uno de ellos.

—Déjame preguntarte otra cosa acerca de Carpi. ¿Cómo lo conociste, en primer lugar?

—Déjame pensar… Lo nombraron ayudante de tu hermano hace unos dieciocho meses. Al cabo de seis meses, el director me llamó y me sugirió que enrolásemos a Carpi como espía doméstico. Me entregó el *dossier* de Carpi, que mostraba que estaba viviendo por encima de sus posibilidades, y que tenía una fuerte deuda con un prestamista de Roma. Fui a él con la proposición de que, si trabajaba para el SID, pagaríamos sus deudas y, además, le daríamos un estipendio mensual. Se abalanzó sobre nuestra oferta…

—Pero su *dossier* te fue entregado por el director. ¿No lo pediste por ti mismo al Ejército?

—No.

—Y conociendo el comportamiento de tu director con los *dossiers*, ¿qué es lo que esto te sugiere?

—Que pudo ser arreglado antes de que yo lo viese.

—Exactamente. Ahora te diré algo más, mi Dante. El director conocía bastante bien a mi hermanastro. ¿Recuerdas que puso a la venta su colección de arte?

—Sí. Tenía correspondencia con Del Giudice.

—Y tu director pujó contra mí por algunas obras.

—Pensé que no estaba interesado en los viejos maestros.

—No lo está… excepto como un medio de cambio negociable. Los compra como artículos no exportables. Los vende, con un gran beneficio, a otro marchante, no tan honesto como Del Giudice. Este marchante los hace copiar por un experto, obtiene una licencia de exportación para la copia, y envía el original fuera del país. Tres de las pinturas de mi padre han seguido ese camino. Ése fue el tema de mi conversación con Pantaleone, la noche de su muerte.

—¿Puedes probarlo?

—Sí. Pero no te engañes, Dante. Es un buen punto para un *dossier*. Pero no es bastante para hundir al director, que está en una posición estrictamente legal. Tenemos que probar un asesinato.

—¿Con qué motivo?

—Provecho… a todos los niveles. Pantaleone muere. Leporello lo remplaza como líder militar. Como Leporello ha organizado el asesinato, el director pasa a ocupar el puesto de Jefe del Estado, aunque sólo sea para mantener impoluto el historial. ¿Es que no lo ves? Es el método clásico. Son como los que saltaban sobre los toros agarrándose a los cuernos. El que salta sobre la última bestia y le da la última palmada en la grupa es el campeón. Sí, necesitamos a tu capitán Carpi. De alguna manera, lo traeré aquí… Dime, ¿cómo te sientes?

—Mejor. Tenías razón. La cama es una buena medicina. Y el odio aún lo es

mejor. ¿Cuáles son nuestras posibilidades?

—*Cosí cosí*… Mitad y mitad. Todo depende del comportamiento de los reunidos. Si se marchan, estamos hundidos. Si se quedan, podemos triunfar. Es una ópera, mi Dante, montada para gente que va a ver óperas. Todo el mundo sabe de cabo a rabo el argumento. Lo que se trata es de saber qué tal lo escenificarán y cantarán… Sé que ésta es, positivamente, mi última interpretación. Espero poder llegar a la nota más alta, mantenerla hasta el último acorde, y hacer la última reverencia. Lo espero… eso es todo. Pero si ves que me pongo pálido, apóyame contra algo hasta que caiga el telón… Dante, incluso si logro traer a Carpi aquí, no habrá tiempo para realizar una investigación completa. Tendrás que marcarte un farol con él.

—No me gusta eso. Esperemos y veamos si tú puedes traerlo y si yo puedo lograr algo de él… Hay algo que me preocupa, Bruno.

—¡Oh! ¿Qué es?

—Vas a hacer que un centenar y medio de personas muy sofisticadas, de ambos sexos, vengan a tu casa a una fiesta de celebración. ¿Cómo vas a lograr que permanezcan sentadas durante diez minutos de proyección de un film muy sórdido, que acusa a algunos de sus compañeros invitados, arroja sospechas sobre otros y hace que todos se encuentren muy incómodos?

—Puedes creer, mi Dante, que he estado muy preocupado por esa misma cuestión, tanto, que he hecho que mañana llegue en avión desde Munich un tal profesor Mueller. Se trata de un reconocido experto en psicología de masas y manipulación de grupos. Quiero plantearle este problema en los términos más precisos y en el ambiente en que surgirá. Preferiría haber podido utilizar a alguien más familiarizado con el carácter latino, pero no me atrevo a usar a ninguno de nuestros compatriotas. Es la vieja historia, amigo mío: «Los enemigos de un hombre serán los de su propia casa». Es triste, ¿no?

—¡Qué extraño!

—¿El qué?

—Pantaleone usó esas mismas palabras ante Lili Anders.

—¿Referidas a qué?

—Deja que piense… Quiero decírtelo sin equivocarme, y mi memoria aún sigue gastándome jugarretas. Oh, sí. Aparentemente Pantaleone tenía el hábito de hacer afirmaciones crípticas, y luego rehusarse a explicarlas. Lili unió dos de dichas frases: «No hay futuro simple para mí, porque mi pasado es demasiado complicado», y las palabras que acabas de utilizar.

—¿En qué contexto fueron pronunciadas esas frases?

—Según entendí, en conexión con la Salamandra.

—¿Podrían haberse referido a Carpi, que era un espía doméstico?

—Muy probablemente.

—Piensa en ello, Dante. Piensa en Carpi como íntimo de Leporello, emisario del director, un hombre con libre acceso al apartamento de Pantaleone… Piensa en él

como el hombre que mató a mi hermanastro.

—Y en mí, como en el hombre que lo empleó. ¡Muy divertido!

—Me alegra que hayas visto el punto. Me dijiste que el director estaba preparando un gran Libro Negro en tu contra. Si implicamos a Carpi, tú también puedes encontrarte con problemas.

—Bruno, enfrentémonos con los hechos. Puedes ponerme sobre un montón de manzanas y granadas, puedes rodearme de coros angélicos. Seguiré metido hasta el cuello en la *merda*. Soy el hombre que comenzó todo esto. Soy el hombre que debe acabarlo. Por eso voy a montar la película con Milo. Si las cosas van mal, tienes que dejarme solo.

Alzó su cabeza canosa y me dedicó una pequeña sonrisa enigmática.

—Dante, hijo de mi corazón, nunca subrayes lo obvio. Si perdemos, no puedo permitirme el lujo que tú representas. Si ganamos, ¡toca madera!, seremos los dos hombres muy ocupados. Demasiado ocupados para gestos dramáticos…

Las siguientes tres semanas fueron un período de creciente pánico, contenido únicamente por el tranquilo generalato de Manzini. El salón de baile de la villa fue invadido por un ejército de pintores, decoradores y electricistas. Un cobertizo fue transformado en estudio, oficina y sala de montaje para Milo y su equipo. Manzini trabajaba a veces en casa con un equipo de secretarias, otras veces en Milán, de donde regresaba con el rostro grisáceo y cansado, pero siempre con alguna nueva palabra de aliento. Su lista de invitados estaba incrementándose. Su campaña de Prensa había sido bien recibida por la derecha. Leporello y el director habían aceptado venir. Aquel ministro o el otro le habían enviado una nota personal de felicitación.

Milo y yo nos peleamos durante todo el montaje del film, el preocupado por el impacto visual de su obra, yo siempre inquieto por la lógica legal del caso que debíamos presentar. Mis amigos llegaron, uno tras otro, a visitarme, y los sondeé como un confesor antes de atreverme a decirles lo más mínimo acerca del proyecto en que estábamos embarcados. Todos ellos estaban preocupados por la situación de la República y las divisiones que había en sus fuerzas armadas. Ellos mismos se mostraban divididos en cuanto a los remedios a adoptar. Al final, sólo hubo cuatro a los que creí poder abrirme con confianza total. A éstos, les hice la proposición siguiente:

—Seréis invitados como huéspedes a una ceremonia oficial que habrá aquí en la villa. Será un gran acontecimiento, y llevaréis el uniforme de gala. Os garantizo a cada uno una chica hermosa como acompañante. Bien, aquí está la razón: el lugar va a estar lleno de gente importante, ministros, financieros, todo ese tipo de gente. Habrá el contingente habitual de funcionarios de seguridad en el edificio, pero no queremos que estén en la sala del banquete. Por eso os quiero en él, con el aspecto de invitados felices. Nos han dicho que algo puede suceder esa noche. No os puedo revelar el qué. No quiero que me lo preguntéis. Deseo que os fiéis de mí y vengáis por pura

amistad… y quizá también por todas esas cosas de las que hemos estado hablando. No se os exige ninguna otra cosa más que vuestra asistencia. Recibiréis la misma tarjeta de invitación que cualquier otro. Bien, ¿podéis aceptar esto o no? Si podéis, ¿aceptaréis otra condición más? Esto es un secreto de Estado y tendréis que mantenerlo como tal.

Aceptaron, y les creí. Eran amigos de todo corazón, tanto, que eran casi como de mi familia, que es la única cosa en lo que uno puede fiarse en este país raro y perturbado al que pertenezco. Cuando se lo conté a Manzini, aceptó con breves palabras, y dejó a un lado el asunto. Aquello era cuestión mía. De mi responsabilidad. Cuando le pregunté acerca de Carpi, frunció el entrecejo y agito la cabeza.

—Aún nada. Mañana voy a ir a Roma a ver a un amigo mío en el Ministerio de Defensa. Con ello corro algunos riesgos y tendré que llevar a cabo algunas maniobras muy retorcidas. Pero espero que lo tengamos aquí a tiempo.

Aquello era algo que le iba a decepcionar. Pasó la última semana entre carreras y frenética actividad. El día del gran banquete, el capitán Carpi aún no había llegado.

En el consejo de guerra final, que tuvo lugar a las tres de la tarde, se decidió que yo no asistiese en absoluto a la función, sino que me presentase únicamente en sus momentos finales. La razón era simple y perfectamente válida. Mi presencia podía resultar molesta para Leporello y el director e introducir una peligrosa nota de intranquilidad en una reunión cuyo éxito dependía del cuidadoso montaje de una atmósfera.

Tras la reunión, Manzini nos hizo participar a todos en una última vuelta de inspección. En el vestíbulo los invitados serían recibidos por cuatro de las chicas de Pia y llevados a la primera sala de recepción para ser presentados a Manzini y Pia, y luego circular, mientras tomaban el cóctel, alrededor de una enorme maqueta iluminada de la obra: un mapa en relieve a gran escala de la punta de la bota de Italia, mostrando las arterias del turismo y la localización de los lugares de desarrollo, así como una serie de modelos indicando cómo serían las instalaciones, una vez completadas.

Tras los cócteles pasarían a la sala de baile, que había sido convertida en sala de banquetes para aquella ocasión. El lugar estaba repleto de flores y la luz estaba dispuesta para favorecer a la más fea de las mujeres. La disposición no era demasiado habitual para un tal acontecimiento: una serie de pequeñas mesas rectangulares, en las que se sentarían tres personas por lado, de modo que los invitados se enfrentasen unos con otros en pequeñas comunidades cerradas. A un extremo de cada mesa había un cubo de plata en el que se hallaban seis paquetes planos rectangulares envueltos en papel dorado y atados con una cinta: regalos de recuerdo para cada invitado. Al otro extremo de cada mesa había un pequeño aparato de televisión del diseño más avanzado, conectado por circuito cerrado a un control situado en una habitación

adjunta. La mesa del anfitrión, situada en el extremo más lejano de la sala, estaba dispuesta como una herradura, con el aparato de televisión colocado entre las puntas de la misma.

Cada invitado recibiría un programa, iluminado por Carlo Metaponte y, como ironía imprudente final, las tarjetas con el nombre de cada invitado estaban colocadas sobre pequeñas monturas de plata con la forma de una salamandra. El programa era simple: un brindis por el presidente de la República, un parlamento inaugural del ministro de Turismo, una réplica de Bruno Manzini, y el paso de una pequeña cinta de televisión acerca del nuevo proyecto, producida y dirigida por Milo de Salis.

Había también otros refinamientos: tres pequeñas cámaras de televisión estaban situadas en diversos puntos de la sala: dos estarían enfocados a las mesas en que Leporello y el director se hallarían sentados. La tercera cubría la habitación, de forma que todo lo que sucediese pudiese ser grabado en videotape, para posterior evidencia. Leporello y el director estarían sentados en lados opuestos de la sala, fuera de la vista el uno del otro. Uno de mis pretorianos estaría sentado en cada una de sus mesas, con otro en la mesa contigua. La cantidad de dinero que Manzini había gastado era asombrosa. Lo que había empleado en imaginación e ingenio era increíble en un hombre de sus años. Cuando hubo terminado la gira de inspección, me llevó a su estudio, sirvió coñac para los dos e hizo un último brindis a la aventura:

—… No diré buena suerte, mi Dante. Lo que nos ha llevado hasta este punto es creer, trabajar y atrevernos. Lo que suceda esta noche dependerá de lo bien que hayamos calculado la interacción de pequeños grupos de gente sometidos a una experiencia súbita y anonadadora. Según Mueller, estamos apostando a que su curiosidad sobrepasará su repugnancia y los hará mantenerse sentados hasta el fin. No obstante, dice que habrá un momento de crisis en el que, o bien Leporello o el director intentarán irse, calculando que un repentino movimiento puede cambiar el estado de ánimo del auditorio. Debéis prevenir esto a toda costa. Naturalmente, estaréis armados, pero sólo como amenaza. No debe haber violencia. Lo que pase al final, claro, está en manos de Dios… Y, aunque quizá no lo creas, Dante, Él debe de tener interés en el acontecimiento de esta noche… Quizá debería decir en mi brindis: Ruego que Él te mantenga a salvo, mi Dante, y te lleve a un puerto tranquilo.

Dije amén a esto, y fue lo más cercano a una oración que hubiera pronunciado en mucho tiempo. Bebimos, y dejamos las copas. Luego, Manzini soltó su última sorpresa.

—Dante, amigo mío, ¿has pensado en el mañana?

—¿Mañana?

—Sí. ¿Sabes?, llegará… a menos de que los dos muramos en nuestro sueño.

—¿Y?

—Pues si nuestra estrategia tiene éxito, tendrás al director y a Leporello arrestados bajo un cierto número de cargos. ¿Cómo piensas proceder a partir de ese punto?

—Según los reglamentos. Una declaración del oficial que efectúa el arresto. Una declaración del acusado. Los documentos son enviados al magistrado. El magistrado los examina, sumario de la acusación, entrega de las súplicas por parte de la defensa, y un juicio público.

—Lo cual, claro está, ocasionará un escándalo internacional.

—Sí.

—Y tendrá profundas consecuencias políticas.

—Inevitablemente.

—Consecuencias para las que ni el Gobierno ni el país están aún preparados.

—Cierto.

—Dime qué consecuencias te imaginas tú.

—Tendremos un golpe fascista abortado. Habremos dañado la fe pública en las altas jerarquías burocráticas. Habremos proporcionado una grande y nueva fuerza a la izquierda… Por otra parte, habremos afirmado que el Estado es capaz de purgarse y regularse a sí mismo, en beneficio del pueblo.

—¿Y el resultado final?

—Es potencialmente saludable.

—¿Potencialmente?

—Así es como lo veo yo.

—Lo que aún nos deja un riesgo… un grave riesgo.

—¿Sí?

—El primer riesgo es tuyo. Tú has pasado la película. Tú efectuarás el arresto y presentarás los cargos. Tú tendrás que realizar el sumario de la acusación. ¿Tienes un caso completo?

—Contra Leporello, sí. Contra el director, no. Un buen abogado podría sacarle de apuros.

—Y entonces, a ti te llevarán al paredón.

—Obviamente.

—¿Estás dispuesto a eso?

—Espero evitarlo.

—Podrías evitarlo.

—¿Cómo?

—Ocurren accidentes… accidentes afortunados.

—Ya sé… «El prisionero fue muerto mientras intentaba escapar». «El prisionero sufrió un ataque cardíaco mientras se le efectuaba un interrogatorio normal y el médico de la Policía halló en él un defecto mitral ya antiguo». «Al sospechoso se le concedió libertad provisional bajo instancias de sus abogados, y no volvió a aparecer en las sesiones del juicio…». ¡No, Bruno! ¡Esta vez no! No lo haré ni por mí, ni por ti. Ni por el ministro o el mismo presidente.

—¿Ni por el pueblo? Es tu pueblo, mi Dante.

—El pueblo se pertenece a sí mismo. Yo soy el único que me pertenezco a mí. Me

enseñaste esta lección, Bruno. Ahora, no puedo olvidarla.

Me dio una larga y extraña ojeada. Sonrió, y abandonó el asunto con un alzamiento de hombros. Luego, fue a su escritorio, abrió un cajón y sacó del mismo una pequeña caja cubierta de terciopelo. Me la entregó y dijo tan solo:

—Es un regalo. Espero que te guste.

Abrí la caja; dentro había un sello de oro. El símbolo grabado era una salamandra coronada.

Mis emociones aún no eran muy firmes, y me sentí profundamente conmovido. Sin embargo, Manzini no me dejó manifestar ninguna expresión de gratitud. Permanecía junto a mí, como un brujo sardónico, y me narró su último ejemplo preventivo.

—… Somos víctimas de aquellos que nos aman, mi Dante. Sueñan nuestros destinos y nos hunden en pesadillas. Planean fabulosos viajes y nos echan las culpas cuando el viaje termina en un naufragio. Sin embargo, no tenemos recurso alguno, pues también nosotros nacemos soñadores y conspiradores… Mi padre me robó su apellido y la herencia de su historia, y creyó que me compensaría con el fundamento de la fortuna que tengo hoy. Tu padre soñó con sus nobles sueños de un nuevo mundo, y su familia sufrió por él. Al final, tú, mi Dante, te pusiste el uniforme de los hombres que lo detuvieron.

»Y, sin embargo, cada uno de nosotros aprendió la misma lección: no hay garantías; no hay nada permanente; la vida es un acertijo propuesto por un comediante divino, y cuya respuesta es tan simple que jamás la vemos hasta que es demasiado tarde. Nunca te he contado esto, pero después de la guerra, cuando fuimos, durante mucho tiempo, una nación de mendigos que subsistía gracias a los fondos de reconstrucción que nos enviaban de América y hacíamos todo tipo de extraños tratos que hoy estamos intentando deshacer, pensé en la idea de abandonar definitivamente Europa e invertir lo que me quedaba de fortuna y vida en el Nuevo Mundo. Aquí me encontraba enmarañado en la historia, atrapado como un cordero en un zarzal, desgarrado, ensangrentado y totalmente confuso. Creía que allí podría ser otro hombre, un constructor que sólo mirase hacia el futuro…

»Regresé aquí, a Pedognana. Una tarde bajé a la capilla y me senté durante largo rato mirando la losa que cubría la tumba de Marie Claire. Traté de hablar con ella. No hubo respuesta, porque así es el acertijo divino: los que no lo comprenden son elocuentes, los que lo han resuelto al fin permanecen en silencio. Entonces, lloré, las últimas lágrimas que jamás he derramado. Entró el viejo don Egidio. Ya lo conoces. Es el típico sacerdote campesino, no demasiado instruido, insustancial y desabrido, y además algo borrachín, pero, pese a todo, muy astuto.

»No trató de confortarme. Me conocía demasiado bien para intentarlo. Sabía que lo hubiese rechazado, considerándolo un hombre demasiado ignorante para poder comprender la complejidad de mi condición. Se sentó junto a mí, y me contó el cuento del perrito con cola de paja… ¿No lo has oído nunca? Es muy simple. Érase

una vez un perrito que nació con la cola muy corta. Se sentía avergonzado por este defecto, así que se hizo una larga y bella cola de paja dorada. Entonces, estuvo muy orgulloso de sí mismo. Agitaba su cola con el doble de vigor que cualquier otro perro del pueblo. Paseaba muy orgulloso, dándose aires, y era cortejado por todas las perras. Pero entonces, un día, mientras estaba junto al fuego, en la granja de su amo, su cola se prendió… Como es natural, no pudo librarse de ella. Corrió de un lado a otro, ladrando, hasta que su dueño lo tiró al estanque para apagar las llamas.

»Después, tuvo otro problema. Su verdadera cola seguía siendo pequeñita y ahora tenía el culo tan chamuscado que todos los otros perros se reían de él. ¿Y qué es lo que hizo? Había sido muy feliz con su cola de paja, así que se hizo otra, pero desde entonces tuvo gran cuidado de permanecer lejos del fuego… Naturalmente, podría haber tomado otra decisión. Podría haber tirado su falsa cola y soportado sus heridas, y dormido confortablemente durante todo el invierno, tan cerca del fuego como hubiera querido.

»…Uno pensaría que la moraleja es bastante obvia. Pero no para don Egidio. Su conclusión era bastante distinta: el hombre no es un perrito; abarca todos los elementos y es abarcado por todos ellos, y puede sobrevivirlos a todos; puede decidir cuál será su trato con la vida; la única cosa con la que no puede regatear es con el precio final: muerte y soledad… Esta noche estarás solo, mi Dante. Y estarás solo luego, porque no es bueno para nadie que le vean acompañado del verdugo público. El anillo que te he dado es un símbolo, no un talismán. La única cosa mágica que tiene es el afecto que acompaña a su entrega. Recuerda esto cuando te deje, como haré, como debo hacer…

Tenía una larga espera ante mí. Los invitados no llegarían hasta las ocho y treinta. No se sentarían a cenar hasta las nueve y treinta, que sería cuando yo bajaría a la sala de control y seguiría los acontecimientos por el circuito cerrado, con Milo y su equipo. En el momento en que Manzini terminase su discurso, se apagarían las luces y se encenderían las pantallas de televisión. Yo entraría inmediatamente en la sala de baile, me apostaría en su interior, y cerraría la puerta. Si alguien trataba de salir, lo detendría hasta el final de la proyección, a menos que fuera una mujer. Aún faltaban veinte minutos para las seis. Fui a mi habitación, puse el despertador para las ocho, leí unas pocas páginas de Guicciardini y caí en un profundo sueño.

Me desperté descansado y extrañamente tranquilo. Me afeité cuidadosamente, me bañé y me puse mi nuevo uniforme. Cuando me miré en el espejo, vi a un hombre al que apenas si reconocía: un oficial en servicio de un Cuerpo cuyo juramento aún tenía un tono de realeza, cuya tradición de servicio, por mucho que hubiera sido mancillada por algunos individuos, aún representaba un blasón de honor. Los símbolos de rango me los había ganado yo mismo. Yo, el hijo de un exiliado político, podía afirmar haber prestado algunos servicios al país por el que él, a su manera, se

había sacrificado. A pesar de los sórdidos recovecos de mi profesión, aún podía sentir cierto orgullo y una pequeña y tímida amistad por el hombre que había dentro de mi piel. ¡Pero ya basta! Ya era hora de irse.

Mientras bajaba por la escalinata hacia el vacío vestíbulo, el mayordomo abrió la puerta y dejó entrar al capitán Carpi. Por un momento no me reconoció, y cuando lo hizo, permaneció imperturbable. Me dijo que había sido enviado desde Cerdeña con despachos urgentes que debían ser entregados personalmente, en mano, al general Leporello. Su avión había sido entretenido en Cagliari, y se había visto obligado a alquilar un coche para que lo trajese a Pedognana. Le dije que el general estaba cenando, pero que lo llevaría ante él tan pronto como hubiese terminado el acto. Me preguntó qué era lo que estaba haciendo. Estaba totalmente a oscuras sobre todo el asunto. Lo único que sabía es que su oficial superior lo había llamado, le había dicho que tenía que actuar como correo en una misión especial, y lo había enviado, asombrado, a aquel viaje. Me pregunté qué tortuoso trabajo de equipo habría sido necesario para lograr aquello. Lo llevé a la sala de control, le di una copa de champán y un canapé, y me llevé a Milo aparte para advertirle que no hiciera ningún comentario indiscreto. Luego, nos sentamos para contemplar el espectáculo, mientras yo trataba frenéticamente de imaginar cómo podía utilizar a aquel imprevisto recién llegado. Cuando Manzini se alzó para anunciar el brindis presidencial, ya había tomado mi decisión.

El ministro de Turismo hizo un discurso elegante e ingenioso, quizás un poco largo, pero ello se debía a que tenía gente importante a la que impresionar: su colega el ministro del Interior, entre otros. Hizo notar la variedad y magnitud de las empresas de Manzini. Alabó lo atrevido de su visión que, según dijo, hacía que mucha gente parpadease, mientras otros cerraban los ojos para esperar el trueno. Cumplimentó a los banqueros por su planeamiento a largo plazo y su confianza en la economía del país y su estabilidad política. Agradeció la señorial bienvenida dada por el *Cavaliere* a todos sus invitados. Dijo que la veía como el símbolo de la bienvenida que daba Italia a los millones de turistas que la visitaban cada año. Deseó un buen futuro al proyecto, aseguró a todos los participantes la benevolencia del Gobierno, añadió uno o dos floreos metafóricos, y se sentó entre corteses aplausos.

Entonces, Bruno Manzini se puso en pie y comenzó su propio discurso:

—Agradezco al ministro sus amables palabras. También le doy las gracias por su confianza en nuestra empresa, que es en sí un acto de fe en el futuro de este amado país nuestro. Este acto de fe es muy sincero, porque mis colegas y yo hemos empleado grandes sumas de dinero en el desarrollo italiano en un momento en que, a pesar del optimismo de mi buen amigo, el país se halla dividido en muchos aspectos importantes. Puedo decirlo aquí, en esta reunión, porque no hay Prensa que pueda reproducir mis palabras y todos ustedes son hombres y mujeres inteligentes a los que les preocupa, como a mí, el futuro de esta nación y de sus hijos. Las decisiones de las que hablo son muy profundas. Algunas son históricas, otras son políticas, y otras son

sociales. Somos un pueblo bajo una misma bandera, pero también somos muchos pueblos con muchas historias distintas. Tenemos demasiados partidos y muy poco consenso para lograr con facilidad un gobierno para el pueblo y por el pueblo. Demasiada riqueza se concentra en muy pocas manos, las mías entre ellas. Sin embargo, el intento de eliminar estas diferencias, como algunos tratan de hacer, por medios violentos y siniestros, es una locura peligrosa; tan peligrosa, que podría negar de un solo golpe todo lo que hemos logrado desde la guerra, todo lo que esperamos edificar en los años venideros…

Entonces, le aplaudieron. Era un parlamento que todos podían aceptar, porque no tenían que examinarlo demasiado detenidamente. Conocían las divisiones, y también la violencia; y todos ellos tenían siniestros chivos expiatorios simbólicos que se llevaban sus pecados al desierto del olvido. Manzini los hizo callar, lentamente, con una sonrisa y un gesto. Cambió su estado de ánimo. Ahora, se mostraba feliz y bromista.

—… Hay una cosa en la que no sé si habrán pensado, amigos míos: durante toda nuestra historia, los banquetes han sido ocasiones importantes. Y eso es extraño, porque no somos unos grandes comilones como los alemanes, ni grandes bebedores como los franceses. Nos gusta la comida, nos gusta el vino y nos gusta la compañía de las mujeres hermosas, de las que tantas hay aquí esta noche. Pero el hecho es que hacemos historia a la hora de comer. Hubo el banquete de *Trimalción*. Todos lo recordarán: muy burdo, muy repugnante, aun cuando nos haya llegado dignificado por el arte del gran Petronio. Luego, hubo el banquete fatal de los Tolomeos y los Salimbenos, que bien recordarán aquellos que, entre ustedes, tengan el privilegio de ser toscanos. Éstos terminaron en asesinato. Pero les aseguro a todos ustedes, amigos míos, que no habrá ningún asesinato aquí, esta noche. Después estuvieron los cenacoli de la beata Catalina de Siena, cuyas almas eran elevadas por las discusiones espirituales y sus cuerpos mortificados por una dieta muy restringida. Exceptuando a su reverencia monseñor Frantisek, que se halla hoy aquí con nosotros como representante no oficial del Santo Padre, me temo que no hayamos alcanzado este grado de perfección espiritual. Sin embargo, me atrevo a pensar que la de hoy es una ocasión histórica.

»…En los cubos de plata situados en cada mesa, encontrarán un cierto número de paquetes. Si los caballeros quieren pasarlos alrededor de las mesas, por favor… No, no los abran aún. No tendrían sentido para ustedes hasta que no hayan visto la película; que no es, debo advertírselo, la que les promete el programa… Ésta es un documento privilegiado. La Prensa no conoce su existencia. El público jamás la verá; sólo ustedes, amigos y compatriotas. Será para ustedes una extraña experiencia. Algunos de ustedes, especialmente las damas, pueden sentirse descompuestos y turbados. Les ruego que sean pacientes y tolerantes, hasta que el film se justifique a sí mismo… Ahora, si giran un poco sus sillas, todos tendrán una visión confortable de las pantallas de televisión que hay en cada una de las mesas.

Aquélla era la palabra clave. En el movimiento que siguió, dos de mis pretorianos se pusieron en pie y se apoyaron con aire casual contra la pared… un solo paso los llevaría hasta Leporello y Baldassare. Alguno de los otros hombres hizo lo mismo, así que todo aquello tuvo el aire de un movimiento no premeditado, para ponerse cómodos. Manzini prosiguió:

—Si alguno de ustedes duda en compartir con nosotros esta experiencia, le ruego que salga ahora… ¿Están todos decididos? ¡Bien! En un momento se encenderán las pantallas de los televisores y esta habitación será sumida en las tinieblas. Creo que todos estarán de acuerdo conmigo en que los secretos deben ser dichos en la oscuridad y disfrutados a la luz.

Aquélla era mi señal. Apresuré a Carpi para que saliera de la sala de control, y llegamos al comedor justo cuando se apagaban las luces y se encendían las pantallas de televisión. Cerré la puerta, me metí la llave en el bolsillo del pecho y miré hacia la pantalla más cercana.

Milo de Salis había decidido utilizar un método fílmico que era tan simple como un silabario infantil y tan devastador como una sentencia de muerte. Consistía en una serie de afirmaciones directas y escuetas, en imagen y comentario. La imagen estaba demasiado lejana para que me animase, pero me sabía el comentario de memoria.

—… Ésta es una fotografía del general Massimo Pantaleone, que murió este año en Roma, en la noche de Carnaval.

»Éste es un certificado de defunción que indica que murió por causas naturales… De hecho, falleció a causa de una inyección de aire en su arteria femoral. Fue asesinado…

Hubo un jadeo de sorpresa, crujidos de movimientos, un aleteo de susurros, y luego silencio al iniciarse de nuevo los comentarios.

—Ésta es una fotografía del informe de la autopsia realizada posteriormente, firmada por tres médicos de gran reputación.

»Ésta es una fotografía de un edificio de oficinas en la Via Sicilia, donde estaban guardados los papeles del general, tras su muerte. Los papeles fueron robados y dos hombres asesinados: el *Avvocato* Bandinelli y el agente Calvi del Servicio de Información de la Defensa…

»Ésta es la tarjeta de identidad del hombre que los asesinó: Giuseppe Balbo, un criminal que utilizaba diversos alias.

»Entre los papeles del general se hallaban estos mapas: Turín… Milán… Roma… Nápoles… Tarento… Son mapas militares que han sido posteriormente alterados en ciertos detalles, pero no sustancialmente. Muestran cómo, el 31 de octubre de este año, una junta militar planeaba derribar al Gobierno legítimo de Italia para establecer una dictadura.

»La flecha móvil ilustra cómo hubiera sido llevado a cabo este plan.

»Los mapas y planes que acaban ustedes de ver se hallan en posesión de este hombre, el general Leporello, que está invitado aquí esta noche.

De nuevo se oyó una serie de ruidos, cuando todas las cabezas se volvieron para identificar a Leporello. No lo pudieron ver a la débil luz, así que, de nuevo, el comentario atrajo toda su atención.

—Ésta es una fotografía reciente del ayudante del general Leporello, el capitán Matteo Roditi. En la actualidad, se halla bajo cuidado psiquiátrico, porque fue torturado hasta enloquecerlo, para impedir que pudiera testimoniar ante un tribunal.

»Ésta es otra fotografía de Giuseppe Balbo, asesino, que fue muerto mientras se resistía al arresto por parte de los hombres del general Leporello.

»Éste es el «Club Alcibiade», un punto de reunión de homosexuales, en donde el capitán Roditi se encontraba a menudo con Giuseppe Balbo, quien, por extraño que parezca, estaba alistado en los *Carabinieri*, bajo el mando directo del general Leporello.

»Esta mujer, que aquí ven comprando con sus hijas en Milán, es la esposa del general Leporello.

»Ésta es una carta de amor, una entre treinta, que escribió al capitán Roditi, el ayudante de su esposo y verdadero padre de sus hijas. Su relación amorosa era condonada por el general, por una buena razón.

Aquél era el punto crítico que había predicho Mueller. Leporello no podía defenderse a sí mismo, pero podía y debía defender a su esposa. Instantáneamente, se puso en pie, con su alta silueta monstruosa en la semioscuridad. Gritó:

—Esto es un ultraje contra una mujer inocente. Exijo…

No exigió nada. Mi pretoriano estaba a su lado, clavándole una pistola en las costillas.

La voz de Manzini sonó como un toque de trompeta, desde el estrado.

—¡Siéntese, general! Damas y caballeros, les suplico que se controlen. No estamos aquí para insultar a una mujer, sino para impedir un inminente derramamiento de sangre.

Hubo un jadeo de horror que podía notarse físicamente. No se tranquilizaron en seguida. Miraron y esperaron hasta que Leporello se sentó en su silla; luego, perdidos y sin líder, se sometieron en silencio a las ultimas revelaciones brutales.

—Las siguientes fotografías van a escandalizarles, pero les ruego que las contemplen cuidadosamente. Ésta muestra al general Leporello llevando a cabo un acto sexual con Giuseppe Balbo. asesino.

»Ésta lo muestra en otro acto con el hombre identificado como ayudante personal, y probable asesino, del fallecido general Pantaleone. Su nombre es capitán Girolamo Carpi.

»Este hombre, el general Leporello, fue elegido, señoras y señores, para dirigir el golpe de Estado. Sin embargo, nunca hubiera asumido él mismo el poder. Había otro hombre detrás de él…

»…este hombre: el príncipe Filippo Baldassare, director del Servicio de Información de la Defensa. Este hombre planeó la muerte de Pantaleone, contrató a

Carpi para asesinarlo y luego dispuso las cosas para que Leporello lo remplazase.

De nuevo, el auditorio se volvió en la oscuridad, para identificar a Baldassare. Yo era uno de los pocos que podía verlo. Permanecía tranquilo e inconmovible, bebiendo coñac de una copa de cristal tallado.

—¿Que quién soy yo? Soy el coronel Dante Alighieri Matucci, del mismo Servicio. Recogí esta información. También yo fui puesto en prisión y sometido a tortura psicológica, para impedir que la revelase. Asumo plena responsabilidad del contenido y presentación de esta película. Declaro que es verídica y ofreceré documentos en su apoyo a las autoridades competentes.

Se apagaron las pantallas. Se encendieron las luces y un centenar y medio de personas se quedaron sentadas, atontadas y demasiado avergonzadas para mirarse las unas a las otras. Me adelanté en la silenciosa sala, con Carpi a mi lado, como un sonámbulo. Tuve un momento de ciego pánico. Luego, recuperé la palabra:

—Los oficiales presentes pondrán bajo arresto al general y al príncipe Baldassare.

Y entonces recé. Dije en mi interior: «Amado Cristo, por favor, haz que se muevan. ¡Por favor!». Se movieron. Colocaron sus manos en los hombros de los dos implicados. El acto era definitivo y completo. Ahora, tenía que hablar de nuevo. Me oí a mí mismo decir:

—*Cavaliere*, señoras y caballeros, tengo aquí conmigo, bajo arresto, al capitán Girolamo Carpi, quien testificará en el lugar adecuado, su parte en este asunto.

Entonces, desde su propia mesa, Bruno Manzini se hizo cargo de la situación.

—¡Compatriotas! Han sido ustedes insultados esta noche. Han sido avergonzados y escandalizados. Pueden elegir no perdonarme jamás el dolor que les he causado. No me excusaré. Sólo les diré que es un precio pequeño a pagar por impedir el derramamiento de sangre, las miserias de un alzamiento civil, y la opresión de una nueva tiranía… Ahora, les ruego que nos retiremos al salón, donde serán servidos el café y los licores.

Se alzaron lentamente y se movieron con los rostros en blanco, como autómatas, llevando cada uno el regalo de la cena, un *dossier* de los condenados con una nota cortés de la Salamandra. También Elena Leporello se fue, y pasó junto a mí sin reconocerme. Finalmente, no quedamos más que los pretorianos, los acusados, Manzini, el ministro del Interior y yo mismo.

Manzini y el ministro bajaron del estrado y caminaron lentamente a lo largo de la habitación, hasta llegar a mí. Se detuvieron. Me miraron, fríos e inexpresivos. El ministro dijo:

—Gracias, coronel. Hará lo que se deba hacer con estos caballeros. Esperaré ahí afuera. Me informará antes de irse.

Bruno Manzini no dijo nada. Hizo exactamente lo que me había prometido. Se fue.

Fue un extraño momento. Tres prisioneros y cinco carceleros, silenciosos entre los restos de un festín de ricos. Éramos como actores, helados en un escenario vacío, esperando que el director de escena nos moviese. Entonces, comprendí que yo era ese director y que, sin mí, la obra ni continuaría ni concluiría. Debía moverme. Debía hablar. Debía decidir. Oí las palabras como si surgieran de la boca de otra persona.

—Príncipe Baldassare, general Leporello, hagan el favor de permanecer sentados. Ustedes, caballeros —dije a mis colegas— háganme el favor de conducir al capitán Carpi a la sala de monitores y esperar allí, hasta que los llame.

Dos pretorianos tomaron de los brazos al capitán Carpi y lo llevaron, silencioso y sin resistencia, fuera de la habitación. Los que hacían guardia junto al director y Leporello dejaron sus puestos y salieron. Si había comprendido bien sus expresiones, les alegraba el poder irse. Cuando la puerta se cerró tras ellos quedé, al fin, solo con mis enemigos. No sentí triunfo alguno, sólo una extraña sensación de desilusión y de pérdida y una vaga humillación, como si mi mejor chiste no hubiera hecho gracia. Ambos hombres permanecían muy rígidos en sus mesas, con las manos planas sobre ellas, y los rostros apartados de mí. Estaban tan lejos el uno del otro que a menos de que me mantuviese lejos como el director de pista de un circo o un tirano de teatro, no podía dirigirme a ellos al mismo tiempo, ni siquiera abarcarlos con una sola mirada. Tenía que enfrentarme con ellos, uno tras otro, rostro humano contra rostro humano. Fui primero hacia Leporello. Llevé una silla frente a él y me encontré mirando al rostro de la muerte. Le dije:

—General, es privilegio suyo el ser mantenido bajo arresto en un cuartel, en la custodia de oficiales del Servicio, y también puede elegir ser juzgado por las leyes militares. Si usted no acepta este privilegio, quedará inmediatamente sujeto a un proceso civil. ¿Qué es lo que elige?

No me contestó. Permaneció sentado como un hombre de piedra, frío e inmóvil.

Lo intenté de nuevo:

—General, hay formalidades. Quiero hacerlas lo más fácil y simplemente que sea posible. Si quiere usted hablar con su esposa, haré que la traigan. Después, como ya sabe, no será tan fácil. Si no se encuentra bien, puedo llamar a un doctor. Por su propio bien, general, le aconsejo que me conteste.

Ni siquiera me había oído. Sus labios estaban cerrados. Sus ojos tan en blanco como si fueran guijarros. Tendí una mano y la coloqué sobre su muñeca. Notaba su pulso, pero nada más. Los músculos estaban tan rígidos como si fueran de hierro; no hubo un estremecimiento de reconocimiento o de aversión. Entonces, oí la voz del director, fría e irónica como siempre:

—Una clásica fuga, Matucci. Huida total al interior de sí mismo. No le sacará nada esta noche… o tal vez nunca. Si yo fuera usted, llamaría a un doctor y tendría a su esposa presente mientras diagnosticaba, para cubrirse a sí mismo.

Me volví para mirarle, frío y sonriente, bebiendo una copa de coñac y fumando un cigarro. Alzó su copa en un brindis:

—Felicidades, Matucci… ¡Juicio por televisión! Me pregunto por qué jamás pensé en ello. Es un proceso nada democrático, pero muy efectivo.

Sirvió una copa de vino y la empujó en mi dirección, sobre la mesa.

—¡Siéntese! Tranquilícese. Soy un testigo cooperativo. Puede permitirse mostrarse agradable conmigo. Me imagino que debe de haber pasado una velada bastante tensa. Sin embargo, debe de estar muy satisfecho. Lo tiene todo ahora, excepto a un tipo cantando *Sic transit* y haciendo arder lino bajo su nariz. ¿Cuál es el siguiente movimiento?

—Conoce el código tan bien como yo, señor.

—Y conozco la profesión mejor, Matucci. Presentó muy bien su caso contra Leporello… aunque dudo que jamás tenga que enfrentarse a un juicio. Ese hombre fue siempre un psicópata, en huida continua de la realidad. Esta noche lo ha empujado más allá del límite, y dudo que jamás regrese. Y aunque lo haga, un buen abogado presentará el atenuante de la locura, y el Estado, en su propio interés, estará de acuerdo. Y contra mí, ¿qué es lo que tiene? A Carpi, un hombre de paja, que puede ser aterrorizado, sobornado o eliminado antes de que logre una sola línea decente de testimonio de él. De todos modos, es su caso, y usted debe llevarlo a término, gane o pierda. A menos, claro está…

—¿Qué?

—A menos que esté usted abierto a una pequeña lección de alta política. Como ya le dije, siempre supo muy poco de esta disciplina. Es eso lo que no le ha permitido progresar en su carrera.

—Si está proponiéndome un trato, la respuesta es no.

—¡Mi querido Matucci! ¿Por qué siempre me infravalora? ¿Cree que sería tan tonto como para proponerle un trato a un hombre que al mismo tiempo es honrado y se halla en su momento de triunfo? Por el contrario, le invito a una madura consideración de la realidad… La alta política no tiene nada que ver con la moral, ni tampoco con la justicia, sea relativa o absoluta. Es el arte y la profesión de controlar grandes masas de gente, de mantenerlas en precario equilibrio entre sí y con sus vecinos. Todos los medios son buenos para los estadistas, y éstos deben estar preparados para usarlos en todas sus variantes, desde el hacha del verdugo hasta la fiesta del circo. El estadista jamás debe sobrevalorar su triunfo o perder valor por una adversidad pasajera. De vez en cuando, necesita una víctima, aunque sólo sea para evitar un holocausto. Para él, la clemencia no es una virtud, sino una estrategia… Sólo el fin es constante, y este fin es mantener controlado al monstruo de múltiples cabezas, calmarlo cuando gruña, reprimirlo cuando se muestre demasiado juguetón, asombrarse ante sus visiones, pero darle un sedante antes de que se conviertan en pesadillas… Usted, Matucci, sigue siendo un servidor del Estado… aún no es un estadista. Esta noche tiene la oportunidad de convertirse en uno.

Se interrumpió, dio un trago a su coñac, chupó el cigarro y me sonrió entre las volutas de aromático humo. No dije nada, y al cabo de un rato comenzó una nueva consideración.

—En este momento, Matucci, está usted en una posición de considerable fuerza. Ha impedido un golpe militar. Ha desacreditado a los autores del mismo. Tiene dos víctimas importantes que echar a los leones, a Leporello y a mí. En Manzini tiene un amigo poderoso. En el ministro, un importante mecenas, que sólo espera que le dé el consejo correcto… Piense en el ministro, Matucci. Es un político, una caña pensante, que es empujada por cada hálito de la vociferación popular, por cada susurro que se produce en los corredores de la Asamblea. ¿Que es lo que quiere? ¿Qué es lo que desearía usted si se hallase en su lugar? ¿Un triunfo discreto y bien manejado, o una bandeja repleta de cabezas ensangrentadas…? Una cabeza es útil. Uno puede clavarla en una pica y exponerla, como advertencia al populacho. Más de una es una carnicería… ¿Qué cabeza seleccionaría usted para la pica? Desde mi punto de vista, que admito puede estar sometido a prejuicios, la menos inteligente. Ya la tiene, ahí… La mía vale mucho más para usted y para el ministro, si la deja sobre mis hombros. Estoy desacreditado, así que no puedo hacer ningún daño a menos que me lleven a juicio… Si hacen eso, mi querido Matucci, le prometo una serie de escándalos que serán vociferados desde Moscú al Golden Gate. Por otro lado, si se me ofreciese clemencia, sabría mostrarme agradecido. Desaparecería de la escena, y dejaría un rico legado de información a mi sucesor… ¿Me explico con claridad?

Entonces, me sentí avergonzado por él. Por un momento, había sido elocuente, ahora apenas era plausible. Se lo dije secamente:

—Yo también debo dejar una cosa bien clara. No tengo autoridad alguna para ofrecer clemencia.

—Mi querido amigo, eso ya lo sé. Iré aún más lejos. Sería inútil y peligroso para usted el tratar conmigo. Debería únicamente tratar con el ministro.

—¿Qué es lo que me pide, entonces?

—Quiero hablar con el ministro en privado, ahora.

—Quizá no quiera hablar con usted.

—Querrá. Y después pedirá hablar con usted.

—¿Y?

—Lo único que le pido es que le dé una honesta respuesta profesional a cualquier pregunta que le haga.

—¿Puede usted estar seguro de que haré tal cosa?

—No. Espero que lo haga. No tiene razón alguna para apreciarme. No le culparía si apurase hasta el máximo la ventaja de que ahora dispone. De hecho, me sorprendería mucho que no lo hiciese. De cualquier modo, ya le he dado la lección; ahora, haga lo que quiera. ¿Le transmitirá mi petición al ministro?

—Écheme una mano con Leporello; lo llevaremos a un dormitorio. Llamaré a un doctor, y entonces veré al ministro.

La entrevista entre el príncipe Baldassare y el ministro duró más de tres horas. No estaba presente. Estaba encerrado con el profesor Malpensa, de la Unidad Psiquiátrica del Ejército, de Bolonia, que había sido sacado de la cama y traído en helicóptero a Pedognana. Con él estaba el doctor Lambrusco, invitado de la reunión, y médico de cabecera de Manzini. Les había pedido que examinasen por separado a Leporello, luego conjuntamente, y que me entregasen un diagnóstico común. Lo expresaron por escrito: «… un estado catatónico o seudocatatónico, expresión de un profundo impulso de fuga inducido por la culpabilidad y el *shock*. Recomendamos conjuntamente que el paciente sea internado para ser sometido a observación clínica. En nuestra opinión, en la actualidad el paciente es incapaz de llevar a cabo una comunicación racional, y el someterle a interrogatorio o confinamiento seria inútil y peligroso. La prognosis es dudosa».

Acepté el documento, entregué al general en manos del profesor Malpensa, que se lo llevó volando a Bolonia, y luego fui a buscar a Manzini. Sus invitados se habían ido hacía rato, y estaba sentado, solo, en el estudio. Estaba algo desmejorado, pero aún alerta y dicharachero. Me recibió con una sonrisa y un amargo y seco carraspeo:

—Bueno, Matucci, ¡lo hicimos!

—Sí… ahora todo está muy tranquilo.

—¿Qué era lo que esperabas? ¿Guirnaldas y una marcha triunfal?

—Bienaventurado el que no espera nada, porque seguro que es eso lo que recibirá… Me gustaría un buen coñac.

—Sírvete tú mismo —hizo un gesto en dirección al bar—. Nuestro amigo Baldassare está intentando llegar a un acuerdo con el ministro.

—Lo sé.

—¿Te sorprendería saber que he recomendado que lo haga?

—¿En qué términos, Bruno?

—He afirmado que, sin la cooperación y connivencia del director, jamás hubiéramos podido llevar a cabo el drama de esta noche.

—Eso no es cierto.

—Lo sé. Tú también. El ministro también. Pero resulta ser una ficción muy adecuada en este momento. ¿Alguna objeción?

—Ninguna.

—¿Lo apruebas?

—No lo apruebo. Creo que es conveniente.

—Vas aprendiendo, mi Dante.

—Por las malas. ¿Qué parte del asunto de esta noche llegará a la Prensa?

—Por informe directo, nada. Por filtraciones y comentarios, bastante. Es desafortunado, pero inevitable.

—¿Podrías ponerte en contacto con el director de tu periódico?

—Naturalmente. ¿Por qué?

—Me gustaría que estuviese dispuesto a mandar un reportaje a los servicios de noticias. Nos hemos perdido las ediciones matutinas, pero llegaremos a las vespertinas, y los corresponsales internacionales lo tendrán en el teletipo cuando se abran las oficinas por la mañana.

—¿Qué es lo que tienes en mente?

—No puedo decírtelo hasta que haya hablado con el ministro.

Me lanzó una rápida mirada calculadora y luego hizo un gesto de satisfacción:

—*Bene*! Al final puedo estar de acuerdo, Dante Alighieri. Me he preguntado, durante mucho tiempo…

—¿Qué es lo que te has preguntado?

—Qué parte en ti era hombre, y cuánto el resultado de las circunstancias. ¡Perdóname! ¿Cómo sabe uno si una nuez está buena, hasta que no parte la cáscara? Eres un hombre lleno de contradicciones, mi Dante. Eres un héroe y un cobarde. Eres inteligente y estúpido. Eres tan blando como el barro y tan duro como el hierro. Un amigo puede comprarte con una sonrisa, una bolsa de oro no te corrompe. Cómo terminarás es algo que sólo Dios sabe; pero me alegra darme cuenta de que no he malgastado mi tiempo en ti… Excúsame, llamaré al director de mi periódico.

Hacía unos tres minutos que se había ido, cuando se abrió la puerta del estudio y apareció el ministro. Al ver que estaba solo, empezó a hablar bruscamente.

—Tengo algunas preguntas que hacerle.

—A su servicio, señor.

—Necesito respuestas directas, sí o no.

—Lo comprendo, señor.

—Las acusaciones que ha hecho públicas esta noche, ¿son ciertas?

—Sí.

—¿Puede mantenerlas ante un tribunal?

—Puedo mantener las que van en contra del general Leporello. Las formuladas contra el príncipe Baldassare serán más difíciles de probar.

—¿Podría garantizar una condena en su caso?

—Garantizar, no.

—¿Pero estaría usted dispuesto a proceder?

—Como oficial de la Seguridad Pública, sí.

—Ha condicionado esa afirmación. ¿Por qué?

Le entregué el informe médico sobre Leporello, y esperé en silencio mientras lo leía. Lo dobló y me lo devolvió.

—Repito la pregunta, coronel. ¿Por qué ha condicionado usted su última afirmación?

—Porque se me ha comisionado para actuar y dar consejos como oficial de la Seguridad Pública. No se me ha pedido que dé opiniones de naturaleza política.

—Comprendo su punto de vista. Ahora, le pido que me ofrezca, sin prejuicios, una opinión política. Gracias a sus esfuerzos, hemos evitado una crisis nacional.

¿Cómo deberíamos actuar para evitar un escándalo nacional?

—Tenemos arrestados a dos hombres muy importantes, señor. Uno es claramente incompetente a causa de su estado psicopático. El caso contra el otro está incompleto; y aunque pudiéramos completarlo, nos arriesgaríamos a que hiciera revelaciones muy molestas y perjudiciales para la seguridad pública. También correríamos el riesgo de que se produjesen profundas y divisorias enemistades en la República, y entre la República y sus aliados. Yo aconsejaría, con deferencia y respeto, que se permitiese al príncipe Baldassare retirarse de la vida pública y salir, en el plazo máximo de doce horas, de los confines de la República.

—¿Podría hacerse eso sin provocar una queja pública?

—Habría comentarios hostiles, muchos. Y también algunos aprietos políticos. Desde mi punto de vista, eso sería un mal menor que un juicio célebre y escandaloso.

—¿Cuáles son sus sentimientos personales con respecto al príncipe Baldassare?

—Admiro mucho su talento. He aprendido mucho de él. No apruebo su política y sus ambiciones personales. Y tengo razones muy privadas para verlo derrumbarse.

—¿Cuáles son esas razones?

—Ha metido en prisión a una mujer, que en otro tiempo fue agente extranjera, de la que estoy enamorado. Ha perjudicado mi carrera. Ha conspirado para someterme a una tortura psicológica de la cual sólo me he recuperado muy recientemente.

—¿Pero aún recomendaría su libertad?

—Como conveniencia política, sí.

—¿Dispondría y supervisaría esa actuación?

—¿Que es lo que quiere decir, señor, si acepto una responsabilidad personal sobre el asunto?

—Sí.

—Y, como consecuencia, absuelvo al ministro y al Gobierno y me coloco en una situación delicada, ¿no?

—Lo expresa usted de una forma muy exacta, coronel.

—Naturalmente, lo podríamos hacer de otra manera, señor.

—¿Cómo?

—Me da usted una orden ministerial. Yo la ejecuto. Muy simple.

—Demasiado simple, coronel, y usted lo sabe. Un político no puede permitirse ser patriota. En el momento en que es elegido, abandona ese lujo. Sé que es una decisión difícil. ¿Quiere algún tiempo para pensarlo?

—No hay tiempo, señor.

—Entonces, ¿una condición? ¿Un regalo para endulzar el riesgo?

—No, señor. No estoy en venta… ya no. Lo haré. Lo pondré al otro lado de la frontera esta noche. El *Cavaliere* Manzini me ayudará a enfrentarme con la Prensa.

—Muchas gracias, coronel.

—¿Hay alguna cosa más?

—Otro asunto. Me gustaría que se presentase ante mí, tan pronto como le sea

posible, en Roma. Tenemos que comenzar a limpiar la casa.

—Permítame recordarle, señor, que sigo en libertad provisional, bajo las acusaciones efectuadas por el general Leporello.

—Esas acusaciones serán retiradas. A partir de este momento, vuelve usted a estar en servicio activo.

—¿Dependiendo de?

—De mí, coronel. Cuando regrese a Roma, creo que podré confirmarle su nombramiento como director.

Quería que aquello fuera como un espaldarazo… maná en el hambriento desierto de la carrera de un burócrata. En lugar de ello, me supo como las frutas del mar Muerto, polvo y cenizas en la lengua. Durante un momento, me había sentido un buen patriota; ahora, con el premio, me había vuelto a convertir en una puta. Sin embargo, aquéllas eran las reglas del juego. No tenía más elección que jugar o tirar las cartas sobre la mesa. Me incliné, sonreí y dije:

—Gracias, señor. Me hace usted un gran honor.

—Gracias a usted, coronel. Buenas noches.

Era extraño estar sentado en la mesa del director. Para ser un hombre tan elegante, tenía una oficina muy deslucida. No había adornos, ni cuadros, ni fotografías, ni siquiera un hacha del *lictor*. Los únicos símbolos de poder eran los archivadores grises, el teléfono con codificador y el interfono, que podía hacer venir a veinte personas a la carrera, a atenderme. El viejo Steffi, que estaba sentado al otro lado del escritorio, inclinó hacia mí su cabeza de loro y carraspeó:

—¡Je, je, je! ¡Así que ya has llegado, Matucci! ¿Cómo se siente uno? ¿Se ajusta tu culo al asiento de los poderosos? ¿Y ahora qué, hermanito? ¿Cuál es la política? ¿Izquierda, derecha o centro?

—En el centro del camino, Steffi. *Tolleranza*. Creo que todos necesitamos respirar un poco.

—Lo mismo que antes, ¿eh? Hasta que alguien tire una bomba en Turín o la Policía dispare sobre los manifestantes en Catanzaro y a los muchachos de arriba les entre el pánico y aúllen pidiendo acción. ¡Me pregunto lo tolerante que serás entonces…! Bueno, *speriamo bene*…

—Vamos, Steffi, dame algo de tiempo.

—Yo puedo darte tiempo. Todo el tiempo que desees. Pero ¿y ellos…? ¿Y tú?

—¡Por favor, viejo amigo…!

—Bueno, estoy aún sin trabajo, y me han retorcido la nariz hasta sacármela de sitio. Lo lamento. ¿Qué es lo que quieres que haga?

—He llamado al comandante de Mantellate. Te espera. Le entregarás la carta del ministro y la mía. Te confiarán a Lili. La llevas a su apartamento. Estaré allí cuando llegues.

Me miró como si fuera algún animal curioso que hubiera aparecido al levantar una piedra. Había desprecio en sus ojos, y una especie de pena asombrada.

—¡Dios mío! ¿Qué tipo de hombre eres, Matucci? Es tu mujer, ¿por qué no vas a buscarla tú mismo? ¿Qué es lo que tienes en esas venas, agua helada?

Entonces, me irrité, me irrité amarga y desesperadamente. Solté sobre él toda la furia acumulada durante los últimos meses.

—Te diré qué clase de hombre soy, Steffi. Sangro como cualquiera. Me duele como a cualquier otro. Estoy harto y cansado y mal entendido por cada estúpido que piensa que posee todos los secretos del Universo. Estoy harto de todos los bastardos tranquilos como tú que piensan que pueden añadirme a una columna, y pagarme como una puta tras una hora de cama. Estoy harto de amigos que hablan como padres confesores y esperan que luego camine ya para siempre con un saco y cenizas. ¿Quieres saber por qué no voy a ir a la prisión? Te lo diré. Porque la primera vez que Lili me vea será en compañía del comandante, un notario y un carcelero con una pistola en el cinto. Tendré el mismo aspecto que ellos, y no quiero que me vea así; porque no es ése el tipo de hombre que soy. Al menos, no para ella. Quiero abrazarla, besarla, reconfortarla y no podré hacerlo mientras cada prostituta y ladrona de la galería hace un chiste sucio acerca de ello, y cada pequeño funcionario sonríe, tapándose la cara con la mano… No la someteré a eso. Te pedí que fueras porque pensé que eras mi amigo. En lugar de ello, te quedas ahí sentado, me insultas, y haces estúpidos chistes de *ghetto*, como si Dios te hubiera dado el derecho a ser la conciencia del mundo. ¡Ahora, lárgate de aquí! Encontraré a alguien que lo haga.

No se movió. Permaneció allí sentado, con la cabeza baja y moviendo los labios como si no pudiera construir frases coherentes. Finalmente, me miró, y en su mirada había compasión y un nuevo tipo de respeto.

—Soy un viejo estúpido con cerebro de pájaro y boca de rana —dijo en voz baja —. Lo lamento. Me alegrará mucho hacer eso por ti.

—Gracias.

—¿No estarás asustado?

—Sí, Steffi, estoy asustado.

—*Piano, piano*, ¿eh…? ¡Tómatelo con mucha calma!

Aun para un director las formalidades son largas en Roma. Los funcionarios pasan, pero la gran máquina de papel sigue funcionando, masticando centenares, millares y millones de resmas de *carta bollata*, firmadas y contrafirmadas y estampadas y selladas, y metidas en bocas de buzones y dejadas caer en depósitos subterráneos, hasta que un día, soleado o nuboso, algún pobre diablo va a la cárcel y permanece allí mientras excavan, o dicen que lo hacen, en búsqueda de la línea de evidencia que puede probar que es inocente.

Llené el apartamento con cestas de flores. Tenía champaña enfriándose en un cubo, canapés en una bandeja de plata y todo un refrigerador repleto de comida. Terna los documentos de la alcaldía para hacer públicas las amonestaciones en la

Colina Capitolina. Incluso tenía un anillo de compromiso de diamantes, especialmente diseñado por Bulgari. Tuve que esperar una hora y media antes de que Lili llegase a casa.

El sonido del timbre fue como las campanas de los camellos en el desierto. Cuando abrí la puerta, estaba sola, y muy quieta. La alcé en mis brazos y me asombró el notar lo ligera que era ahora. La besé, la apreté contra mí y me pregunté dónde se habría ido toda la pasión. La senté en el sillón y la serví como a una princesa. Y entonces, la miré… Estaba tan pálida que casi era transparente. Se había quedado en piel y huesos. Le colgaban las ropas como las prendas de un espantapájaros. Tenía la boca atormentada y sus manos aleteaban nerviosas. Sus ojos, aquellos ojos elocuentes, estaban vidriosos y tan opacos como piedras. Comió y bebió, sin hambre, de una manera mecánica, y cuando le puse las manos en su frente y sus mejillas, lo aceptó, pero no respondió. Me arrodillé junto a ella y le supliqué:

—Dime, Lili, ¿qué paso? ¿Qué es lo que te hicieron?

—No mucho. A veces, me interrogaban. La mayor parte del tiempo, me dejaban tranquila.

—Lili, sabes que yo no te envié ese telegrama…

Me miró sin comprender.

—¿Qué telegrama?

—Me dijeron que habías vuelto a causa de un telegrama supuestamente mío.

—No hubo telegrama.

—Entonces, ¿por qué regresaste?

—Recibí tu carta. La leía cada noche, antes de ir a acostarme. Una noche, no la encontré. Pensé que la habría traspapelado. Al día siguiente, había salido a pasear. Mi amigo de Lugano se detuvo y me ofreció un paseo en su coche. Subí. Alguien me puso un algodón sobre la cara. Lo siguiente que recuerdo es que estábamos en Italia, cerca de Bolzano. Entonces, otros dos hombres se hicieron cargo de mí, y me trajeron hasta Roma. Eso es todo. Excepto que me dijeron que tú también estabas en prisión.

—Oh, cariño, cariño… Lo lamento tanto.

—No importa.

—Escucha, amor mío. Esto es lo que va a pasar. Voy a venir a vivir aquí contigo. Voy a cuidarte y hacer que te pongas bien, y vamos a casarnos. Mañana aparecerán las amonestaciones en la Colina Capitolina. ¡Después de eso, ya no habrá ningún problema! Serás mi esposa. Estarás bajo la protección personal del director del SID, por siempre jamás, amén… ¿Qué te parece eso?

—Me parece la cosa más hermosa del mundo, Dante Alighieri. Pero no la quiero.

Mientras la miraba, sin comprender, vi la primera oleada de vida en sus mejillas, la primera emoción que aparecía en sus ojos.

Adelantó las manos, que ahora no eran suaves, sino delgadas y arrugadas como la seda cruda y las puso sobre mi rostro. Luego, me dijo, con mucha amabilidad:

—Dante, sé que me amas. Tu carta fue el cumplido más conmovedor que jamás

haya leído en toda mi vida; pero voy a devolvértela. No puedo soportar seguir guardándola. Y no quiero destruirla.

—Pero si dijiste que la carta había desaparecido.

—Me la devolvieron en la prisión. No sé por qué, pero lo hicieron. Hacen cosas extrañas, crueles o amables, y nunca sabes lo que harán luego. También te amo, Dante. Supongo que siempre te amaré…, pero no para casarme, no para vivir siempre contigo.

—Lili, por favor…

—No, escúchame a mí, Dante! ¡Tienes que saber…! Ya no los comprendo a ustedes los italianos. Son cálidos y amables; luego, de pronto, se vuelven retorcidos, fríos y tan crueles que me hacen helar la sangre. Se sonríen los unos a los otros por la mañana, y conspiran los unos contra los otros por la noche. No tienen ninguna lealtad, Dante… Sólo a la familia y al día de hoy. Fuera de la familia, pasado hoy, todo es duda y cálculo. ¡Oh, Dante Alighieri, odio hacerte daño, pero tengo que decirlo! Son la gente que siempre sobrevive, sin importar lo que les pase. Eso es una cosa maravillosa, esperanzadora. Pero también es muy terrible, pues se pisotearán los unos a los otros para conseguir la última gota de agua del mundo… ¡Incluso tú, mi Dante, incluso tu Bruno! No puedo soportarlo más. Quiero vivir segura, con un librito que me diga lo que tengo que hacer. Quiero poder confiar en que, si cumplo con las reglas, las reglas me mantendrán segura… Más segura que el matrimonio, Dante Alighieri, más segura que las promesas, más segura que el amor. En Suiza, podré lograrlo. No aquí… ya no puedo seguir corriendo ese riesgo.

¿Qué iba a decirle? Todo ello era cierto. El anillo de mi dedo lo simbolizaba: la bestia fabulosa que sobrevivía al fuego más ardiente. Y, sin embargo, no era cierto. No como ella lo decía. El libro de reglas no era la respuesta. No para nosotros, el pueblo del sol. La luz era demasiado brillante. Mostraba la escritura cruzada del palimpsesto. ¿Cómo podía creer en la permanencia quien iba a su oficina sobre los huesos de los emperadores muertos? No podíamos fiarnos del mañana; sólo podíamos trabajar con el presente. Permanecí arrodillado allí largo tiempo, con el rostro hundido en sus manos, cuyos poros aún exudaban el acre hedor de la prisión. La compadecía. La amaba. No podía hallar palabras para reconfortarla a ella, o a mí. Luego, la oí decir:

—Por favor, Dante, ayúdame a hacer las maletas, y mira si puedes conseguirme un billete de avión para Zurich. Me gustaría irme en cuanto sea posible.

Fue entonces cuando descubrí lo importante que era ser el director. Pude ordenar un billete de primera clase en un avión que iba más que lleno. Pude aparcar el coche en una zona prohibida de Fiumicino. Me ofrecieron bebidas gratis en la sala de espera para visitantes distinguidos. Pude acompañar a Lili todo el camino hasta el avión, colocarla en su asiento y recomendarla a los buenos cuidados del jefe de camareros. Y todo esto surgió de un pequeño trozo de cartulina metido dentro de una cartera de cuero negro, estampada con las armas de la República.

No esperé al despegue. Regresé a Roma y telefoneé a Pia Faubiani. No estaba en casa; había ido a Venecia a inaugurar su desfile de allí. Llamé a una agencia y les encargué que me buscasen un apartamento más grande, en un distrito de más categoría. Ahora que iba a tratar con hombres importantes y asuntos grandes, necesitaba una figura mejor. Cené en mi viejo lugar del Trastevere, pero repentinamente, me pareció abarrotado y provinciano. Incluso el músico parecía haber perdido su ángel. Fui a casa pronto y traté de leer algo de mi homónimo antes de irme a la cama. Estaba demasiado somnoliento para concentrarme en su fabulosa creación… y, además, no me creía ni una sola palabra de lo que decía… No, eso no es cierto. Había tres líneas que tenía que creer:

> … *«Nessun maggior dolore…».*
>
> Y ella me dijo:
> «No hay mayor dolor
> que el recordar con aflicción los tiempos felices;
> y también tu maestro lo sabe».



MORRIS LAMGLOZ WEST, mundialmente célebre con el simple nombre de Morris West y, asimismo con el seudónimo de Michael East, (26 de abril de 1916 - 9 de octubre de 1999). Nació en St. Kilda, Victoria (Australia) y realizó sus estudios secundarios en el Christian Brothers College, East St Kilda. Ingresó en la Universidad de Melbourne en 1937 y trabajó como maestro en Nueva Gales del Sur y Tasmania.

Pasó 12 años en un monasterio de los Christian Brothers, llegando a tomar los votos anuales, aunque sin realizar los votos definitivos. Trabajó en el Servicio de Inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial. Dejó Australia en 1955 y vivió en Austria, Italia, Inglaterra y los Estados Unidos. Volvió a Australia en 1980.

Sus libros a menudo se han enfocado en la política internacional y el papel de la Iglesia Católica en los asuntos internacionales. En uno de sus trabajos más famosos, Las sandalias del pescador, anticipó la elección de un papa eslavo, 15 años antes de la asunción de Karol Wojtyła como Juan Pablo II.

Morris West murió mientras trabajaba en su escritorio sobre los capítulos finales de su novela La última confesión, sobre el juicio y la prisión de Giordano Bruno, quien fuera quemado en la pira por herejía en 1600. Bruno fue una figura por quien West sintió una gran simpatía e incluso identificación. En 1969 había publicado una obra de teatro titulada El Hereje, sobre el mismo tema.

Un tema mayor al que la obra de West se refirió fue si era moralmente aceptable responder con violencia cuando las organizaciones oponentes utilizan extrema

violencia con fines perversos.